

Joaquín Berges

UN ESTADO DEL MALESTAR

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Portada

Dedicatoria

Citas

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Segunda parte

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Tercera parte

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Cuarta parte

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Créditos

a Bux
a Marcos
a Miguel

No estoy seguro de cómo me convertí en comediante o actor cómico. Tal vez no lo sea. En cualquier caso me he ganado la vida muy bien durante una serie de años haciéndome pasar por uno de ellos.

Groucho Marx, *Groucho y yo*

Los humanos tienen un sistema conceptual tan primitivo, que para enterarse de lo que sucede han de leer los periódicos. No saben que un simple huevo de gallina contiene mucha más información que toda la prensa que se edita en el país. Y más fidedigna.

Eduardo Mendoza, *Sin noticias de Gurb*

Primera parte

Cuando no se puede permanecer sentado por más tiempo hay que ponerse de pie. Y eso es exactamente lo que acabo de hacer. Abandono mi despacho y en menos de cinco minutos vuelvo a sentarme, esta vez en el asiento de mi coche. Descargo mi ira sobre sus doscientos veinte caballos y revoluciono su motor sin contemplaciones mientras salgo derrapando del parking de la empresa. No me dirijo a ninguna parte y pese a ello conduzco rápida y ágilmente como si tuviera prisa. En el fondo deseo que me detenga un guardia, que me siga un coche patrulla de la policía como en los viejos tiempos. Pero no hay suerte. Son las leyes de Murphy: nunca hay un guardia dispuesto a ponerte una multa cuando te la mereces. Eso es justamente lo que deseo, que alguien me multe, me castigue y abronque por ser quien soy. Y nadie mejor que la policía (aquella policía) para hacerlo.

La nostalgia de ese recuerdo acaba con la ira y las revoluciones cesan, fracasan, convirtiendo al coche de importación en un utilitario más. Vuelvo a ser un conductor en mi espacio y mi tiempo, sano, salvo, tan sólo aquejado de un ligero *jet lag* producido por el fugaz viaje en el tiempo. Entonces me doy cuenta de que me siguen. Los tres espejos retrovisores hace rato que muestran el rostro tuerto de un vehículo. No puede ser una coincidencia, pero por si acaso hago la típica maniobra imprevista y espero resultados mirando por uno de los espejos. Me siguen.

¿Y ahora qué hago? ¿Le meto caña al motor y me largo o me detengo y averiguo quién me persigue y qué quiere? No cabe duda de que lo más sensato sería largarme. Precisamente por eso acciono el intermitente derecho y me detengo. Me muero de ganas de saber quién se toma tantas molestias por mí. Permanezco unos segundos dentro del coche, igual que mi perseguidor, uno solo, porque no veo más que un bulto humano en el asiento del conductor. Por fin salgo y me dirijo hacia él. En general no soy tan

valiente, ni tan osado, pero hoy estoy furioso, así que sospecho que daría positivo en un control antiadrenalina. Mi perseguidor abre la puerta del coche y sale. Me saca dos cabezas.

—Fidelio —digo al verlo—, ¿qué haces aquí?

—Te estoy siguiendo —confiesa.

—Eso ya lo he visto. Me refiero a por qué lo haces.

—Tengo un recazo pa ti.

—Pues tú dirás.

—Aquí no —dice comenzando a andar.

Me quedo junto a su coche tuerto y le obligo a hacerme un gesto con la cabeza para que lo siga. Lo hago. Me lleva junto a la verja de lo que parece un colegio, un lugar muy poco transitado a estas horas.

—Es de parte de mi hermano —comienza a decir—. Quiere que sepas que la próxima vez que te acerques a su cuñada Estrella me enviará pa terminar lo que voy a empezar ahora mismo.

Me considero un hombre de acción, pero al lado de Fidelio tengo la sensación de que la parte activa del encuentro será para él. A mí me va a tocar la pasiva. Y, en efecto, confirmando mi intuición, el gigante me agarra por el cuello como si fuera un muñeco de plástico. Me alza del suelo y me golpea contra la verja del colegio.

—Oye, oye —me quejo palpándome el cuello—, que eso ha dolido.

—Sólo te he empujado.

—¿Y ya está? —pregunto tentando a la fortuna—. No pretendo decir que no haya sido suficiente, pero me parece poco recado para tu corpulencia.

—Aún no he empezao —dice él con mucha lógica—, el empujón ha sido pa colocarte fuera de la luz de esa farola.

Pienso un momento. Quizá debería echarme a correr ahora mismo. Mi forma física es buena y no me sería difícil despistar a mi verdugo, pero no lo hago. Siento el deber de quedarme, si seré idiota. Un tipo de casi dos metros de altura me va a dar de hostias y yo siento la obligación de recibirlas.

—Escucha, Fidelio —le digo pronunciando su nombre con familiaridad—, no veo por qué tenemos que llegar a la violencia. Podemos solucionar esto de otra aggg...

Me asesta un puñetazo en la boca del estómago que me dobla literalmente por la mitad, seguido de dos patadas en el pecho y otra más que iba destinada a los genitales y que termino encajando en el bajo vientre. Me

arrodillo en el suelo pronunciando un audible murmullo de dolor y trato de recuperar la respiración. Lo consigo a duras penas. Mi situación es delicada. Si no actúo rápido, puedo salir malparado.

—Coño, Fidelio —protesto insistiendo en la familiaridad—. No me pegues más, que me doy por enterado.

—Sólo te he trabajao el estómago —dice él—, me queda la jeta.

Entonces mis sensores de alarma se disparan. Es evidente que necesito ayuda. Trato de ver si hay alguien cerca que pueda auxiliarme, pero es completamente de noche y estamos solos. Tal vez debería ponerme en pie y devolverle la patada en los cojones.

—Levántate —me pide Fidelio—. Se me está haciendo tarde.

No sé qué hacer. Si no me levanto, pospongo la pelea, y si lo hago, me juego la nariz. Entonces sucede: digo la palabra mágica.

—Escucha, colega...

Fidelio abandona su actitud beligerante, da un paso atrás y mira a ambos lados, como descolocado. Ignoro qué le ocurre. Se agacha y me mira.

—¿Cómo me has llamao? —pregunta con las cejas enarcadas.

—No sé, colega. ¿Pasa algo?

—¿Colega? —repite incrédulo—. ¿Y por qué colega? Nadie me había llamao antes así.

Resoplo inquieto. No gano para sorpresas. Me sigue, amenaza y agrede un tipo al que nunca habían llamado colega. ¿Cómo demonios se llaman ahora los jóvenes entre sí? Juraría que mi hijo Gus se refiere a sus amigos como miscolegas.

—¿Soy colega tuyo? —pregunta mientras me levanta a pulso del suelo.

Sospecho que ésta es una de esas palabras sagradas que no deben pronunciarse en falso. Y es muy probable que mi suerte me abandone pronto.

—Pues sí —respondo con aplomo—, lo eres.

—Si no nos conocemos...

—Los dos vendemos ropa de mujer, Fidelio. —Es mi último cartucho—. Así que somos colegas de profesión.

Silencio. Debe de estar procesando. Lo mismo me puede acabar dando una hostia que un abrazo. Tengo el cuerpo en tensión. No me atrevo a mirarlo y sólo lo hago cuando levanta su inmenso brazo, gesto que me obliga a cubrirme la cara.

—Soy Fidelio, el de los Teleles —pronuncia solemnemente mientras me

ofrece su mano.

—Ricardo Marco —respondo aceptándola—, tanto gusto.

Su mano es el doble de grande que la mía, suerte que no ha acabado estampada en mi rostro. De haberlo hecho no me habría dejado un diente en su sitio. Supongo que ha llegado la hora de marcharme y dejar de tentar a la fortuna, pero en ese momento nada me apetece más que estar con Fidelio.

—¿No tenías prisa? —digo en parte para recuperar mi mano.

—Tengo prisa porque tengo hambre.

Es un razonamiento impecable que me hace consultar mi reloj de pulsera.

—A cambio de que me hayas perdonado el puñetazo en la cara, te invito a cenar —le propongo.

Me mira con una sombra de inseguridad en los ojos.

—No puedo —dice—. Se supone que debía seguirte pa darte un recaio y dos hostias, no pa cenar contigo.

—El aviso ya me lo has dado, no te preocupes —lo tranquilizo abrazándome a mí mismo—. Creo que me va a doler el estómago una semana entera, así que has cumplido tu misión.

Sigue dudando. La influencia de su hermano es muy poderosa. He de ser más persuasivo. Lo miro de arriba abajo y tengo una idea.

—¿Tú has estado alguna vez en un buffet libre?

—No.

—¿Sabes lo que es?

—Un garito en el que primero pagas y luego jalas.

—Exacto, ¿vamos a uno?

Es una oferta tentadora para mí y completamente irresistible para una masa muscular como la de Fidelio.

Aparcamos frente al restaurante, uno delante del otro, entramos y nos dirigimos a la caja sin decirnos ni una palabra. Saco una tarjeta de crédito y pido que me cobren dos cubiertos. A continuación tomamos sendas bandejas y nos servimos la cena. Yo frugalmente, Fidelio no tanto: canelones, ensaladilla rusa, escalope con patatas, huevos escalfados y berenjenas rellenas. Buscamos una mesa libre. Como lo primero es lo primero, no le doy conversación hasta que llega al escalope.

—¿Está frío? —le pregunto mirando el plato.

—Sí.

—¿Quieres que te lo mande calentar?

—Me gusta frío.

—¿Te gusta la carne fría? —me extraño.

Es el primer caso que conozco.

—Me gusta todo frío —confiesa para mi sorpresa—. En casa lo jalamos todo así. Ni a mis hermanos ni a mí nos ha gustao nunca la comida recalentada.

—Tus hermanos Onofre y Gabino —apunto.

Él deja de masticar durante un par de segundos.

—¿Cómo sabes los nombres de mis hermanos? —dice.

—Soy amigo del tío Jaulín —proclamo sacando pecho.

—Eres un simple conocido —replica él volviendo a masticar—. Hace días que te vemos rondar el puesto pa hablar con él.

—Por eso me has traído el mensaje de Onofre —me atrevo a añadir—, ¿no?

Supongo que me estoy aprovechando de la complacencia que leo en su rostro, fruto de la succulenta cena (completamente fría) que se está jalando.

—El mensaje de Onofre no tiene ná que ser con el tío Jaulín —responde con parsimonia.

—¿Cómo que no? Se refiere a su hija.

—Te equis bocas —dice terminando la comida—. Estrella no es la hija del tío Jaulín, sino la mujer de mi hermano Gabino. ¿Vamos a buscar unos helaos?

Curiosa forma de crear y destruir parentescos, vivelcielo, pienso mientras me levanto y lo sigo hasta la vitrina de los postres, de donde me sirvo una cuajada. A él le apetece algo más consistente y opta por catorce bolas de helado, una de cada sabor de los expuestos.

—Los helados serán tu comida favorita, ¿no? —bromeo cuando volvemos a la mesa—. Siempre fríos, como a ti te gustan.

—No —responde muy serio—, los helaos me gustan chuchurríos. Pestañeo en silencio un par de veces.

—Cuando era pequeño, la nevera de mi casa tenía el congelador jodido —explica mientras engulle—. Los helaos estaban siempre chuchurríos.

Está a punto de llegar a la bola de estrachatela, mi favorita. Quizá por ello vuelvo al ataque.

—¿De verdad crees que Estrella es antes la esposa de tu hermano que la hija del tío Jaulín? —digo.

—Yo no creo ni dejo de creer —zanja él perdiendo por un momento la paciencia—. Es así. Estrella es una Telele, la viuda de un Telele, y tiene que guardarle el luto. ¿Quieres esta bola de helao? No me gusta: tiene cosas.

Las cosas son pedazos de chocolate.

—Me encanta, gracias. ¿Te has quedado a gusto?

—No ha estao mal —reconoce palpándose el vientre—. Da bastante morbo esto de jalar gratis.

—No es exactamente gratis —matizo pensando en la ruinosa cuenta de resultados de un buffet libre al que sólo acudieran clientes como Fidelio—. Es un precio fijo.

—Ya lo sé, pero has pagao tú.

—Eso sí —admito sonriendo.

Él soporta mi mirada tan sólo un segundo porque algo reclama su atención desde una esquina del comedor.

—Mira —dice señalando a un camarero que lleva una bandeja humeante hacia la vitrina de los segundos platos—. Están sacando almóndigas con tomate.

—No se dice almóndigas —le corrijo, cansado ya de sus incorrecciones—. Se dice albóndigas.

Fidelio me observa con su naturalidad habitual.

—¿Qué eres? —pregunta—. ¿Un putito de la calle?

Y se levanta de la silla.

—Perdona —le agarro del brazo—. No te vayas, joder, no quería ofenderte. Es la costumbre de corregir a mis hijos.

—No, si yo no me voy —dice soltándose—. Es que, al verlas, se me han apetecido. Debe de ser bula. ¿Te traigo?

—No, gracias, no puedo comer más —digo y luego pienso—. Se dice gula, hombre.

Vuelve al instante con media docena de albóndigas con tomate y un vaso con cubitos de hielo que derrama sobre el plato.

—¿Cuánto pesas? —le pregunto. E inmediatamente me doy cuenta de que estoy siendo un maleducado—. Perdona —añado—, no quería ser tan curioso.

Él me mira desde las alturas.

—¿Qué cojones te pasa? —dice—. ¿Por qué siempre estás pidiendo perdón? ¿Quién crees que soy? ¿Un cura? ¿Y dónde crees que estamos? ¿En una iglesia? ¿Y qué crees que es esta mesa? ¿Un concesionario?

Ante mi incontenible carcajada, Fidelio me mira con la cabeza inclinada, como hacen los perros cuando sus dueños les hablan. No comprende mi actitud, ni está acostumbrado a que le rían las gracias.

—¿Quieres que te ponga una penitencia? —continúa visiblemente satisfecho por cosechar mi risa—. Te la has ganado: rézame dos rosarios, tres credos, da dos vueltas al comedor corriendo al trote gorrinero y hazme cincuenta flesiones.

Está en racha. Cualquier cosa que diga, siempre que lo haga con ese rostro impasible y esa voz indolente, me hará reír. Por fin ha enfriado las albóndigas y comienza a comérselas.

—¿Están buenas? —pregunto mientras me repongo.

—Están más buenas las primas del Juanmi, pero éstas se dejan comer y las primas del Juanmi no.

Y otra vez la risa y el dolor de las contusiones de los golpes que he recibido.

—¿Te has metido algo? —me pregunta en voz baja.

—¿Cómo?

—¿Que si llevas coca, pastillas o te has fumao algo? —insiste—. Como

te ríes tanto...

—Claro que no —protesto.

—Pues entonces ha debido de ser la bola de helao que me has pillao, la de estrecha tela o como cojones se diga, que estaría podrida.

Hincho los mofletes y me encojo de hombros.

—No sé —digo—. Hace mucho tiempo que no me reía así.

—Pues más a mi favor, el helao podrido.

—En ese caso, si me disculpas, voy a servirte tres o cuatro bolas más.

Entonces es él quien ríe mostrando unos dientes negros de fumador, comedor y casi diría que roedor empedernido. Comparada con su gravedad habitual, su risa resulta más franca de lo que estoy acostumbrado a escuchar. Es la risa opuesta a la de las Barbies. No es una actitud ante nada, sino una respuesta ante algo. No es a priori, es a posteriori. Regreso a la mesa con tres bolas de estrachatela y las devoro con cierta ansiedad, como si verdaderamente fueran tres pastillas de la risa.

—¿Estaban buenas? —esta vez es él quien pregunta.

—Tú dedícate a las primas del Juanmi —le respondo mientras me limpio los labios con la servilleta—, que estas bolas estaban demasiado frías para ti.

—¿Tomamos café? —propone mirando hacia la barra.

—Yo no tomo café por la noche —confieso—, me quita el sueño.

—Pues yo, si no lo tomo, no duermo.

Debería haberlo supuesto, ahora que estoy empezando a conocer sus pintorescos hábitos alimentarios.

—¿En serio? —me hago el extrañado.

—Si no tomo café no jiño, y si no jiño, no duermo.

Ni Descartes lo habría expresado con más juicio. Nos levantamos y pedimos dos cortados (uno de ellos descafeinado) y, ya que estamos allí, unos churros para Fidelio.

—¿Cuánto tiempo va a durar el luto de Estrella? —pregunto cuando nos sentamos de nuevo.

Fidelio levanta su mirada de los churros y me observa detenidamente. Supongo que no esperaba encontrarse con un interlocutor tan obstinado.

—¿Estás casao? —me pregunta.

Levanto la mano izquierda y señalo el anillo que luzco en mi dedo anular.

—No te he preguntao si te molan las joyas —niega con la cabeza—. Te he preguntao si tienes mujer.

No alcanzo a comprender si no ha entendido mi gesto o si me está vacilando sobre la credibilidad de las reliquias que representan el matrimonio.

—La tengo —admito mientras sorbo el cortado.

—Entonces, ¿pa qué coño quieres saber cuánto va a durar el luto de Estrella?

—Simple curiosidad.

—No te creo.

—¿Por qué no?

—Porque pareces un gachó aburrido de la vida y Estrella es una mujer de bandera, capaz de cambiar la vida de cualquiera. Por ejemplo la tuya.

Es evidente que me encuentro frente a un tipo con cara de busterkeaton y un ojo clínico que para sí querrían muchos directores de personal y recursos humanos de empresas multinacionales.

—Tienes razón —me rindo—. Soy un hombre aburrido de la vida. Y es cierto que Estrella es una mujer hermosa, pero te ruego que no me malinterpretes, colega.

La palabra mágica surte efecto otra vez. He estado a punto de jugarme un puñetazo en la cara con churro incluido.

—Estrella es la mujer de mi hermano Gabino, ¿vale? —añade él tratando de zanjar la cuestión.

—Vale —afirmo con la cabeza—. Sólo que tu hermano está muerto.

Y entonces niego con esa misma cabeza.

—Y ella es su viuda —replica él—, su hijo es su güérfano y tú puedes quedarte güérfano de piernas si vas detrás de ella. A ver si lo entiendes de una puta vez.

No me atrevo a replicarle. Después de haber contemplado su lado divertido, su amenaza es más intimidatoria que antes. Sólo tengo dos alternativas: o me levanto y me voy o cambio de tema.

—¿Cómo murió tu hermano? —elijo la segunda.

—A ti qué cojones te importa.

—Era una persona joven —insisto—. ¿Estaba enfermo?

—¿No has oído lo que te he dicho?

—Está bien, señoría —trato de bromear—, no haré más preguntas al

testigo.

Me mira con preocupación, sin comprenderme. Su cultura televisiva es inferior a la mía: mejor para él. De pronto se palpa la boca del estómago, compone un rostro compungido como si fuera a echarse a llorar y lanza un eructo grave que levanta la sorpresa de varios comensales, yo incluido.

—¿Qué pasa? —me dice sorprendido de mi sorpresa—. ¿Tú no eruptas o qué?

—Hombre, así, en público, no.

—Pues peor pa ti —replica señalándome con un dedo—, porque los gases que no echas por arriba te recorren todas las tripas hasta que te salen por abajo, y por el camino dan pinchazos y se vuelven horriblemente olorosos.

—Puede ser, pero lo que acabas de hacer es de mala educación.

—Será de mala educación en tu casa, tío listo. En la mía erupta el que ha comido bien. Y los demás le desean «buen provecho», como se les dice a los chavales cuando son pequeños.

—No es lo mismo.

—¿Cómo que no? Es exactamente lo mismo, un eructo, aire que sale después de comer. Ya me dirás dónde está la diferencia.

Muestro las palmas de las manos como si quisiera convocar algún tipo de evidencia visual.

—Un niño pequeño no puede controlarse —digo.

—Y un adulto puede y por ello debe, ¿no?

—No sé.

Trato de imaginarme a Claudia lanzando un sonoro eructo durante una de sus comidas de trabajo, pero me resulta imposible.

—Es un prejuicio de la sociedad —añade él.

—Prejuicio.

—Dilo como quieras pero recuerda esto: cuando yo erupto, lo hago sabiendo que es algo que mi cuerpo necesita hacer antes de empezar la digestión.

Y, entonces sí, se levanta y se dirige hacia la puerta, aunque antes de abrirla se vuelve hacia mí y me mira como preguntándome a qué estoy esperando para seguirle. Eso me tranquiliza. Fidelio es una tabla de madera que acabo de encontrar en el océano donde he naufragado y no me habría gustado perderla tan pronto. Nos despedimos delante de nuestros respectivos

vehículos. Un apretón de manos en silencio y una leve inclinación con la cabeza, como reconociéndonos. Me alegro de haberte conocido, chavalote. Un gesto ciertamente valioso si tenemos en cuenta que hace apenas una hora me ha dado un aviso, un puñetazo y varias patadas en el pecho y en el vientre que todavía me duelen.

Supongo que a estas alturas es inevitable preguntarse qué hace un tipo como yo enredado con Fidelio, Onofre, Gabino, el tío Jaulín o Estrella. No sé cómo responder. Sólo puedo decir que la vida es lucha, lo pone en los libros de ciencias naturales. Lucha entre congéneres, contra los elementos, por el alimento, la luz, el agua y el aire, una combinación de estrategias ofensivas y defensivas que nos conduce circularmente desde el no ser hasta el dejar de ser. Todo lo que no sea así entendido carece de vida. Una roca inerte no está amenazada, ni amenaza, no compite ni ofende, no tiene vida, no es y no puede dejar de ser. Lo mismo cabe decir de una nube, aunque nos parezca viva porque aparece, cambia de forma y desaparece, o un rayo luminoso, o incluso un soberbio y destructivo terremoto. Se mueven, lucen, tiemblan y rugen, pero no luchan con ningún otro elemento, no viven. Por el contrario, todos los órdenes vegetales y animales están permanentemente en pie de guerra, combatiendo por mantener la vida, escondiéndose de sus predadores y depredando a sus presas, a veces de forma individual, otras en grupo, pero siempre guerreando sobre este planeta en que sólo pueden cohabitar los más dotados.

Los seres humanos no somos una excepción. Según dicen los libros, pertenecemos al reino animal, filum de los cordados, subfilum de los vertebrados, clase de los mamíferos, orden de los primates, familia de los homínidos, género homo y especie sapiens. Y nuestra vida es o debería ser una lucha constante, lo que significa que siempre deberíamos tener un objetivo que lograr, el que fuera: un animal que cazar, una cría que defender, una tierra que conquistar o, simplemente, unos enemigos que derrotar. Como en el pasado, deberíamos vivir en guerra contra nuestros invasores, deberíamos ser guerreros al servicio de nuestro señor o nuestra causa y poseer el espíritu de la lucha. Y no seguir manteniendo este rango de

soldados en la reserva que nos convierte en rocas, nubes, rayos y terremotos que se mueven, lucen, tiemblan y rugen, pero carecen de vida. No son, no existen.

Supongamos que no hemos de luchar por el alimento porque podemos comprarlo en los supermercados, y que no hemos de competir con nuestros congéneres por el aire que respiramos. Supongamos eso, pero dejemos al menos que haya (como antes) un tirano al que derrocar, una democracia que ganar, una muerte que vengar, un sueño que alcanzar, una canción y un libro prohibidos que cantar y leer en clandestinidad. O una vacuna que descubrir, un crimen que investigar, una remota galaxia que fotografiar, una mariposa que catalogar o una marca olímpica que superar. Cualquier cosa valdría con tal de que fuera una meta que nos obligase a luchar y nos permitiera sentir que estamos vivos. Valdría incluso padecer una grave enfermedad (ojo) y colaborar con los médicos, someternos a las pruebas y tomarnos las medicinas, arriesgarnos a probar nuevas terapias, cualquier cosa que enriquezca este estado de deposición en que tan gris(oscuro)mente habitamos. Tan gris y oscuro es que puede darse el curioso caso de que un moribundo se sienta más vivo que un individuo sano y salvo (porqué).

Yo soy un ejemplo. Poseo dos viviendas que denomino cardinalmente. Una en la ciudad y otra en la costa. Tengo de igual manera dos coches que, en este caso, denomino atendiendo a su tamaño. Uno es grande. Gano más de lo que gasto y eso que gasto más de lo que debo. Mis hijos estudian en las mejores instituciones (universidad y colegio respectivamente), salen de copas con sus amigos y se desplazan en moto. Quizá no sea una descripción muy exhaustiva de cómo viven, pero es que apenas me consta lo que hacen. Gus tiene veinte años y está matriculado en segundo de medicina, Carol tiene dieciséis y estudia algo parecido a lo que siempre se llamó el bachillerato y hoy es una sigla más. Ambos son víctimas del sistema, esclavos del merchandising entrenados para consumir los cereales del desayuno no por su sabor ni su valor nutritivo, sino por el juguetito que salía en el interior del paquete o los puntos que había que recortar para conseguir una consola de videojuegos. Para ellos el mundo es un escaparate de venta al público con reclamos comerciales donde todo tiene un precio y un código de barras que pita en caja.

Su hábitat se circunscribe a las paredes del centro comercial que frecuentan, una auténtica ciudad del futuro como las que imaginaron los

escritores de ciencia ficción. Clima controlado, tiendas, cines, bares, todo lo urbano recreado bajo un firmamento de halógenos y plantas de interior, suelos de mármol y ausencia total de semáforos, calles peatonales para pasear sin frío ni viento, sin lluvia, calor ni cacas de perro, donde no hay más ley que la de la oferta y la demanda ni más autoridad que la de los guardias de seguridad. Ésa es su patria y cualquier intento de expatriarlos y devolverlos al mundo real es en vano. Ellos siempre encuentran un teléfono, dispositivo o smartphome para volver a conectarse a su mundo matricial.

Mi esposa también depende del sistema, incluso más que mis hijos porque trabaja activamente para él. Es una mujer muy elegante. Viste ropa de marca, lo que no significa que vaya bien vestida, sino que viste ropa cuya etiqueta vale más que la prenda entera. Come fuera de casa casi a diario, y lo hace en esos restaurantes en que limpian las migas antes del postre con una espátula de acero inoxidable. También es muy cosmopolita. Puede que ambos lo seamos. Viajamos con frecuencia, a veces por separado, a veces juntos. Nos gustan los balnearios para un fin de semana, la nieve para un puente festivo y el extranjero para la semana de Pascua. En verano preferimos la costa. O mejor dicho, la piscina de la costa, brisa marina sin arena, sin sombrillas de propaganda ni fiambreras con tortillas de patatas. Somos, además, socios de la filarmónica, colaboradores de una oenegé y clientes de una prestigiosa bodega de vinos con mucha solera.

Soy el subdirector de los más grandes grandesalmacenes de la región. Mi especialidad es precisamente la ropa femenina de marca. Un adjunto a dirección, cinco jefes de planta, varios supervisores y más de ciento cincuenta empleados trabajan a mis órdenes, en su mayoría mujeres de mediana edad vestidas de uniforme, azafatas de la talla y el probador con hilos en el pecho y zuecos en los pies. Mi trabajo es supervisado por el director y el suyo por el gerente de zona geográfica, quien a su vez rinde cuentas ante un director general y éste ante un consejo de administración, ninguno de los cuales lleva uniforme ni hilos colgando ni zuecos, ni es mujer de mediana edad.

Yo también llevo uniforme. Traje oscuro sobre camisa azulclara y corbata de colores chillones sujeta con logotipo de la empresa chapado en oro. Algunos de mis subalternos me llaman Ricardo. El resto señor Marco. E incluso hay algunas dependientas que me dicen señor Ricardo, como si fuera

un señorito consentido y ellas unas muchachas de servir, en lugar de dos compañeros de trabajo con uniformes y nóminas sexual y respectivamente diferentes.

No soy un señorito, no esa clase de, y nunca me han ni me he consentido nada que no me hubiera ganado previamente. Hace tiempo fui incluso un proyecto de rebelde, un crítico de asamblea de facultad y manifestación callejera. Y ahora aquí estoy, convertido en un alto ejecutivo al servicio de una gran empresa con voto esosí de izquierdas, gafas de pasta y patillas perfiladas. Jamás uso gomina y procuro llevar bien rasurado el pelo a la altura de la nuca, para que no se me formen los caracolillos propios de la otra burguesía (la que no lleva gafas de pasta), aunque como ellos luzco un reloj de marca bajo la manga de la camisa azulclara.

Hace tiempo que no siento nada por mi mujer. La quise cuando ambos frecuentábamos las asambleas o compartíamos la nocturnidad del cuarto de revelar, cuando nuestros hijos eran pequeños y no conducían más que vehículos accionados por tracción animal. La quise cuando su piel era tersa y su ropa arrugada, su pelo y sus faldas largos. Ahora frecuenta los escaparates sociales, no revela sus fotos, la mayoría de las cuales son digitales, su ropa es tersa pero en cambio su piel se ha arrugado y su rostro ha condensado sus rasgos hasta hacerla parecer una caricatura de sí misma. Es la cruda y perversa realidad.

Nunca sentí lo que quiera que se siente después de estar enamorado, el cariño que trasciende al deseo carnal y el gusto estético, de modo que quise a mi mujer hasta que dejó de atraerme físicamente. Desde hace años nuestra relación es estrictamente fraternal. Compartimos aficiones, amistades y tiempo libre, somos padres de dos hijos y mantenemos un régimen fiscal de gananciales. Somos hermanos incluso cuando hacemos el amor, el incesto entonces. Ella encima, yo debajo, sentados en la butaca del dormitorio, uno frente a otro, mis manos en su cintura, las suyas en mi nuca, montando al estilo inglés (undosundos), echando el peso en los riñones, amortiguando, tratando de que el cuerpo no transmita el subeibaja de la grupa, pensando en sus cosas, distraída, probablemente actriz de doblaje, intérprete de orgasmos, y luego un par de palmaditas a la montura, como si el recorrido hubiera finalizado sin haber derribado ningún obstáculo. Muy bien, buen caballo. Con

frecuencia tengo la sensación de que accede a hacer el amor conmigo por compasión, como si nuestra unión carnal perteneciera al arrabal de la zoofilia, amazona ella y alazán yo.

Claudia es la directora de una prestigiosa revista de decoración. Cada mes publica un nuevo número ricamente ilustrado con fotos que muestran esos insignificantes objetos que todos tenemos en casa: el *Financial Times* sobre la mesa, el sombrero de paseo en la percha del hall, la fusta de montar junto a las botas a los pies de la cama, el ramo de flores frescas recién cortadas sobre la mesa de la cocina, esos limones rociados en el frutero de cristal tallado, incluyendo ese juguete que de forma lamentable y por sorpresa (ocielos) se ha caído y yace a unos centímetros del frutero, esa habitación infantil que parece un parque nacional de montaña a juzgar por el número de osos que cobija, esos cuentos infantiles en inglés (omejoraún en alemán), esos libros de arte sobre la mesita colonial del salón, las villas del Venetto, mansiones inglesas, museos de Europa, ese supuesto desorden funcional que resulta completamente inverosímil, esa falsedad encubierta con las mismas telas y tapizados que la revista del mes anterior y del anterior y del año pasado y del otro. Escenarios de la inacción, de la inexistencia y el no ser, casas de muñecas para humanos nonatos, para individuos programados por ordenador, hardware para software.

Su gran afición es montar a caballo en una escuela de equitación. No menos de tres días a la semana se viste y transfigura con la ayuda de un casco, un chaleco, unos pantalones ajustados y unas botas de montar, su media melena recogida en una coleta, la fusta en ristre, el rostro tenso, la expresión grave, la cosa más importante del mundo, saltar una barra pintada de colorines. Enfn. Por fortuna un caballo en condiciones vale una ídem, lo que nos salva de poseer, amén de dos vehículos de gasolina, otro de cuadra y heno. Para eso ya me tiene a mí.

Yo juego a tenis, pádel y squash. Y a las palas en la arena de la playa. Recibo clases de tenis desde hace casi diez años. De haberme matriculado en medicina, ya estaría acabando la residencia e incluso el doctorado. Todas las semanas quedo con mis amigos del tenis. A mi edad no se tienen amigos integrales, como los niños, que sirven para todo. A mi edad se tienen amigos para el tenis, para el mus, para quedar a comer, amigos en la playa y amigos de pareja. Un grupo de amistades para cada actividad, como los médicos especialistas, nada que ver con aquel médico de pueblo que sabía de todo.

Nos gusta jugar partidos a un set, dos en el caso del pádel porque se juega en la modalidad de dobles. Tengo una derecha regular y un buen revés, meto la raqueta bien abajo y envuelvo la bola para liftarla, logrando que salga del bote como una bala de cañón. Cuando estoy nervioso, esperando algo, suelo practicar el swing de revés con cualquier cosa (el paraguas, un colgador de ropa, incluso el aire) para estirar bien los músculos y no olvidarlo.

Ya no disfruto jugando contra los miembros más jóvenes del club de tenis, seguramente porque me ganan siempre. Sólo puedo jugar con mis consabidos amigos, con los que formo el grupo más previsible que pueda imaginarse. Media docena de cincuentones que se conocen a la perfección, seis elementos combinables que siempre dan el mismo resultado y han convertido el juego en un trámite para sudar, mover el corazón y pasar la mañana del sábado y el domingo. Nada que ver con ningún tipo de competición porque el resultado se sabe de antemano. Y donde no hay incertidumbre por el resultado no hay emoción. Y donde no hay emoción no hay competición.

Tengo, pues, más bienes de los que necesito, no amo a mi mujer, el sexo con ella resulta incestuoso y zoofílico, mi trabajo es de orden castrense, el deporte ha pasado a ser un mero ejercicio físico y mis hijos son un par de clientes del hotel que regento. No tengo ninguna causa por la que luchar, y por tanto un moribundo podría considerarse más vivo que yo. ¿Cómo no iba a enredarme con Fidelio, Onofre, Gabino, el tío Jaulín o Estrella?

Mi negocio depende del tiempo, no del crono ni el meteorológico, sino del que denominamos temporada: primavera-verano, otoño-invierno y, entre medio, unas buenas rebajas. Lo mismo sucede en el mercadillo ambulante que se monta y desmonta regularmente en la plaza, junto a los grandes almacenes, en cuya sección de frutas se ven melones y sandías en verano, peras y manzanas en otoño y naranjas en invierno. Igual pero mejor, porque nuestros productos no son perecederos y pueden liquidarse al final de la temporada, aunque sea rebajados de precio. Y lo que no conseguimos vender ni en las rebajas pasa al siguiente nivel trófico del comercio, al más básico, a la planta calle del marketing: los vendedores del mercadillo. Cada final de temporada aparecen por la puerta trasera del parking conduciendo sus furgonetas y arramblan con todo, saldos finales que ellos volverán a colocar en sus expositores, dando a su clientela la postrera oportunidad de comprarlos.

No hay más que darse una vuelta por allí para comprobarlo. Colgados en percheros o surtidos sobre el mostrador, reconozco un top, un pantalón o una camiseta que hace un par de meses relucía bajo mis halógenos con una discreta etiqueta indicando el precio, nada que ver con la cartulina sobre la que se ha garabateado toscamente su nuevo valor. Y me da la sonrisa. Me imagino una blusa cara en aquel tenderete en actitud soberbia y rebelde a la vez, sin rebajarse a mirar a sus convecinas, como una burguesa en una peluquería de barrio, una señora en la consulta de un hospital público o una retratista de interiores sacando fotos de un piso de barrio, con el *Financial Times* sobre la cocina de butano y el ramillete de flores recién cortadas dentro del fregadero que hay a su lado. Y si sigo, la sonrisa se convierte en risa, a veces hasta en hosca carcajada, ebria y esquizoide, la reacción natural a una droga alucinógena como pocas, insensata e imprescindible, que no sé si los jóvenes de ahora consumen pero que en mis tiempos se llamaba rebeldía.

Pero todo tiene un límite, y en este negocio ese límite depende de la ropa de marca, que no puede liquidarse en un mercadillo ambulante. Por eso, cuando Rubén me comunicó que había detectado una remesa de chaquetas de Giorgina Lotti en el mercadillo, monté en cólera.

—¿Cómo cojones ha podido suceder algo así? —dije gritando, a punto de dar un puñetazo en la mesa, más que nada para evitar dárselo a Rubén.

—Sólo es una partida que se ha colado en los lotes de las rebajas —me explicó él sin alterarse un ápice—. Alguien ha cometido un error.

Lo dijo como si ese alguien pudiera ser yo mismo.

—Si los distribuidores de Giorgina Lotti se enteran, vamos a tener un problema —dije ya más calmado—. Quizá nos retiren la licencia. Bájate al mercadillo y descubre en qué puesto están.

—No merece la pena —respondió Rubén sin ninguna intención de acatar mis órdenes—. Lo más seguro es que ya las hayan vendido.

Tal vez no quería mezclarse con los vendedores del mercadillo, temeroso de que le contagiaran algún derivado de la vulgaridad. O quizá se sentía culpable de lo que había pasado y prefería olvidar el asunto lo antes posible. Es igual, gracias a su negativa decidí bajar yo mismo. En realidad algunas veces, cuando mi mundo de mármol y espejos amenazaba con reflejarme infinitamente hasta convertirme en un ser humano de diseño en lugar de un animal vertebrado, me gustaba perderme por las calles del mercadillo. De alguna manera, sus hechuras de zoco medieval me cobijaban, me deglutían, me ayudaban a pasar desapercibido, como una procesión de Semana Santa haría con un miembro de una logia, una playa nudista con un recién nacido o una carrera de maratón con un fugitivo. Y paseando por entre sus puestos me sentía liberado del yugo del marketing, el valor añadido y la cuenta de resultados.

Los vendedores del mercadillo también querían colocarme su mercancía. Pero no lo hacían como gregarios de la publicidad y el imperio de las marcas, sino como quien simplemente pretende ganarse la vida. Y ese fin exento de dobleces dignificaba su oficio hasta cotas que el mío no conocería jamás, sobre todo porque yo nunca podría darme el gustazo de proclamar a voz en grito mis productos de oferta, ni tendría la mínima opción de piroppear a mis clientas llamándolas guapetonas y bonitas sin ser tachado de machista y soez.

Busqué las chaquetas italianas por todas partes sin éxito. Quizá Rubén estaba en lo cierto y ya se hubieran vendido. Tal vez debería haberme fijado

en cómo iban vestidas las clientas que paseaban por el mercadillo, pero no hizo falta llegar a tanto. Encontré las chaquetas al final de la calle, colgadas de un perchero, en un puesto grande (doble) que reclamó mi atención. Me detuve a observar. Dos personas lo regentaban: un sujeto malcarado y una morena de pasarela, ambos secos en el trato entre sí y con los demás, padres de un niño rollizo que jugaba sentadito en el suelo de asfalto mientras les dedicaba esporádicas miradas de curiosidad, como si deseara que cesara aquel silencio corrompido y fuera sustituido por las zalamerías y carcajadas de otros puestos más amables.

Además de la pareja y el niño, había dos personas rondando por allí. Un anciano meditabundo sentado en una silla de playa junto al mostrador y un gigante de dos por uno por ciento veinte, metros de altura, anchura y peso respectivamente, que se dedicaba a reponer género, iba en busca de cambios, traía bocadillos y atendía al anciano cuando éste quería levantarse de su silla o al niño cuando pedía ir a hacer pis o cacas. Supe que se llamaba Fidelio porque todos lo llamaban así. Era el gigante de los recados. Supe también que el niño se llamaba Gabino, pero no hubo manera de enterarme del nombre de sus padres.

Me gusta saber cómo se llaman las personas, pero mis esfuerzos fueron en vano porque el sujeto malcarado me miraba, como cabría esperar, con muy mala cara. No tengo el aspecto de un ladrón de ropa de señora, así que comprendí que sencillamente temía que le robara una mirada a su morena o incluso a su hijito. Era una escena del reino animal en su plenitud, dos machos al acecho de una hembra y su prole, en lugar de un comerciante y un curioso que ya había olvidado por completo cuál era su misión original.

A partir de entonces volví por allí muchas veces. Y aunque no me detenía en el puesto sólo por ella, juro que me moría por robarle una mirada a esa mujer escultural de cabellos tenebrosos (por oscuros e imbricados) y tez pálida (porque cualquier cosa lo sería al lado de ese grado de oscuridad). Algo, no sabía qué, quizá la incertidumbre de lo desconocido, me decía que una mirada de aquella mujer podría cambiarlo todo, el mundo entero. Era una sensación de orden magnético y escala gravitatoria. Más de una vez tuve que comprar alguna prenda o accesorio, cualquier cosa, fingiendo que era un regalo para mi mujer o mi hija, preguntando si podría cambiarla en caso de no ser de su talla, y haciendo todo el paripé necesario para resultar un comprador convincente en lugar de un celoso de la intimidad ajena. Deseaba

oírles hablar, verles actuar. Habría dado cualquier cosa por esconderme entre sus percheros para espiarlos, por volverme invisible para contemplarlos sin pudor, como sucede en esos programas de la vida en directo que dan por televisión.

Me sentía fascinado por su quehacer cotidiano, ese trajín común pero individual que se llevaban, esa capacidad para convivir en forma de equipo, probando una, vendiendo el otro, cobrando, cuidando del abuelo y del niño a un tiempo, un milagro de la multifunción familiar y laboral en estos tiempos en que sólo sabemos hacer una cosa a la vez. Vivían y trabajaban a un tiempo, sin concebir ambos ámbitos tan diametralmente separados como la mayoría de nosotros. Ocio y negocio juntos, existiendo al unísono, una sola vida en la que los lunes eran días de veinticuatro horas exactamente igual que los sábados, lo que a mi entender era una ventaja que impedía vanagloriar el fin de semana en perjuicio de los días laborales. Estos sutiles matices me ayudaron a encontrar un resquicio de eso que por infrecuente es tan difícil de nombrar, pero que se escribe libertad.

Hace un par de semanas recibí una carta del departamento de personal de la empresa y una llamada de un importante miembro del consejo de dirección. Tenía buenas noticias para mí. Ya. Eran tan buenas que casi me ahogo de la impresión. Tuve que salir al exterior en busca del aire fresco que corre entre las calles del mercadillo. Gracias a eso conseguí recuperarme, aunque sólo fuera parcialmente. Sin embargo, llegué al puesto del final con una insólita determinación, dispuesto a superar cualquier barrera sociolingüística que se me pusiera por delante, y crucé mis primeras palabras con el abuelo que se sentaba en la silla de playa.

En primer lugar se incorporó y me dijo su nombre. Era el tío Jaulín. Luego, y sin dejar de sonreír, me sacó de mi error. No se colocaba junto al mostrador para pasar el rato y entretenerse, como yo creía, sino con el firme propósito de vigilar la mercancía y evitar los hurtos. Era una especie de guardia jurado con bastón, un segurata sin hechuras de gimnasio pero con firmeza de mirada y aplomo en el habla, que son armas más poderosas que las de fuego. Era, además, el padre de Estrella (la morenaza) y el abuelo de Gabino, un viudo consagrado a la vida comercial desde que era un chaval, primero trajinando con chatarra, luego con telas y paños y finalmente con prendas femeninas, incluidas las que mi empresa no lograba vender ni en las rebajas, excluidas las de marca.

—Usted trabaja en la casa grande, ¿no? —dijo señalando con las cejas hacia el edificio de los grandesalmacenes.

—Así es.

—¿Y cómo viene la temporada de verano? —añadió—. ¿Es verdad que se acaban los estampaos y vienen las telas rasas y lisas?

Entonces fui yo quien sonrió, seguramente porque me agradó confirmar que me hallaba frente a un comerciante preocupado por su género.

—Eso parece —respondí afirmando con la cabeza—. Colores fuertes pero sin estampaciones, para que las prendas puedan combinarse con facilidad.

—Lo mismo que pasó en los ochenta.

Mi rostro estuvo a punto de traicionarme. Ignoraba que los vendedores ambulantes tuvieran conciencia de la moda femenina. Ignoro tantas cosas.

—Veo que tienen ustedes las últimas novedades —dije repasando con la vista el mostrador.

—Las últimas novedades las tiene usted en la casa grande —replicó él—, en este mercado lo nuevo es siempre lo penúltimo.

Supongo que lo que nos provoca sorpresa no es lo extraño sino lo inesperado, y sinceramente no esperaba ese grado de lucidez en un abuelo septuagenario.

—No me ponga esa cara de susto —me reprendió—. Éste es el mercado que va detrás del suyo. Usted está vendiendo ya la ropa de otoño cuando aquí estamos aún con la de verano. Cuando nos lleguen los próximos saldos, ustedes empezarán la campaña de primavera. Y así siempre. Uno detrás del otro, como el ratón y el gato.

En ese momento apareció Fidelio, el gigante, susurró algo al oído del abuelo y le ayudó a levantarse. Nos despedimos precipitadamente y se marcharon. El marido de la morenaza me miró mal, peor que nunca, invitándome a seguir mi camino. Sin duda Fidelio había cumplido una orden suya para interrumpir nuestra conversación. Estaba claro que mi presencia no era bien recibida y eso que, para ahorrarme malos entendidos, había evitado cruzar la mirada con esa mujer de calendario que tenía por esposa.

Volví a mi despacho y releí la carta del departamento de personal. Por el presente era invitado a ir pensando en una (masomenos) inminente prejubilación. La empresa tenía dificultades para soportar su actual carga salarial y debía afrontar nuevos retos. Por supuesto. Muchos directivos de mi edad estaban siendo invitados a negociar su situación laboral, normalmente a través de la siempre bien considerada jubilación anticipada. No era ninguna novedad. Varios casos me precedían, compañeros de cincuenta y tantos años que, aunque pareciera lo contrario, se habían marchado a casa y habían renegado del ocio, porque el ocio se disfruta desde el negocio, y no desde ese desempleo adornado de retiro que se nos ofrecía.

Estuve reflexionando durante un buen rato, inmóvil y absorto. Si en mi

vida ya no había lugar para la lucha por la existencia, no me atrevía a pensar lo que sucedería si esa invitación al ocio se hacía real y dejaba de trabajar. Pasaría a engrosar las filas de ese ejército de sumisos incapaces de distinguir un martes de un domingo, veraneantes de invierno y trasnochadores de *talkshow* televisivo, sujetos pasivos, a veces pasotas, que compran la adrenalina en la farmacia, visitan al médico con más frecuencia que nunca y se jactan de conocer la mejor carnicería y pescadería del barrio. Sería un acto de sometimiento al sistema. Yo y los míos (losmíosy yo) dispondríamos de lo necesario para seguir viviendo, pero todo nos sería dado a cambio de nada, esto es, a cambio de todo, porque tal cosa implicaría la sumisión al absolutismo del sistema, el acatamiento de sus reglas y la conversión a su credo.

Suspiré en negativo. Quizá podría hacer algo para ocupar mi tiempo libre y entretenerme. No sé, colaborar con una orquesta, ingresar en un grupo de teatro *amateur*, jugar a las cartas con una pandilla de amigos o realizar excursiones a un monasterio cercano y volver a casa con una batería de cocina nueva. Podría hacer algo así o estar todo el día sentado en un banco del parque al sol en invierno y a la sombra en verano, asistiendo impávido a la necrosis paulatina de mi masa encefálica. No hay que olvidar que la inacción es un poderoso enemigo y que, como el apetito o el sexo, es de orden exponencial, o sea, que cuanto menos hace uno menos quiere hacer.

Y tampoco me sirvió de nada pensar en mis hijos. Gus era un universitario independiente en todos los sentidos menos el financiero y Carol, pese a ser aún una adolescente, apenas dependía de mí. Los hijos no dependen de los padres sino del sistema, y la prueba palpable era que podía morirme en ese mismo instante (lagartolagarto) y la vida de Carol no se habría visto alterada en ningún aspecto fundamental. Mi seguro de vida habría hecho el papel de padre mucho mejor que yo.

De pronto, no sé por qué, me acordé de James Bond y, como él, quise tener una misión que cumplir. Quise que mi personaje sobreviviera a mi persona y que, cuando fuera demasiado viejo, otro actor interpretase mi papel y siguiera aceptando las misiones de M. Quise envejecer como el tío Jaulín, siendo respetado por los míos y poniendo mi experiencia a su disposición. Quise ser un hombre con vocación, no un gigoló ofertando sus servicios al mejor postor. El tío Jaulín no estaba jubilado, incluso era posible que nunca hubiera tenido una nómina y, por descontado, jamás había rendido cuentas

ante la patronal. El tío Jaulín estaba y estaría siempre en activo, hasta el día de su muerte, sin horarios ni festivos, sin días de asuntos propios ni puentes negociados por el comité de empresa. Era un hombre íntegro, no como yo, que podía ser varias cosas pero ninguna al unísono.

Decidí volver a hablar con él al día siguiente, aunque eso me obligase a comprar prendas que no necesitaba, aunque eso me costase otra mirada del sujeto malcarado y otra intervención del gigantesco Fidelio. Me daba igual. Sólo aspiraba a hallar un rastro de paz, de paz interior, en ese hombre tocado con sombrero y bastón, vestido escrupulosamente de negro, como los ojos de su hija, cuya hondura sospechaba pero no había podido comprobar todavía y por cuya mirada me habría dejado cortar una mano. Quise ser un manco feliz.

Era domingo. No hacía mucho que había amanecido y ya me encontraba paseando por las callejas del mercadillo. Me había despertado con un apretado nudo en el estómago. Claudia dormía un último sueño, Carol uno de los primeros y Gus ni siquiera estaba en casa. Tenía pensado acudir al club de tenis, como era mi costumbre, pero ese nudo estomacal me había hecho cambiar de planes. Me vestí y salí a la calle a dar una vuelta a la manzana, con la misma inercia que si tuviera un perro. Compré el periódico y, sin pensármelo dos veces, como quien teme cambiar de opinión si lo hace, me encaminé hacia el mercadillo.

Al pasar junto a uno de los puestos me llegó un delicioso aroma a café. No era un puesto como los demás, era más bien una especie de caravana convertida en bar ambulante. Lo llevaba una mujer de mi edad (o poco mayor, según leí alrededor de sus ojos), que lucía un apretado moño y una hermosa sonrisa. Me senté en uno de los taburetes y pedí un café con churros. La mujer me atendió en silencio, sin darme la oportunidad de conocer su nombre. No me atreví a preguntárselo, seguramente porque a mi edad esa pregunta podía resultar demasiado pretenciosa. Extendí el periódico sobre el mostrador y, mientras sorbía tranquilamente el café, aproveché para fijarme en dos tipos que se habían sentado a mi lado. Uno de ellos era Fidelio.

—¿Qué pasa, Milagros? —saludó el otro—. Ponnos dos de los tuyos, el mío de un huevo.

Ya sabía cómo se llamaba la mujer, pero ignoraba por completo qué le habían pedido. Continué haciendo como que leía pero sin dejar de prestarles atención. Hablaban de un coche.

—Es un mil seiscientos pero con el motor modificado. La Charito a su lado parece de la chatarra.

Fruncí el ceño confundido: ¿estaban comparando un coche con una mujer? Mordí un churro. Milagros trajinaba frente a la plancha, de espaldas a mí, preparando un desayuno inglés con algún matiz mediterráneo. Salchichas,

beicon y huevos acompañados de chusco de pan y vaso de vino con gaseosa, un almuerzo de antología que encogió mi estómago de pura envidia. Los dos sujetos comenzaron a comer sin dejar de hablar del coche. Milagros limpió la plancha y saludó con su deslumbrante sonrisa a otra mujer que se acercaba desde un puesto cercano. Se dijeron zalamerías que, no entiendo por qué, me conmovieron.

—Cariño mío, me vas preparando uno de los tuyos pero con lomo de cinta. Luego vengo a recogerlo.

—¿Lo quieres en pan de barra o en pan de molde?

—En pan de barra, reina, y me tienes que cobrar también lo de ayer. No te se olvide.

—No te preocupes que aquí se fía. Y más a ti.

—Échame una sonrisa pa que me lo crea.

—Venga de aquí, que no me dejas trabajar.

La mujer se fue pero la sonrisa de Milagros permaneció un instante. Por las arrugas que provocó en su rostro me pareció la sonrisa recurrente de una mujer jovial, aunque no puedo descartar la posibilidad de que me encontrase ante una llorona. El llanto y la risa estiran y encogen los músculos faciales casi de la misma manera.

La hora del almuerzo congregó frente a la caravana a muchos más parroquianos. Todos se dirigían a Milagros con la sonrisa por saludo y le pedían lo que tú y yo sabemos, lo mío, lo de mi padre, lo nuestro, lo de siempre, lo mismo, lo de ayer. Nadie daba más explicaciones, como si darlas fuera traicionar su estrecha relación con Milagros. Hacía rato que me había terminado el desayuno y había recogido el periódico. No podía seguir allí sin hacer nada, escuchando las conversaciones de los demás. Mientras pagaba sentí la necesidad de decirle a Milagros algo yo también.

—Otro día me pido uno de los tuyos pero con los dos huevos.

—A ver si es verdá.

Y al instante percibí una descarga eléctrica en el corazón, un chute de complicidad y una contracción de los músculos faciales, lo que en otros rostros es habitual y se llama sonrisa, pero en el mío, por lo desacostumbrado, pareció una simple mueca. Muy rara vez ocurren estos flechazos, momentos de suprema comunión, sinapsis entre personas que desencadenan un inenarrable bienestar, nada que ver con la atracción sexual

ni con la pasión amorosa. Milagros era una mujer (y hermosa), pero nuestro entendimiento había sido completamente asexuado y por ello mismo de orden superior, sin el concurso de las todopoderosas feromonas.

En tal estado de ánimo, que desgraciada pero invariablemente duró muy poco, me dirigí hacia el puesto del tío Jaulín. Por el camino me pregunté varias veces qué demonios estaba haciendo en aquel mercadillo un domingo por la mañana en lugar de estar jugando a tenis en mi club y por qué tenía tantas ganas de hablar con aquel anciano sabio y monocromo. No supe responderme y eso me gustó. El sujeto malcarado y Fidelio atendían el puesto. No había rastro de Estrella ni del niño y el abuelo. Me entretuve por los alrededores sin levantar sospechas, ojeando un mostrador de otro puesto lleno de juguetes de plástico. Levanté la vista varias veces para observarlos mientras despachaban su mercancía. Me fijé en sus rostros y descubrí que eran hermanos. A pesar de su diferencia de tamaño, el gesto de la boca y el fruncir de las cejas delataban su parentesco. Fidelio debía de rondar los treinta y pico y su hermano los cuarenta. Justo cuando me hallaba realizando este cálculo me descubrieron y me vi obligado a adquirir un cochecito de plástico que llevaba en la mano. Lo pagué y me marché. Por el final de la calle se acercaban el tío Jaulín, Estrella y Gabino. Me detuve en seco y dudé un momento. Tengo tan desarrollado el hábito de hacerme el sueco, que casi siempre es mi primera reacción.

—Buenos días —me saludó el anciano con una cumplida sonrisa de bienvenida—. Nunca lo habíamos visto por aquí en domingo.

No sólo no le fallaba la vista sino que demostraba tener buena memoria. Me agaché un momento para hacerle una caricia al niño, pero ni en mi movimiento hacia él ni cuando recuperé la verticalidad logré cruzar una mirada con su madre.

—Me adelanto con el crío, padre —le dijo apresuradamente al tío Jaulín—. No tarde.

Y se marchó con el niño de la mano, evitando nuevamente mi mirada de despedida y perdiéndose entre la concurrencia, como un eco. Era la primera vez que la oía hablar fuera del puesto y no me sorprendió que tratase a su padre de usted.

—Esta criatura siempre con sus prisas —dijo el tío Jaulín en un tono que parecía de disculpa.

—Es el mal de nuestro tiempo.

—Una pena —sentenció muy serio—. Las prisas lo corrompen todo. Pueden convertir cualquier oficio en una tortura.

—Así es.

—Hace años, cuando yo llevaba el puesto, venía siempre de los primeros precisamente pa no andarme con prisas. ¿Sabe usted el placer que me daba montar el tinglao y poner cada prenda en su sitio con calma? Pues justo lo contrario que si llegaba tarde y tenía que correr.

Era ésa una verdad de orden filosófico, dicha además con la naturalidad de lo ordinario.

—Dígamelo a mí —le confesé moviendo la cabeza de un lado a otro—, que todo lo hago de prisa y corriendo. Hace años que no siento ningún placer el día que renovamos las colecciones de ropa. Y es precisamente por lo que usted dice. Hay que hacerlo a toda prisa porque al día siguiente comienza la nueva temporada.

El tío Jaulín me miró sin comprender.

—¿Y por qué tiene que ser justo al día siguiente? —dijo.

—Porque así se anuncia en las campañas publicitarias —respondí—. ¿No las ha visto? Tal día comienza la primavera. Ni un día antes ni uno después. Así que tenemos que cambiarlo todo en una noche.

Él se quedó pensativo durante unos segundos.

—¿Quiere decir como si nos acostáramos una noche de invierno y a la mañana siguiente los árboles tuvieran hojas y las plantas flores? —preguntó, no sé si para mostrar sus dotes poéticas o para burlarse de las campañas publicitarias.

—Eso mismo.

—Pues lo siento por usted —añadió suspirando—, porque si colocar las prendas en un modesto mercadillo es un placer, organizar una sección de modas en un gran comercio como el suyo tendría que ser la rehostia.

Emití un sonoro bufido de desilusión.

—No me haga reír.

—Es lo que pasa con la clientela los domingos por la mañana. Mírelos.

Y me hizo un gesto con el bastón señalándome a los curiosos que deambulaban por las callejas del zoco.

—No tienen prisa —prosiguió—. Disfrutan del placer de pasear y mirar, parando un momento pa tocar un género o preguntar su precio. ¿Lo ve?

No respondí. El tío Jaulín me tenía hipnotizado, quizá porque hablaba

con una amable autoridad, como supongo que hace quien sabe lo que dice.

—Debo ir al puesto —añadió a modo de despedida.

Tal vez mi silencio le había molestado. Sentí la urgencia de decir algo más.

—Tiene usted un nieto precioso, como su madre.

—Algo de su padre también tiene —respondió con un suspiro.

—Claro, aunque exteriormente no lo manifiesta.

—¿Conoció usted a su padre?

—¿No es acaso el marido de su hija?

El tío Jaulín sonrió entonces con los ojos mates, me ofreció la mano y me la apretó como un hombre de negocios.

—Mi hija es viuda —dijo gravemente—, el hombre que lleva el puesto es el hermano de mi yerno que, por desgracia, murió hace un par de años.

Parpadeé varias veces de pura inquietud, ansioso e inmóvil a la vez. El tío Jaulín siguió su camino y se zambulló en la muchedumbre. Las preguntas me acosaron como una molesta nube de moscas. ¿De quién era el puesto? ¿De Fidelio y su hermano o del tío Jaulín y su hija? ¿De qué murió el marido de Estrella? ¿Cómo se llamaba? ¿Cómo se llamaba su hermano? ¿Por qué me miraba mal si no era el marido de Estrella? ¿Por qué la trataba como si lo fuese? ¿Y por qué ella nunca me miraba?

No era cierto. No eran moscas. En mi mundo de verdades inmutables esas preguntas eran bandos de coloridas mariposas.

Todo el mundo sabe que el sistema nos hace piezas de su formidable maquinaria con tan sólo dos funciones básicas: producir y consumir. Por eso nuestra vida tiene dos caras: el negocio y el ocio. En el negocio producimos y en el ocio consumimos. Y cuanto más lo hacemos más contribuimos al mantenimiento del sistema. Por eso las prisas, porque deprisa se produce y consume más que despacio, razón por la cual muchos grandes almacenes como el mío ponen música marchosa de fondo, para acelerar nuestro paso por caja. Porque deprisa se contribuye más que despacio.

Así que, tal como había hablado con el tío Jaulín, la prisa no es un mal de nuestro tiempo, sino de nuestro sistema, de nuestra longitud geográfica, un lugar donde los coches son cada vez más potentes, los trenes de alta velocidad, los envíos postales urgentes, donde la pizza se prepara en diez minutos, las palomitas de maíz en dos, la información es online. Un lugar donde se admira a los atletas que rebajan los récords de velocidad, fortaleza y altura, a los ingenieros que diseñan chips más pequeños y rápidos, a los alpinistas, los astronautas y los ejecutivos capaces de batir respectivamente la cantidad de ochomiles en su haber, el número de días en el espacio y la cuenta de resultados del año anterior.

Y si por casualidad algún miembro del sistema se abruma con tanta prisa y se deprime, el sistema lo soluciona de acuerdo con sus intereses, esto es, lo manda a comprarse algo bonito, algo que le haga feliz. Como en la homeopatía, el estrés del consumo se combate con una nueva dosis de consumo que de paso estimula la contribución, tanto en la farmacia como en los grandes almacenes donde mitigar la depre.

Enredado en estas igualmente apresuradas reflexiones regresé a casa. Eran las once de la mañana. Claudia y Carol estaban desayunando en el *office* de la cocina. Claudia me miró con la nariz arrugada, como preguntándose dónde demonios había estado a esas horas, pero guardó silencio. Es una de sus grandes bazas, gracias a la cual nuestro matrimonio sigue en pie. En vez

de enzarzarnos en acaloradas discusiones, a Claudia y a mí nos da por callarnos cuando discrepamos. Es un remedio definitivo contra la crispación y el mal genio, quizá lo contrario de lo que diría un psicólogo, sobre todo si fuera un experto consejero matrimonial. No hay que dejarse engañar: la mayoría de estos expertos están divorciados. El único remedio contra la intolerancia cotidiana (afín a toda pareja en ejercicio) es el silencio. Las palabras sólo sirven para remover la mierda. Y lo digo yo, un ex activista que asistió a muchas asambleas y escuchó muchos manifiestos que no sirvieron para nada. De la misma forma que los consejeros matrimoniales se divorcian, los activistas políticos se desencantan y se callan.

La otra gran baza de Claudia es el sexo. Además de practicarlo con su desdeñosa compasión, lo usa para premiar o castigarme según me haya portado bien o mal. Esto significa que nuestras relaciones sexuales dependen exclusivamente de mi comportamiento, no de sus ganas (y mucho menos de las mías). El sexo marital es el arma que sostiene la dictadura de las mujeres cuando alcanzan cierta edad. Eso es al menos lo que opinamos mis compañeros de mis y yo. Es lo que hay, como dice mi hijo Gus cuando quiere acabar una conversación, y mi caso puede servir de ejemplo. Claudia goza haciendo el amor conmigo y, sin embargo, lo usa como una herramienta de control en lugar de un vínculo de nuestra relación: ella, la ex compañera de asambleas de la facultad, la una vez defensora de la libertad sexual y casicasi del amor libre. Ella. Se cree superior estética, ética, física e intelectualmente a los hombres y nos acosa usando fórmulas vetadas en sentido contrario. No se muestra comprensiva ni piadosa con nuestras, según ella, múltiples debilidades, es agresiva, maleducada y borde. Y todo porque conoce la historia de la humanidad. Y sabe que los hombres debemos decenas de siglos de desagravio a las mujeres. Y se los está cobrando en cómodas mensualidades.

Si fuera un escultor y tuviera que hacer una estatua de mi mujer, mostraría a una hembra desnuda con la boca y el coño cerrados, el silencio doble, una fusta de montar en una mano y un bolso numerado de una firma exclusiva en la otra. Y la colocaría en el centro de una plaza urbana con la esperanza de que se convirtiera en el punto de celebración de algún equipo de fútbol, a ser posible (y para fastidiar) uno que ganara muchos títulos, para poder verla a menudo ataviada con coloridas bufandas y banderas, sellos de identidad de la vulgaridad menos elitista.

En aquel momento la estatua pasó junto a mí, subió al piso superior de nuestro dúplex, que es donde duerme Gus, entró en su dormitorio, se dirigió a la ventana y permitió que el sol lo despertase. Él se quejó amargamente desde la cama, pidiendo clemencia para dormir un poco más, pero ella no cedió. Era la parte de la venganza histórica que debía pagar Gus. Lo sentí por él pero convenía que se fuera acostumbrando. Claudia había organizado un cónclave familiar, una de esas asambleas destinadas a que las dictaduras femeninas parezcan más democráticas.

Siguiendo sus instrucciones entramos en el salón y nos acomodamos en los sillones, Gus en pijama a mi lado, Carol en el puf, ella detrás de nosotros, junto a la mesa de comedor, manejando su ordenador portátil. Un momento antes de comenzar se dirigió a la ventana y, al contrario de lo que había hecho antes, bajó la persiana. El sol no estaba invitado a la asamblea. Nos quedamos a oscuras, aunque no tardamos en ver un rayo de luz. Procedía del proyector que había conectado al portátil.

Claudia estaba empeñada en que vendiéramos nuestro dúplex y nos mudásemos a una lujosa y exclusiva urbanización de chalets que se iba a construir a las afueras de la ciudad, junto a un campo de golf y un gigantesco lago artificial. Desde hacía semanas había desplegado una sutil campaña de publicidad en casa, tratando de convencernos de los beneficios de la mudanza. Papá podría tener un despacho, Gus una habitación más grande, Carol un dormitorio con baño, ese tipo de cosas, ventajas totalmente innecesarias si tenemos en cuenta que papá ya tenía bastante con un despacho en su oficina, a Gus le sobraba con una habitación de dos metros cuadrados, que es lo que ocupa una cama, y Carol no necesitaba un baño en el dormitorio, dado que ese tipo de comodidades están pensadas para parejas sexualmente en activo. Por lo demás, tampoco necesitábamos un garaje con cuatro plazas de parking, aunque ciertamente en una de ellas podríamos instalar la cama de Gus, en cuyo caso ni siquiera necesitaba la habitación de dos metros cuadrados. Y mucho menos necesitábamos las pistas deportivas y esa multitud de zonas verdes y ajardinadas que había alrededor. ¿Alrededor de dónde? Esa urbanización iba a estar en pleno campo: ¿es que acaso el campo no es ya una zona bastante ajardinada?

Era evidente que se acercaba el momento de tomar la decisión final. Por eso Claudia había preparado aquella presentación en powerpoint con infografías del exterior y el interior del chalet de quinientos cincuenta metros

cuadrados que había reservado para nosotros. Empecé a alucinar en blanco y negro. Y, más tarde, cuando llegó el estudio económico y vi cómo aparecía en la pantalla una incomprensible hoja de cálculo con los detalles de la financiación, pasé a hacerlo en colores. Claudia se había convertido en una de esas personas que sólo son capaces de expresarse a través de un documento gráfico, una hoja de cálculo o una presentación como aquélla. O sea, una persona que necesitaba un programa de software para comunicarse con los demás.

Gus y Carol estaban perplejos pero satisfechos. No me extraña. El chalet parecía un atractivo yate de varios metros de eslora varado en un jardín de clima continental. Cada uno fue manifestando sus primeras impresiones.

—Voy a necesitar una moto para ir y venir del colegio —dijo Carol muy seria.

—Y si no tenéis inconveniente —añadió Gus—, yo voy mirando un piso cerca de la facultad para compartir con otros estudiantes.

No estaban nada mal como primeras reacciones. Me enteré a la vez de que íbamos a tener que afrontar una hipoteca de las que aflojan el vientre, comprar un ciclomotor y pagar el alquiler de un piso de estudiante. Además de (comonó) encajar la carísima decoración que Claudia ya habría diseñado con la ayuda de su programa de interiorismo y que, con un poco de suerte, tendríamos la oportunidad de ver tras el powerpoint.

Mal rayo me parta, pensé, yo despotricando contra el consumismo y mi familia llegando al orgasmo del consumidor, que es cambiarse de vivienda y afrontar la inversión más esclavizante de la vida. Ellos gozando con un supremo orgasmo y yo bien jodido, cosas del sistema.

—¿Quién más va a vivir ahí?

La pregunta surgió del sofá en dirección a la pantalla, como si en realidad me estuviera dirigiendo al powerpoint en lugar de a mi esposa. Mis hijos me miraron desde la penumbra, preguntándose a qué venía eso. Yo les devolví la mirada con los párpados entrecerrados, convocando su paciencia para escuchar la respuesta de su madre.

—¿Crees que las constructoras se dedican a proporcionar información sobre sus clientes? —respondió Claudia desde atrás—. No lo sé.

Y yo, veinte años de matrimonio más dos de noviazgo en mi currículum, perseveraré.

—Te he preguntado que quién más va a vivir ahí.

Y ella.

—Kitty.

—¿Kitty y quién más?

—Y Rebeca.

O, lo que es lo mismo, la subdirectora y la coordinadora de la revista *Mobilia*, un par de singulares ejemplares dignas de ser embarcadas en la próxima misión tripulada a Marte. Kitty es el diminutivo de Catalina y Rebeca probablemente sea un nombre falso. Álvarez-Lorca y Ruiz de Guevara como respectivos apellidos, significantes rotundos de clase social de altura vertiginosa, pasaportes del estilo y el buen gusto, *passwords* de acceso exclusivo, restringido sólo a quienes dividen sus apellidos con un guión o una preposición.

No podía fallar. Si Claudia mostraba esa ansiedad por mudarnos al quinto pino, era porque alguien de su círculo social iba a vivir allí. Kitty, Rebeca y Claudia, valiente trío de feligresas del diseño y la marca, minuciosas etiquetadoras de los objetos que nos rodean. Mesita con cajones de zinc de Gallery Passion, chifonier de haya de L'Arc de Grote, paragüero de hierro y mimbre de Gemma Bahena, butaca colonial de Xavier Cabasés, lámpara de sobremesa de CremeLux. Y nosotros igual. Marido de Claudia, cincuentón todavía en buen estado pese al acojonamiento que le producen los gastos que se le vienen encima. Hijo mayor de Claudia, apuesto joven tampoco en su mejor momento debido a la cogorza que agarró la noche anterior. Hija menor de Claudia, posando con uniforme hortera de colegio trilingüe junto a su nuevo ciclomotor. Todo es susceptible de ser etiquetado para estas conceptistas del grafismo y el marketing, para quienes lo que no puede ser descrito en estos términos no existe.

Me las imaginé a las tres viviendo en esa suerte de lujoso oasis, remozando los alrededores a su gusto. Una valla de madera aquí, un pretil de piedra rústica allá, unas flores silvestres al pie, unos olivos centenarios en esa loma, un rebaño de ovejas al otro lado y un cielo claro pero salpicado de nimbos al fondo, para romper cualquier clase de simetría, como si el campo fuera en efecto ese montón de algoritmos que habían parametrizado en su programa de diseño, en vez del hábitat original de nuestro planeta, el lugar al que consiguieron adaptarse nuestros ancestros y en el que, sin embargo, no seríamos capaces de sobrevivir ni una semana por nuestros propios medios.

Esa misma semana, en mi despacho, me enfrenté a otra hoja de cálculo igualmente incomprensible (quécruz). Es tal la arbitrariedad gráfica de esta herramienta financiera que sólo uno mismo es capaz de entender sus hojas de cálculo, nunca las que hacen los demás. Estuve a punto de coger la pantalla del ordenador y ponerla en posición vertical, a ver si de ese modo las cifras cobraban algún sentido, pero no llegué a hacerlo, quizá porque en ese momento entró en mi despacho uno de mis ayudantes menos queridos, Rubén, el trepa que se muere por ocupar mi sillón. Es fácil reconocerlo: hay uno detrás de cada uno de nosotros. Como suelo, no le hice mucho caso.

—Hoy vamos a liquidar las existencias de las rebajas pasadas —me anunció.

—Muy bien —murmuré yo—. Trata de conseguir un buen precio.

—No te apures, los del mercadillo se lo tragan todo.

El corazón me dio un vuelco. Alehop. Escuché la palabra mágica y me cambió el rostro. Rubén pareció sorprendido.

—¿Te ocurre algo? —dijo.

Y se acercó a mí.

—¿Qué es eso de que se lo tragan todo? —pregunté.

—Me refiero a los precios —contestó con hombros elevados de pretendida inocencia—. Se creen lo que yo mismo ordeno poner en las etiquetas, lo que me parece más conveniente para la empresa. No sé de qué te sorprendes.

—No me sorprende —mentí.

—De ese modo acaban pagando entre un diez y un quince por ciento más de lo que marcaban las rebajas finales. Está todo detallado en la hoja de cálculo que te he pasado por email. ¿No la has abierto?

—Claro que sí.

—Como pones esa cara...

—Pongo la cara que me parece más conveniente para la empresa — repliqué dejando de mirarlo—. Así que vete a liquidar los saldos y me informas luego.

—Te haré una hoja de cálculo con el resultado final.

Eso, pensé sin poder remediarlo, primero tima a los vendedores ambulantes, luego hazme otra hoja de cálculo, a ser posible tan incomprensible como la de antes, y más tarde, si te sobra tiempo, me tejes el nombre de tu puta madre en hilo de oro sobre los calzoncillos. Vaya mierda. Me levanté del sillón con violencia, cualquiera que sea la violencia con que un hombre puede hacer semejante cosa. Me ardía la cara. Tenía las orejas como dos pimientos rojos, muy rojos, toda la sangre pugnando por instalarse en mis pabellones auriculares para protestar ante la podredumbre que me rodeaba. No era bastante con hacer una buena temporada de ventas y una buena liquidación en rebajas, además había que lograr un margen de beneficios con los últimos saldos a costa de los compradores del mercadillo. Sentí vergüenza ajena, arrepentimiento propio, y me dieron ganas de bajar al sótano para alertarlos de que estaban pagando un sobreprecio del quince por ciento, pero no pude hacerlo porque la etiqueta que había encima de mi mesa decía que el jefe de aquel tinglado era yo y por tanto tenía que ser el primer interesado en ese sobreprecio, maldita fuera mi suerte.

Lo único que podía hacer era bajar y asistir a la escena del crimen. No sabía exactamente para qué. Tal vez por puro morbo. Me puse la americana, tomé el ascensor y pulsé el piso menos uno. Mientras descendía iba preguntándome si el tío Jaulín sería uno de los compradores allí presentes. Estuve a punto de pulsar el stop y volver a mi planta por si acaso, pero no lo hice. Nunca me he fiado de ese siniestro botón que contraviene nada menos que la ley de la gravitación universal.

Las furgonetas de los compradores yacían abiertas de puertas esperando sus respectivas cargas. Rubén y unas cuantas chicas de la planta organizaban las prendas por lotes e iban cantando sus precios. Los compradores rumoreaban entre sí y trataban de regatear con Rubén. Era una subasta dinámica y colorista, digna de aparecer en un documental del National Geographic. Procuré pasar desapercibido apostado contra una de las columnas del parking. De pronto lo vi, altivo y huraño como siempre, discutiendo un precio con Rubén. Era el cuñado de Estrella. Busqué a Fidelio sin éxito, seguramente porque se habría quedado al cuidado del abuelo y el

pequeño Gabino. Quizá Estrella sí había acompañado a su cuñado. Otro vuelco al corazón, esta vez acompañado de un terremoto en el estómago, como si me hubiera comido un puñado de termitas. Presentí su presencia. Traté de identificarla entre los compradores, detrás, al lado de su cuñado. Nada. Miré hacia las furgonetas y descubrí una silueta en el interior de una de ellas. El corazón galopó, yo caminé. Alcancé mi objetivo y atisé por la ventanilla. Era ella. Estaba entretenida con el dial de la radio y no me vio. Toqué en el cristal con los nudillos. Se volvió hacia mí y me reconoció. Lo supe porque su rostro se tensó hasta la severidad.

—Hola —saludé señalando el cristal de la ventanilla.

Lo abrió con la mirada fija al frente. Por un momento dudé de que tuviera ojos dentro de las órbitas oculares. Parecía una ciega. Y una muda.

—¿Dónde has dejado a Gabino? —pregunté con forzada familiaridad.

—Se ha quedao con su abuelo.

Había muy poca luz y apenas veía sus labios, pero sentí que las termitas del estómago se estremecían. Era la primera vez que me hablaba.

—¿No va al colegio?

—Hoy no.

No sabía qué hacer para que volviera sus ojos hacia mí. Por mi cabeza pasó la insensata idea de tomarla de la barbilla y girar su cuello.

—Has venido con tu cuñado, claro —dije recurriendo a lo obvio.

Ella asintió.

—¿Por qué no bajas y le ayudas a elegir la ropa? —Sospeché que estaba a punto de mover su cuello. No podía seguir mirando al salpicadero de la furgoneta eternamente—. ¿O es que vienes de chófer? —añadí.

—No sé conducir.

No pude más, puse la mano en la manivela de la puerta y traté de abrirla.

—Ven conmigo —dije al mismo tiempo—. Tal vez pueda haceros una oferta especial.

Entonces sucedió. Se volvió hacia la puerta y la sujetó firmemente para impedir que yo la abriera. Luego elevó el rostro y me clavó la mirada.

—Vete —me dijo—. Si no quieres buscarte problemas, vete.

Balbuceé entre conmocionado y malherido. No esperaba su brusca reacción ni sus ásperas palabras, pero sobre todo no esperaba que sus ojos fueran tan poderosos. En aquel momento tuve la seguridad de que, si no me había mirado antes, era porque sabía de su contundencia. Se había

comportado como un toro de lidia bien armado que hubiera decidido indultar a su torero. Había sido clemente conmigo hasta que mi osadía pudo más que su paciencia.

Subió de forma apresurada la ventanilla y devolvió su atención a la radio. Yo caminé hacia atrás, como quien acaba de ser liberado por un ovni que previamente lo ha abducido, como un asesino recién arrepentido o un sonámbulo desorientado. En mi mente sólo había una cosa, un color, la ausencia de cualquier color, el negro de la noche, de la noche sin luna, de la luna nueva. Los ojos de Estrella eran negros, pero no de un negro cualquiera. Emitían una honda oscuridad que se confundía con la sombra del parking, cegándolo todo, como una incandescencia invisible, agujeros negros hambrientos de brillos, estrellas invertidas emitiendo el reverso de la luz.

Seguí tambaleándome, parecía ebrio. Había deseado esa mirada con tantas ganas que su intensidad había convertido mi deseo en miedo. Me temblaban las piernas y las termitas del estómago andaban ya por el intestino. Sin poder evitarlo tropecé contra una columna del parking y aproveché para darme la vuelta. El cuñado de Estrella estaba frente a mí, peorencarado que nunca. Empujaba una transpaleta sobre la que había un contenedor lleno de prendas que acababa de comprar. Silbó sin dejarme pasar. Estrella salió de la furgoneta para ayudarlo a cargar. Él se apartó despacio dejándome un estrecho hueco entre su cuerpo y la columna para que me fuera lo más rápidamente y lejos posible, tal como indicaban sus ojos.

Guardé la compostura. No pensaba irme, no así, no porque él me lo ordenara aunque fuese sin palabras. Levanté la vista y busqué algo que reclamara mi presencia. No muy lejos vi a Rubén y las chicas de la planta. Me dirigí hacia ellos y me interesé por las ventas. Me contaron algo que no entendí porque no lo escuché o viceversa, tanto da porque me importaba un pimiento del color que fuera. Seguía cegado por la negrura de Estrella, incapaz de prestar atención a nada más. Asentí con la cabeza varias veces, haciéndome el convencido, delegué sin contemplaciones y regresé a la furgoneta. Ya habían terminado de cargar la mercancía y cada uno había ocupado su lugar, él al volante, ella a su lado. Antes del sonido del motor escuché gritos, voces enmudecidas por la carrocería del vehículo. Estaban discutiendo, él gesticulaba con las manos, ella volvió el rostro hacia la ventanilla (tampoco quería mirarlo). Arrancaron y se fueron. Las termitas abandonaron el intestino y subieron al pecho, me faltaba el aire, y luego

siguieron ascendiendo hasta la cabeza. Un instinto animal me transfiguró. Ya no era el subdirector de los grandes almacenes ni un hombre llamado Ricardo. Era un macho contemplando cómo un congénere se llevaba a una hermosa hembra en su furgoneta. Sentí la llamada de la naturaleza, un deseo irrefrenable de correr tras ellos, enfrentarme a él y liberar a Estrella. El clásico sueño adolescente de chico salvachica pero en vigilia y a punto de prejubilarme. Tenía poco tiempo para reaccionar, el suficiente para darme cuenta de que no estaba lejos de mi plaza de garaje. Me eché a correr. Rápidamente. Mi forma física de veterano tenista jugó a mi favor. A veinte metros de mi coche pulsé el mando a distancia.

—Activando chequeo automático —dijo con voz femenina.

—Calla y vuela —le respondí mientras lo estremecí con un formidable acelerón.

Es un doscientos veinte caballos y subió la rampa del parking como si fuera plana. Al llegar arriba busqué la furgoneta. Estaba a unos cien metros de distancia, avenida arriba. Zigzagueé con soltura por entre los demás vehículos y me situé a tres cuerpos de ella. La voz femenina me recordó que no llevaba puesto el cinturón de seguridad. No estaba para recordatorios. La furgoneta se cambió de carril y giró para incorporarse a otra avenida. Ningún otro vehículo lo hizo, de modo que no me quedó más remedio que colocarme tras ellos. Bajé la visera del parasol tratando de pasar desapercibido. Era una medida innecesaria porque no miraban hacia atrás ni por el espejo retrovisor. Tampoco se miraban el uno al otro. Estaba claro que habían dejado de discutir. O quizá sólo hubieran comenzado. El semáforo cambió de color. Arrancaron, arranqué. Dejé que otro vehículo se interpusiera entre nosotros y sonreí fugazmente. Después de todo, estaba bien haber visto y leído tantas películas y novelas de policías y detectives. Nunca se sabe cuándo vas a tener la oportunidad de poner en práctica todo lo que el cine y la literatura te enseñan a lo largo de la vida.

Otra vez el intermitente y un cambio de rumbo. Nos dirigíamos hacia uno de esos barrios de las afueras, bloques de casas clonados y ordenados como las celdas de una hoja de cálculo, salpicados de vez en cuando por una plaza o una zona que pretendió ser verde y sin embargo era marrón. No había más vehículos circulando por allí. El tráfico había sido sustituido por peatones. La gente estaba en la calle como si fuera un día festivo. De nuevo y por fin el último intermitente y un giro para acceder a una pequeña plaza

rodeada de edificios de cuatro plantas. Habíamos, habían llegado. Mi coche comenzó a levantar expectación entre la chavalería que jugaba en la calzada. Decidí aparcar más allá, cerca de una obra en construcción, junto a otros vehículos. Antes de salir me quité la corbata. Era mediodía y hacía sol, ni siquiera necesitaba la americana. Caminé hacia la plaza y me asomé a su interior parapetado tras un seto de cipreses. Era un espacio holgado donde convivían coches, furgonetas, niños jugando al balón y adultos sentados en bancos.

La furgoneta que había estado siguiendo me mostraba esta vez su rostro (los faros achinados, la rejilla sonriente y la matrícula llena de caries). El sujeto malcarado abrió la persiana metálica de un local, sin duda el almacén donde pensaba guardar la mercancía. Estrella se aproximó a un banco donde había un gigante y un niño y les dio un susto por detrás. Eran Fidelio y Gabino. Ambos rieron, especial y estentóreamente Fidelio, aunque dejó de hacerlo enseguida para ayudar a su hermano. Estrella se quedó con su hijo en el banco. Busqué sin encontrarlo al tío Jaulín. Reconocí, sin embargo, a otros miembros del mercadillo charlando tranquilamente en corrillos. Formaban una de esas escenas que solían plasmarse a plumilla en siglos precedentes, una estampa costumbrista que invitaba al relax y la contemplación.

Ahora que Estrella estaba a salvo mi instinto animal había desaparecido. Volvía a ser yo, o al menos una parte de mí. Puede que nunca volviera a ser el mismo. Quizá nunca seamos un yo sino más bien una evolución de ese yo. Era consciente de que tenía que marcharme, aunque no me apetecía hacerlo. Me encontraba a gusto allí. Y lo único que sentía era que no estuviera el tío Jaulín. Habría sido mi única oportunidad de quedarme un rato más.

—¿Qué hace usted aquí?

Alguien me habló a la espalda. Ya me parecía a mí. Estaba a punto de meterme en un buen lío y era posible que tuviera que volver a sacar al tenista que llevo dentro, así que antes de nada inspiré el oxígeno de los cipreses. Luego me di la vuelta dispuesto a esbozar una excusa y marcharme, pero sonreí.

—Qué alegría me da verlo, tío Jaulín.

Él no me devolvió la sonrisa.

—¿A qué ha venido?

Tenía que hilar fino.

—Pasaba por aquí y me he detenido un momento para hacerle un regalo

a su nieto.

—Traiga.

Su tono era firme. Quería comprobar si estaba diciendo la verdad.

—Lo tengo en el coche. Allí, en la obra, acompáñeme.

Cualquiera creería que no tenía nada para el niño, que sólo había sido una excusa e iba a tener que salir pitando. Pero no.

—Tenga.

Le dije al tío Jaulín mientras le tendía el cochecito de plástico que había comprado en el mercadillo. E inmediatamente se relajó y sonrió, lo que indica el valor que la sinceridad tenía para él. Antes de continuar, le pregunté por el nombre del cuñado de Estrella. No quería seguir llamándolo sujeto malcarado.

Se llama Onofre, Ono para los allegados, porque amigos debe de tener muy pocos el desgraciado, según me contó el tío Jaulín mientras dábamos una vuelta por los alrededores. Onofre, Gabino y Fidelio eran hermanos, tres traviosos muchachos con las mismas ganas de guerra, el terror del barrio con sus trastadas. A su lado, los demás chavales parecían los monaguillos de la parroquia. Fueron, son conocidos por el apodo de su familia, los Teleles, un clan de hombres y mujeres nobles, gentes con nombres singulares y pocas palabras en la boca, todos muy respetados en la comunidad. Algunos muy temidos, como era el caso de Onofre. A veces el respeto es una calidad de temor. Quizá siempre.

Gabino era el menor de los tres. Más hablador y cariñoso, menos cerrado al clan, por eso Estrella se fijó en él. Por eso y porque era un buen mozo. Los Teleles son todos buenos mozos y buenas mozas. Altos, esbeltas, robustos, tersas, varoniles, guapas, un genotipo especial, pero no casual porque sus uniones carnales se deciden siempre en consejo familiar (ignoro si con o sin presentación powerpoint). Desde tiempos muy lejanos, antes de dar su aprobación a una boda, los Teleles se reúnen para examinar al macho y a la hembra y valorar sus posibilidades de reproducción.

No hay por qué extrañarse. Yo mismo conozco parejas unidas por patrones físicos, sociales o económicos que nada tienen que ver con la aleatoriedad de los sentimientos, si éstos fueran libremente expresados. De igual manera, los Teleles no permiten que ninguno de sus miembros se aparee con un macho o una hembra que no cumpla una serie de requisitos físicos. El clan aceptó a Estrella como esposa para Gabino sin ninguna dificultad porque, según su padre, su hija era mucha mujer. Yo no lo habría expresado mejor. Debían de hacer una pareja de cine, prueba de lo cual era su hijo Gabino, que tenía el pelo y las facciones de su padre. Los ojos eran de su madre.

—¿Usted se ha fijao en los ojos de mi hija? —me preguntó el (estavez) incauto tío Jaulín.

—Muy bonitos, sí —respondí con ese saber estar que me caracteriza.

Y de inmediato me alegré de ser un hipócrita. De lo contrario habría tenido que confesar que me había enamorado fulminantemente de su hija cuando hacía tan sólo un rato me había clavado la mirada como se clavan los puñales, directamente a las vísceras, hiriéndome de muerte. Desde que aquellos ojos me habían cegado con su oscuridad, nada me importaba en el mundo excepto seguir mirándolos, aun a riesgo de seguir muriendo. Y, seamos francos, esto dicho en un barrio de las afueras, delante de un anciano con bastón de mando, y haciendo referencia a la viuda de uno de los célebres Teleles habría sido tan juicioso como llamar «bola de sebo» a un luchador de sumo. Y perdón por la comparación (sobre todo para quien sea uno de esos luchadores). Así que no dije nada más.

Después de su matrimonio, Estrella se convirtió en una Telele para el resto de sus días: por eso regentaba el puesto del mercadillo junto a Onofre y Fidelio, por eso era invitada a las reuniones y celebraciones familiares y por eso...

—... de momento no puede volver a casarse.

El tío Jaulín pronunció esta frase con la voz trémula, reconociendo lo arduo que es sufrir la implacabilidad de una ley que uno mismo ha proclamado. Estrella se había convertido en una esclava de su pasado sin haber cumplido aún los treinta años. Y eso resultaba demasiado cruel incluso para un venerable patriarca, quizá porque nadie es ajeno al tiempo que vive, ni siquiera un hombre vestido de negro como el tío Jaulín. Estábamos en el siglo veintiuno. Él también. Pero su hija no podía volver a relacionarse con ningún hombre en mucho tiempo y, aunque formalmente lo aprobase, sustancialmente lo deploraba, porque eso implicaba negar su felicidad. El padre es siempre antes que el hombre, antes que el patriarca. Si uno no tiene hijos y/o no es un venerable patriarca, es difícil de entender.

Mi curiosidad se había saciado sólo de manera parcial. Quería seguir interrogando al tío Jaulín y preguntarle más cosas, como por ejemplo cómo murió su yerno, pero no quise arriesgarme a desvelar mis verdaderas intenciones. No tan pronto. Tenía que buscar otro tema de conversación. Y rápido. El silencio estaba empezando a resultar incómodo.

—Ustedes viven muy intensamente la muerte de sus familiares, ¿no es

así?

El tío Jaulín se detuvo y me miró un instante. Estoy seguro de que pensó que se encontraba ante un verdadero estúpido.

—Lo digo por el día de Todos los Santos —maticé después de carraspear un par de veces—, cuando se reúnen alrededor de sus muertos en los cementerios.

—Y ustedes se dedican a disfrazar a sus niños de muertos la noche anterior y los mandan a llamar a las puertas de sus vecinos —replicó él con voz tajante—. No sé qué es más intenso.

Me callé. El silencio no era tan incómodo, después de todo.

—¿Quiere usted conocer a mis antepasados muertos? —preguntó de pronto esa caja de sorpresas con apariencia de homo sapiens—. Sígame, se los enseñaré.

Y se desvió hacia unas escaleras que descendían a nuestra derecha y daban a la parte de atrás de las viviendas. Me hizo recorrer una acera estrecha, doblar una esquina y entrar en un patio cuadrado presidido por una soberbia jaula de hierro forjado llena de pájaros que se alborotaron ante nuestra presencia.

—Aquí los tiene —anunció con gravedad.

No comprendí pero sonreí como un niño ante una prometedora adivinanza. Los pájaros recuperaron la cordura y se posaron en un tronco retorcido que había dentro de la pajarera. Eran en su mayoría periquitos, jilgueros y canarios.

—El tío Potranca, la tía Marcela, el Collejas, la Polola, el Antoñito, la tía Jaulita, el Pelanas, la Josefina, Carmelo y la Paca, el abuelo Manuel y la abuela Carmen, los Porqueros: Domingo y Tomás, las tres Marías: María Pía, María Luisa y María Irene, la Dolores, el tío Mostaza y su mujer, la Emilia.

Seguí su dedo mientras iba señalando y nombrando.

—Son mi familia —dijo para terminar.

—Mucho gusto —pronuncié con toda solemnidad.

Tuve la impresión de ser uno de esos palurdos que pillan in fraganti en los programas de bromas que dan por televisión, pero el tío Jaulín no tardó en apiadarse de mí lanzando una sonora carcajada.

—No se acojone, hombre —dijo poniéndome una mano en el hombro—. Son sólo pájaros con nombres de muertos, no muertos encarnados en pájaros, que no es lo mismo. Desde chico me ha gustado criarlos, siempre en jaulas

pequeñas y sucias. Cuando vinimos a vivir al barrio, me construí esta pajarera pa que mis antepasaos tuvieran más sitio y estuvieran más cómodos. Incluso me puedo meter dentro y ellos no se asustan. Mire.

Y lo hizo. Descorrió el cerrojo y entró en la jaula ralentizando sus movimientos para no asustar a algún despistado. Se metió una mano en el bolsillo de la chaqueta, la sacó y la extendió palma arriba para que los pájaros pudieran comer el alpiste que les ofrecía. Parecía una estatua en mitad de una plaza.

—¿Y cómo sabe cuál es cuál? —pregunté desde el exterior—. Se parecen mucho.

—Esto es como lo de los chinos —respondió extendiendo el índice de la mano derecha para que se le posara un periquito azul—. Todos parecen iguales pero no lo son. Fíjese. Este periquito, por ejemplo, es el tío Mostaza, un hermano de mi padre, y ese otro que hay sobre la rama es la tía Marcela, una prima hermana. Los dos son azules y blancos, ¿los ve?

—Son idénticos.

—Pues mire usted por dónde, uno es macho y otro hembra. Casi ná la diferencia, ¿no cree?

—Y tanto —contesté aceptando su complicidad.

El tío Jaulín salió de la jaula con cuidado para que ningún pariente se escapara.

—Luego vendré a llenar los comederos.

—¿Viene todos los días?

—Se pueden llenar pa dos días, tres como máximo. Después el agua huele mal y el alpiste está lleno de cáscaras y cagadas.

—¿Y si usted no puede venir?

—Mando a Estrella. No viene muy a gusto pero viene. Sabe lo importante que es esta jaula pa mí. —Entonces suspiró y cabeceó incómodo—. Y eso que una vez, estando yo de viaje, me hizo una buena jugarreta.

—¿Qué pasó?

—Pregúnteselo a ella y lo sabrá —añadió cerrando los ojos—. Yo no quiero ni acordarme.

Las termitas se despertaron en mi interior al escuchar esa explícita invitación a hablar con Estrella. Era un consentimiento paterno que no esperaba y que, quizá por eso, me inyectó una dosis extra de juventud en

vena, como si fuera un pretendiente ganándose el afecto y la confianza de su futuro suegro.

Salimos del patio y subimos las escaleras. Después de doblar otra esquina regresamos a la plaza. Habíamos dado una vuelta completa a la manzana. Estrella seguía con Gabino en el banco, pero la furgoneta ya no estaba, ni tampoco Onofre. El tío Jaulín avanzó hacia el centro de la plaza y me hizo una seña para que le siguiera. La verdad, lo hice con poco convencimiento, sintiendo que estaba violando alguna clase de intimidad. Cruzamos por un campo de fútbol sala que había pintado en el suelo, donde unos chavales detuvieron el juego para no darnos un balonazo. Tan pronto como vio a su abuelo, Gabino fue corriendo hacia él. Estrella se volvió desde el banco y sonrió a su padre. Luego reparó en mí y se levantó componiendo la viva imagen de quien ha visto un fantasma.

—¿Qué hace él aquí? —le preguntó a su padre con un fondo de amenaza en la voz.

—Ha venido a traerle un regalo a Gabino —contestó con naturalidad el tío Jaulín, como si yo fuera un familiar (uno de sus pájaros) y revoloteara por allí a menudo.

—No queremos ná —dijo ella con rotundidad.

—Es sólo un cochecito de plástico, hija —explicó su padre dirigiéndose hacia mí—. No puedes rechazarlo. Lo compró en el mercadillo.

Le di el cochecito al niño. Él miró a su madre antes de aceptarlo. Lo extrajo del envase, lo dejó en el suelo, cogió una piedra bastante grande y lo chafó. El tío Jaulín aplaudió muy contento.

—Le ha gustao —me comunicó riendo—. Eso quiere decir que le ha gustao mucho, ¿verdad, Gabino?

Y Gabino asintió. No te digo si no le llega a gustar lo que hubiera hecho el angelito. Lo mismo le habría pegado fuego. No entendí nada. Lo que sí comprendí fueron las palabras de su madre.

—Gracias —dijo evitando una vez mis ojos—. Y ahora márchese.

No supe qué hacer, salvo pedir tácitamente ayuda al tío Jaulín.

—Le acompaño —resolvió él tomándome del brazo para volver a cruzar el campo de fútbol y salir de la plazuela.

—¿Por qué ha hecho eso? —pregunté al tío Jaulín.

Él me miró. Habían pasado varias cosas, pareció decirme.

—¿Por qué ha destrozado el coche si le ha gustado? —especifiqué.

—Porque siempre ha vivido al lado de un desguace de coches. No está acostumbrado a verlos enteros, los prefiere chafaos.

A mi memoria vinieron recuerdos de las fiestas de cumpleaños en casa de mis padres, siendo yo un niño, o en mi casa, cuando mis hijos eran pequeños. Traté de imaginar la cara que habríamos puesto si uno de los niños hubiera abierto su regalo y lo hubiera chafado con una piedra para hacerlo más familiar. Habría sido tan violento como aceptar que nuestro mundo estaba chafado, era amorfo y no funcionaba bien. Y sin embargo, el hasta ahora siempre lúcido tío Jaulín se había reído de buena gana cuando su nieto proclamó la estética de su mundo.

Ahí estaba la gracia, la diferencia entre la estética y la esencia de las cosas. El mundo del tío Jaulín, aunque estéticamente pudiera ser representado por un desguace de coches, era esencialmente puro. Un mundo que no dependía de patrones estéticos. Justo lo contrario que el mío, sumergido hasta la hipoxia en un ambiente de tonos cálidos, combinando el lino de las cortinas de Adelino Cruz con el algodón del sofá de Blanca Milán y el forro de los cojones del abajo firmante. Maldito sea una y mil veces por sincerarme a estas alturas de mi existencia, a mis años, después de haber militado toda mi vida en el partido de la moda, el diseño y el marketing, después de haber juzgado siempre por la presencia, evaluando el iceberg por la cresta que sobresale del océano en vez de haberme molestado en bucear para comprobar sus verdaderas hechuras, si se me permite esta digresión de latitud ártica.

Claudia nos empujó al coche para visitar los terrenos de la urbanización donde pretendía que fuéramos a vivir. Todos protestamos a nuestra manera. Gus aludió a sus próximos exámenes, Carol tenía una cita virtual en una de las redes sociales que frecuenta y yo, como suelo, guardé silencio. No quería decirles, todavía no, nada de mi jubilación. Claudia conducía. Salió de la ciudad, hizo seis o siete kilómetros de autovía y tomó una sinuosa carretera que rodeaba una loma y terminaba junto a uno de esos carteles que anuncian una próxima construcción. Había tres coches más allí, dos de los cuales pertenecían a Kitty y Rebeca. Salimos del nuestro y comprobamos que el

tercero era el del vendedor de la inmobiliaria. Automáticamente me puse en guardia. No hay nadie que tema más a un ejecutivo que otro ejecutivo, aunque pertenezcan a sectores comerciales distintos. Antes de nada nos dedicamos a admirar el paisaje. Muy bonito: un desierto de matorrales, piedras y lagartijas digno de un spaguetiwestern.

Era una encerrona. Como si unos cuatreros hubieran detenido nuestra diligencia en mitad de aquel paraje, íbamos a ser desvalijados por Kitty y sus secuaces, que se acercaban a nosotros con rotundas sonrisas en el rostro. Son como la muñeca Barbie, siempre sonriendo aunque no proceda, lo cual es imposible porque procede sonreír siempre, si no por alegría, por ironía o por pena, tanto da. Nos besamos, olían a perfume, sabían a maquillaje y parecían de plástico. Muñecas de cincuenta tacos, más maqueadas que la reina de un carnaval, con los gestos y las palabras grabadas en un chip de memoria, porque casi siempre hacen y dicen lo mismo.

El agente inmobiliario tomó la palabra para explicarnos la orientación de las viviendas y la localización de la piscina, el lago, el campo de golf y las distintas zonas ajardinadas. No era exactamente Ken, porque tendría poco más de treinta años y Ken debe de peinar ya sus canas. Pongamos que era el hijo de Ken: gomina, traje, corbata chillona, zapatos de hebilla al costado, el vendedor apropiado para las Barbies que tenía delante, alguna de las cuales, por cierto, había debido de pasar por el cirujano de la silicona porque lucía pecho de postín. Destilaban una carga extra de erotismo tal como iban vestidas, pero no había que confiarse. Lo más probable era que desnudas no valieran nada. Sin sujeciones, tirantes, medias, maquillaje y demás aparejos, estas Barbies se convierten en lo que realmente son.

El hijo de Ken nos paseó alrededor del supuesto perímetro de la urbanización para que nos hiciéramos una idea de sus verdaderas dimensiones. Claudia, Rebeca y Kitty lanzaban grititos y oes de sorpresa, en el caso de Claudia bastante más intensos que los que pronuncia cuando llega al orgasmo. Según mostraba el dibujo del cartel, un largo muro de piedra recorrería ese mismo perímetro para servir de linde y límite de la urbanización. Las tres Barbies aplaudieron la idea, pero yo me quedé más preocupado aún de lo que ya estaba porque ese muro evidenciaba que aquel lugar no iba a ser más que un gueto (una clase de). Estaba claro. Querían

construir un reducto ajeno al resto del campo, de la región, del mundo. Un espacio exclusivo como la gente que lo habitaría, cerrado al exterior para preservar su identidad y evitar contagios sociales.

Me hice la siguiente pregunta: ¿es éste mi destino, el destino de un hombre que aspiraba a cambiar el mundo: vivir en un gueto ajeno a la pluralidad del planeta, confinarme en el bienestar de mi clase, ser menos ciudadano del mundo que nunca, un simple aldeano, menos aún, un simple huésped de fonda, un cadáver en su ataúd, un esqueleto en su cuerpo, un corazón en su caja torácica, un alma en su purgatorio?

Miré mi reloj de pulsera con ansiedad, como quien tiene prisa. No la tenía, pero alguien debía sacarme de allí. Y además con urgencia. El hijo de Ken remató su argumentación y nos entregó un dossier con los planos, los precios y la propuesta de financiación. Preferí no abrirlo. Nos despedimos con precipitación y volvimos a meternos en el coche, donde no tardé en recibir el reproche de Claudia aludiendo a mi sempiterna prisa por irme de los sitios. No me defendí, quizá porque en este caso tenía razón. En vez de eso me dejé conducir en silencio hasta el edificio de los grandes almacenes, ante cuya puerta de entrada me apeé del coche.

Subí a mi despacho, encendí el ordenador y leí los correos pendientes. Uno de ellos era de Rubén. Lo abrí y, en efecto, tal como preveía, era la incomprensible hoja de cálculo en la que se mostraba la liquidación final de las prendas de la temporada anterior. Me asaltó la curiosidad y comprobé con dolor (y con un considerable esfuerzo) que los precios de venta para la gente del mercadillo habían sido un catorce por ciento más caros que la media de las últimas rebajas. Maldito fuera Rubén, yo y las madres que nos habían parido respectivamente.

Me dieron ganas de echarlo todo abajo, llamar a los compradores del mercadillo, decirles que se había producido un error informático (adoro este eufemismo) y hacer todo lo posible para devolverles ese injusto sobreprecio. Tuve incluso la intención de pagarlo de mi propio bolsillo. Cualquier cosa menos permanecer allí sentado como el habitante de un pequeño gueto compuesto por una mesa, un sillón giratorio y un ordenador personal.

Entonces fue cuando abandoné mi despacho y en menos de cinco minutos volví a sentarme, esta vez en el asiento de mi coche. Cuando descargué mi ira sobre sus doscientos veinte caballos y revolucioné su motor sin contemplaciones mientras salía derrapando del parking de la empresa.

Entonces fue cuando, sin dirigirme a ninguna parte, conduje rápida y ágilmente como si tuviera prisa. Cuando, en el fondo, deseé que me detuviera un guardia, que me siguiera un coche patrulla de la policía como en los viejos tiempos. Entonces fue cuando me di cuenta de que me seguían y Fidelio me asestó un puñetazo en la boca del estómago, dos patadas en el pecho y una en el vientre, cuando lo llamé colega y le invité a cenar en un buffet libre, cuando hablé con él y descubrí sus singulares hábitos alimentarios. Entonces fue cuando nos hicimos amigos.

Segunda parte

Claudia me propone ir a una exposición de arte contemporáneo. Quiere hacer unas fotos para la revista. Supongo que allí estarán igualmente Kitty y Rebeca. Incluso es posible que sea otra encerrona para convencerme de que compremos el chalet en el campo. Mis hijos también están invitados pero se escaquean a la velocidad del correcaminos, objetando una retahíla de excusas que para mí querría. Chiummm.

Claudia se ha vestido de Barbie progre. No es para menos, el arte (con o extratemporáneo) sigue siendo un pasatiempo de la burguesía, pero de la progre. No confundamos. Así que en una galería de arte no se ven abrigos de pieles ni joyas caras como cuando uno va al teatro o a cenar por ahí, sino chaquetas, zapatos y bolsos de ante, cazadoras de piel, cuellos altos, pelos de colores y muchas gafas. Es fundamental que el intelectual demuestre en público cómo sus innumerables lecturas y exposiciones han minado su salud ocular. Claudia no lleva gafas más que para leer en la cama y alguna vez para retocar sus fotos ante el ordenador. Son simples lentes para ver de cerca y corregir su ligera presbicia. Si las lleva puestas hoy es porque son parte de su atuendo, como los pendientes de latón o los collares de pedrería.

Sin embargo, esa estética me trae el recuerdo de la Claudia que conocí en la facultad, una joven fotógrafa que exponía a menudo en una sala de Filosofía y andaba siempre detrás de una instantánea que sirviera para ilustrar la portada del periódico estudiantil en el que yo mismo escribía. Un esbirro del poder agrediendo a un compañero, una carga policial, una sentada, una pancarta, una pintada, una asamblea concurrida, un profesor enrollado leyendo un manifiesto o un mar de cabezas zambullido de puños en todo lo alto.

En cuanto llegamos a la sala de exposiciones Claudia se separa de mí y busca a sus colegas de la revista. Yo me voy en sentido contrario, por si acaso. Encuentro caras conocidas que me saludan. Devuelvo los saludos pero aparento llevar prisa. Intento no tener que hablar con ese desconocido que te

saluda muy afablemente y te hace sentir fatal porque no tienes ni puta idea de quién es. Nada como la prisa para ser disculpado. Es curioso. Hasta los peores valores de nuestro tiempo pueden ser útiles si se carece de los escrúpulos oportunos. Claro que llevar prisa por la calle es más eficaz que hacerlo en una galería de arte por una simple cuestión de longitud. He llegado a la sala donde expone el artista, no tengo más remedio que entrar.

Es una estancia en forma de u, con todo tipo de prendas de vestir y objetos domésticos colgados de las paredes. Por un momento creo haberme colado por error en un almacén de cacharros inútiles. Pero no. Es la jodida exposición. Es bien conocida la afición de los artistas por integrar los objetos cotidianos en su obra, lo que resulta una trampa para el espectador. Puedes estar admirando un paraguero que hay en una esquina, tratando de desvelar su significado (la sequía del mundo intelectual, la inspiración interpretada como un diluvio sin paraguas, la soledad del artista como un paraguero en día de sol) y descubrir que es un paraguero de verdad. Y por extensión lo mismo puede suceder con un cenicero, una mesita, una lámpara o incluso un sillón. O al revés. A más de uno conozco yo que se ha echado una siesta en una obra de arte con forma de butaca.

Veo a Claudia y Kitty hablando con el autor. No lo conozco personalmente pero sé que es el autor porque es el que lleva las gafas de color fosforescente. Él las guía por la sala dándoles explicaciones, lo mismo que el vendedor de pisos. Vuelvo a huir en sentido contrario pero he de detenerme ante un lienzo increíble. Una tela de casi tres metros cuadrados circundada por un discreto pero resistente marco de metal. Pestañeo. No puedo dar crédito a lo que veo. Nada. La tela está en blanco, desnuda, sin pintar, tal como salió del taller donde se fabrican los lienzos. No puede ser, me digo, y busco en el catálogo de obras expuestas. Es. Me acerco para ver si hay algo pintado muy sutilmente que no sea visible desde la distancia. Tampoco. Ni una pincelada, ni una mano de barniz, la tela cruda. Puede que el intríngulis de aquel capricho esté enmascarado en el título de la obra. Seguro. (Una vez asistí a una exposición de arte en la que sólo había calzoncillos de caballero y bragas de señora, pero al menos se titulaba «Culos».) En el catálogo no pone el título de la obra pero hay una plaquita bajo el lienzo. Menos mal. Me acerco con cierto sigilo, desconfiando de que una palabra o una frase sean capaces de compensar aquella escasez cromática. Y lo que veo no sólo no compensa ni justifica nada, sino que eleva la temperatura de mi flujo

sanguíneo, colorea mis pabellones auditivos y me hace exclamar un mal disimulado taco, espontáneo y natural, y seguramente también grosero, porque el título de aquel insulto es nada menos que «Sin título».

Por el demiurgo creador de la vida, ya sea uno de los símbolos iconográficos de las religiones mundanas o un cataclismo energético rastreable mediante microondas, qué agria náusea, qué nauseabunda acritud siento al contemplar aquella burla de todos los códigos deontológicos del arte y los artistas, aquella prueba fehaciente de que no es arte todo lo que se cuelga en las exposiciones de los museos. Temo caer en la tentación de subirme encima de una silla y arengar a los presentes contra la explotación de nuestra sensibilidad, arrancar la etiqueta del cuadro y pegársela al paragüero (que no será arte pero sí artesanía) o incluso coger el paragüero y ponérselo de sombrero al artista de las gafas de colores. Cualquier cosa menos seguir ahí, de pie frente al abismo insondable de la falsedad. Por suerte para mí, en ese momento se abre una sala anexa y se nos invita a tomar un vino español.

Para ser exactos me tomo once vinos españoles, una docena de canapés, cuatro copas de cava y tres bombones de esos que se presentan en simétrica pirámide y que, contraviniendo las leyes de Murphy, no se caen (los puñeteros). En estos momentos me estoy tomando la quinta copa de cava y estoy algo mareado. No sé si será por eso, pero hay una camarera vestida de camarera que me la está poniendo algo más que morcillona. Lo de vestida de camarera significa que lleva un vestidito negro y un delantal atado a la cintura. El vestido lo describo en diminutivo porque es minifaldero y de allí, de la minifalda, parten un par de piernas bien formadas y mejor presentadas en envases de nylon que terminan en unos zapatos de tacón. En resumen, que más que ser una camarera parece ir disfrazada de camarera, que no es lo mismo ni de lejos. Ni vestida de enfermera (con los consabidos ligeros y medias blancas) me la habría puesto más dura.

Me acabo la copa de cava y voy tras ella en busca de otra. Le miro el culo y siento el disparatado deseo de levantarle la faldita, bajarle las medias y las bragas y enchufarle el miembro hasta la altura de las gónadas en lo más tierno de su organismo. Que el demiurgo de guardia me perdone por este inexcusable atropello, pero es que la combinación del vino y el cava es mortal para los delirios sexuales. Por suerte me queda un ápice de juicio en el caudal de testosterona y alcohol que recorre mis venas y la dejo ir. Me siento como un cerdo en un lodazal, sucio y maloliente, borracho y zafio. Bastante

tendrá la pobre con llevar ese ridículo uniforme de camarera de puticlub, sirviendo copas con cuidado para no derramar su contenido entre una multitud de chaquetas de ante y piel, como para aguantar las babas de un limaco como yo.

Me entran ganas de ir tras ella para pedirle perdón por haber fantaseado a su costa, por haberla tratado como una mujer objeto, pero en ese momento alguien comienza a leer un discurso desde un extremo de la sala. Es el artista. Claudia y otros fotógrafos de prensa lo immortalizan mientras habla. No sé qué cojones dice ni me importa. Que se vaya a la puta mierda: él, su cuadro sin título y el paragüero de la esquina. Apuro la copa y siento una reacción natural de mi organismo. Sin hipocresías ni falsedades me dirijo hacia el extremo donde habla el artista y espero a que termine. Mientras el público aplaude, aprovecho para hacerme con el micrófono y comprobar que sigue encendido (on). Claudia me mira desconcertada. Es la única. Los demás me miran expectantes, creyendo que tengo algo interesante que decir. Y en efecto así es. Aproximo el micrófono a la boca, abro esta última y lanzo un eructo (quizá un erupto), breve pero grave, justo cuando Claudia aprieta el disparador de su cámara digital.

Luego me hago un hueco hasta la salida cosechando a mi paso varias muestras de desagrado. Incluso la camarera me mira con disgusto, lo cual me redime de mi pecado sexista hasta donde ella no es capaz de imaginar. Fidelio tiene razón. Eructar es un acto reflejo y natural, sobre todo si te has metido en el buche tantas burbujas como yo, así que mi acción está libre de pecado. Cosa que no puede decir el artista que ha colgado en la exposición un trozo de tela sin nada dibujado, ni siquiera su firma, ni siquiera un título. Creo que esto último lo digo en voz alta.

Salgo a la calle y me dejo despeinar por una brisa fría y reconfortante que se ocupa de conjurar parcialmente el maleficio del alcohol. Me he emborrachado muchas veces pero nunca con la lucidez que ahora percibo. Y que me lleva a hacer lo que me apetece. Parece que me haya bebido una poción mágica en vez del fruto de las uvas del país. Aun así no es prudente que conduzca, de manera que me acerco a una parada de taxis y doy la dirección del tío Jaulín. El taxista me mira por el espejo retrovisor con el ceño fruncido. Algo no le cuadra: o el pasajero o el destino. O ambas cosas. Debe de ser la primera vez que lleva a un distinguido ejecutivo a una barriada de las afueras. Que le den morcilla. Espero que le cueste un buen rato llegar,

aunque eso redunde en contra de mi bolsillo. Me recuesto en el asiento del taxi y dejo que las imágenes que pasan por la ventanilla me adormezcan. Es una sensación a la vez olvidada y agradable: viajar sin conducir dejando que sea el paisaje quien circule, como si estuviera siendo teletransportado en un vehículo inmóvil, con un sonsonete de tertulia radiofónica de fondo y un penetrante aroma a ambientador vegetal.

Una inmutable sonrisa adorna mi rostro. Es la mezcla del alcohol y el eructo que acabo de dedicar a toda esa pandilla de borregos con gafas. Mi primer acto contra el sistema después de muchos años de no activismo, la prueba de que tal vez reste algo de vida en este cuerpo adocenado y servil, en este soldado que una vez fue guerrero. El taxista me saca de mi abstracción comunicándome el importe de la carrera. Lo abono y me apeo. Es tarde y apenas veo a nadie por la calle. Puede que el tío Jaulín esté en casa y no consiga hablar con él, pero ya que estoy aquí me encamino hacia su pajarera.

Sus ancestros se alborotan ante mi inesperada presencia. No tardan en calmarse y se posan sobre el tronco seco, verdadera rama del árbol genealógico del tío Jaulín, Estrella y Gabino. Me siento en una piedra y observo los pájaros. Ellos también me miran e incluso es posible que alguno esté dando noticia de mi persona a otros congéneres. Puede que los pájaros piensen que quien vive en una jaula soy yo.

Observo que los comederos están llenos de cáscaras y cagadas, lo que significa que el tío Jaulín no ha pasado por aquí en todo el día. Como si se tratase de una clase de invocación, a este pensamiento le siguen un sobresalto, unos ruidos cercanos y posteriormente un pacífico alivio en cuanto lo veo aparecer en persona. Su primera reacción es la sorpresa, casi diría que la desconfianza.

—Necesitaba verle —digo levantándome—. Espero que me disculpe por haber profanado su pajarera.

—Se profanan las tumbas, no las pajareras —responde con su habitual tono docente.

—Por supuesto. Lo decía porque en esta pajarera están sus antepasados.

—En esta pajarera no hay más que pájaros —añade guiñándome un ojo—, por eso es una pajarera.

Reímos. Todo aclarado.

—Dígame antes de ná cómo se llama usted —me pregunta con la mano en la puerta de la jaula—. No me gusta estar en desventaja y lo estoy, porque

usted sabe mi nombre pero yo no el suyo. Un sobrino mío, el único que tiene estudios superiores, dice que las cosas no existen hasta que no tienen nombre. Así que usted no existe todavía pa mí.

Demonio de hombre. Ya lo ha resuelto. Ni siquiera le he contado lo que me ha sucedido esta tarde ante el cuadro sin trazos, colores ni título y ya ha dado con el quid de la cuestión. El cuadro no tiene título, así que no existe. Y seguramente ése era el mensaje del artista cuando dejó la tela en blanco. La inexistencia del arte a través de la ausencia de un significante. Y por tanto de un significado. Lástima no haber venido aquí antes de ir a la exposición. O en vez de. Me habría ahorrado el numerito de intolerancia artística que he protagonizado.

—¿No tiene usted nombre? —insiste el tío Jaulín.

—Cla, claro, perdone —tartamudeo—, es que ese comentario suyo, de su sobrino, me ha dado que pensar, y mucho. Ricardo, me llamo Ricardo Marco y le ruego que me disculpe por no haberme presentado antes. Aquí tiene mi tarjeta.

Y saco la cartera para ofrecerle una.

—No gracias, Ricardo —la rechaza él con un gesto—, sólo quería saber cómo llamarlo. No me interesa saber su dirección ni dónde trabaja o cuál es su número de teléfono.

Recojo la tarjeta mientras observo cómo entra en la pajarera. Me callo. Intuyo que estoy asistiendo a un ceremonial casi místico, la suprema comunión entre el tío Jaulín y sus ancestros. Parece un chino haciendo taichi, se mueve con elasticidad, bajando la cabeza para no darse en el tronco, elevando una pierna para no pisar un comedero, agachándose para cambiar el agua de los bebederos. Me invade un sopor rayano en el hipnotismo: estoy magnetizado por sus movimientos y su actitud. Y tengo la sensación de que podría permanecer así el resto de mis días.

—El tío Pelanas no está muy católico —comenta cuando sale de la jaula—. Es posible que se me vuelva a morir. Es un caso perdido. Se me ha muerto ya cuatro veces. No sé qué voy a hacer con él. Mire, es ese de ahí.

—No tiene muy buena pinta —digo mientras contemplo una bola de plumas.

—¿Pa qué quería verme?

—No lo sé —respondo con sinceridad—, para nada en concreto. Simplemente buscaba su compañía. He tenido un mal día.

El tío Jaulín se extraña

—¿No tiene amigos? —dice.

—Sí, claro, como todo el mundo.

¿Entonces para qué coño viene a verme a mí en lugar de estar con sus amigos? No es necesario que formule la pregunta.

—O tal vez no los tenga, después de todo —reconozco suspirando—. Creo que sólo tengo conocidos, cientos de conocidos con los que comparto conversaciones banales, comidas excesivas y partidas de tenis, pádel o cartas. No me haga mucho caso, estoy pasando la crisis de los cincuenta. Incluso puede que sea la de los sesenta, que viene con un poco de adelanto.

—Eso se debe a su osesión por medir la edad en años —sentencia el tío Jaulín. Y genera mi desconcierto. ¿En qué otra cosa puede medirse la edad? —. No se me asuste —prosigue—. Yo mismo no sé los años que tengo. Mi partida de nacimiento se perdió, así que no he tenido ninguna crisis de edad. Fui crío, chaval, mozo, adulto y ahora soy el tío Jaulín. No necesito saber nada más.

Me dan ganas de sacar una libreta y ponerme a coger apuntes, como si estuviera ante un maestro de la vida.

—Acompáñeme a dar un paseo —propone saliendo del patio de la pajarera—. Hace buena noche.

Y así es. Caminamos despacio, al paso que él mismo marca, sin hablar ni mirarnos. No sé por dónde empezar. Me gustaría que me hablase de su hija y su nieto, pero temo desvelar mis sentimientos.

—¿Ya ha ido Fidelio a darle el recaó de Onofre? —pregunta leyéndome el pensamiento.

—El otro día —afirmo sin reparos.

—¿Y cómo le fue?

—Cenamos juntos.

Entonces es él quien se sorprende, lo que me satisface hasta donde no acabo de comprender. Debe de ser mi espíritu de competición. Quince iguales.

—¿Cenó con Fidelio?

—En un buffet libre. Es una verdadera máquina de comer. —Hago un gesto con las cejas para subrayar—. Impresionante.

—Desde que era pequeño —me confirma el tío Jaulín—. Mejor dicho, desde que era joven, porque pequeño no ha sido nunca.

Río la broma. Él me mira de los pies a la cabeza

—Debe de tener usted mucha labia —dice—, porque el recaído que llevaba era bien distinto.

—Lo sé —contesto—, me lo dijo. Y no lo entiendo. O puede que sí lo entienda, pero desde luego no lo acepto y, si me permite decírselo, usted tampoco debería permitirlo, aunque también lo entienda.

Al tío Jaulín no le gustan mis juegos de palabras. Decelera el paso y me hace un gesto con la mano extendida, como un guardia indicándome que me detenga por exceso de velocidad.

—Perdone —le digo—, me estoy entrometiendo en lo que no me importa. Lo sé. Pero me fastidia ver a una mujer joven dependiendo de un hombre. Es un género de machismo totalmente superado en nuestra sociedad. Una anacronía, si me permite decírselo.

—Mire, Ricardo —replica con calma—. No sé lo que significa esa palabra pero es igual. Usted ha sido educado de una manera y yo de otra. Debe hacer un esfuerzo y ponerse en mi lugar. Una mujer es ante todo de su marido, y un marido de su mujer.

—¿Y si el marido muere?

—La memoria del marido no puede morir.

—Eso es muy injusto —protesto y niego con la cabeza—, sobre todo si la viuda es joven.

—No es pa tanto. Sólo tiene que esperar a que pase el luto, recuperar su libertad y volver a hacer su vida.

—¿Y cuánto dura el luto?

Entonces es el tío Jaulín quien niega con la cabeza.

—Ése no es el problema —comienza a decir. Y me mira como si estuviera a punto de hacerme una confidencia—. El problema —prosigue después de carraspear una sola y firme vez— es Onofre...

Guardo silencio. No es momento para interrupciones.

—... se ha tomado muy a pecho la muerte de su hermano y la custodia de Estrella y Gabino.

El anciano se detiene y me pone una mano sobre el antebrazo. Sospecho que es la primera vez que habla de esto con un semejante.

—Júreme que no le va a contar a nadie lo que voy a decirle.

—Se lo juro —digo solemne—, de todas formas no conozco a nadie por aquí.

—Conoce usted a Fidelio y a Milagros.

—Es cierto —admito.

—Compréndame. No puedo contarle estas cosas a nadie. Esta comunidad es muy pequeña y vivimos muy cerca unos de otros. Es casi imposible guardar un secreto. Usted es diferente.

—¿Por qué?

—Porque viene de otro mundo.

—Entonces confíe en mí.

—De acuerdo —dice tomando aire, preparado para la sinceridad—. No me gusta Onofre, no me gusta Fidelio y no me gusta cómo tratan a Estrella. Siempre la están vigilando. Conozco las leyes de mi gente, pero me duelen cuando van contra la libertad de mi hija.

A eso lo llamo yo sinceridad y honradez, sí señor. Admitir que la universalidad de la ley duele cuando se convierte en particularidad y le atañe a uno directamente.

—Eso es tanto como reconocer que no le gustan los Teleles —digo a modo de conclusión.

—Se equivoca —replica él—. Siempre me he llevado bien con ellos. Son muchos, son poderosos y influyentes, pero son buena gente. Onofre y Fidelio son otra cosa. El uno por oscuro y el otro por tonto.

—No creo que Fidelio sea tonto —me veo en la obligación de decir recordando su peculiar sentido del humor.

—No me he explicado bien —me interrumpe el tío Jaulín—. Fidelio es tonto porque no sabe decir que no, por falta de genio, que es justo lo que le sobra a Onofre. No me gusta que mi hija y mi nieto vivan con ellos.

—¿Con ellos? —me sorprendo—. Y usted, ¿dónde vive?

—Yo vivo solo. Estrella y Gabino viven en casa de los Teleles. Tienen su habitación particular, por supuesto, pero están demasiado cerca de Onofre.

—¿Y Estrella qué dice?

—A mí ná —vuelve a suspirar—. Está resignada a su suerte y la culpa es mía, por haberle inculcado tan adentro las leyes de nuestra gente.

Una idea fugaz recorre el firmamento de mi mente dejando a su paso una estela de lucidez.

—¿Quiere que hable con ella? —pregunto con más osadía que esperanza.

El tío Jaulín medita en silencio un instante.

—Por su bien debería responder que no lo hiciera —dice—. Si Onofre llegara a enterarse volvería a enviarle a Fidelio y esta vez iría bien cenao pa evitar caer en la tentación de la comida.

—¿Y si lo hago sin que Onofre se entere? —me aventuro a decir.

—Ella sale poco de casa. Sólo hay una posibilidad.

La estrella fugaz recorre ahora la constelación del tío Jaulín. Tengo ante mí a un anciano debatiéndose entre lo que cree y lo que le conviene. Presiento el fragor del combate en la energía que emplea para cambiarse el bastón de mano. Es un gesto casi rabioso.

—De lunes a miércoles Onofre, Fidelio y otros muchos se van a vender por los pueblos —me explica—. Estrella se queda en casa pa cuidar de Gabino.

—¿Significa eso que quiere que hable con ella? —digo fiel a mi deplorable costumbre de expresarlo todo con palabras.

Él me mira a los ojos desde su corta estatura, el bastón en la mano derecha, mi hombro en la izquierda.

—Mire, Ricardo —dice con cierta incomodidad—. Sé que a usted le gusta mi hija.

—¿Perdone?

—No, por favor, no diga ná, sobre todo si es pa negarlo. Tal como estamos, no importa. En otra situación jamás le habría confesao cuál es el mejor momento pa encontrarse con ella. Créame. Es una mujer viuda y tiene un hijo. Pero prefiero verla hablando con usted que acompañando a Onofre a todas partes. Comprenda que mi postura es desesperada, si no lo fuera no le habría dicho ná.

Guardo un respetuoso silencio. Es mi homenaje a su bravura, a ese amor de padre que se sobrepone a su condición social.

—No me malinterprete —digo con el corazón en la mano—. Su hija es una mujer muy hermosa. Y muy joven. Yo tengo más de cincuenta años. Admiro su belleza pero no pretendo ir en contra de sus costumbres.

—No iré en contra de ninguna costumbre si la respeta —matiza él—. Sólo le estoy pidiendo que se acerque a ella y trate de rescatarla de ese mundo tan cerrado en que vive. Lo demás no es cosa mía.

Un escalofrío recorre mi espalda. Me siento como un príncipe hablando con un rey. De distintos reinos, quiero decir.

—Tanto si vengo aquí como si voy al mercadillo los demás

comerciantes me verán y Onofre se enterará —digo descendiendo al nivel práctico de la operación.

—No, si no se apea del coche —responde para mi sorpresa.

—¿Qué pretende?

—Estrella no sabe conducir. Y se muere por aprender.

Todavía no he reaccionado. El tío Jaulín me ha pedido (nadamenos) que enseñe a conducir a su hija para poder hablar con ella y abrir su mente. Es un caso de necesidad en estado salvaje, ir en contra de sus costumbres para favorecer a su hija y su nieto, un ejercicio de generosidad en toda regla. Puede que sea su único remedio, dada la resignación de su hija, y tampoco creo que haya muchos tipos como yo, ácratas renegados del sistema capaces de cualquier cosa por recuperar la fe en la vida, como por ejemplo enfrentarse a los temibles Teleles. Debo de ser su única esperanza. Y seguramente él es la mía.

Cuando ha rechazado mi tarjeta de visita es porque no está interesado en mis títulos, no quiere colgarme ninguna etiqueta. Soy Ricardo y punto. Le da igual si soy graduado en empresariales, licenciado en ciencias políticas o doctor honoris causa por la Universidad de Minnesota. Sabe lo que debe saber, lo que dicen mis ojos y mis palabras, mis gestos y mi tono de voz. Sabe que tengo un coche y que pertenezco a un mundo distinto al suyo. ¿Qué más le hace falta? Soy y me siento un «sin título», un homo sapiens macho, de edad avanzada y carácter intransferible. No necesito nada más para identificarme. Lo demás son adornos paganos, bisutería socioeconómica sin ningún valor.

—Que sepas que nunca más, en toda tu vida, vas a volver a acompañarme a ningún acto público ni familiar, que por lo que a mí respecta eres un patán de tercera regional que no debería salir de casa y que desde ahora mismo te invito a vivir en pijama y pantuflas delante de la televisión, viendo deportes y películas guarras, tomando bebidas gaseosas y eructando a todo volumen por el home cinema. Te recomiendo además que vayas practicando para poder hablar mientras eructas, así podrás articular dichos populares y/o frases soeces acordes con tu nivel cultural y, tranquilo, que ya te he inscrito en el concurso anual de eructos de la ciudad, el Memorial Ricardo Marco de la ruindad y el mal gusto. Y si quieres prosperar un poco

más, no tienes más que expeler los aires también por el culo, así serías un fenómeno más completo de la aerofagia y el meteorismo y podrías ganarte la vida trabajando en un circo de *freaks* junto a la mujer de tres tetas y el hombre de la polla de treinta centímetros. Claro que a lo peor el dueño del circo te mandaba a dormir a las caballerizas para hacer compañía a los elefantes y los orangutanes, con los que a buen seguro confraternizarías enseguida, dado que hablas su mismo lenguaje. Otra posibilidad, si la prefieres, es dedicarte a hacer la crítica de arte en los periódicos deportivos o en los tebeos para críos o en los rollos de papel higiénico que se ponen en los retretes públicos. Creo que los insultos que has proferido al ver el cuadro más valioso de la colección podrían servirte de referencia y estoy segura de que el mismo autor no tendría la menor objeción en firmar la correspondiente carta de recomendación. Diría de ti que eres una persona sensible al arte y al artista, inteligente y objetiva a la que siempre le gusta contrastar su interpretación antes de dar su opinión, una joya como crítico que nada más toparse con una obra que no comprende se lía a lanzar improperios en voz alta, se tira de cabeza a las copas de vino y cava como un alcohólico recalcitrante y, por último, obsequia a los presentes con una breve muestra de su prosopopeya expresando su opinión en forma de eructo malsonante, inexcusable, indecoroso, vulgar, insultante y asqueroso. Seguro que con esas prebendas no tendrás ninguna dificultad en trabajar de estercolero en cualquier establo de ganado caballar o vacuno, que es donde deberías estar o, mejor dicho, de donde no debiste salir nunca, pedazo de impresentable, maleducado, grosero, borracho y bastardo. No se te ocurra alegar nada en tu favor, no hay turno de alegaciones esta vez. Y reza para que no publique la foto de tu actuación en la revista y seas objeto de burla entre todos tus conocidos, si es que alguno de ellos vuelve a dirigirte la palabra o aprueba tu compañía después de lo que has hecho.

Nada más introducir la llave en la cerradura de casa, Claudia ha salido a mi encuentro y me ha regalado este poema en prosa en una actuación que yo calificaría de muy brillante porque, además del ácido significado del discurso, no ha dudado en enfatizar sus significantes y me ha dejado el rostro perdido de babas rabiosas, amén de clavarme la mirada en lo más certero de mis pupilas hasta llegar a intimidarme más allá de lo marital.

Pero ya se va, menos mal. No es la primera, pero sí una de las pocas y desde luego la más intensa de las veces que un cabreo de Claudia toma el

recurso de la palabra en vez del silencio. Esto puede significar dos cosas. O que ella también se ha tomado alguna copa de más y el alcohol le ha engrasado los mecanismos de la fonación o que realmente está muy (peroquemuy) enojada conmigo.

Lo que más me fastidia es que esta situación tendrá un efecto colateral a favor del cambio de domicilio. Será lo primero que salga de su boca cuando dentro de más o menos una semana vuelva a dirigirme la palabra. Tiempo al tiempo. De momento la vida me sonrío y me siento bien. En un mismo día me he manifestado públicamente contra el sistema y me he asegurado unas cuantas citas con Estrella. ¿Qué más puedo pedir? Pese a ello las termitas del estómago no me dejan conciliar el sueño. Doy vueltas en la cama hasta que decido levantarme y dirigirme al salón para leer un rato o ver la televisión. Antes paso por el baño y meo. Entonces lo oigo, seguramente porque el cuarto de baño es un excelente amplificador de ruidos. Se trata de un jadeo intermitente y un rítmico crujir de muelles, el sonido inconfundible del amor en su versión práctica. Salgo al pasillo, subo al piso superior y coloco la oreja en la puerta de la habitación de Gus. Ahí, ahí es. No hay lugar a dudas de lo que está sucediendo al otro lado y debo hacer acopio de discreción para no abrir una rendija por la que poder mirar. Es voyeurismo de padre. Cualquiera otra noche me habría molestado descubrir a Gus follando en su cuarto pero hoy no. Al contrario, apruebo la idea: qué mejor lugar para practicar el sexo seguro que la casa de tus padres, tu habitación, tu propia cama. Seamos honestos. Y comprensivos. Decido encerrarme en el salón, conecto la televisión y no tardo en quedarme completamente dormido.

Me despierto cuando ya es de día. La tele sigue encendida. Están retransmitiendo una misa. No estoy para sermones. La apago y me levanto. Claudia y Carol están en la cocina, supongo que preparando el desayuno porque huelo a pan quemado. Gus duerme. Ahora sí que me he atrevido a abrir la puerta de su habitación para echar una ojeada y, aunque ya he supuesto que su pareja se habría marchado, no he podido evitar la tentación de buscar algún resto del fragor del sexo. No sé, un par de condones en el suelo, un olor desconocido, una ropa interior delatora. Pero todo estaba como suele estar, así que mi única prueba sigue siendo auditiva.

No puedo permanecer en casa. Por nada del mundo me sentaría a compartir las tostadas de Claudia. En primer lugar porque están más quemadas que ella y, en segundo, porque la tensión ambiental se podría

cortar con el cuchillo de untar la mantequilla, precisamente. Sé de un lugar mejor para desayunar. Milagros me da la bienvenida con la misma sonrisa que el otro día. Podría pensar que sólo ha transcurrido un segundo entre esas dos sonrisas.

—Buenos días —saludo mientras tomo asiento en uno de los taburetes—. ¿Hace falta que te diga lo que quiero?

—Uno de los míos con dos huevos —recita ella complaciente.

—Equilicué —aplauo yo usando una fórmula que guardo sólo para ocasiones especiales.

—Marchando.

Y me da la espalda para trajinar en la plancha, circunstancia que yo aprovecho para abrir mi periódico en la barra y hojearlo desde el final hacia el principio, costumbre heredada de mi padre que me permite conocer la programación de televisión, los resultados deportivos y las defunciones más recientes antes de entrar en materias políticas. No llego tan lejos porque Milagros presenta ante mí una verdadera obra de arte: dos huevos a la plancha, dos filetes de beicon, un trozo de chistorra, dos rebanadas de pan de hogaza y un vaso de vino tinto con gaseosa. Un plato digno de haber ocupado el lugar del célebre lienzo sin título.

Si alguna vez me ataca el estrés o la angustia, me olvidaré de los ansiolíticos, el yoga o las hierbas relajantes, me meteré entre pecho y espalda un plato como éste y sentiré una paz interior digna del más remoto templo tibetano, sobre todo si, cuando acabo, no coarto el eructo de satisfacción que expresa mi sistema digestivo. Pido un café con un chorrito de coñac y entro en materia política por orden geográfico, de nacional a local, hasta que una voz familiar interrumpe mi lectura. Es Fidelio, que, como el otro domingo, viene a almorzar acompañado del mismo sujeto que entonces.

—Éste es el Juanmi —dice guiñando un ojo—, el de las primas.

—Mucho gusto —le doy la mano—, Ricardo Marco.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Fidelio.

—He venido a que Milagros me diera de almorzar como dios manda —respondo con el volumen apropiado para que la interfecta me dedique otra sonrisa.

No les hace falta pedir nada. Milagros se ha puesto ya manos a la obra y les sirve dos vasos de vino con gaseosa que apuran con fruición.

—¿Cómo va la mañana?

—Chunga, la gente madruga poco los domingos. Hacia el mediodía mejorará.

Milagros no tarda en servirles dos desayunos de la casa completos y humeantes. Fidelio y Juanmi callan y comen. Ella aprovecha para dirigirse a mí.

—¿Te ha gustao? —me pregunta retirándome el plato.

Y tuteándome.

—No te lo puedes imaginar —contesto—. Hacía años que no almorzaba tan bien.

—Eso es porque Milagros no es una cocinera cualquiera —masculla Fidelio entre chistorra y chistorra.

Lo miro sin comprender.

—Es medio bruja —prosigue—, ¿no lo sabías? Usa la comida pa provocar encantaciones y curar males, ¿a que sí, Milagros? Por eso te ha sabido tan cojonudo el almuerzo, porque era un almuerzo de bruja. ¿Qué le has puesto?

—Uno como el tuyo pero pa relajarse —contesta Milagros ante mi sorpresa.

—¿Cómo para relajarme? —me estoy empezando a mosquear—. ¿Le has echado algo a la comida?

Los tres se ríen. Se ve que les hago bastante gracia.

—No te apures —me tranquiliza ella—, no has comido ná malo. Pero dime una cosa, ¿no te has sentido relajao cuando has terminao?

No puedo negarlo.

—¿No lo ves? —dice Fidelio dándome un codazo—. Es una cocinera que embruja la comida pa que te sientas bien o pa que tengas suerte o pa lo que haiga necesidá.

—Mi especialidá —añade Milagros sonriendo— son los elisires de amor.

—Van de puta madre pa follar —confiesa Juanmi rebañando el plato.

—No seas burro —le reprende Milagros—, eso es sólo un efecto secundario. Pa lo que van bien es pa enamorarse.

¿Y si lo que siento por Estrella se debe a los churros que me comí aquí la primera vez que vine?, pienso mientras Fidelio se dirige a su amigo.

—A quien habría que alimentar mejor es a tus primas, Juanmi —le dice—. Un almuerzo especial pa que tuvieran más ganas de guerra.

Y ambos ríen. Milagros en cambio me mira y niega con la cabeza para subrayar la catadura moral de su clientela. En ese momento aparecen dos mujeres y le piden unos cafés con leche. Fidelio y Juanmi están esperando los bocadillos que deben llevar al puesto.

—¿No creeréis en serio todas estas tonterías, verdad? —les pregunto en voz baja, aprovechando la intimidad de género (masculino), ahora que Milagros no participa en la conversación.

—¿Qué tonterías? —dice Juanmi.

—Un respeto, colega —añade Fidelio—, que esto es ver y digo.

¿Ver y digo? Será verídico.

—Cuenta, cuéntale al Ricardo lo de tu hermano Gabino, que da mucho canguelo.

Contengo la respiración. No quiero transmitir mi ansiedad por conocer detalles del marido de Estrella.

—Gabino se reía de estas cosas —confiesa Fidelio muy serio—. Y decía como tú que eran tonterías. Pero una vez le echaron mal de ojo y le dijeron que moriría cuando viera el número de la bestia. ¿Sabes cuál es?

—El seis seis seis.

—Cállate, capullo —me espeta Juanmi con brusquedad—. Ese número no se puede mentar, sólo tenías que responder si lo sabías o no.

Me excuso por mi falta de tacto y dejo que Fidelio prosiga.

—Gabino no nos hizo caso cuando le hablamos del peligro que corría.

—Incluso le recomendamos que viniera donde la Milagros a tomar algún antídoto —apunta Juanmi—, pero no quiso.

—¿Y qué pasó?

—Pues que se fue con la furgoneta a vender por los pueblos, tuvo un accidente y se mató. Cuando recogieron la furgoneta, alguien se fijó en que los tres últimos números del cuentakilómetros formaban el número de la bestia.

Ambos guardan silencio. No sé si por haber mencionado al demonio o por recordar la muerte de Gabino.

—¿Y eso qué tiene que ver? —digo yo intrigado.

—¿No lo entiendes? —me explica Juanmi—. Gabino iba conduciendo tan tranquilo. De pronto se dio cuenta de que el cuentakilómetros estaba a punto de marcar el número maldito y supo que había llegado su hora. Cayó barranco abajo y se mató. Murió al ver el número de la bestia, tal como le habían dicho.

Otro silencio.

—Pudo ser una casualidad —me aventuro a decir.

—Anda y que te den por el culo.

—Y en todo caso no hay que tomárselo tan a pecho —continúo sin prestar atención al exabrupto—. Seguramente tu hermano iba obsesionado y predispuesto a ponerse nervioso cuando viera tres seises seguidos. Es un argumento que se muerde la cola.

—Que no digas ese número, joder.

—Gabino no murió porque el cuentakilómetros marcara esas cifras —insisto—, sino porque al verlas dejó de mirar a la carretera y no vio el barranco. Estaba condicionado por el mal de ojo, pero eso no significa que funcionara, sino que contaminó su realidad y afectó a su atención.

Juanmi mira a Fidelio con incredulidad.

—¿Pero a éste qué cojones le pasa? —dice—. ¿Le ha sentao mal el almuerzo?

—No sé —contesta Fidelio nervioso—, pero yo me tengo que ir ya.

A lo lejos se oye una voz. Es Onofre reclamando su presencia. Fidelio recoge a toda prisa la bolsa que le tiende Milagros y hace mención de irse.

—No te vayas así, sin despedirte —le digo reteniéndolo y (de paso) retando a Onofre desde la distancia—. ¿Cuándo podemos vernos para seguir charlando?

—Invítanos a cenar al buffet libre —responde con prisas Fidelio—. El Juanmi no ha ido nunca.

Cada vez encuentro más diferencias entre este mundo alternativo y el mío. Será por eso por lo que cada día me siento más y más excitado, igual que un turista en un país exótico, un astronauta en plena ingravidez, un *voyeur* escondido en una suite nupcial o Fidelio ante el mostrador de un buffet libre. Es un mundo nuevo al alcance de mi mano, tentándome con sus imperfecciones, ayudándome a recobrar la seguridad de que un día moriré, una información ciertamente macabra sin la cual es imposible sentirse vivo.

La última de esas diferencias es la magia, que por definición es contraria a la realidad, antítesis de la cotidianidad e incompatible con la rutina. Se supone que Milagros tiene poderes mágicos que usa para elaborar sus platos, elixires con apariencia de almuerzo de tasca que, más allá de alimentar o satisfacer, influyen en el destino de sus comensales, gente que teme números prohibidos, signos del maligno que se alinean en un cuentakilómetros para ejecutar una maldición.

Es como sucede en la literatura fantástica que lee Carol, donde lo real convive con lo mágico en un mundo cuidadosamente cartografiado en la primera página del libro. Las montañas del infierno, el lago de lo prohibido, la llanura de la desesperación, el bosque de la humedad, lugares remotos donde habitan seres imaginarios que el lector identifica como fantásticos. Por eso mi excitación es comparable a la que sentiría Carol si un día se topara con un elfo, un troll o un dragón volador. La diferencia es que la magia ha entrado en mi vida sin tener que desplazarme a remotos confines del espacio o del tiempo. En mi hemisferio, mi continente, mi país, mi región, mi ciudad, en la plaza que hay junto a mi lugar de trabajo. La magia está junto a nosotros, seres uniformados por los horarios, homogéneos productos del mando a distancia, rutinarios protagonistas de nuestros *reality shows* (cada uno del suyo), ideólogos sin ideas propias, apátridas habitantes de ciudades inhabitadas, incapaces de mezclarnos con mundos que no cumplan los

requisitos de nuestra ortodoxia, aventureros de viaje organizado, hormigas husmeando el suelo para no perder el rastro de nuestro hormiguero, temerosas de levantar la vista y toparnos con un ser (odiosmío) diferente.

Estoy en casa, en el salón, leyendo los suplementos de la prensa y mirando con el rabillo del ojo a mi hijo Gus, que ve la tele. Dudo entre sincerarme con él o seguir guardando este silencio de sordera aguda que comparto con Claudia. La ocasión es afín a mis intenciones, pero me cuesta vencer el coeficiente estático de rozamiento que caracteriza a los cuerpos pesados cuando tratan de moverse por una superficie rugosa.

—Hijo —susurro.

Gus me mira con el ceño fruncido. Es lógico, se siente amenazado. Un padre susurrando, no se me ocurre pensar en nada más peligroso.

—¿Qué pasó anoche? —pregunto con una holgada sonrisa para evitar malas interpretaciones.

Gus se revuelve en el sofá y adopta una postura más reflexiva.

—¿Hubo un eclipse de luna o algo así? —dice el angelito.

—Arriba, en tu cuarto. ¿Qué pasó, Gus?

—¿Por qué lo preguntas? —Ahora sí que se siente amenazado.

—No temas, no le voy a decir nada a tu madre, pero yo sí quiero saberlo. —Y entonces pronuncio la fórmula reglamentaria—: Cuentacuenta.

Gus percibe por fin que mis intenciones son traviesas, aunque no estrictamente paternas. Soy como el amigo pelma que quiere profanar su intimidad para morir de envidia. Y respira aliviado. Incluso sonrío y niega con la cabeza en plan siyotecontara, actitud que me hace sentir orgulloso. Este orgullo típicamente masculino que se manifiesta en el macho cuando descubre que un hijo suyo es apto para el apareamiento sexual, restos tribales de este antiguo cerebro que llevamos acoplado dentro del coco.

—¿Una compañera de la facultad? —le animo viendo que esto no va a ser una conversación, sino uno de esos juegos en los que uno tiene que adivinar un personaje mediante preguntas y el otro sólo puede afirmar o negar.

Niega.

—¿No será una profesora? —me río para que comprenda lo disparatado de mi pregunta.

Y me alivia escuchar que tampoco.

—¿Una amiga entonces?

—Algo así.

Me encantaría saber qué clase de parentesco es el que permite a los jóvenes alcanzar grados de intimidad que en otros tiempos sólo se lograban tras pasar por la iglesia y el registro civil.

—¿No estarás enamorado? —parezco un *paparazzi* detrás de una exclusiva.

—Nonó, por favor —responde Gus agitando las manos, como si esa posibilidad fuera la más hiriente de todas.

Eso demuestra que lo suyo con esa chica fue sexo sin amor, esa entelequia inalcanzable con la que hemos soñado los miembros de mi generación desde que tuvimos la primera polución nocturna en medio de un perturbador pero inolvidable sueño. Estoy por preguntarle si toma precauciones y usa preservativos, pero me doy cuenta de que sería una pregunta de estudios primarios para un universitario como él. Prefiero guardarme la duda dentro de mi caja de inseguridades paternas antes que quedar como un patán desconfiado delante de mi hijo mayor, para quien, no hay que olvidarlo, se supone que soy un modelo a seguir. Menudo modelo, todo frustración y resentimiento.

Sigo pensando qué más puedo preguntarle. No es que no se me ocurra nada, al contrario, se me ocurren un montón de preguntas, todas ellas improcedentes, obscenidades de colores, de viejo verde. Es mejor callar y reprimir la curiosidad que preguntar y reprimir luego la vergüenza. En ese momento Claudia aparece en el salón con una enorme cinta de medir en la mano. Sin decir ni pío se dirige al ventanal, descorre las cortinas y se dispone a medir la distancia que separa una columna de otra. Como tal longitud sobrepasa con creces los dos metros que tiene la cinta métrica, ésta se le dobla y se cae al suelo. Es como un gatillazo, una mujer tratando de que se mantenga rígida una prominencia que se mide en centímetros.

He de reprimir la risa. Claudia parece estar interpretando uno de esos números de circo en que el payaso tonto trata de hacer algo aparentemente sencillo y lo acaba complicando. Lo más práctico sería que me pidiera ayuda, o que yo me levantara para ayudarla. Pero ninguno de los dos estamos dispuestos a pedir ni a prestarnos nada. Además, tal gesto obligaría a Claudia a contarme para qué diantres está midiendo las hechuras de la ventana. Y a eso sí que no estaría dispuesta nunca, porque se trata nada más y nada menos que de su venganza.

Siempre lo hace. Utiliza la decoración de la casa como arma arrojadiza, igual que hace con el sexo (sólo que resulta bastante más caro). Supongo que estará pensando en cambiar las cortinas del salón o en forrar la pared de madera o incluso en cambiar la ventana. Adivina. Lo único seguro es que la reforma en cuestión, sea la que sea, va a ser lo suficientemente cara e innecesaria para soliviantarme, que es el objetivo de Claudia. Lo hizo con el sofá en el que estoy sentado ahora mismo, con la cama de nuestro dormitorio, con los muebles del cuarto de Carol, con la reforma del baño, con los halógenos de la cocina, con el nuevo refrigerador, con el cerramiento de la terraza. ¿Hace falta que continúe?

Ya ha terminado de tomar las medidas. Lo ha hecho usando la cabeza y colocando la cinta métrica en el suelo. Lo que no resuelva una mujer enfadada con su marido no tiene solución. Se va. Me entran ganas de criticar su actitud hablando con Gus, y liberarme así del castigo de tener que callármelo todo en pro de la paz hogareña, pero me contengo a tiempo. Supongo que el adulto se impone al adolescente que llevo dentro. De todos modos Gus no me entendería: se trata de su madre. Por eso son tan difíciles las relaciones familiares, porque la esposa rabiosa que trata de vengarse de mí es la madre de mi interlocutor, así que criticarla sería casi como insultarlo a él. Y viceversa. Y si entramos en grados secundarios de familia es como darse un paseo por una playa de arenas movedizas. Fijo que te hundes hasta las cejas en algún agujero. Si no es por activa, por pasiva. De modo que (insisto) lo mejor para la convivencia familiar es el silencio y, en todo caso, la terapia de grupo con personas ajenas a tu familia pero afines a tus problemas.

Tal reflexión repito en voz alta frente al tío Jaulín cuando, transcurridas unas horas, me acerco a la plaza para recoger a Fidelio y Juanmi. Él me ofrece su particular visión del asunto.

—La vida es como el sol —dice señalando al cielo—. Da luz pero abrasa. Por eso, igual que hay protectores solares pa evitar quemaduras en la piel, también hay protectores pa la vida.

Me encanta este hombre. A su lado me siento un discípulo.

—¿Y qué protectores son éstos?

—Hay muchos, depende de lo que uno quiera broncearse. Los hay de protección baja, digamos de factor dos a seis, como por ejemplo el recochineo o la burla. Otros son más fuertes, de ocho a doce, como la magia o las creencias religiosas. Los de factor quince a veinte tienen que ver con el

pasotismo, la juerga o el alcohol. El desprecio y cosas parecidas, como la mala hostia o el insulto, llegan hasta el factor cuarenta y la venganza alcanza el sesenta.

—¿Y la protección total?

—La protección total es la soledá, Ricardo.

Reflexiono sobre esta singular comparación filosófica, evaluando el grado de protección que aplico a mi vida cotidiana y llego a la conclusión de que debe de rondar ya el factor veinte.

—Cuanta más protección se usa, menos moreno se pone uno —continúa este sabio con bastón y sombrero—. Y si se usa una protección total se convierte uno en un amargao.

—O sea —resumo—, que no hay que quedarse blanco ni quemarse.

—Eso mismo. Hay que usar el factor que le conviene a nuestra piel y al momento de la vida que nos quema, porque no es lo mismo el sol de las diez de la mañana que el de las tres del mediodía. A veces una simple burla es suficiente. Otras hay que recurrir al insulto o al desprecio. Y seguir subiendo hasta que nos sentimos protegidos.

—¿Dónde ha leído usted todo eso? —pregunto con más curiosidad que oportunismo.

—En ningún sitio.

No es posible que un anciano vendedor de un mercadillo hilvane un argumento tan airoso por sí mismo. Son nuevamente los malditos prejuicios, impurezas morales que ciegan mi capacidad de dar crédito a lo que veo.

—¿No me cree? —pregunta el tío Jaulín aplicándose una protección de factor seis, a juzgar por el tono de burla que percibo en su entonación.

Debo ser sincero.

—Le creo con la fe, no con la razón.

—Puedo demostrar que no he leído ná de lo que digo —dice alejándose camino de casa—. Adiós.

Se marcha porque Fidelio y Juanmi se acercan al coche, pero me deja intrigado por la adivinanza. ¿Habrá escrito este hombre algo de lo que piensa? ¿Tendrá algún diario donde vaya anotando todas sus ocurrencias?

Juanmi pone ojos como los platos que se muestran tras la vitrina del buffet libre. No es un hombre a lo alto, como Fidelio, pero sí a lo ancho. Los empleados que reponen la vitrina nos miran con preocupación, uno de ellos casi diría que con terror. Debe de ser el encargado. No te van a salir las cuentas hoy, chaval, pienso yo, así que aplícate un factor de protección ocho y esboza una sonrisa. Nos acercamos a la caja y me dispongo a pagar, pero Juanmi no me deja hacerlo.

—El Fidelio me ha dicho que tú pagastes el otro día —dice—, hoy le toca a él.

El aludido no pone ninguna objeción, saca la cartera y estampa un billete de cincuenta euros sobre la caja registradora. Con el ticket en la mano nos dirigimos a la fila del autoservicio. Fidelio se sirve unos pimientos rellenos, una lasaña, unos rollitos primavera y unas cuantas croquetas (originalmente quince, pero algunas se le caen por el camino). Juanmi opta por algo más ligero como una ensalada.

—Es que estoy a régimen —me susurra a modo de excusa, como si comer poco estuviera mal visto.

Sin embargo, se coloca sobre la bandeja un plato lleno de atún en escabeche, huevos duros, pasta, queso, palitos de cangrejo y dos raquílicas hojas de lechuga, todo ello bien sepultado bajo un alud de mayonesa y ketchup. Es la ensalada más calórica que he visto en mi vida, pero me abstengo de manifestar mi opinión mientras me sirvo unos tomates rellenos y unos humeantes sanjacobos.

Siguiendo el rastro de croquetas que ha dejado Fidelio, llegamos a la mesa del fondo donde se ha sentado. Como el otro día, nos damos una tregua lingüística para degustar los alimentos. Juanmi se comporta como la primera vez que llevé a Gus a un Mcdonald's, come y mira a su alrededor con una sonrisa de mayonesa en los labios. Los demás comensales también lo miran, pero con mal disimulados gestos de disgusto. Fidelio a su lado tiene los

modales de un príncipe. Juanmi termina el plato de ensalada cuando yo aún voy por los tomates y Fidelio por los pimientos, aunque en su caso es porque, según manifiesta, aún queman. Deja los cubiertos sobre la mesa y le hace un gesto a Fidelio como pidiendo alguna clase de permiso.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Ná —responde Fidelio señalando a su amigo—. Éste, que no se atreve a levantarse a buscar más comida. Se cree que le van a echar la bronca por avariciero.

—Ve a buscar lo que quieras —digo yo—. Aquí todos somos unos avariciosos (osos, osos).

Venciendo sus iniciales temores, Juanmi toma su bandeja y regresa al mostrador. Fidelio se encara conmigo.

—¿Sabes? —dice—. Voy a ponerte un mote. Ya que te empeñas en corregirme cuando hablo, te llamaré Dic, que es como un diminutorio de diccionario.

—Llámame como quieras —acepto el castigo con una sonrisa—. Pienso seguir corrigiéndote igualmente.

—Te vas a cansar.

—No te preocupes por mí y toma nota, se dice diminutivo, no diminutorio.

Juanmi hace sitio en la mesa para poder colocar sus nuevas adquisiciones, otra ensalada mixta: escarola con escalopines al roquefort, espárragos trigueros, pastel de merluza y una guarnición de champiñones salteados con jamón. Con dos cojones.

—Le he sacao un mote al Ricardo —anuncia Fidelio—. A partir de ahora lo llamaremos Dic.

—¿Cómo el güisqui? —asocia Juanmi metiéndose un escalopín entero en la boca.

—Pretende llamarme Dic por diccionario —le explico—, porque siempre le estoy corrigiendo, pero no me importa. Es el diminutivo anglosajón de mi nombre.

—¿Eso qué coño es? —pregunta Juanmi a punto de pinchar otro escalopín con el tenedor.

—Mi nombre en inglés es Richard y su diminutivo Dick, así que has acertado de pleno, colega.

—Pues con Dic te quedas —sentencia Fidelio—, ¿no jalas ná más?

—No tengo apetito y además esta comida no tiene poderes mágicos — respondo alzando los hombros—. No merece la pena.

—Eso es verdad —admite Fidelio—, pero con ésta te salen unos muñequitos de flipar.

Ríen. Yo me pierdo. Y se dan cuenta.

—No sabes lo que son los muñequitos, ¿verdá?

Niego. Vuelven a reír.

—Tantos estudios pa esto —se burlan—. Los muñequitos son los zurrullos de mierda, tío. ¿O es que los tuyos no tienen forma de muñeco, con su cabecita, sus bracitos, sus piernecitas? Es un muñeco en posición de firmes pero muy apretao, como los óscars de Hollywood.

No puedo evitar sonreír por un momento, quizá porque acabo de acordarme de Ken. Ése sí que es un muñeco de mierda.

—Los del Juanmi son todos iguales —prosigue Fidelio—. Es como una fábrica de hacer muñecos en serie, ¿a que sí? Los gachós del cine deberían llamarte pa que se los fabricaras el año que viene.

Ahora que nos hemos entendido, reímos los tres y nos levantamos a servirnos el postre. Fidelio, como cabría esperar, trece (doce más una) bolas de helado. Juanmi una soberbia ración de tarta de yema tostada (ideal para el régimen) y yo mis bolitas de estrachatela.

—Y tu parienta, ¿cómo es? —pregunta Fidelio entre bola y bola—. ¿Por qué no la traes un día y nos la presentas?

—No podría venir, está siempre muy ocupada.

—¿Curra?

—Es fotógrafa —respondo rebajando intencionadamente su puesto laboral.

Juanmi chasquea dos dedos.

—Una de mis primas se casa dentro de un mes y aún no tiene apalabro el reportaje de boda —dice—. Igual le interesa.

—En realidad es la directora de una revista de interiorismo —me veo obligado a explicar con fastidio—. No creo que os suene.

—¿Qué revista? —pregunta Juanmi—. ¿*Catálogo de interiores, Decorart, Mobilia, Hogares, Color y Forma*?

Olé por mis prejuicios una vez más. Juanmi me deja sin palabras.

—No flipes —me dice—. Una de mis primas tiene un quiosco en el barrio. Suelo ayudarle a colocar las revistas y, ya de paso, les echo un vistazo

porque vendo antigüedades y me gusta estar al día.

Está bien eso de estar al día para vender antigüedades.

—Tú las que miras son las revistas guarras —apunta Fidelio con picardía.

—Miro todas en general —acepta Juanmi—, porque de todas se puede uno descojonar un poco, pero las de decoración son para partirse el culo. ¿Vosotros las habéis visto bien? Esas casas limpias y curiosas, con esos muebles recién barnizaos, esas telas tan bien casadas y todos esos complementos que ponen de adorno sólo pa salir en la foto. Es un cachondeo. ¿Pa cuál de ellas trabaja?

—Para *Mobilia*.

—Ésa es de las peores —ríe con la boca llena de champiñones—. Una de las que más teatro le echa. Ya sabéis, flores en jarroncitos, sombreros de paja sobre la cama, palos de golf, el té servido con pastas sobre una mesita. En fin, la rehostia.

—Todo parecido con la realidad es pura confluencia —sentencia Fidelio.

—Coincidencia.

—Lo que sea. Es pa morirse de la risa. —Se muere—. Me encantaría que vinieran a hacer un reportaje a mi casa. Eso sí tendría gracia, ¿eh? —Se vuelve a morir—. En vez de sombreros sobre la cama saldrían mis zapatillas de deporte tiradas en una esquina, los calcetines en la otra y la camiseta hecha un rebullo debajo de la almohada.

—Y la dentadura de la agüela en la mesilla de su cuarto —añade Juanmi.

—Y una marca de alpargata en la paré —continúa Fidelio—, señal de haber aplastao un puto mosquito de esos que no te dejan pegar ojo por la noche.

—Y el *Marca* en lugar del *Financial Times* —me sumo a la asamblea con un creciente grado de euforia.

—Y en vez de libros de cultura, el listín de teléfonos encima de la mesa.

—Eso. Y en vez del juego de té, un porrón de cerveza con gaseosa.

—Y ya que está la dentadura sobre la mesilla, la agüela dormida en la cama.

—Y un tío cortándose las uñas de los pinreles en el váter, pa dar más realismo.

—Y un calendario de tías guarras en la paré en vez de un cuadro de autor.

—Y un corral con gallinas en vez del jardín.

—Y un fulano en camiseta dormido en el sofá.

Las carcajadas nos dejan sin palabras. El tono ha ido creciendo desde la ocurrencia graciosa hasta la hilaridad gratuita. Como sucedió el otro día, comenzamos a reírnos por cualquier cosa, sobre todo si está relacionada con la impostura del mundo al que pertenezco, ese que ellos identifican con las fotografías de mi mujer, que no son fotos trucadas, sino fotos de escenarios trucados, que no es lo mismo.

Abandonamos el buffet, no sin antes haber escuchado un eructo de Fidelio y un amable buen provecho de Juanmi. Yo me he abstenido. Para mí eructar es un acto reivindicativo y en este momento no tengo nada que reivindicar. Nos metemos en el primer garito de copas que encontramos. Pedimos unos cubatas para tomar en la barra, sentados en unos taburetes, mientras escuchamos la música. Bebemos sin decir palabra, mirándonos de vez en cuando para sonreír o hacernos una mueca de satisfacción. Me siento bien y me extraña. Soy de esas personas que encuentra embarazoso el silencio entre semejantes. Por eso, salvo con Claudia, rara es la ocasión que un prolongado silencio me hace sentir a gusto, circunstancia que sólo es posible si mis acompañantes son de toda confianza y se da el grado de complicidad necesario para no tener que expresarlo todo con palabras.

Nadie podría haber predicho que entre Fidelio, Juanmi y yo se darían las condiciones oportunas para la complicidad y el silencio, pero así es. Seguramente todos ignoramos dónde están los límites de nuestra capacidad para relacionarnos con otros seres humanos. Supongo que ya era hora de conocer los míos.

Hoy le he dado la primera clase de conducir a Estrella, después de haber pasado una noche prácticamente en vela, sin poder dormir hasta la madrugada, cuya llegada ansiaba mientras escuchaba el tictac del reloj del salón y las campanadas de su carrillón. He tenido que recurrir a varios remedios. Dos tisanas de valeriana para tratar de acelerar el tiempo y acortar la espera. Un intento en vano de comprobar si Gus estaba despierto para charlar con él en la intimidad de la noche (por alguna razón la puerta de su cuarto no se abría). Un rato zapeando por distintos escenarios televisivos. Incluso la osadía de pretender vivir la ficción de un personaje, leyendo las páginas de un libro, como si no tuviera bastante con lo mío. Otro rato acodado en la ventana del salón, la de las cortinas nuevas de Claudia, tratando de buscar vida inteligente a mi alrededor sin fortuna, a excepción de dos taxis que circulaban por la calzada como rapaces nocturnas en busca de pequeños mamíferos.

En resumen, un estado de euforia contenida que me ha acompañado también a lo largo de la mañana, hasta que he abandonado los grandes almacenes y he ido a lavar el coche para que no desentonara conmigo. No es que me haya vestido de invitado de boda, estudiante en paso de ecuador o delegado comercial en convención de empresa. Más bien me he dejado llevar por cierto eclecticismo, llevando una camisa oscura y una americana de ante que me hacían parecer jovialmente maduro, si tal cosa es posible. Ella ha acudido a nuestra cita tratando de ocultar su hermosura bajo un conjunto gris (en color y forma) sin adornos ni contrastes, pero ha fracasado. Cualquier atuendo que incluyera su melena cabrilleando al sol y sus ojos parpadeando como fugaces eclipses fracasaría en el intento de huir del reino de la hermosura y su corte semántica de adjetivos y adverbios.

La parquedad de su boca y la mirada esquiva pugnaban por traicionar la exactitud con que sus pies y sus manos iban obedeciendo mis instrucciones al volante. Era una guerra entre miembros del mismo cuerpo, unos oponiéndose

a aceptar la invasión del bárbaro y otros tratando de aprender de la cultura invasora. Una cultura para la que (porcierto) muestra una incuestionable dotación natural. Será por eso que quiere aprender. Normalmente la naturaleza del aprendizaje muestra inclinación por lo afín, por lo que parece practicable. Ella quiere aprender a conducir porque intuye que puede hacerlo, aunque todavía no sepa manejar el cambio de marchas y suelte el embrague con demasiada brusquedad.

Su marido no tuvo tiempo de enseñarle, su padre no sabe y su cuñado se niega a hacerlo. En su sociedad el dominio machista se manifiesta a veces en sorprendentes decisiones que parecen de otra centuria. Una mujer al volante es aquí un acto tan reivindicativo como un matrimonio entre homosexuales unas manzanas más abajo. Todo depende de las batallas libradas y el grado de reconquista femenina. Aquí el proceso ha empezado más tarde y son menos las plazas reconquistadas. Estrella quiere aprender a conducir porque su instinto se lo pide y su condición de mujer se lo exige. Es un reto personal y colectivo. Y es curioso que yo, pagano de reconquistas más avanzadas, ayude ahora a iniciar otras menos precoces.

Durante la primera media hora no he pronunciado otra cosa que consignas pedagógicas, pero luego, una vez que Estrella se ha ido soltando, he intentado sacar algún tema de conversación ajeno a la teórica. Llevaba preparada una lista en la memoria pero ninguno de los temas parecía dispuesto a dar un paso al frente. ¿El mercadillo? ¿La ropa? ¿La moda? ¿Su hijo? ¿Su padre? ¿Su marido? ¿Sus cuñados? ¿Los Teleles? ¿Juanmi? ¿Las primas de Juanmi? ¿El destino? ¿La liberación sexual? ¿El feminismo? ¿Sus ganas de aprender a conducir? ¿Sus ojos? ¿Su cabello? Nada me parecía apropiado y, sin embargo, tenía que decir algo. El silencio, que hasta ese momento estaba justificado por la concentración de la alumna, era ya prueba fehaciente de incomodidad. Entonces me he acordado de la pajarera del tío Jaulín y de la jugarreta que Estrella le había hecho mientras él estaba de viaje. Y, con una traviesa sonrisa de complicidad, le he pedido que me contase lo que pasó.

Supongo que he tenido suerte, porque, pese a que ha empezado a hablar con cierta desgana, sin duda fruto de la inercia de su parquedad, se ha ido animando poco a poco conforme entraba en materia. Es la naturaleza de lo

afín. Las palabras exigen más palabras (igual que el silencio más silencio), en una curva exponencial que nos aleja de cualquier mecanismo automático y nos humaniza.

El tío Jaulín estaba fuera de la ciudad y Estrella iba cada día a atender la pajarera. El penúltimo día, cuando su padre estaba a punto de regresar, tuvo la desgracia de encontrarse un pájaro muerto. Lo primero que se le ocurrió fue deshacerse del pequeño cadáver pero no lo hizo. Sabía que todos los pájaros tenían nombre propio, como si estuvieran numerados, y no le quedó otro remedio que recorrer las pajarerías del barrio en busca de uno similar. Visitó un par de ellas sin suerte, pero en la tercera halló uno prácticamente idéntico. Volvió a casa, soltó al nuevo inquilino en la pajarera y se fue a descansar con la satisfacción que sucede a la angustia. Al día siguiente regresó el tío Jaulín. Lo primero que hizo fue visitar a los pájaros. Estrella le acompañó. El tío Jaulín entró en la pajarera y saludó a sus antepasados. Ellos lo reconocieron y se le posaron en la mano a recibir una semilla de alpiste o una caricia en el obispillo. Estrella lo observó todo desde el exterior, con los brazos cruzados y la mirada de aplomo. El tío Jaulín salió de la pajarera y se puso a su lado. Ambos se miraron y sonrieron.

—Falta Tomás el Porquero —dijo el tío Jaulín refiriéndose al pájaro muerto—, y a ese de ahí —añadió señalando el que había comprado Estrella — no lo conozco de nada en absoluto.

Una historia curiosa y divertida que nos ha hecho reír como dos cómplices, como dos proscritos, solos en un polígono industrial desierto, compartiendo el reducido habitáculo de un cupé, clandestinos aprendiz y maestro huyendo del destino y la clase social, burlando la costumbre y la ley, ajenos al sistema. Pero nuestra complicidad se ha roto inmediatamente después, como si fuera un espejo de la realidad que se hubiera hecho añicos. Estrella ha recuperado el rictus que le corresponde, el aprendiz, quizá el impuesto, se ha bajado del coche, me ha cambiado el sitio y se ha dejado conducir hasta cerca de la plaza donde vive, el mismo discreto lugar en el que la había recogido un rato antes.

—Gracias —me ha dicho apuntando a mis retinas con su haz de negrura.

Y se ha ido calle arriba, caminando con la prisa de quien delinque o de quien se siente amenazado. La comprendo muy bien. Yo también siento el peso de la amenaza en alguna parte de mi cuerpo. Si Onofre o Fidelio se enteran de nuestras clases más vale que mis piernas y/o mi doscientos veinte

caballos respondan como es debido. Chiummm. No obstante me sonrío a mí mismo por el espejo retrovisor. Me siento joven y vivo. Percibo los psicotrópicos naturales templando mis nervios, dándome valor y esperanza en el futuro, sensaciones que por olvidadas me parecían irrepetibles. Por ya vividas imposibles de revivir.

La sonrisa del retrovisor me preocupa porque es la certificación visual de que estoy lejos de ser tan joven como me siento. Y esa preocupación me hace llegar a casa conmocionado, como si caminara ante un espejo que me fuera reflejando todo el tiempo, como si estuviera a punto de encontrarme conmigo mismo, en el umbral de esa superficie de luz estancada, una imagen entrando y otra saliendo de ese escenario simétrico pero ambidiestro que parece real y sólo es un reflejo. Será por eso por lo que he sentido la necesidad de sacar mis álbumes de fotos y estoy sentado en la alfombra del salón mirándolas por orden cronológico. Porque las fotos, al contrario que los espejos de la actualidad, reflejan escenarios que no existen en el espacio ni en el tiempo. Son reflejos congelados, instantes pasados, viajes temporales para osados turistas en busca de las emociones de la memoria.

He rastreado mi rostro a través del tiempo hasta componer una película de fotogramas que han convertido una piel tersa y limpia en otra arrugada y manchada, un pelo abundante y castaño en otro escaso y grisáceo, unos ojos acechantes en otros contemplativos, una boca sonriente en una mueca de expresión ausente. En pocos minutos, condensando los años, obviando el tiempo no fotografiado, saltando de oca a oca en el tablero de la existencia, he envejecido hasta la casilla del presente, hasta la imagen del espejo.

Me he detenido un buen rato mirando el álbum de mi boda. Hacía años que no lo abría. Pasando sus páginas he visto a mis padres, a mis hermanos, a mis suegros y a Claudia, aquella Claudia de la que me enamoré, intrépida fotógrafa de la realidad social llamada a convertirse en notaria gráfica de la burguesía urbana. Infausto destino. Ahí estoy (estaba), cuando todavía nos sentíamos hippies, alianza en dedo y sonrisa en ristre, en rostro, quiero decir, cegado por el resplandor del flash, simplemente cegado, hipotecando mi libertad personal, exiliándome a un estado absolutista con calabozos, rutina y corredor de la muerte. Ingenuo y voluntario conejo de indias que se presta al experimento de equilibrar la balanza sexual con el menor sexo posible, un aséptico polvo de vez en cuando ejecutado con impecable soltura por ambas partes, un acto físico más próximo a la actividad deportiva que a la amatoria,

más parecido a una terapia de balneario que al acto biológico de reproducción de la especie. No hay que olvidarlo: animal, cordado, vertebrado, mamífero, primate, homínido, homo sapiens.

Y así, enfrentado contra la imagen del novio que fui aquel día, como si estuviera ante el espejo del tiempo, conocedor de mi destino y de la palabra que di en aquella ceremonia, sin poder ni querer controlarme, libre por solitario, solo por liberado, místico, nostálgico y ebrio de rencor, he esbozado una enorme sonrisa, la boca estirada hasta el extremo, el entrecejo fruncido, los ojos cerrados. Y he comenzado a llorar.

Supongo que he llorado porque no se han cumplido las siempre optimistas perspectivas que se trazan con isométrica precisión sobre los ejes que conforman el futuro de un novio recién casado, si se me permite esta escueta digresión geométrico-temporal. Y no es que yo fuera especialmente iluso, no más que el resto de mis amigos, todos ellos novios recién casados en algún momento de sus vidas. No esperaba tener una familia modélica con esposa amantísima, hijas adorables y perro fiel, pero tampoco imaginaba que el único perro de mi familia fuera a ser yo mismo, tantas veces apaleado pese a cumplir las órdenes de mi dueña y jugar con mis hijos a la pelota (ellos lanzándomela y yo corriendo tras ella). Sinceramente.

El cine y las series de televisión (incluso las de dibujos animados) son escaparates de familias falsas, casi siempre numerosas, dialogantes, divertidas, ejemplos para un (llamémosle) MFA o Master in Familiar Administration. En la vida real las cosas son diferentes. Es muy difícil encontrar una familia que, por ejemplo, reúna a sus miembros alrededor de la mesa del desayuno, como vemos constantemente en estos productos audiovisuales, permitiéndose además el lujo de leer la prensa mientras tanto. Y con un rotundo sol entrando por la ventana. Por eso no me avergüenzo de mis lágrimas, porque me siento engañado, timado como una abuela avariciosa en pleno tocomocho, un acompletejado comprando una crema alargapene o similar, vayan por delante mis disculpas si alguien se considera una abuela avariciosa o un acompletejado con el pene corto. O ambas cosas.

En este preciso momento Claudia entra en el salón, se aproxima y me cuenta que ha ido al banco para plantear la hipoteca de nuestra (hipotética) nueva casa. ¿No predije que recuperaría la voz para hablarme de este asunto? Me deja un informe en el que, en efecto, se contempla con todo lujo de detalles el montante total de la inversión, su tipo de interés, sus cuotas mensuales y su amortización. Es, como no podía ser de otra manera, una jodida hoja de cálculo.

Suspiro muy despacio. Me siento débil y estoy a punto de dejarme llevar. Como un eyaculador precoz cansado de tener que recurrir a trucos disuasorios para retener el esperma, siento el deseo de rendirme ante Claudia, dar el sí definitivo a la nueva casa y obtener a cambio todas las dádivas que me estoy perdiendo por negarme. Conviene no olvidar que vivimos inmersos en las reglas del libre mercado (también en cuestiones domésticas) y, si aceptara, me encontraría ante un prometedor mundo de maravillas. Para empezar, y no es moco de pavo, una sonrisa de Claudia, luego un abrazo, contacto carnal, sexo, mucho, mucho sexo para recompensar mi rendición a las exigencias del terrorismo de *Mobilia*. No serían menos de tres actos amatorios a la semana durante como mínimo un par de meses. Si hubiera hecho una hoja de cálculo sabría que me estoy jugando del orden de veinte a veinticinco polvos plenamente satisfactorios, contando además con la lencería que me gusta y mis posturas favoritas. Muy tentador, sobre todo para una mente débil. Y fácil.

Y cobarde. La lucha exige el sacrificio de la castidad si es necesario, sobre todo si tal asunto puede resolverse en privado pensando en la melena y los ojos, en la figura y la cadencia al andar, en los labios por fin en movimiento de Estrella. No es que me vaya a masturbar de veinte a veinticinco veces en los próximos dos meses, pero odio despertarme con el pijama húmedo por haber sufrido una polución nocturna. Prefiero resolver las cosas voluntariamente y en vigilia que dejarlo todo en manos del sueño (y por tanto del subconsciente, que no es más que una versión de ti mismo sólo que mucho más impresionable).

Gus, en cambio, no necesita masturbarse nunca a juzgar por su actividad sexual, puesta en práctica de nuevo en su camita de soltero, según pude comprobar anoche cuando, una vez más presa del insomnio, decidí abandonar la celda de la cama y darme un paseo por la planta superior de mi dúplex. No me da vergüenza reconocer que estuve un buen rato detrás de la puerta de su cuarto tratando de imaginar lo que ocurría al otro lado o, mejor dicho, cómo estaba ocurriendo eso que escuchaba.

Esta mañana, una vez que el angelito se ha levantado y se ha metido en la ducha, he vuelto a su cuarto en busca de una prueba que pudiera satisfacer mi curiosidad de padre sorprendido, de padre admirado, de padre (diríase) envidioso. Y todo lo que he sacado en claro es que el otro día no pude abrir la puerta de su dormitorio porque ha colocado un cerrojo por dentro. Lo que

significa que, una de dos, o tiene algo que esconder, o me ha sorprendido tratando de acceder a su intimidad y quiere asegurarla. Será desconfiado. En otras circunstancias hablaría con Claudia para urdir una estrategia conjunta, pero tal como están las cosas no lo haré. Podría dar la falsa impresión de que trato de acercarme a ella usando una excusa para limar asperezas. Y no, no y mil veces no.

Y hablando de noes, está Fidelio. En efecto, tal como me confesó el tío Jaulín, no sabe decir que no. Tengo varias pruebas. El otro día acudió solícito a la llamada de su hermano Onofre, vino a darme el aviso de que no me acercara a Estrella, pagó en el buffet libre sin rechistar y no cesa de acometer todo tipo de recados en el puesto del mercadillo, como un correveidile incapaz de zanjar tantas peticiones y abusos de confianza con un simple no. Pero es que saber decir que no es una de las lecciones más importantes que tiene que aprender un ser humano, salvo que ese ser humano sea hembra y la cuestión verse sobre sexo, en cuyo caso el no viene de serie y entonces lo que hay que aprender a decir es que sí, si se me admite este axioma de orden machista y retrógrado que, sin embargo y pese a quien pese, es cierto y además fácilmente comprobable, maldito sea por tener que ser siempre tan explícito.

Los homo sapiens respondemos a la ley del mínimo esfuerzo. Fidelio no sabe decir que no por la sencilla razón de que le resulta más fácil decir que sí. Lo comprendo. Hace un momento yo mismo he estado a punto de decirle que sí a Claudia en lo referente a la casa nueva. Es lo mismo: ante la debilidad yo también he caído en el reino del sí, de la misma forma que otros homo sapiens caen en el del no. Supongo que todo depende del carácter. Los extrovertidos tendemos al sí y los introvertidos al no. Fidelio y yo somos extrovertidos pero hay una diferencia entre nosotros. Que yo sé decir que no, y el no. Valiente trabalenguas.

No hay que olvidar que le llevo veinte años, tiempo suficiente para aprender muchos trucos y recursos al módico precio de olvidar otros. Yo también pasé unos cuantos años de mi vida sin saber decir que no, tiempo en que los demás se aprovecharon de mi debilidad y dañaron mi amor propio. Hasta que un día aprendí que algunas cosas hay que decirlas de carrerilla, como una oración, un poema de Espronceda o la dirección de tu casa. Y aquel día me inventé una entradilla, unas palabras que sirvieran de teloneras a la estrella de mi discurso, el adverbio no.

—Vas a tener que disculparme...

Ésas fueron las palabras, la fórmula para conjurar la debilidad y tener el valor de decir lo que uno piensa.

—Vas a tener que disculparme pero tengo mucho trabajo.

—Vas a tener que disculparme pero no puedo acompañarte.

—Vas a tener que disculparme pero me es completamente imposible.

Tan simple y certero como unas palabras amables que suavicen la rotundidad de las negativas, una lección valiosa por sencilla que no se enseña en ninguna escuela o instituto, y que estoy dispuesto a compartir con Fidelio para librarlo de la esclavitud de su extroversión.

—¿Has visto el estudio bancario? —dice Claudia sentándose a mi lado en el sofá—. Yo creo que si vendemos este dúplex a buen precio, no tendremos ningún problema para afrontar la hipoteca.

—Lo que he visto es que Gus ha puesto un cerrojo en su habitación. ¿A quién le ha pedido permiso?

—A mí.

—¿Y por qué no a mí?

—Dice que sólo sabes decir que no.

Qué ironía: tener que aprender a decir no fuera de casa y no decir otra cosa dentro de ella.

—¿Y a ti te parece bien que se traiga chicas a casa y se las meta en la cama? —pregunto.

—Ricardo, por favor —responde Claudia—, tú y yo también hacíamos el amor en casa de tus padres, ¿ya no te acuerdas?

Cómo olvidarlo.

—Vale —replico—, pero al menos mis padres no estaban en casa. Es una sutil diferencia, ¿no crees?

Claudia arruga tanto el entrecejo que parece su propia madre.

—¿Prefieres que lo hagan en el interior de un coche? —exclama interrogándome—. ¿O en una pensión barata o vete tú a saber dónde? Por favor, Ricardo, no seas carca. Gus ya es un hombre.

—¿Y cuando Carol sea una mujer también vamos a dejar que venga a casa con su novio?

—¿Por qué no? ¿Cuál es la diferencia?

Me encantan los herederos del progresismo del último cuarto del siglo xx. Pretenden vivir en una urbanización de alto *standing*, dejan que sus hijos

follen en casa y no ven la diferencia entre que un hijo deje embarazada a una chica o que la embarazada sea hija suya.

—Alguna diferencia hay —declaro.

—Pues más a mi favor —replica ella—. Si Carol hace el amor en casa, tendrá garantías de higiene e intimidad y la seguridad de que siempre habrá una caja de preservativos en su mesilla. Yo misma me encargaré de ello cuando llegue el momento. De ese modo ya no habrá ninguna diferencia, ¿no?

Cuál es la reacción del buen padre, me pregunto. ¿Velar por que tu hija desarrolle una sexualidad sana y segura en el hogar o desear la muerte del primer hijo de puta que le ponga las manos encima? No sé responderme y poco importa. Las respuestas teóricas no sirven para los asuntos del corazón.

—No hablemos de ese tema ahora, Ricardo —me interrumpe Claudia—, y dime qué opinas de las condiciones de la hipoteca.

La miro y tomo aire.

—Vas a tener que disculparme —le digo muy despacio, pronunciando las palabras con calma—, pero dentro de un rato tengo una cita y antes tengo que pasar por mi oficina.

Llego a mi despacho pero no puedo trabajar. Mi ordenador ha desaparecido. Rubén entra para informarme de que se está llevando a cabo un cambio del sistema informático (la versión plus, por la turbo plus o algo así), junto con la sustitución de algunos ordenadores viejos por otros más potentes. Sonrío. Es más que una metáfora de lo que quieren hacer conmigo. Yo soy para la empresa un ordenador viejo, que lleva consigo una versión obsoleta del sistema operativo. Por eso tienen que cambiarme, porque el sistema es implacable y requiere ordenadores jóvenes que funcionen perfectamente coordinados: en red, como dicen los informáticos. Yo ya no funciono así. Soy un pecé independiente. Casi un portátil. No intereso. Igual que no interesan las cabras del monte al pastor, porque las cabras no funcionan en red y sin embargo las ovejitas sí. Y todo lo que funcione en red es susceptible de llevarse al matadero.

Deambulo por mi despacho rumiando mi metáfora hasta que se hace la hora de ir en busca de Estrella. La recojo en la esquina convenida y nos desplazamos al polígono industrial. Una vez allí intercambiamos los asientos y da comienzo la clase. Enseguida advierto algunos defectos en la conducción, como que el recorrido de las marchas es insuficiente.

—No te fijas en el cuentarrevoluciones —le digo—. Escucha el sonido del motor y él te dirá cuándo debes cambiar de marcha.

—Frena antes de reducir —le digo—, tendrás más control sobre la dirección y evitarás que el motor se revolucione en exceso.

—Suelta el embrague con suavidad —le digo—, para evitar tirones.

«Mírame y núblame la vista», quiero decirle, «detén el coche y deja que te recoja el pelo a un lado para poder besarte el cuello.»

«Tócame», quiero decirle. «Vuélvete hacia mí y abrázame.»

«Déjame besarte», quiero decirle, «o bésame.»

El coche se cala y vuelvo en mí. No puedo repetir en voz alta nada de lo que se me ha pasado por la cabeza. Estrella es introvertida y sabe decir que no perfectamente. Además está su condición de viuda de luto, y de Telele, y de mujer joven para quien no debo de ser más que un madurito con ganas de superar la crisis de los cincuenta. O de los sesenta. Pero el coche es mío y está claro que disfruta conduciendo. Así que, cuando menos, soy un madurito con coche, tan atractivo como un universitario con moto para Carol. Esta comparación me hace recuperar cierto grado de autoestima y esbozo una sonrisa.

—¿De qué te ríes? —pregunta ella mirándome de reojo.

—Sonrío porque en sólo dos clases ya conduces mejor que mi mujer, que lleva años haciéndolo.

Ella también sonrío. Una frustración a punto de ser resuelta es como una dosis de prozac en vena.

—No sé de qué me río —confiesa—. Nunca podré tener un coche.

—Tienes éste.

—Gracias, pero éste es tuyo y de tu mujer.

—No, ahí te equivocas. Mi mujer tiene otro.

—Qué suerte.

—Éste es mío y está a tu disposición.

—Eres muy amable —dice—, demasiao.

Mierda, se me ha visto el plumero. He querido ser generoso y he debido de parecer avaricioso. Me callo y miro por la ventanilla. Enseguida recupero la pacífica sensación del pasajero, como el otro día en el taxi. Las naves del polígono industrial actúan sobre mis ojos como los vaivenes del péndulo de un hipnotizador. Los cierro y casi me duermo. Estrella sigue dando vueltas en cuarta, pero cuando llega a la recta larga se atreve con la quinta. Y hasta con la sexta. El doscientos veinte caballos relaja el motor y se deja llevar. La clase está durando más de lo previsto.

—¿No tienes que ir a tu oficina? —me pregunta Estrella.

—Luego me acercaré para el cierre de las cajas —le informo—, pero la verdad es que no tengo mucho que hacer. Hoy es un día tranquilo.

—¿Te gusta tu curro?

No esperaba una pregunta tan personal, y quizá por eso la agradezco. Es la primera vez que Estrella rompe el silencio e inicia una conversación. Se siente bien. Salta a la vista. Parece otra mujer. Todos hablamos cuando nos

sentimos bien. Es como si necesitáramos compartir nuestro buen rollo con el prójimo.

—Pues sí —respondo—. No es que sea un trabajo vocacional, pero me permite vivir bien sin trabajar excesivamente duro. Supongo que a mi edad uno se vuelve práctico y valora más lo eficaz que lo vocacional. ¿Y a ti? ¿Te gusta el tuyo?

—Yo no trabajo.

—¿Cómo que no? Te he visto vendiendo en el mercadillo.

—Eso es como trabajar en casa, como pasar la fregona o hacer las camas. No cuenta. Un curro es algo que haces por dinero.

—¿En qué te gustaría trabajar entonces?

Mi pregunta no tiene ninguna intención particular, salvo la de continuar la conversación, pero Estrella me mira con el ceño levemente fruncido, como quien se pone en guardia. Intuyo que es la primera vez que alguien le hace semejante pregunta.

—¿De verdá quieres saberlo?

—Claro.

Inspira profundamente antes de responder.

—Siempre he soñado con ser policía.

Y a continuación reacciona. El rostro se vuelve huraño de nuevo, la mirada se ancla al frente, la melena cubre parte de su rostro, actuando como una cancela de separación entre los asientos. Era de esperar. La sinceridad suele provocar este tipo de reacciones. Es como tratar de compensar el exceso de confianza con el exceso de celo.

—¿Policía? —repito incrédulo.

No esperaba una profesión tan gregaria.

—No debería habértelo dicho —dice ella.

—¿Por qué no?

—Nunca se lo había dicho a nadie —responde tras la cancela de su pelo, recordándome por un momento la escena de una feligresa confesándose ante un sacerdote.

Sin poder evitarlo vuelvo a sonreír. Y siento las termitas en el estómago. Y cierta laxitud más abajo, en el vientre, si cabe esta licencia anatómica. Estrella acaba de decirme algo que nunca le había dicho a nadie. No puedo creerlo. Parezco un adolescente. Me siento ilusionado e inseguro. Adolezco,

cándida, tiernamente. La euforia hace que mi corazón galope revolucionado como el doscientos veinte caballos. Tengo ganas de abrir la ventanilla y sacar la cabeza. O el culo.

—¿Nunca has conocido a una mujer que quisiera ser policía? —me pregunta.

—No sé, creo que no.

—¿O te estrañas porque no te cuadra que una mujer como yo quiera ser policía?

Cuidado. No sé a qué se refiere con ese comoyó: a su condición de Telele, a su extrema belleza o a su estado de viudedad. Es hora de demostrar la fortaleza del hombre maduro sobre la ingenuidad del adolescente.

—Tú lo que quieres es patrullar la ciudad con tu flamante coche de policía —le digo en tono jovial—, y de vez en cuando accionar la sirena y acelerar bruscamente para responder a una llamada de emergencia que has recibido por radio. ¿A que sí?

Es una conclusión lógica después de comprobar la soltura con que está conduciendo mi coche.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque tal como estás, con el brazo izquierdo apoyado en la puerta y el derecho en el volante, ya pareces una poli patrullando este polígono industrial.

Ríe. ¿Ríe? Sí, ríe y cuando lo hace, dios de los cristianos, es aún más hermosa de lo que creía, sus ojos se achinan y aparecen unos simétricos hoyitos bajo sus mejillas que me provocan una punzada de dolor en la barriga. Las termitas han logrado abrir un boquete en mi estómago. Su risa me turba. Me incomoda, me molesta, me enamora. Me provoca la ansiedad de volver a verla y escucharla. Como una droga, me produce un subidón y luego un bajón, un mono insoportable que me obligará a robar e incluso a matar por disfrutarla de nuevo. Instintivamente consulto mi reloj de pulsera. No pretendo saber qué hora es (no tengo prisa) sino qué fecha. Soy mayor. Un adolescente maduro sin oportunidad de disfrutar de esa risa el tiempo suficiente, que siempre será más del que yo dispongo. Y entonces siento rabia.

Estrella frena el doscientos veinte caballos y me mira. Creo que me va a dar un infarto. No puedo soportar la idea de tenerla tan cerca y sentirla tan lejos. En el tiempo. Un sudor frío resbala por mi frente. Es un llanto que

mana de las entradas de mi cabello, lágrimas que destilan mis canas. Pone el cambio de marchas en punto muerto y se retira el pelo.

—¿Me cambias el sitio? —dice abriendo la puerta.

Lo hago como un autómeta. Tengo la sensación de estar viviendo un sueño. No sé. Quizá sea un recurso de mi sistema operativo para evitarle sufrimientos al cuerpo: confundir el sueño con la realidad cuando la realidad es demasiado hermosa, cuando parece un sueño. Conduzco en actitud ausente, me dejo llevar por el doscientos veinte caballos. Estrella se apea en la esquina y me da las gracias por la ventanilla, como el otro día. A duras penas reacciono.

—Gracias a ti —le digo.

—¿A mí? ¿Por qué?

—Por haberme contado algo que nunca le habías dicho a nadie.

Soy Cenicienta en el baile del príncipe. Tengo miedo del tiempo. Me aterroriza que sean las doce de la noche y se rompa el embrujo del hada madrina. No sé muy bien cómo pero he llegado al edificio de los grandesalmacenes. Aparco y subo a mi despacho. Las encargadas están cuadrando las cajas registradoras mientras el servicio de limpieza acaba de comenzar su faena. Los informáticos han debido de completar el cambio del sistema operativo porque mi nuevo ordenador ya está instalado. Es más pequeño que el anterior, lo que significa que debe de ser mucho mejor. En el mundo de la tecnología el tamaño de las máquinas es directamente proporcional a su repercusión en los humanos: cuanto más pequeñas son, más nos empequeñecen.

En mi mesa hay un sobre con el membrete de la Dirección General. Tomo asiento. No me gusta que las malas noticias me cojan desprevenido. Lo rasgo y extraigo su contenido. Dos folios, uno de paja, el otro de verdad. ¿Qué otra cosa podía ser? Una hoja de cálculo con el resumen de mis cotizaciones a la Seguridad Social y una propuesta económica para prejubilarme. Esta vez no es un aviso, esta vez va en serio. Quieren cambiarme por un ordenador más pequeño, barato y potente. Malditos sean. Me levanto prácticamente de un salto. No siento debilidad sino coraje. Blasfemo. Agarro el teléfono con intención casi criminal, marco el número de la secretaria de dirección, pero cuelgo. Paso. Todo lo que puedo conseguir es una subida de tensión y/o un soberbio dolor de cabeza. Vuelvo a blasfemar. Bajo al parking, arranco el doscientos veinte caballos y me dispongo a ir en

busca de mis colegas, igual que hace mi hijo Gus cada viernes por la noche. Llego a la plaza cuando anochece. Hay mucha animación, niños jugando, corrillos de tertulia, gente asomada al balcón hablando con los transeúntes. Otra vez la estampa costumbrista.

Adoro esa forma de vivir en la calle, compartiéndolo todo (el espacio y el tiempo), como se vivía antes en las ciudades y todavía se vive en algunos pueblos. Me recuerda mis tiempos de estudiante, cuando yo mismo era un habitante de la calle, verdadero salón de actos de nuestras asambleas, manifestaciones y sentadas. La calle, la heredera del ágora griega, del foro romano, suelo santo, como el de un templo bendito de cualquier religión.

Busco a Fidelio pero encuentro primero a Juanmi, acompañado por dos muchachas, seguramente primas suyas. Me informa de que Fidelio acaba de llegar de vender por los pueblos.

—Se ha ido a casa —dice—. Está muy cansao y no querrá bajar.

—¿Dónde vive?

Se despide de sus primas y me acompaña hasta el portal más alejado de la entrada de la plaza. Una vez allí me señala el piso en el portero automático. Pulso.

—¿Quién? —Es Onofre.

—¿Está Fidelio? —Me parezco a Carol, llamando a sus amiguitas para que bajen a jugar con ella.

—¿Quién lo llama? —me desafía la voz.

Para desafíos estoy yo.

—Su amigo Dic.

Se oye un golpe. Me ha colgado. Nunca me habían colgado un portero automático. Sonrío. A mi edad las nuevas experiencias resultan únicas. Juanmi me mira sorprendido. Debe de pensar que me falta un tornillo. Fidelio se asoma por la ventana.

—¿Estás mal de la cabeza? —Se toca la suya—. ¿Por qué le dices a mi hermano que eres mi amigo?

—¿Es que no lo soy?

Fidelio guarda silencio. Quizá también sea la primera vez que alguien le hace esa pregunta. Mira a Juanmi buscando apoyo pero éste se encoge de hombros.

—¿Soy tu amigo o no? —repito elevando la voz.

Me queda poco tiempo para todo, hasta para trazar los límites de la

amistad. La ira que he sentido al leer la carta de dirección se está convirtiendo en energía, en valor, como si las leyes de la termodinámica supieran de sentimientos.

—Sí, sí —responde Fidelio con un dedo en la boca—, pero por favor no hables tan alto, que si baja mi hermano se va a armar una buena. ¿Qué quieres?

—Que bajes.

—¿Pa qué?

—Para emborracharnos.

Nuevamente la mirada entre Juanmi y Fidelio.

—¿Qué os pasa? —añado—. Acabo de recibir una mala noticia y quiero emborracharme con mis amigos, ¿vais a venir o no?

Fidelio se retira de la ventana y Juanmi se aleja en dirección a otro portal. Tal vez haya ido demasiado lejos reclamando una amistad que no me pertenece. Quizá debería ir al club de tenis y emborracharme con mis colegas de raqueta. No sé. Me doy la vuelta y me encamino al exterior de la plaza. Soy el centro de todas las miradas. Me he puesto en evidencia. Entro en el doscientos veinte caballos, lo arranco y, justo cuando voy a soltar el embrague, alguien abre la puerta del copiloto violentamente. Dejo el coche en punto muerto y me preparo para recibir el ataque del malcarado Onofre, pero no.

—Tú estás muy chungo —dice Fidelio sentándose a mi lado—. Primero nos llamas y luego te piras.

—¿Llevas parné? —me pregunta Juanmi desde el asiento de atrás.

Me emociona su comportamiento, quizá porque no estoy acostumbrado a la generosidad. Pongo la radio y les lanzo una mirada. Es aplomo contagioso, como si fuéramos el equipo A y tuviéramos una misión que cumplir. Me dejo guiar, no conozco la zona. Me llevan a una plaza llena de tascas. Aparcamos y entramos en todas, por orden, de izquierda a derecha, cerveza, cerveza, cerveza y más cerveza. En la última pedimos algo de picar, el estómago inundado lo reclama. Nos sacan unas magras de jamón, tal cual dicho, y unos tacos de queso. Lo devoramos todo y seguimos. Cruzamos el río y nos dirigimos a una bodega de un conocido de Juanmi. Probamos distintos vinos, todos viejos, alguno rancio. Hablamos poco pero nos sentimos bien, ni rastro del silencio incómodo. A Fidelio le brillan los ojos, aunque no parece afectado por la bebida. Yo voy algo cocido y Juanmi comienza a tambalearse. Los tres hemos bebido más o menos lo mismo pero tenemos constituciones distintas. Cosas de la densidad.

El bodeguero nos saca un plato de embutidos curados. Vuelan. Luego caen unas banderillas de aceitunas con boquerones y por último una tabla de patés y quesos para untar. Sesión de eructos. Más vino y afectuosas despedidas del bodeguero que, sin embargo, no acepta tarjetas de crédito. No pasa nada, Juanmi sabe dónde hay un cajero automático. Nos vamos los dos, Fidelio se queda de prenda en la bodega. Juanmi se desorienta un poco pero consigue encontrar el cajero. Entro y procedo. Al salir tenemos problemas. Cuatro chavales nos rodean y nos piden la pasta. Y yo con una de esas tarjetas que dan más dinero del necesario. Salgo del sopor del alcohol y siento miedo. Miedo físico, miedo a perder la integridad física, quiero decir, una sensación que también parecía haber olvidado. No me habían atracado desde que yo mismo era un chaval de la edad de nuestros atacantes, tal vez porque desde entonces no había vuelto a deambular por la madrugada urbana. Mi mundo es seguro, todo rodeado de guardias de seguridad, puertas blindadas, alarmas conectadas a una centralita, bloqueos antirrobo y pólizas

de seguro. Todo pensado para evadir el fantasma del miedo al prójimo. Así que el atraco me pilla totalmente desentrenado. Juanmi, sin embargo, parece más entero, no sé si porque está más acostumbrado a estos encuentros o porque el dinero del cajero es mío.

—Venga la tela —dice el portavoz de los asaltantes.

—Oye, colega —pruebo suerte—, no nos jodas la noche.

Pero esta vez no cuele. Ni colega ni hostias, según me responde literalmente el aludido reclamándome la tela por segunda vez. No hay nada que hacer. Somos dos contra cuatro y además vamos medio pedos. Saco los billetes. El chorizo extiende la mano para cogerlos, pero no lo hace. Una sombra se ha cernido sobre todos nosotros. Es alargada y siniestra como la del mismo demonio.

—Será mejor que os marchéis cagando hostias antes de que me enfade —dice Fidelio apareciendo justo detrás de su sombra.

El efecto de sus palabras es inmediato. A veces las palabras dependen más de las dimensiones del hablante que de su significado. Y las dimensiones de Fidelio son de un solo significado. Los asaltantes miran a su portavoz y abren el círculo que formaban a nuestro alrededor. Fidelio se coloca entre Juanmi y yo. Los asaltantes se baten en retirada. No ha hecho falta llegar a la fuerza bruta, todo se ha resuelto como en un ritual de poses y amenazas.

—Qué poderío —exclamo agradecido.

—No eran más que unos críos —dice él con una mueca despectiva—. ¿Tienes la pasta?

Se la enseño.

—Entonces paga en la bodega y sigamos.

Lo admiro. No parece dar ninguna importancia al lance que acaba de resolver, un atraco que podría haber derivado incluso en sangre, porquenó. Es curioso, un tipo que no sabe decir que no pero es capaz de ahuyentar a los enemigos de cuatro en cuatro con su simple presencia. Reímos. Es nuestra reacción a la tensión. Y a las cervezas y el vino. Volvemos al coche. El suceso ha provocado en mí una euforia desbocada. Me dan ganas de bajar la ventanilla y ponerme a cantar. Me siento a salvo del mundo y su podredumbre, a salvo de mi prejubilación. Fidelio me hace sentir joven y protege mi integridad física. Suerte que no sabe que hace unas horas su cuñada iba conduciendo este mismo coche.

Cambiamos de rollo. Abandonamos la tasca y la cerveza y nos pasamos

al cubata y la música dance. Fidelio negocia nuestro acceso a una discoteca con los seguratas que custodian su puerta principal. Lo hace de tú a tú, gorila contra gorila, y cuando entramos, Juanmi se camela a las camareras para que nos dejen la botella de ginebra en la barra. Ellos toman ginlemon, yo gintonic. No bailamos en la pista pero nos movemos cadenciosamente donde estamos. Juanmi se aleja un momento para saludar a unos conocidos. Fidelio y yo nos quedamos solos. Tomo mi vaso y lo elevo para brindar con él. Parecemos dos amigos de toda la vida. Me siento a gusto. No tengo recuerdos anteriores. Me han cambiado, como el sistema informático de mi empresa. Soy una nueva versión de mí mismo, la turbo, con la memoria limpia y muchos más teras de capacidad. Juanmi regresa y nos enseña las tres pastillas blancas que lleva en la palma de la mano.

—Invito yo —dice tomándose una.

—¿Qué es? —pregunto acercando mi boca a su oído.

—Algo que te va a poner como una moto —responde afirmando con la cabeza.

Fidelio se encoge de hombros y se toma la suya. Yo dudo. La versión turbo viene con antivirus de serie y toma sus precauciones. Supongo que se trata de una pastilla de éxtasis o algo parecido. He leído que su acción es inmediata y apenas tiene efectos secundarios, pero soy consciente de que puede dañar la cepeú. Y más una reciclada como la mía. Sin embargo, la fuerza del grupo se impone a las dudas del individuo. La cojo de la mano de Juanmi y me la tomo. Inmediatamente Fidelio me da una palmada en la espalda.

—Bien hecho.

Enseguida mis sentidos se agudizan. Percibo con nitidez cada uno de los instrumentos que interpretan la música, soy capaz de ver en la oscuridad, distingo varios aromas a la vez, y además por separado, me molesta el frío del cubata en el paladar y casi diría que soy capaz de sentir el relieve de mis huellas dactilares en la punta de los dedos. Tal es el efecto que una mierda de pastilla así de pequeña ha logrado provocar en mi organismo. Juanmi y Fidelio tienen los ojos oscuros y brillantes y se dirigen a la zona de baile. A ellos también les está haciendo efecto el encantamiento. Los dejo ir y me dedico a explorar mi entorno con estos superpoderes que me han sido concedidos por tiempo limitado.

Mi cuerpo guarda el recuerdo de cientos de porros fumados en la calle,

en aquella calle, junto a mis colegas de facultad, pero esto es distinto. El porro amodorra y esta pastilla excita, al menos sensorialmente hablando. Mi corazón late con vigor siguiendo el ritmo de la música. Es una reacción simpática entre el bafle que tengo sobre la cabeza y mi caja torácica, ambos marcando el compás de la batería. Voy paseando por la sala como si hubiera aterrizado en otro planeta y todo fuera nuevo para mí. Toco unas cortinas de terciopelo que encuentro en un rincón y me estremezco de placer. Bailo un poco, siguiendo la música con los ojos cerrados y percibo una agradable sensación acuosa, como si estuviera en el interior del vientre materno, ajeno al mundo. Luego me doy cuenta de que estoy mojado porque he eyaculado. Ha sido mi primera polución nocturna fuera de la cama. Y sin estar dormido. En realidad no sé cuándo ha sucedido. Tal vez al tocar el terciopelo. Quizá al pasar junto a la melena de una morena tan morena como Estrella. Siento un calor muy agradable confundido con constantes escalofríos. Llego a los baños y trato de orinar sin éxito. El pene está duro: no mea. Y no cabe por la bragueta, de manera que tengo que bajarme los pantalones para poder colocarlo en su sitio. El olor de la orina me daña la nariz. Salgo. Trato de buscar a mis colegas pero no lo consigo, quizá porque cada vez hay más gente en el local. Voy hacia la cabina del pinchadiscos y me hago con un micrófono. El pinchadiscos me mira con ojos inexpresivos. Va más drogado que yo. No nos hacemos ni puto caso. Acciono el micrófono.

—Fidelioooooooooo...

Como mi voz apenas se distingue del fragor de la música, le doy un empujón al pinchadiscos para que baje el volumen. Lo hace.

—¿Hola?

Ahora sí. El micro ejerce su influencia sobre mí y me hace sentir poderoso, como si tuviera un arma de fuego capaz de destruirlo todo. Quien no haya tenido un micrófono encendido en la mano y un auditorio a sus pies no será capaz de entenderme.

—¿Lo estáis pasando bien?

Un sector del público danzante me responde al unísono.

—Seguid bailando, no quiero interrumpiros.

Me doy cuenta de que hablo siguiendo el ritmo de la música. Hablo como en rap, marcando los espacios y las consonantes. Sólo me falta una gorra de visera al revés. La gente me mira, como si esperase mis palabras.

—Voy un poco pedo, disculpadme —digo para convocar su atención—,

pero ya que tengo la oportunidad, permitidme que os diga algo. No os creáis nada, colegas, nada. Todo es mentira. No sois quienes creéis ser. Pensáis que sois libres. Os sentís libres conviviendo en este invento de la democracia y el neoliberalismo, pero no sois más que unos desgraciados prisioneros. Sí. Sois prisioneros del sistema porque, de no serlo, seríais sus enemigos: los rebeldes. En mis tiempos los jóvenes éramos eso, rebeldes inconformistas, un peligro público y una amenaza para la continuidad del sistema. Por eso ahora sois así, medio gilipollas, drogados, borrachos y borregos moviéndose al ritmo que marca este imbécil.

Me detengo un momento para dirigirme al pinchadiscos.

—Disculpa mi vehemencia —le digo—. No es nada personal.

Él encoge sus hombros con indiferencia. No pasa nada, parece decirme. Que levante la mano el que no sea un imbécil.

—El sistema exige sumisión —prosigo hablando al micro— y eso es lo que vosotros le dais. Huis de la realidad porque es más fácil ser un sumiso fugitivo de la lucha que un rebelde soldado de la justicia. —Esbozo una quizá inoportuna sonrisa—. Basta, basta de sumisión. Rebelaos contra todo: dejad de tomar pastillas de la felicidad y tratad de luchar por ser felices, tomad el poder, no os dejéis mangonear por un puñado de ruines que os ofrecen promesas vacías y contratos basura y, sobre todo, negaos a formar parte de esta sociedad de consumo que os obliga a poseer lo que fabrica innecesariamente.

Algunos incautos, supongo que los que van más ciegos, comienzan a aplaudirme. El resto sigue bailando. Otros me miran de reojo. Soy parte del espectáculo, como un gogó parlante. Distingo a Fidelio al fondo, haciéndome gestos con los brazos. Trata de señalarme algo. En ese momento veo a los gorilas de la puerta acercándose a mí a empujones. Supongo que la he cagado. En efecto. Entran en la cabina, me cogen por los brazos y me llevan en volandas hasta la puerta trasera del local.

—No queremos volver a verte por aquí —dice uno de ellos dejándome en el suelo.

—Esto no es un asilo de ancianos —añade otro.

Y entonces reacciono. Pueden echarme del local y llamarme cualquier cosa menos eso. Hoy no. Tomo impulso, me dirijo a uno de ellos y le propino una patada en los huevos que lo postra de rodillas ante mí. La euforia de la pastilla me impide comprender que me estoy jugando la vida. Son tres contra

uno, tres jóvenes y atléticos cachas frente a un cincuentón barrigudo y parlanchín. Pero no me dan miedo. No siento la inseguridad física de hace un rato, cuando he sido atacado. Esta vez es otra cosa. Lo que siento es más parecido a la rabia, a la venganza. A la mala hostia. No sé si es la pastilla o el insulto, no sé si estoy o soy susceptible. La versión turbo no conoce límites. Uno de los gorilas se acerca y me da un empujón. Retrocedo y compruebo que detrás de mí hay otro. Ignoro de dónde ha salido. Quizá he olvidado sumar. Este último me sujeta con los brazos a la espalda y me coloca delante del que ha recibido la patada en los huevos, una vez que se ha incorporado. Sin mediar palabra me sacude un puñetazo en el estómago que recibo con un bufido seco y corto. Me falta el aire durante unos segundos. No sé cómo lo hago pero me recupero. Estoy acostumbrado a las termitas, un puñetazo no es peor que su insoportable escarabajeo. No obstante, mi resistencia juega en mi contra y el gorila se prepara para atizarme más fuerte. Cierro los ojos instintivamente y trato de endurecer la zona que va a ser golpeada, a consecuencia de lo cual casi me orino encima. El instante se hace eterno. Oigo voces y abro los ojos. Fidelio retiene el puño del gorila entre sus manos mientras le retuerce el brazo. El que me tiene sujeto por detrás me libera y se lanza contra él. Aparece Juanmi con dos sujetos más y se unen a la melé. Yo también. Salto sobre la espalda de un gorila y comienzo a golpearle en la cabeza.

—Eh, Dic —oigo que me dice—, que soy yo. Deja de pegarme.

He confundido a Juanmi con un enemigo. Le pido disculpas y trato de orientarme mejor. Es difícil. Hay poca luz y mucha gente. El único que se deja ver por su estatura es Fidelio. Se bate como un valiente, manejando los puños y las piernas. Parece poseído por un conjuro en favor de la energía y la acrobacia. Se oyen gritos procedentes de varias personas y el sonido de una penetrante sirena. Luego otra. Alguien ha llamado a la policía. Los gorilas se refugian en el interior del local.

—¿Puedes correr? —me pregunta Fidelio.

—Sí —respondo asegurándome antes de que soy capaz de mover las piernas.

—Pues corre.

Y corremos a toda pastilla hacia la salida de la calle, huyendo de las sirenas, como Jasón y los suyos. Delante Fidelio, a mi lado Juanmi y detrás los dos colegas que nos han ayudado. Los argonautas. Sonrío. Me encanta

correr delante de la pasma. Supongo que me hace rejuvenecer. Es como en los viejos tiempos: carreras delante de pitos y sirenas, carreras que hermanan más que cualquier experiencia en grupo, convirtiendo a los corredores en camaradas de por vida.

El peligro pasa. Nos detenemos en un descampado y tratamos de recobrar el aliento sin dirigirnos la palabra, completamente asfixiados. Juanmi vomita. Yo me tiendo en el suelo, exhausto. Fidelio se acerca a mí y me obliga a guiñarle un ojo para tranquilizarlo. Poco a poco nos vamos recuperando.

—Éstos son el Raúl y el Chema —dice Juanmi presentándome a sus colegas—. Éste es Ricardo, el Dic.

—Mucho gusto —respondo orgulloso de mi nombre de guerra.

—Qué pasa —me saludan.

—Gracias por haber salido en mi defensa —digo muy serio.

—Tranquilo, esto es el pan nuestro de cada día.

—Casi todas las noches salimos a hostias.

—Fidelio —me acerco a él—, eres un fenómeno. Nunca había visto a nadie batirse con tanto ardor. Parecías un terminator.

—Es kickboxing —me informan.

—¿Kick qué?

—Artes marciales, Dic —me explica Fidelio—. Una mezcla entre el kárate y el boxeo en la que puedes pegar con los brazos y las piernas.

—Y luego que un poco terminator sí que es el Fidelio, no nos engañemos —añade Juanmi señalándome con un dedo—. Tú tampoco has estao mal. Corres más que yo y eres bastante más carroza.

—Soy un reputado tenista —digo en plan vacilón—, el día que queráis os lo demuestro.

—Sería lo justo —resuelve Fidelio—. Tú ya has practicaao el kickboxing con nosotros, pero nosotros nunca hemos jugao al tenis contigo.

Reímos. Llamar kickboxing a mi serie de puñetazos ciegos y patadas al bulto es mucho decir. Hacemos un recuento de daños: arañazos, brechas y golpes que mañana serán moratones. Poca cosa. Buscamos una fuente y lavamos las heridas. Me siento en deuda con ellos. Los invito a tomar la última. Aceptan. Recogemos el coche y nos dirigimos al centro. No conviene seguir por esta zona. Fidelio y yo nos hemos sentado delante. Juanmi, Raúl y Chema detrás.

De pronto nos urge orinar. Con tantas emociones y tanta bebida la vejiga se ha cargado hasta los topes. Juanmi propone detenernos un momento y aliviarnos en la calle. Fidelio está de acuerdo pero yo no. A mis años no se orina en cualquier sitio. Y además tengo una idea mejor.

—¿Vosotros sabéis forzar una cerradura? —pregunto.

—¿Por quién nos tomas?

No sé si lo dicen porque sí o porque no. No sé si les molesta más que dude de sus habilidades con las cerraduras o de su integridad moral.

—¿Sabéis o no?

En efecto, uno de ellos sabe. Tengo la oportunidad de comprobarlo poco después. El tal Chema se dedica a la mecánica y resulta ser muy mañoso. Y muy discreto. Apenas hemos hecho ruido. Vamos en fila india, el ruido de nuestras pisadas amortiguado por la moqueta, yo el primero, guiando al grupo hasta la sala principal. Allí nos aseguramos de que no haya ninguna alarma de seguridad activada. Nada. Fidelio y yo descolgamos nuestro objetivo y lo depositamos en el suelo. A una orden mía, nos colocamos alrededor y nos sacamos el pajarito. La siguiente orden sirve para que cinco chorros de pis infestado de cerveza, vino, ginebra y éxtasis surtan de sus correspondientes uretras y vayan calando el objeto de mi venganza.

Me despierto con la sensación de haber tenido uno de esos sueños que suceden en distintos escenarios y parecen una película, esos que parecen fascinantes hasta que tratas de contárselos a alguien y resultan un tostón. Estoy en mi cama. Solo. Es de día, y tarde. La luz del sol entra por las rendijas de la persiana. Miro el reloj. Sé que marca la hora pero no logro comprender su mecanismo. Me río. En realidad me estoy poniendo muy nervioso. Lo que me sucede no es para reírse. Tengo en la mano un reloj despertador, un círculo segmentado por números romanos y dos saetas que parten del centro. Sé que sé leer la hora y sin embargo no puedo hacerlo. Vuelvo a tumbarme. Cierro los ojos y los abro de nuevo. Insisto. Tomo el reloj y lo miro. Cómo era esto. No hace demasiado tiempo yo mismo se lo enseñé a mi hija. Una de las saetas iba más lenta que la otra, pero ¿cuál? Coño, ahora lo entiendo, estoy soñando. Seguro que es eso, como en esos cuentos en que el personaje confunde el sueño y la realidad. Sólo tengo que despertarme para volver a ser yo mismo. Es cuestión de tiempo. Vuelvo a cerrar los ojos. Esta vez sí. Me despierto y cojo el reloj. Mierda. No estaba soñando. O todavía lo estoy.

No sé qué me pasa. La memoria me da un error de lectura. Recuerdo que anoche estuve por ahí con Juanmi y Fidelio, que cogí un micrófono y me dirigí a una asamblea de noctámbulos drogados, que nos pegamos de hostias con los seguratas de una discoteca, pero no sé muy bien cómo llegué hasta aquí, aunque creo haberme encontrado con una mujer justo en la puerta, ella saliendo y yo entrando en mi casa. Era una cincuentona más bien rellenita, con el pelo completamente despeinado y el maquillaje borrado. Puede que eso lo haya soñado, mis recuerdos no saben distinguir la fantasía de la realidad. Son imágenes y sensaciones que llegan hasta la memoria no importa por qué canal, dado que luego acaban mezclándose aleatoriamente. Es algo que sucede con frecuencia, incluso sin haber consumido alcohol y drogas. Por eso hay veces que no sabemos si hablamos de algo que hemos vivido, nos

han contado, hemos leído, visto por la tele o soñado. O tal vez imaginado. El recuerdo de una señora más o menos de mi edad saliendo de mi casa puede corresponder a cualquiera de estas posibilidades. Incluso pudiera ser un holograma de mujer virtual programado para satisfacer la versión turbo de mi cepeú.

Me levanto con dificultad. Me duele el costado y una rodilla, me mareo y tengo el estómago a la altura de las gónadas. Me apoyo en la pared y salgo al pasillo. Grito en busca de vida inteligente. Ni rastro. Estoy solo en casa, como el Macaulay Culkin cuando era niño. No recuerdo qué día de la semana era ayer, así que ni me planteo averiguar qué día es hoy. Qué risa. Lo que sí recuerdo es que estuve en mi despacho, o sea, que era día laboral, de modo que, salvo que ayer fuera viernes, ahora mismo debería estar trabajando. Y no lo estoy. Y si hoy fuera sábado, Claudia y Carol estarían en casa. Y no lo están. Se me recalientan los circuitos de tanto pensar.

Llego al baño y orino. Entonces me viene a la cabeza la imagen de una meada múltiple sobre una alfombra o algo parecido. Me recuerdo mirándole la polla a Fidelio y a Juanmi para ver qué calibre y longitud se gastan. Es algo que hacemos todos los machos. El rabo es uno de los periféricos más importantes de la cepeú y a los machos nos gusta comparar nuestros periféricos. Supongo que es un resquicio ancestral relacionado con el instinto de reproducción, ese software elemental que nos ayuda a sobrevivir en este entorno gráfico llamado naturaleza.

Abandono el baño y me dirijo a la cocina. Tengo hambre. No simple apetito sino un hambre voraz, otro instinto de la versión elemental. Abro el frigorífico y como, por este orden, dos lonchas de jamón serrano, una croqueta de pescado todavía sin freír, un trago de leche, tres porciones de chocolate, uno de esos lácteos con bichos microscópicos, una pechuga rebozada del pretérito y una pera conferencia. Luego eructo libremente, como el animal que soy, y saqueo el armario de los dulces. Me como dos pastelitos de crema, un puñado de cereales en copos, tres galletas con chocolate, una magdalena y dos rebanadas de pan tostado. De pronto siento una rayada de vientre incontenible y corro de nuevo al baño. Me siento en la taza, abro el esfínter y dejo que un chorro de inmundicia surta de mis intestinos, se deposite materialmente en el fondo de la taza y volátilmente por todas partes, porque apesta y se ha propagado por el baño como la peste bubónica. Dioses

del Olimpo, qué barbaridad. Jamás había salido de mi organismo un castigo semejante, el fruto de los excesos orgánicos que cometí ayer. Demasiado para mi hardware. Se me ha desconfigurado el intestino.

Sin embargo, el asqueroso episodio resulta ser mano de santo y no tardo en encontrarme mucho mejor. No me extraña después de haberme desembarazado de semejante lastre. Vuelvo a mi dormitorio y tomo de nuevo el reloj en mis manos. Las doce y media. Por fin. Mi sistema operativo ya funciona. Me relajo. Lo he pasado realmente mal. Y otra cosa: confirmado, no es sábado, de lo que se deduce que a estas horas debería estar trabajando. Es probable que Claudia me haya creído enfermo y haya decidido dejarme dormir. Puede que incluso haya llamado a mi oficina para comunicar mi indisposición, como ha hecho otras veces. Vuelvo a tumbarme en la cama. Estoy molido. Creo que me está venciendo el sueño.

Ya sé que falta una letra. Me he dormido como un tronco. Deben de ser los efectos colaterales del programa pirata que cargué ayer en la cepeú. La pastilla de éxtasis (o lo que demonios fuera) me dio una lucidez y una vitalidad que he tenido que pagar durmiendo. Lo primero que hago al despertarme es comprobar si he vuelto a olvidar cómo se lee la hora. No. Son las seis de la tarde. Y ya no estoy solo en casa. Oigo ruidos que provienen de la cocina. En el pasillo me encuentro a Carol.

—¿Qué te ha pasado? —me pregunta al ver cómo avanzo un poco tambaleante aún hacia ella.

No sé qué responderle. Tiene dieciséis años.

—Algo me ha debido de sentar mal —acierto a decir.

—Me refiero en la cara.

¿En la cara? Ni siquiera me he mirado en el espejo. Entro en el baño y me asomo a mí mismo. Tengo un moratón en la mejilla izquierda, el labio partido y un párpado hinchado a medio abrir. No creo que ningún alimento en mal estado pueda ser responsable de semejantes desperfectos, ni siquiera los lácteos esos llenos de bacterias.

—Ayer me atracaron en la calle —confieso ya en la cocina delante de Claudia y Carol—. Fue después de cenar con unos proveedores, mientras sacaba dinero de un cajero automático para invitarles a unas copas.

Claudia me mira fijamente pero sin rastro de mal humor.

—¿Por qué no me dijiste que tenías una cena? —dice—. Estaba preocupada.

—Te dejé un mensaje en el buzón de voz de tu móvil —miento.

—No me llegó.

—Tenía muy poca cobertura. Pensé en llamarte luego a casa pero me quedé sin batería. Perdona.

Me encanta inculpar a la tecnología cuando tengo que excusarme por algo. No soporto vivir rodeado de innecesarios cachivaches tecnológicos, como por ejemplo, y sin ir más lejos, esos pequeños equipos de transmisión por satélite que todos llevamos en el bolsillo. Claudia me toma del brazo y me acompaña al baño. Abre el botiquín y se dispone a curarme. Hacía tiempo que no se mostraba tan atenta conmigo.

—¿Cuántos eran? —me pregunta mientras procede.

—Ay, cómo escuece —me quejo—. Cuatro.

—¿Te han robado mucho?

—Ciento cincuenta euros exactamente. Los acababa de sacar del cajero.

—¿Lo has denunciado?

—No merecía la pena.

—Yo sí he tenido que ir a una comisaría.

—¿Qué ha pasado? —me alarmo.

—Han entrado en la galería de arte donde expone Juanjo y adivina qué.

Una imagen de escatología adolescente aparece fugazmente en mi memoria, como si fuera uno de esos fotogramas de publicidad subliminal que ponían antes en los cines.

—Han estropeado el cuadro principal —termina Claudia—. Ya sabes cuál.

—¿El que no tenía título? —pregunto sin inmutarme—. ¿Qué le han hecho?

—Lo han descolgado de la pared, se han meado encima y lo han vuelto a colgar.

Maldigo en silencio con un imperceptible gesto de las cejas, mientras encajo esta pieza del puzle en el lugar del tiempo que le corresponde.

—¿No te alegras? —Esta vez es una pregunta capciosa.

—Claro que no —me apresuro a contestar—. Una cosa es que el otro día me exaltara un poco y otra que no respete una idea artística.

—¿Qué idea artística?

—Ese lienzo no es un cuadro, Claudia, es una idea. Una obra de arte sin título que por lo tanto no existe. Por eso el lienzo no tiene nada pintado. Y

por eso no es un cuadro.

Claudia ha quedado tocada. Repito, tocada. Lo leo en sus ojos (entrecerrados) y en su boca (entreabierta). No esperaba una respuesta tan coherente. Y además creo que nunca me había visto así, postrado y malherido después del combate. Esta combinación del intelectual y el guerrero me convierte momentáneamente en una especie de Cyrano de Bergerac o Garcilaso de la Vega. Y el cuarto de baño se inunda de feromonas. Claudia proclama el cielo. Pocas cosas ponen tan cachondas a las ex progres de clase alta como un razonamiento intelectual brillante. Es una cuestión generacional. En otro tiempo la cachondez provenía de la fuerza bruta o de la belleza masculina. O de la ternura y el sentido del humor, pero en mi generación nada se ha podido comparar nunca a un buen discurso. Por eso los individuos poco agraciados físicamente pero con talento y chispa intelectual han follado lo que han querido, mientras que los de otras generaciones menos locuaces no se han comido una rosca.

Me miro al espejo. Parezco un jarrón roto y posteriormente pegado con esparadrapo. Doy risa. La alopecia y el esparadrapo no hacen buena pareja. Y la combinación de dos elementos discordantes suele dar pena o risa. Así que me río. Y de paso encubro la risa que me provoca el asunto del cuadro sin título. Supongo que uno es capaz de hacer cosas inverosímiles cuando va convenientemente dopado con alcohol y drogas. Y con abundante mala hostia y muchas ganas de vengarse del mundo. Y eso es justo lo que hice ayer, aunque sigo sin recordarlo bien.

No tengo cargo de conciencia. Pocas obras de arte son tan sencillas de repetirse como ésta. Es cuestión de volver a comprar un lienzo de las mismas dimensiones y colgarlo en la pared. Imagino lo que habría sucedido si nos meamos en una obra renacentista de esas que representan una escena con más de cien personajes. Eso sí que habría sido una putada de verdad. En esta ocasión puede que incluso le hayamos hecho un favor al artista de las gafas. No sé cómo habrá quedado el cuadro con los chorretones de cinco meadas encima, pero al menos ahora tiene algún trazo y algún color. Y bastante olor. Podría ser una buena idea artística. Un cuadro que se puede ver y oler, un espejo del mundo con olor a calle de atrás, a ratonera, a celda de castigo o retrete de tasca. Y si el artista se molestase en analizar la orina, podría añadir que es la consecuencia de una sociedad drogada y alcoholizada que huye de la monótona realidad. Y el lienzo cobraría una vida artística que nunca tuvo,

siempre que el artista se esforzara un poco buscando un verdadero título, claro está, porque las cosas que no tienen nombre no existen, aunque huelan fatal.

Tal como imaginaba, Claudia me busca en cuanto nos acostamos. Es nuestro funcionamiento habitual. Al principio de nuestra relación estos encuentros eran casi diarios (qué tiempos aquellos), pero poco a poco se han ido espaciando hasta llegar a la distancia rayana en el olvido con que ahora se producen. En cambio hoy es diferente, porque Claudia me busca pero no me está encontrando. ¿Qué sucede? El periférico sexual no obedece las órdenes de la cepeú. ¿O tal vez es que la cepeú no está bien conectada con otros periféricos igualmente importantes a la hora del sexo, como la nariz, la piel, la boca o las manos? Tampoco conviene olvidar que no hace muchas horas estaba borracho y extasiado pegándome con los seguratas de una discoteca. Quizá sea un efecto secundario de alguno de esos excesos.

Claudia cambia de estrategia. Normalmente eso nunca falla, lo que certifica que hoy no hay nada que hacer. Se rinde. Por suerte para mí puedo alegar que estoy en cierta forma malherido, aunque eso no me libra de perder mi condición de guerrero. Ya no soy Cyrano de Bergerac, ni mucho menos Garcilaso de la Vega.

Claudia se había puesto uno de esos conjuntos de lencería que los maridos compramos con la esperanza de admirarlos en los cuerpos de nuestras mujeres mientras todavía quede en ellos una pizca de lascivia y algo de tersura. Demasiada prebenda para un día laboral, por mucho supuesto atraco que haya sufrido y mucha crítica de arte que haya ejercido. Claudia se apoya sobre su codo izquierdo, la mejilla en su mano, la mirada en mi almohada, y me hace saber lo mucho que significaría para ella la compra de la nueva vivienda.

Me siento utilizado. No es la primera vez que soy objeto de tales chantajes pero hoy es diferente, quizá porque he creído haberla seducido de verdad, con mi verbo, mis heridas y mis esparadrapos. Soy como un galán venido a menos que conquista a una admiradora no por lo que es sino por lo que fue. Me han traicionado. Tengo el orgullo tan herido como si Claudia me

hubiera sido infiel con otro hombre, que es más o menos lo que ha sucedido, porque desde la última vez que me buscó para el sexo soy, en efecto, otro hombre.

Me excuso diciendo que tengo mucho sueño y evito darle una respuesta. Si lo hiciera, correría el riesgo de provocar una batalla dialéctica. Y correr riesgos con tu esposa es tan innecesario como llevar un equipo de transmisión por satélite en el bolsillo. Claudia suspira abatida, se da cuenta de que no ha elegido el mejor momento para tratar de seducirme y apaga la luz.

Sueño con Estrella. Está durmiendo a mi lado, en mi cama. Me vuelvo hacia ella y la abrazo. Su cuerpo me acoge con calor. El periférico se pone duro, muy, más de lo que suele. Estrella me ayuda a colocarme encima y acopla mi periférico al suyo. Se produce la transmisión de datos. Excitación, meseta preorgásmica, aceleración del ritmo cardíaco, respiración entrecortada, orgasmo, liberación de endorfinas, relajación muscular y alivio espiritual. Todo es tan real como si estuviera despierto. Una maravilla onírica. Abandono su interior, me tumbo a su lado y la abrazo dispuesto a seguir soñando pero, antes de volver a conciliar el sueño dentro del sueño, enciendo un momento la luz y la miro a la cara. Ni que decir tiene que me acabo de cepillar a mi santa esposa, eventualidad que a buen seguro no habrá sorprendido a nadie. Es incluso posible que le haya sido infiel, puesto que la he penetrado pensando en otra mujer. En realidad le he sido infiel consigo misma. Sólo así puede explicarse el grado de dureza (y duración) de mi erección. Hacía años.

Duermo plácidamente y unas horas después me despierto en plenitud. No parecen quedar efectos secundarios en mi software y mi hardware también ha mejorado. Me bebo un zumo de naranja y me voy al trabajo. Todos creen que he sufrido una intoxicación alimentaria y me dan ánimos. Pandilla de pelotas. Vosotros sí que estáis intoxicados. Despacho los asuntos del día y caigo en cierta atonía. Me aburro. Sí, como los niños chicos, me aburre este trabajo y esta vida cronometrada y ordenada. Necesito alguna clase de emoción, otra pelea, otra carrera delante de la policía o al menos otra pastilla de éxtasis.

Apago el ordenador y doy instrucciones a Rubén para que me sustituya durante lo que queda de jornada laboral. Es una de las ventajas de tener trepas alrededor. Bajo al garaje, arranco el doscientos veinte caballos y me dirijo a la plaza. Tardo veinte minutos en llegar, aunque es un viaje más largo y

lejano de lo que el tiempo indica. En el centro de la plaza, sentado en un banco, está el tío Jaulín. Su nieto monta en bicicleta no muy lejos de allí. Estoy de suerte.

—Tiene mala cara —me saluda el tío Jaulín.

—He tenido un proceso gástrico —alego.

—Ya lo dice el refrán —sentencia él—: la cara es el espejo del alma. Y el estómago, como todo el mundo sabe, es el alma de los hombres.

—Yo no lo sabía.

El tío Jaulín se extraña.

—¿No? —repite—. ¿Y dónde creía entonces que estaba el alma?

—Yo no creo en el alma.

Se ríe como si se burlara amablemente de mí y, por un momento, me hace parecer insignificante a su lado.

—Me río —explica disculpándose—, porque no es cosa de creer o no. Usted tiene alma igual que todas las personas. Es una tontería negarlo, tanto como decir que no cree en los pulmones, el hígado o el corazón.

Este hombre debería tener una estatua en el museo de cera entre la de Kierkegaard y la de Groucho Marx.

—A ver. ¿A usted qué le duele cuando siente alguna pena? —me pregunta—. Piense y dígamelo.

—No sé.

—¿Y si es canguelo?

Niego con la cabeza.

—¿Y si es alegría, nervios, amor, mala leche o incluso apetito? —prosigue él—. ¿Dónde nota todas esas cosas?

No me queda más remedio que rendirme a la evidencia.

—En el estómago —respondo.

—El alma —concluye con las cejas enarcadas y las manos abiertas.

Estoy a punto de responderle que eso sucede porque en el estómago se concentran muchas terminaciones nerviosas y es un órgano sumamente sensible, pero no lo hago. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Acaso alguien me había hablado antes con más juicio sobre el alma? ¿Por qué ha de seguir siendo una entidad inorgánica si, como bien dice este iluminado vestido de negro, hay un órgano en el cuerpo capaz de somatizar nuestros sentimientos? ¿Por qué no va a ser pues ese órgano el alma, haciendo la digestión no sólo de los alimentos materiales sino también de los espirituales? El cerebro es la cepeú

del cuerpo, el corazón la unidad eléctrica, los pulmones el ventilador y el estómago no es comparable a ninguna parte de una computadora, porque las computadoras no tienen alma.

—Es en el alma donde sentimos las alas de las mariposas cuando estamos contentos por algo —continúa argumentando el tío Jaulín—, o las de los murciélagos cuando algo nos acojona.

Sonríó ante esta singular descripción de los nervios en el estómago.

—Yo las llamaba termitas —confieso—, porque parece que se estén comiendo las paredes del estómago, pero me gusta más su metáfora.

—¿Qué tal le va con Estrella?

Dejo de sonreír. La pregunta está fuera de contexto, quizá porque el tío Jaulín tiene el estómago lleno de murciélagos aleteando. Me paso la mano por la frente. Siento la tentación de reconocer que sueño con hacerle el amor, o que mientras le hago el amor a mi esposa sueño con ella, que no sé si es peor. Finalmente opto por responderle como su profesor de autoescuela.

—Muy bien —digo convencido—. En pocas sesiones más sabrá conducir como una especialista.

El tío Jaulín me mira muy serio.

—No me refiero a eso —replica—. Quiero saber cómo van sus charlas. Hemos hecho un trato. No lo olvide.

—Perdone.

Depongo entonces mi actitud dicharachera y trato de centrarme.

—Yo diría que la satisfacción de aprender a conducir le está ayudando a comunicarse conmigo. Me ha contado el asunto de la pajarera y Tomás el Porquero.

—¿De verdad?

—Y más cosas.

No puedo hablarle de su ilusión por ser policía. He prometido no contárselo a nadie.

—¿Le ha hablado de Onofre o de sus suegros?

—Nunca, pero aún faltan muchas clases.

—No tantas —niega él—. Si Onofre o alguno de los Teleles se entera, las clases se acabarán y usted no volverá por aquí.

No me siento amenazado. Mi alma está tranquila, un poco hambrienta (por qué no reconocerlo) pero tranquila. Me levanto del banco, la conversación ha terminado y me acerco a Gabino.

—Hola, peque —digo pronunciando el apelativo que suelo usar con la chiquillería.

Parece enfadado.

—¿Qué te pasa?

—Que quiere una bici —responde su abuelo por él.

—Pero si vas montado en una —le digo tocando el timbre del manillar.

—Quiero una bici más grande, de dos ruedas.

Me gustaría responderle que todas las bicis tienen dos ruedas, pero me doy cuenta a tiempo de que la suya tiene cuatro.

—Quiere aprender a ir en bici sin las ruedas de apoyo —confirma el tío Jaulín.

—Pues quíteselas —propongo—. Si me trae una llave inglesa se las quito yo mismo.

—De ninguna manera —rechaza el anciano—. Ésta es la bici que usamos pa que los chavales aprendan a manejar los pedales. Gabino ya sabe hacerlo y ahora tiene que pasársela al siguiente chaval y esperar a que otro le pase una bici más grande.

—¿Cómo? —No acabo de entenderlo.

—En nuestra comunidad hay muchas cosas de uso común —explica el tío Jaulín—. Por eso somos una comunidad.

¿Es o no es uno de esos argumentos de Groucho Marx?

—¿Quiere decir que la bici no es suya? —pregunto innecesariamente.

—Es de todos. Unos se la pasan a otros.

Esto debe de ser el social-comunismo aplicado al mundo del ciclismo, digamos el social-ciclismo.

—La bici de dos ruedas está tardando más de lo normal —añade el tío Jaulín—, porque la tiene un chaval muy torpe que no acaba de aprender.

—Quiero la bici —insiste el niño.

—Has de tener paciencia, ya te lo he dicho.

Trato de imaginar adónde iría el sistema con comunidades como ésta, que comparte hasta las bicicletas de los niños. A la mierda. Ahí mismo. Los creativos del marketing podrían dedicarse a hacer la torre Eiffel con cerillas. O con el rulo de cartón donde va enrollado el papel higiénico (que les quedaría más grande). Ya no tendrían que diseñar campañas publicitarias que

hicieran imprescindible lo innecesario. Lo sería por sí solo. Yo mismo tengo cuatro inútiles bicicletas que apenas usamos en el trastero de mi garaje, una para cada miembro de la familia.

El ruido de una persiana alzada violentamente me distrae.

—Fidelio acaba de levantarse —me informa el tío Jaulín.

—¿A estas horas?

—Hoy no tiene que ir al mercadillo y aprovecha pa descansar. Mañana y pasao son los días de más venta.

—Me encantaría subir a saludarlo —digo para comprobar si le parece una buena idea.

—Pues hágalo —me anima él—. Onofre se ha ido temprano y no volverá hasta la hora de comer.

Le agradezco la información y me dirijo al portal de Fidelio. Llamo al portero automático y subo. La escalera está llena de macetas con flores pero huele a lejía. Fidelio se asoma por el hueco de la escalera. Tiene el alma destrozada.

—¿Cómo estás? —me pregunta.

—Hoy bien, ayer muerto —respondo.

Inmediatamente siento la euforia de la camaradería. Fidelio y yo somos colegas de barra y taburete, cómplices de tropelías y, sobre todo, compañeros de pelea. Pocas cosas unen más a los hombres que luchar contra un enemigo común. El que sea.

—¿Y tú? —le pregunto dándole una palmada en la espalda.

—Ayer bien, hoy muerto —parafrasea.

Supongo que cada software responde de una forma distinta al virus del éxtasis.

—¿Y Juanmi?

—No lo he visto pero no te preocupes. Él está acostumbrao.

—¿Puedo pasar? —digo señalando la puerta.

—Onofre no tardará en volver.

—¿Puedo pasar o no?

Se aparta y me franquea el paso. Entro en uno de esos pisos río, como yo los llamo. Un pasillo larguísimo en el que desembocan todas las habitaciones. Suelo de terrazo blanco y negro, paredes empapeladas, muebles de distintas décadas, mucha melamina, algo de ganchillo, dos libros, una bicicleta estática en el salón. No creo que las lámparas sean de diseño, ni que los pósteres que

veo en las paredes hayan sido pintados por Juanjo. No creo que esta casa pudiera ser etiquetada por la revista *Mobilia* ni fotografiada por Claudia, pero hay en ella un ambiente hogareño que me recuerda el piso de mis padres, el lugar donde crecí.

—Estaba desayunando —dice Fidelio indicándome la última puerta—. ¿Quieres algo?

—¿Tienes café?

—Claro, necesito jiñar lo antes posible.

La cocina está soleada. Huele a bar de pueblo. Sobre la mesa veo una barra de pan y un bote de lentejas cocidas. Fidelio me ofrece una silla y un café en vaso de duralex. Él se sienta enfrente, coge la barra de pan, corta un trozo, lo abre y vierte sobre él la mitad del bote de lentejas. Aprieta el pan y le da un mordisco.

—¿Qué es eso? —pregunto sin dar crédito.

—Un bocata de lentejas —responde con cara de decir una obviedad.

—¿No decías que estabas muerto?

—Por eso me lo como, pa reanimarme.

—¿No te sentarán mal?

—A mí sólo me sienta mal tener el estómago vacío.

—¿Y por qué no te las comes en plato como todo el mundo?

—Porque así no tengo que fregar.

Lógico, como siempre, y más aún después de saber que no le gusta la comida caliente. Me ofrece el bote. Lo rechazo con cara de disgusto y me tomo un sorbo de café. Sabe a cloro.

—¿Tú te acuerdas de todo lo que hicimos la otra noche? —le pregunto con una sonrisa maliciosa.

—Claro, ¿tú no?

—He tenido alguna laguna mental —confieso—. Y mi mujer ha tenido que ayudarme a recordar.

—¿Se lo has contao a tu mujer?

—Al contrario, ella me lo ha contado a mí. El cuadro sobre el que nos meamos es de un amigo suyo

—Ya lo sé. Nos lo dijistes en el coche.

—Supongo que yo lo planeé todo, ¿no?

Fidelio afirma y muerde el bocata. Bebe café y se pasa la mano por la frente.

—Me duele la cabeza —dice.

—Tómate una aspirina.

—No me gustan.

—Se toman frías.

—Es igual, no tengo.

—Yo sí —afirmo metiendo la mano en el bolsillo interior de mi americana—. Toma.

Es dócil. Gigante, fuerte, pero dócil. Funciona como un juguete (o un ordenador), hace lo que tú le ordenas.

—Fidelio —le digo—, no puedes decir a todo que sí.

—¿Por qué no?

—Porque hay que decir que sí sólo cuando se quiere decir que sí. Cuando se quiere decir que no hay que decirlo. No.

Parezco el inolvidable Coco de Barrio Sésamo. Qué ridiculez, un cincuentón sermoneando a un gigante mientras se come un bocadillo de lentejas.

—Yo digo las dos cosas, según sea el caso.

—No es cierto. No sabes decir que no, pero tranquilo. Le pasa a casi todo el mundo. Es más fácil decir sí que decir no, especialmente si eres extrovertido como tú.

—Estás esagerando.

—¿Tú crees? El otro día te pedí que salieras conmigo de marcha y aceptaste, Juanmi te ofreció droga y la tomaste, yo te propuse mear sobre un cuadro y measte. Hace un momento te he pedido que me dejases entrar y lo has hecho, aunque te lo has pensado dos veces por temor a tu hermano. Te acabo de ofrecer una aspirina y también la aceptas. ¿No lo ves?

—Vale, pues no quiero la aspirina.

—No es eso, hombre —digo suspirando—. Si te duele la cabeza, tómatela.

Se levanta y se dirige a la pila del agua. Se ha enfadado conmigo. Creo que he ido demasiado lejos. Me dispongo a pedirle disculpas justo en el momento en que se vuelve hacia mí echando espuma por la boca.

—Fidelio, ¿qué te pasa?

Y tanto que he ido demasiado lejos, como que acabo de provocarle un infarto, una angina de pecho o algo así. No puede hablar, trata de decirme algo pero sólo consigue farfullar. Tengo que hacer algo. Y rápido. Lo siento

en el suelo y voy por agua. Le acerco el vaso y le limpio la espuma con un paño de cocina que hay sobre la encimera. Parece que vuelve en sí. Ha debido de ser un amago.

—¿Qué me has dao? —acierta a decir con el envoltorio de la aspirina en la mano.

Joder, le he dado una aspirina efervescente y se la ha metido en la boca sin agua ni nada. Un verdadero show.

Estoy en el garaje. Acabo de volver a casa. El doscientos veinte caballos se está enfriando a mi lado. Abro el trastero y veo las cuatro bicicletas, dos de adulto, una de montaña y otra de tamaño medio. Cuatro vehículos llenos de polvo y telarañas que no salen de esta celda de castigo más que un par de veces cada verano. Y Gabino con una bici de cuatro ruedas. Niego con la cabeza. Resoplo. Blasfemo.

En Occidente cada ser humano es un consumidor. El homo sapiens ha evolucionado a homo consumitor y se agrupa en minúsculos clanes de consumo, llamados familias, que son el objetivo principal del marketing: el papá, la mamá y los niños. La abuela es optativa pero si está incluida mejor. Cada familia tiene que poseer como mínimo una unidad de las que fabrica el sistema. Bienes que podrían compartirse fácilmente, como sucede en algunos casos (las consabidas excepciones), cuando vecinos de un mismo inmueble comparten por ejemplo una lavadora en el sótano. Pero no es eso lo que interesa. Sería contrario al consumo y, por tanto, a la producción. Los fabricantes de lavadoras venderían una unidad por escalera, en vez de una por vivienda. Y todavía sería mejor si vendieran una por persona, por consumidor. Siete mil millones de lavadoras.

Oigo una motocicleta que se acerca. Viene hacia mí. No sé quién puede ser. Ninguno de mis vecinos de garaje tiene moto. Frena a mi lado. El motorista se quita el casco y me saluda.

—Hola papá.

—¿De quién es esta moto?

—Mía.

—¿Quién te la ha comprado?

—Yo.

—¿Con qué dinero?

—Con el mío.

—¿Y de dónde lo has sacado?

—Doy clases particulares.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace unas semanas.

—¿Y por qué no me lo habías dicho?

—Quería darte una sorpresa.

—Pues te ha salido redonda. ¿Cuánto te ha costado?

—Algo menos de tres mil euros.

—¿Cuánto? ¿Pero tú de qué das clases?

—El asunto no es de qué son las clases, papá, sino cuántas clases son, ¿no crees?

Y la empuja hasta dejarla delante del doscientos veinte caballos. No puedo creer que dando clases se gane tanta pasta. Tampoco puedo creer que Gus dé clases. No creo en él. Me parece la versión masculina de su madre, sólo que sin su pasado idealista. No es mi hijo, es hijo del sistema.

Y pensar que hace un momento me estaba quejando al ver cuatro bicicletas en el garaje. Ahora además tengo una moto. Subo a casa detrás de él y continúo mi interrogatorio. Me cuenta que da clases particulares de tenis en el club deportivo. Lleva varios grupos, todos ellos de gente mayor, en especial señoras que pretenden perder unos kilitos. Le pagan bien y necesita un medio de locomoción, más ahora que vamos a mudarnos a las afueras. Claudia está presente en la conversación y asiente con la cabeza. Es posible que le haya subvencionado parte de la moto para que dijera una frase tan descaradamente tendenciosa. Le pregunto por el combustible, por el seguro y los gastos de reparación y me da un papel.

—¿Qué es esto? —pregunto mirando a Claudia.

—Una hoja de cálculo —responde Gus.

Esto es una pesadilla.

—Estoy harto de las hojas de cálculo —declaro—. ¿Por qué no me has preparado también una presentación en powerpoint, como tu madre, o, ya puestos, algo en flash, que es más vistoso?

—Ricardo, por favor —interviene Claudia—, ¿quieres revisarla? En esa hoja de cálculo está la prueba de que Gus puede comprarse una moto, pagarla, y hacerse cargo de todos los gastos sin recurrir a nosotros. ¿No es eso lo que siempre has dicho que tenía que hacer?

Espiro profundamente todo el aire de mis pulmones, me saco las gafas del bolsillo, me las pongo, inspiro y leo. En efecto, todo está perfectamente

detallado y hasta hay un gráfico de propina. Mira qué bien.

—¿Y el seguro? —pregunto advirtiendo su ausencia.

—No está —reconoce Gus.

—¿Por qué no?

—No es asunto mío.

—¿De quién es asunto, entonces?

—Vuestro.

Me quito las gafas y hago un esfuerzo para no tirárselas a la cara.

—Explícate, anda.

—Es un gasto que os corresponde asumir a vosotros, de la misma manera que corréis con la prima de mi seguro médico, mi alimentación o mis estudios.

Quién sabe, tal vez este sujeto sea capaz de labrarse un buen futuro en el mundo de la política después de todo.

—No es lo mismo —replico—. Ésos son gastos que invertimos en tu salud y tu educación. Y el seguro de la moto es para daños a terceros.

—Así es —contesta sin inmutarse—, pero también estoy incluido en la responsabilidad civil del seguro del hogar, ¿no? Y no deja de ser un seguro a terceros.

Ignoro quién le ha enseñado a este tío tantas artimañas para llevarme al huerto.

—Dejad eso ahora —ordena Claudia con media sonrisa en la boca—. Te pagaremos el seguro pero sólo de forma provisional, ¿está claro?

—Gracias, mamá —dice Gus dándole un beso en la mejilla.

Y a continuación se va. Desaparece dejando un invisible rastro de polvo, como si fuera un personaje de dibujos animados. Ya he timado a mis padres, ¿no? Pues me piro. Chiummm. La sonrisa de Claudia me pone enfermo. Es de una complacencia que resulta ridícula.

—No es obligatorio sentirse orgulloso de tus hijos —le digo mirándola fijamente—. Pueden seguir siendo hijos tuyos aunque sean imperfectos.

Ella se queja con el gesto y la voz.

—¿A qué viene eso? —dice.

—A que no sometes a tu hijo a un ejercicio de crítica objetiva. Simplemente lo admiras porque es tu hijo.

—¿Te parece poco?

—Muy poco. Todo el mundo es hijo de alguien, Claudia. Hasta las

ovejas y los borregos, pero eso no significa que todos los padres tengan que sentirse orgullosos.

—¿Acaso no estás orgulloso de un muchacho como Gus, alto, deportista, bien parecido, que trabaja para comprarse una moto? ¿Qué prefieres, un drogadicto, un maleante?

Le digo que no con la cabeza y el dedo índice de la mano derecha.

—Tu argumento no es válido —replico—. Contrapones términos materiales con espirituales.

Ella se cruza de brazos frente a mí.

—¿Pero a ti qué es lo que te pasa? —dice desafiándome.

—Que tampoco estoy orgulloso de mí mismo.

Y (chiummm) yo también desaparezco como alma que lleva el maligno, pero no sé adónde ir. Necesito un perro. Así tendría la excusa perfecta para salir de casa todas las veces que quisiera sin levantar sospechas. Me agobio aquí dentro. Vivo en un agujero negro que amenaza con devorar la poca luz que me queda. No sé si me explico. Lo que de verdad necesito es un poco de deporte. Hace semanas que no juego a tenis. Tengo que ir al club cuanto antes, así de paso haré algunas averiguaciones sobre las clases particulares de Gus, aunque lo cierto es que no me apetece encontrarme con mis aburridos compañeros de raqueta. Quiero ir al tenis con Fidelio y Juanmi. Yo frecuento ya su mundo con cierta regularidad, mientras que ellos aún no han visitado el mío. Y Fidelio es incapaz de negarme nada. Ni a mí ni a nadie. Después del incidente de la aspirina efervescente tuve que volver a pronunciar mi discurso sobre la importancia de aprender a decir que no, autorizándole expresamente a que use mi entradilla.

—Vas a tener que disculparme, pero no te la voy a repetir.

Tercera parte

Entro en el club de tenis acompañado por Fidelio y Juanmi, quienes, aunque no lo reconozcan, se sienten como Tarzán en Nueva York. No tardamos en levantar más de una mirada de suspicacia, provocada seguramente por los largos cabellos de mis acompañantes y sus vistosos atuendos deportivos. Nunca antes había visto unos chándales con tantos adornos fosforescentes. Parecen bomberos. O espeleólogos. Saludo a unos cuantos conocidos. Me siento bien. No sé cómo explicarlo. Me siento libre. Mi libertad proviene de mis acompañantes. Es algo así como una manifestación social con una pancarta en la que se lee: Ricardo Marco entra en el club de tenis con quien le sale de los cojones. Que es tanto como decir que Ricardo Marco es libre, porque en mi mundo no hay ataduras más grandes que las clasistas, y liberarse de ellas es un ejercicio de rebeldía social sin parangón.

Accedemos a los vestuarios y nos preparamos para disfrutar de un buen rato jugando a tenis. Tengo raquetas para los tres. Y pelotas de sobra.

—¿Qué os parece mi club? —pregunto animoso.

—Es como nuestro gimnasio pero con papel del culo en los retretes —apunta el siempre observador Juanmi.

—Y secador de pelo en los lavabos —añade Fidelio.

—¿Os gusta el tenis?

—A éste mucho —responde Fidelio mirando a Juanmi.

—No me digas.

—Sí —responde Juanmi—, lo veo en la tele. Sobre todo el de chicas.

—¿Por qué?

Antes de abrir la boca para responderme, abre los ojos y los brazos, como si fuera a decir la obviedad más grande del mundo.

—¿Estás ciego, sordo o ambas cosas a la vez? —pregunta—. Son mujeres jóvenes, de piernas y culos duros. Se les ven las bragas y gritan como si estuvieran corriéndose de gusto. Es muy sesy.

Ahora lo entiendo. No veía yo a Juanmi aplaudiendo una buena volea o un paralelo. Y además tiene razón. Algunas tenistas golpean la bola con un alarido de rabia muy parecido al que procede del placer supremo. Rabia y placer se expresan casi de la misma manera, lo que indica que no andan muy lejos en la placa base de la cepeú.

—No esageres, tío, que lo mismo dices del patinaje artístico —le recuerda Fidelio.

—Ah, es verdad —reconoce Juanmi con una evocadora sonrisa—, el patinaje artístico.

Yo parezco tonto, que es muy probablemente lo que sea.

—¿Qué pasa con el patinaje? —pregunto—. ¿También gritan las patinadoras?

—¿A ti qué cojones te pasa? —se preocupa Juanmi—. ¿Es que ya no se te levanta la polla? ¿Tú conoces algún otro espectáculo en el que unas tías jamonas enseñen el muslamen y el culo tan descaradamente como en una pista de patinaje sobre hielo? ¿Es que no te has fijao? Además van vestiditas con minifalda y braguitas de colores debajo. Demasié. Es gloria bendita, sobre todo cuando repiten a cámara lenta los mejores momentos de la actuación, como los saltos y las piruetas, que es justamente cuando más culo y muslamen enseñan.

—Hombre —admito ladeando la cabeza—, visto así.

—A mí se me pone la polla tiesa como un palo —prosigue Juanmi—. Mira, sólo de pensarlo ya la tengo morcillona.

Y nos la enseña sin ningún pudor, con una naturalidad ajena del todo al lugar donde nos encontramos. Puede que sea la primera vez en la historia de este club que un socio o invitado se saca el pene para mostrarlo a otros socios. Juanmi es así. Supongo que hay que tomarlo como una prueba de amistad y confianza. Y así lo hago. Fidelio me mira contrito. Debe de creer que Juanmi se ha pasado de la raya. Pero se equivoca. En mi estado, cualquier manifestación políticamente incorrecta es bienvenida. Y puedo asegurar que ésta ha sido muy incorrecta.

Salimos a las pistas y comenzamos a hacer unos ejercicios de calentamiento. Yo trabajo los hombros y la cintura, Fidelio lanza unos latigazos con las piernas y Juanmi se despereza. Tal cual. Es lo que él entiende por un buen estiramiento. Les explico cuatro nociones básicas sobre cómo coger la raqueta para ejercitar el golpe de derecha. Luego me coloco en

el campo contrario y comienzo a lanzarles bolas para que vayan practicando. Fidelio coordina bien a pesar de su altura. Juanmi es otra cosa. Al primer golpe le sale disparada la raqueta a la vez que la pelota. Y encima se ríe. Se ríe de sí mismo y comenta en voz alta lo torpe que es. Nuevamente debe de ser la primera vez que se escucha algo parecido en esta cancha. Los tenistas aficionados como yo nos caracterizamos por no reconocer nunca nuestros errores. Si fallamos es por una causa justificada. La luz de un foco, que nos ofende, la pista resbaladiza, la pelota, que ha botado mal, una antigua lesión, una ráfaga de viento e incluso el buen golpe del adversario, que ha forzado nuestro error. Cualquier cosa antes que admitir nuestra torpeza. Y, por supuesto, no nos reímos de nosotros mismos. Y, obvia decirlo, mucho menos de los demás. Pero Juanmi ignora todas estas reglas y está dejando huella en el club. Su paso por aquí no se olvidará con facilidad. No sólo es que lleve unas bermudas floreadas y una camiseta de propaganda de un bar de su barrio, no sólo es que luzca una gorra con publicidad de piensos para ganado, es que encima no da pie con bolo y se muere de risa. Inédito.

El condenado tiene una forma de reír muy provocativa, un deje asmático que irremediamente se contagia. Cada vez que falla y se ríe, nos reímos Fidelio y yo, así que éste es el calentamiento más divertido de toda mi vida, hasta el punto de que yo mismo empiezo a fallar bolas fáciles. Las fuerzas me abandonan de tanto reír, lo que me da que pensar. Tal vez sea ésta una risa pretérita, una explosión de carcajadas provocadas por la contención del pasado. Quizá Juanmi me esté ayudando a purgar mi alma y toda la risa que no he podido expresar en este mundo tan serio salga ahora de mis entrañas como el fruto de una mala digestión. Será por eso por lo que me duele el estómago de tanto reír. O será que me río con el alma.

Continuamos así durante un rato. Luego Juanmi se retira a descansar. Dice que ya es suficiente para él, se sienta en un banco y se enciende un cigarrillo. Fidelio y yo intercambiamos unos golpes de revés. Ya he mencionado que es mi golpe favorito, el que mejor ejecuto. Por eso quiero enseñárselo a Fidelio, para que compruebe mi destreza. Sin darme cuenta me estoy pavoneando ante él. Quiero agradarle físicamente, demostrarle que yo también soy digno de admiración en lo mío. Parezco un crío reclamando la atención de su madre.

Juanmi aplaude nuestro juego mientras come unos cacahuetes que saca del bolsillo. Cuando terminamos, nos ofrece un puñado. Nos sentamos en el

banco, a su lado, comentando los detalles de la empuñadura de revés. Juanmi no nos hace caso. De pronto, se levanta y mira al frente.

—¿Qué hacen éstos? —pregunta.

—¿Quiénes?

Hay varios jugadores en distintas pistas.

—Los que están encerrados en esa jaula.

—Están jugando a pádel.

—¿Y eso qué es?

—Una especie de tenis con paredes.

—¿Podemos acercarnos?

Lo hacemos. Nunca antes habían visto de cerca una cancha de pádel. Los jugadores ni nos miran. Están tan concentrados en el juego como si estuvieran disputando la final de un prestigioso torneo internacional. En realidad sólo se están jugando la honrilla, pero a la edad de estos sujetos, que ya peinan sus canas, jugarse la honrilla es más trascendente que cualquier torneo. Por eso están tan serios, porque su autoestima está en juego.

—Es como jugar a las palas en la playa —dice Fidelio después de haber visto varios puntos.

—Pero con red y paredes —aclaro.

—Y la pala llena de bujeros —apunta Juanmi—, como si le hubiera atacado la carcoma.

Me disculpo un momento y los dejo allí. He visto al encargado de las clases de tenis y quiero hacerle algunas preguntas sobre Gus. No tardo más de diez minutos, quizá quince. Cuando vuelvo, asisto a una escena digna de mención. Una bola sale de la pista de pádel y cae al lado de Juanmi. Éste la coge y la devuelve a la pista. Los jugadores le dan las gracias levantando la pala, entonces Juanmi toma unos cacahuets de la bolsa y se los echa igualmente por encima de la valla. Los jugadores no reaccionan. Yo tampoco. Esto sí que no se había visto nunca por aquí. Un tipo lanzando cacahuets a una pista de pádel como si fuera la jaula de los monos de un zoológico. Fidelio se anima y lanza otro puñado al equipo contrario.

—Pa que no estén en desventaja —dice muy serio—, los alcahuets dan mucha energía.

Entonces sí, los jugadores se mosquean y reclaman la atención de uno de los empleados del club para que se lleve a ese par de macarras. Juanmi se disculpa. Ha interpretado el gesto de gratitud del jugador al que ha devuelto

la bola como una petición de cacahuetes. Y le pregunta si es que acaso prefería pipas o maíz tostado. Opto por empujar a mis acompañantes a los vestuarios antes de que el asunto pase a mayores, mientras voy riéndome por dentro. Entramos en las duchas con la toalla al hombro. Juanmi se fija con descaro en el pene de Fidelio y en el mío, y en el de los demás socios que se están duchando. Sólo le falta acercarse a alguno y descapullarlo para comprobar el color de su glande.

—¿Estás operao? —exclama entre interrogantes refiriéndose a mi pene sin prepucio.

—Así es.

—Qué incómodo, ¿no?

Dos respetables socios que hay a nuestro lado se miran entre sí sin dar crédito a lo que oyen.

—No, ¿por qué? —respondo mientras me enjabono.

—¿Que por qué? —repite él—. ¿Hay alguna zona de tu cuerpo que tenga la décima parte de sensibilidad que el glande?

—Pues no sé.

—No, Dic —niega él convencido—. El glande es puro nervio. Vamos, que es tocarlo y tener una reacción inmediata. La que sea, dolor, escozor o placer. ¿Es o no es así?

Esta última pregunta la formula sin tapujos ante los dos respetables socios y además mirándoles otra vez sus respetables miembros. Juanmi no sabe que en este club la gente no acostumbra a hablar en las duchas. Y que tampoco es costumbre hacerlo con el pene entre las manos, tirando hacia atrás de la piel para mostrar el glande. Observo a los socios. Por un momento tengo la sensación de que a uno de ellos le va a dar un infarto. Se han llevado una fuerte impresión, demasiado para sus estrictas coordenadas de comportamiento social.

—¿Qué pasa? —pregunta Juanmi—. ¿He dicho algo feo?

Para Juanmi decir algo feo debe de ser acordarse de la familia de uno en forma de sonoro y agrio insulto. No comprende que hablar con franqueza pueda ser incorrecto. Eso le honra. Fidelio le da un empujón y lo manda callar con el dedo en la boca. Él sí comprende el código de honor que reina en una ducha comunitaria porque frecuenta un gimnasio. Su figura resulta impresionante entre tanto cincuentón barrigudo y calvo. La cabeza le llega a la altura de la alcachofa de la ducha, los brazos son fuertes y gruesos, más

que los muslitos de algunos de los socios, el pecho peludo, las piernas fibrosas. Da la sensación de que no conseguiría secarse ni usando las toallas de todos los presentes y sin embargo lo hace sin ninguna dificultad con la suya de rayas. Gracias a la agilidad que le proporciona el kickboxing se pliega sobre sí mismo para llegar a los tobillos o a lo más recóndito de la espalda. Juanmi sacude la cabeza para secarse, exactamente igual que hacen los perros después del baño. Luego saca un peine del bolsillo de su pantalón y se recoge las greñas en una coleta sorprendentemente bien hecha.

—¿Tenéis hambre? —pregunto a modo de propuesta.

—No mucha —responde Juanmi—, me he jartao de cacahuets.

—¿Y tú? —me dirijo a Fidelio.

—Yo siempre tengo hambre.

—Yo tengo hambre pero de otra cosa —confiesa Juanmi—. Tanta historia con el patinaje y con el tenis de chicas, y tanto tocamiento en la ducha han conseguido ponérmela juguetona. Ya me entendéis.

Me satisface que Juanmi crea que con esa sucinta explicación pueda entenderlo.

—Quiere ir de putas —me traduce Fidelio.

—¿Hace unos polvetes? —propone Juanmi—. Podemos ir a casa de Luz, que siempre tiene tías limpias y bien de precio.

—¿Es una de tus primas? —pregunto sonriendo.

Pero no. La cosa no está para sonrisas. Juanmi deja de retocarse la coleta y me mira muy serio. Y cuando un tipo que está haciendo el payaso todo el tiempo te mira así, acojona de verdad.

—¿Qué has querido decir? —me reta entre dientes.

Miro a Fidelio reclamando auxilio, pero no me devuelve la mirada. Se está atando las zapatillas allá en el subsuelo. Juanmi sigue delante de mí, con las piernas abiertas, sin calzoncillos aún, el pene pendulante, los puños cerrados y el labio mordido. Una buena pelea es lo que faltaba para inscribir otro episodio inédito en este pacífico club.

—Respóndeme —me azuza Juanmi, reclamando la atención de los presentes.

En ese momento siento una punzada de satisfacción en la boca del estómago, o en el alma, o donde sea. Me siento orgulloso de él. Hasta ahora me había parecido un payaso gracioso, un salido y un vivalavirgen, pero ahora comprendo que es, por encima de todo, un hombre de honor.

—Perdona, colega —le digo con toda solemnidad—. No pretendía ofenderte.

Juanmi frunce el ceño. No creo que esté acostumbrado a resolver las peleas con un simple perdonacolega. Puede que incluso me arree un puñetazo después de todo. En vez de eso acepta la mano que le ofrezco y le da un buen apretón, justo cuando uno de los socios se aproximaba ya en mi defensa, tomando partido por el corporativismo de la ropa deportiva de marca, sin detenerse siquiera a averiguar lo que había sucedido.

Acabamos de vestirnos. Estoy pensativo. Nunca he ido de putas. Alguna vez he tenido la oportunidad (debo confesarlo), pero nunca me he decidido. Mis prejuicios morales se han impuesto siempre a mi morbosa curiosidad. En realidad tengo muchas ganas de ir de putas, pero no para follar, sino para observarlo todo y comprobar si mi curiosidad ha sido lo suficientemente morbosa. Y, sobre todo, quiero agradecer a Juanmi para desagraviarlo.

—Vayamos a comer algo —digo organizando el grupo—, luego tendréis que ayudarme a hacer un trabajito y, a cambio, os invito a casa de Luz.

—Yo tengo que ayudar a mi hermano a cargar la furgoneta pa mañana —alega Fidelio—. Lo hago todos los sábados.

—Pues te vas un rato y luego vuelves —le sugiere Juanmi, que ha reaccionado como un resorte en cuanto ha oído mi proposición.

—O lo llamas por teléfono y le dices que no puedes ir —añado yo—. Ya sabes: que va a tener que disculparte, pero que hoy no puedes.

—El trabajito es el siguiente —les explico mientras nos zampamos las cinco bandejas que hemos colocado con ciertas dificultades sobre dos mesas del buffet libre—. Tenemos que abrir el trastero de un garaje y robar una bicicleta.

Se mueren de la risa. Las migas abandonan la boca de Juanmi como impulsadas por un surtidor. Fidelio se encana tanto que tengo que darle unas palmadas en la espalda para que pueda seguir respirando.

—¿Una bici? —se burla—. ¿Quieres que choricemos una bici?

—¿Tan mal estás de pasta?

—¿O es que es una bici especial?

—Eso es —admito sin ironías—, se trata de una bici muy especial.

Entonces se ponen serios.

—Eh, tío, en ese caso olvídate. No somos unos chorizos. Vale que el otro día entramos en el museo y regamos un poco aquel cuadro sin hacer, pero de ahí a robar una bici cara hay un dicho.

—Un trecho —le corrijo—, pero tranquilos, que no es esa clase de bici. No es especial por valiosa sino por sentimental.

Nuevas pedorretas de risa. Juanmi se ríe con la boca abierta, mostrando una masa triturada de canelones gratinados entre la que se desliza una anguila rosada y lenguaraz.

—¿Qué bici es ésa? —pregunta Fidelio.

—Una de niño, pero sin ruedas de apoyo.

—¿Y pa qué cojones la quieres?

—Para qué va a ser —respondo con una mueca—, para un niño.

—¿Y por qué nos necesitas? ¿No puedes ocuparte tú solito?

—No.

Me interrogan con la mirada.

—No sé forzar una cerradura y necesito hacerlo con un coche prestado.

Se miran y se encogen de hombros. No lo entienden y además es muy posible que piensen que me falta un tornillo.

—Joder, ¿tengo que decirlo todo? —termino admitiendo con acritud—. Necesito un coche prestado porque la bici está en un cuarto trastero de mi garaje.

—¿Le vas a robar a un vecino?

—Me voy a robar a mí mismo.

Nuevo silencio de sorpresa. Dejan de comer, lo cual es mucho tratándose de esta pareja de hormigoneras humanas. Ahora sí que me miran desconcertados, incluso diría que preocupados.

—¿Vamos a forzar la cerradura del trastero de tu garaje? —pregunta Fidelio bajando comprensiblemente la voz.

—Así es.

—¿Has perdido la llave?

—Tiene que parecer un robo.

—¿Por qué?

Ésa es una buena pregunta. ¿Por qué no cojo la bici y la meto en el maletero del doscientos veinte caballos sin más? ¿Por qué he de llegar al delito? Quizá para no tener que dar explicaciones a Claudia y a mis hijos. O tal vez porque deseo que la versión Turbo le robe algo a la versión anterior, cometiendo así un acto delictivo que las enfrente y separe definitivamente, una a cada lado de la ley. Es como si quisiera desdoblar mi personalidad, pero no desde un punto de vista psicológico, sino desde lo legal y lo moral.

Terminamos el postre, tomamos unos cafés y quedamos para más tarde. Fidelio se va a ayudar a su hermano, lo que significa que no se ha planteado en serio mi sugerencia de comenzar a decir que no. Juanmi ha ido en busca de un coche y yo he pasado un momento por casa para contar una ocurrencia y por supuesto falsa lista de problemas en el trabajo. Una historia en la que, como es fácil imaginar, los malos son los ordenadores, que se niegan a funcionar correctamente después del cambio de versión, lo que me obliga a hacer horas extras.

Cuando salgo de casa me encuentro a Gus en el ascensor. Él viene. Yo me voy. Y es sábado por la tarde. El mundo al revés.

—¿Adónde vas? —pregunta.

—A trabajar.

—Que te sea leve —y hace por irse.

—Espera un momento.

—Qué. —Es su partícula interrogativa favorita.

—Esta mañana he ido al club de tenis y he hablado con Eduardo.

Una sombra se cierne sobre sus ojos. Ah, no, que se ha disparado la luz de la escalera.

—Y qué —repite.

—No es posible que te hayas podido comprar una moto con el dinero que ganas dando clases.

—La estoy pagando a plazos.

—Dime la verdad: tú madre te ha soltado pasta, ¿no es así?

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

No me jodas, pienso.

—No me jodas —digo.

—No me ha prestado ni un céntimo.

—Entonces, ¿de dónde has sacado el dinero? ¿No estarás metido en algún lío?

—Ves demasiada tele, papá —dice dándome una palmada de condescendencia en la espalda—. ¿No leíste mi hoja de cálculo? Allí estaba todo explicado.

—Salvo la procedencia del dinero.

Me reta con la mirada.

—No te lo voy a decir —me reta con la palabra—. Soy mayor de edad.

—Eres un mayor de edad que se come mi comida y duerme en mi casa.

La tensión me convierte en un cínico y un miserable.

—No hace mucho me dijiste que cuando dejara de pedirte dinero tú dejarías de hacerme preguntas —replica él—. ¿Lo recuerdas?

Mierda de memoria selectiva. Estas cepeús jóvenes sólo recuerdan lo que les interesa. Son una versión mucho más elaborada que la mía, quizá Turbo Plus o superior.

—Sí —admito espirando el mal genio en forma de monosílabo.

—No te voy a pedir más dinero, así que no me hagas más preguntas. — Y luego añade—: Es lo que hay.

Me da otra palmadita en la espalda, se saca la llave del bolsillo y entra en casa, dejando clara la naturaleza de la relación que mantengo con mi primogénito: un puro trámite comercial, exactamente igual que un proveedor y su cliente. He sido su padre hasta que ha encontrado la forma de ganar

dinero. A partir de ahora sólo seré un tocapelotas molesto y metomentodo que no servirá más que para provocar suspicacias. Suspiro. No era ésta la relación que esperaba mantener con mi hijo.

Hace años nos imaginé compartiendo actividades, jugando a tenis, pescando, coleccionando minerales y yendo al cine a ver las películas de James Bond. Creí incluso que me contaría sus primeros escauceos amorosos y, como en tantas otras ocasiones, me equivoqué. Los padres como yo no nos fiamos de los hijos como Gus. Por eso los vigilamos, protegemos y aleccionamos. Pero es que los hijos como Gus también desconfían de los padres como yo. Por eso nos desobedecen, mienten y traicionan, casi siempre con la ayuda de sus amigos, éstos sí, verdaderos camaradas dignos de toda confianza. Y cuando ambos llegamos a comprendernos, que es cuando los dos somos padres (uno de nosotros abuelo), es ya demasiado tarde para el entendimiento, sobre todo ahora que los primogénitos se engendran bien cumplidos los treinta años. Para entonces el abuelo pasa las horas sentadito en un banco orientado al sol, en una residencia con nombre de reserva india, procurando que no se le escape el pis para evitar la bronca de las monjitas por volver a mojar los pantalones. Esto es lo que normalmente se conoce como ley de vida. Nada menos. Pido disculpas si me río, pero a mí me parece cualquier cosa menos legal. La vida está fuera de la ley.

Me dan ganas de olvidar mi cita con Fidelio y Juanmi, meterme en casa, sentarme ante el ordenador y elaborar una hoja de cálculo para poder contrarrestar la de Gus. Hacer memoria y transcribir en una columna todos los gastos que ha ocasionado desde que nació: pañales, biberones, canguros, colegios, libros de texto, ropas, campamentos, propinas, matrículas universitarias... Y dejársela encima de la cama para demostrarle que, aunque no vaya a pedirme dinero nunca más, aún me debe muchas explicaciones a cuenta de los cuartos ya gastados. Pero no lo hago. La versión Turbo está equipada con un antivirus de olvido selectivo e inmediato. Los malos rollos de mi hijo son una peligrosa amenaza para mi procesador y hay que defenderse. Ésa sí que es la ley de la vida.

El garaje de mi casa goza de unas horas tranquilas a media tarde, justo antes de que la gente comience a salir al cine, a los centros comerciales o a cenar fuera. Es el momento perfecto para dar el golpe. Espero a Juanmi y Fidelio apoyado contra una de las columnas, enfrente de mi plaza y mi trastero, atento a cualquier ruido de pasos, puertas o motores en marcha. No

se oye nada. Mis vecinos están todavía durmiendo la siesta en el sofá, mientras en la tele se extingue una película salpicada de numerosos anuncios. De pronto un chirrido, y luego un furioso acelerón. Un siniestro vehículo desciende a más velocidad de la permitida por la rampa del garaje. Son ellos, mis cómplices, originales hasta para delinquir. Van montados en un dos caballos con el techo abierto como los que solían verse hace treinta años. Es un auto simpático. A Fidelio le asoma la cabeza por encima del parabrisas. Si llevara la capota de lona, tendría que haber hecho un agujero para poder respirar. Me dejo ver y se detienen.

—¿Qué te parece mi descapotable? —pregunta Juanmi—. ¿A que mola?

—No parece un coche —digo lo que pienso.

—Es que no es un coche. Es la Charito.

Por fin conozco a este singular personaje del que oí hablar hace unos días (que parecen años) en el bar ambulante de Milagros.

—Charito —sigue Juanmi—, éste es Dic. Está medio chalao y por eso es divertido.

Sonrío muy fugazmente. No es una mala definición para un tipo que ha pasado de los cincuenta.

—No hay tiempo que perder —digo señalando la puerta de mi trastero.

—¿No sería mejor que nos dieras la llave? —pregunta Fidelio mientras saca una barra metálica del asiento trasero de la Charito.

Es como la última pregunta que se le hace a un condenado a muerte, la oportunidad de la redención. Me siento como si estuviera a punto de ser quemado por hereje y el inquisidor me diera la oportunidad de retractarme públicamente.

—No sólo no os voy a dar ninguna llave —manifiesto con rabia muy mal contenida—, sino que quiero ser yo el ejecutor. Decidme qué tengo que hacer.

Se descojonan.

—Déjame a mí —se presta Fidelio—. Tardaré menos que tú.

—No lo dudo, pero esto es cosa mía.

Soy yo quien tiene que romper el cerrojo de mi propiedad privada. Es un acto de honor. Pido sitio. Meto la barra entre la puerta y el marco, hago palanca y todo sale al revés. En lugar de abrir la puerta, la barra sale despedida en la dirección contraria y me cargo el faro posterior derecho del

coche de Claudia. Fidelio se pasa la mano por la frente. Se está poniendo nervioso. No me extraña. Estamos en el garaje de un edificio de cuarenta viviendas y cualquier vecino puede bajar si seguimos haciendo ruido.

Juanmi hace por coger la barra de mi mano derecha pero se lo impido. He dicho que es una cuestión de honor, mal rayo le parta el otro faro al coche de Claudia. Vuelvo a la carga, la barra a la altura del cerrojo, la palanca y, esta vez sí, la puerta se abre violentamente y da un portazo que provoca un eco en el garaje, como un grito de rabia. Entro, cojo la bici mediana, la que compré para Carol hace unos años y trato de meterla en la Charito.

—Así no.

—Dobla el manillar.

—Quítale la rueda delantera.

—Bájale el sillín.

La Charito es un auto simpático pero poco afortunado para transportar bicicletas, aunque sean de tamaño mediano como ésta. En el maletero no hay nada que hacer y en el asiento trasero no cabe. La única opción es colocarla en posición vertical en ese asiento y dejar que la rueda delantera sobresalga por el inexistente techo. No es la mejor opción cuando uno trata de robar algo, pero no caben otras.

Juanmi se pone al volante, Fidelio ocupa el lugar del copiloto y yo me acomodo junto a la bici. Salimos del garaje derrapando, tres sujetos en un dos caballos con nombre de mujer del que sobresale la rueda delantera de una bici y la cara de felicidad de un gigante agitada por la inolvidable suspensión de su montura.

Nos detenemos junto al doscientos veinte caballos, que está discretamente aparcado no muy lejos de allí, y ocultamos la bici en el maletero. Fidelio y Juanmi quieren dejar la Charito y montar en mi coche. Yo me niego. No sólo quiero seguir montado en ella, sino que además solicito hacerlo en el asiento del piloto. Quiero conducir. Nuevamente se miran como si me faltara un tornillo, aunque acaban accediendo. Sonrío. Ellos no lo saben, pero lo cierto es que el primer coche que tuve fue precisamente un dos caballos como la Charito.

Conducir un coche después de treinta años es otra forma de viajar en el tiempo, igual que mirar las fotos de la juventud u oler el perfume del primer amor. Me fijo en el sobrio velocímetro, el desértico salpicadero, los asientos de escay sin reposacabezas, los escuetos limpiaparabrisas y el volante de baquelita. Compruebo su suspensión de feria, la parquedad de sus velocidades, lo estrecho de su habitáculo y, como por arte de magia, rejuvenezco. Y una sombra de tristeza maquilla mis ojos.

El viaje en el tiempo me produce nostalgia. Es normal si tenemos en cuenta que un simple viaje en el espacio produce *jet lag*. Miro a la derecha, al copiloto, desde donde me observa Fidelio con una mueca de preocupación. Justo ahí se sentaba Claudia cuando era ella (Claudia), hace treinta años. En cada semáforo nos dábamos un beso, en cada ceda el paso nos cogíamos de la mano, en cada paso de peatones nos mirábamos. Me vuelvo hacia el asiento trasero. Juanmi me saluda agitando la mano pero no lo veo. Lo que veo es el asiento lleno de libros de la facultad, panfletos convocando una asamblea, una botella de vermú y dos tazas de plástico, paquetes de cigarrillos negros y preservativos comprados por unidades. Todo oculto bajo una manta por si nos cruzábamos con una tocinera de los grises. Lástima que nunca nos detuvieran, porque me he quedado sin saber qué era más delictivo: si llevar alcohol, panfletos políticos o preservativos.

Creo que nuestra costumbre marital de amarnos sentados, uno encima del otro, proviene de ese coche. Hacer el amor en un dos caballos es una ardua tarea, no cabe duda, seguramente porque a la estrechez de sus asientos hay que añadir la reacción de la suspensión, que multiplica los movimientos hasta provocar el fracaso. O el delirio si, una vez aprendido el ritmo, los amantes logran acoplarse a él y son capaces de aprovechar su cadencia. Es en todo caso el coche más erótico que he tenido nunca, lleno de curvas y vaivenes.

Juanmi me va orientando por callejas que no conozco, hasta que me ordena detener la Charito junto a lo que parece un bar de copas. Antes de entrar me pregunta si llevo suficiente dinero.

—Es por si tenemos que acercarnos a un cajero —dice demostrando lo que vale el hombre prevenido—. Luz no admite tarjetas.

Lo tranquilizo y entramos. Es, en efecto, un bar de copas. Barra, grifo de cerveza, botellas de licores, taburetes e incluso un par de máquinas tragaperras. Sólo que las camareras enseñan los pezones y las bragas. A Juanmi le brillan los ojos como si fuera un gato, supongo que como reacción a esas prendas de colores, más excitantes que las de la final individual femenina de la copa del mundo de patinaje. Fidelio nos busca sitio junto a la barra. Juanmi reclama la presencia de la dueña. Y Luz se hace presente.

Besa a Juanmi y Fidelio, y hace lo mismo conmigo cuando somos presentados, además de mirarme de arriba abajo. Está claro que no comprende qué hace un tipo de mi edad con dos colegas más jóvenes. Y no es una deducción mía, es que lo dice tal cual.

—No es tan viejo —me excusa Juanmi—, lo que pasa es que se cuida poco.

—Ponnos unos cubatas —intervengo.

—¿Lo ves? —prosigue Juanmi—. Bebe demasiao.

—¿Y de lo otro? —pregunta Luz con desenvuelta picardía.

—Tranquila, de lo otro va fatal —contesta Juanmi—. Por eso hemos venido, pa ver si lo animamos un poco.

—Veamos —dice Luz colocándose las tetas en su sitio—. ¿Puedo hacerte unas preguntas?

—¿Qué clase de preguntas?

—No te preocupes, sólo quiero conocerte un poco para saber cuál de mis chicas puede ayudarte.

—Pareces un médico recetando medicinas —le digo medio en broma.

—Soy algo parecido —contesta medio en serio—. Considérame una curandera del alma.

Me río, quizá porque me acuerdo de Milagros.

—Mis pacientes me avalan —añade señalando a los parroquianos—. Todos ellos salen de mi casa mucho más contentos y relajados que cuando entran. ¿Sano o no sano el alma?

—El alma y el cipote —concluye Juanmi con su impecable locuacidad—. Yo es que en cuanto entro aquí siento un hormiguelo en la punta del capullo que no me deja vivir. Venga ese polvo.

Mira a Luz y ella señala a las tres muchachas que hay en la barra con un magnánimo gesto, como si no fuera a cobrarlos luego por sus servicios.

—Tú y tú, no recuerdo vuestros nombres —dice Juanmi escogiendo dos de ellas—. Vamos, Fidelio.

Y se van hacia el fondo del bar, pasando de mí como si de pronto me hubiera vuelto invisible. Fidelio no ha dicho ni media palabra, aunque ignoro si es que no tiene preferencias ni antojos a la hora del sexo o si se trata de su sempiterna incapacidad de decir que no. Me quedo a solas con Luz.

—¿Estás casado?

—Sí.

—¿Hace mucho?

—Sí.

—¿Con qué frecuencia haces el amor con tu mujer?

—Buf, una vez al mes, con suerte dos.

—¿Cómo es ella?

—Falsa.

—¿En qué trabajas?

—En moda femenina.

—¿Te gusta tu trabajo?

—No sé. No.

—¿Estás operado de fimosis?

—¿Qué?

—Responde.

—Sí.

—Vale —resuelve—, ya sé a quién necesitas.

¿Con ese cuestionario, el más caótico y carente de sentido que me han

formulado en toda mi vida, es capaz esta curandera del alma de conocer mis dolencias y recetarme una medicina? Lo dudo. Y más cuando veo el gesto que le hace a la tercera chica que hay junto a la barra, la única disponible.

—Te va a encantar —dice Luz afirmando con la cabeza mientras la elegida se acerca—. Te presento a Quiti.

—¿Kitty? —repito casi riendo—. ¿No me digas que tú también te llamas Catalina?

—Me llamo Francisca.

Le hago un gesto para que se explique.

—De Francisca Paca, de Paca Paquita, de Paquita Quiti —explica un tanto molesta.

Supongo que no vienen por aquí muchos clientes con inquietudes morfológicas sobre los nombres de las profesionales.

—¿Te gusta? —añade Luz.

Por un momento creo que le está preguntando a Kitty. Tendría gracia: que la madama de un burdel le preguntara a la prostituta si le gusta el cliente. El mundo nuevamente al revés.

—¿No te gusta? —pregunta Luz, malinterpretando mi silencio.

—No, no, claro que sí.

En realidad no sé si me gusta. Sólo me he fijado en su muslamen, verdadero estandarte de su vestuario, todo él coincidente en reafirmarlo a los ojos de los clientes. Minifalda, mallas negras, botas de charol. Está más bien rellenita y menos bien maquillada. Abusa de la sombra de ojos y del perfilado. Y, afortunadamente, no es demasiado joven.

—¿Y yo? —pregunto—. ¿Te gusto?

Luz me mira con el ceño fruncido. Está empezando a pensar que soy aún más gilipollas de lo que aparento. Kitty no sabe si debe responder y Luz le da permiso para que lo haga.

—No estás mal —resume después de examinarme.

—¿Quieres hacer el amor conmigo? —insisto.

—Claro que quiere —contesta Luz.

—Se lo he preguntado a ella.

—¿Tienes dinero? —pregunta Kitty.

Saco la cartera y se lo enseño.

—Pues entonces quiero.

Es sincera. Me gusta, aunque en realidad hago estas preguntas para ir

ganando tiempo. Estoy varado en un mar de dudas. No sé si hacerle caso a mi glande (que pide guerra) y dejarme guiar por esta mujer hacia uno de los dormitorios del fondo o atender a mis principios morales, que siempre me impidieron mezclar el sexo con el dinero. Me siento un novato. Con más de cincuenta tacos.

—¿Quieres compartir el dormitorio con Juanmi y su amigo? —pregunta Luz mientras nos acompaña hacia el fondo.

—¿Cómo?

—¿No te lo han dicho? —añade con naturalidad—. Ellos siempre follan juntos, así se jalean y hasta se intercambian las chicas si les apetece. Aunque debo advertirte que esta alternativa se cobra como un extra.

—No sé.

Avanzamos por un pasillo estrecho y oscuro con puertas a ambos lados. La del final a la derecha está entreabierta. Luz la abre del todo y nos muestra el fenomenal espectáculo. La chica que está con Fidelio le está haciendo una mamada, mientras Juanmi ya está fornicando con su pareja en la cama de al lado. Nos miran sin hacernos mucho caso. Bueno, Juanmi sonrío y me hace un gesto para que pase y comparta el festín. Pero eso ya sería demasiado incluso para la versión Turbo de mí mismo. No niego que la escena es sugerente, ni que me provoca una erección instantánea, no niego que mi cepeú comienza a enviar señales eléctricas a los demás periféricos del sexo y que incluso siento una especie de delirio mental al imaginarme compartiendo una orgía sexual con mis colegas y esas tres chicas, cuatro si se queda Luz. Pero no.

—Prefiero un poco de intimidad —le comunico a esta última.

—Como quieras —acepta ella abriendo la puerta de enfrente.

Me quedo a solas con Kitty. Nos miramos. El delirio me insta a follármela sin quitarle ni las mallas ni las bragas, sin preámbulos de ninguna clase, pero la cepeú tiene en su memoria ram unas cuantas reglas que contradicen ese impulso animal. Se produce dentro de mí una lucha titánica. Los buses de datos transportan señales de sexo y moral, una mezcla de principios éticos y respuestas fisiológicas. Hay en el aire un perfume de feromonas y de catecismo de colegio. El homo sapiens pugna contra el homo hedonis. La versión Turbo se está reconfigurando. Y Kitty mosqueando.

—¿Quieres que te la chupe? —pregunta al ver que no me decido a hacer nada—. Son treinta euros más, sesenta si me eyaculas en la cara.

Estas obscenidades hacen que el delirio consiga vencer a la moral. Me acerco a Kitty y trato de besarla.

—¿Estás mal de la cabeza? —dice empujándome.

—Sólo quería besarte.

—No doy besos.

—¿Haces mamadas pero no das besos? —contesto con cejas extrañadas.

—Exacto —responde ella—. Hace tiempo que no vienes a un sitio como éste, ¿verdad?

Afirmo y ella me hace una dulce caricia en la mejilla. Debo de resultar enternecedor.

—No me beses, ni yo te besaré a ti. Pero puedes chuparme los pezones y yo te la mamaré, aunque tendrás que ponerte un preservativo. Por supuesto puedes follarme, ni que decir tiene que también con gomita, aunque puedes correrte sobre mi vientre. Y si me la quieres meter por el culo, tendrás que pedir hora. Cuesta noventa euros y sólo lo hago por encargo.

Es como en los restaurantes, el chef recitando la carta del local, recomendando los platos del día y poniendo las pegas pertinentes. La paella tarda treinta minutos y es como mínimo para dos personas. Está claro que todas esas precauciones, besos incluidos (o sea, excluidos) son para evitar contagios y transmisiones venéreas. Me siento ridículo por no haberlas tenida en cuenta yo solito.

Ha llegado la hora de decidirme. No puedo seguir demorando la situación, ni puedo seguir enredado en esta clase de inoportunas reflexiones. O lo hago o me voy. Soy yo contra mí. Joder. Ya lo tengo. Cojo a Kitty de la mano y salgo al pasillo en busca de Luz. La encuentro junto a la barra. Me acerco a su oído y le susurro algo. Ella asiente, pero me advierte que me costará cincuenta euros más. Dejo a Kitty allí mismo y regreso al fondo a la derecha. Juanmi se está tirando ahora a la chica de Fidelio y viceversa. (Matizaré este viceversa, no sea que provoque algún malentendido: quiero decir que Fidelio se está tirando a su vez a la chica de Juanmi.) Me acerco a este último y le pido las llaves. Me ofrece su chica. Rehúso, no gracias, sigue tú. Me da las llaves, vuelvo junto a Kitty y salimos del local en busca de la Charito.

Conducimos durante diez minutos. Aparcamos en un descampado, pasamos al asiento trasero y nos colocamos en posición. Yo sentado en el escay y ella sobre mí, con mi pene dentro, como Claudia hace treinta años.

Comenzamos a movernos. La Charito reacciona igual que mi dos caballos (igual que cualquier dos caballos). Y yo, que aún recuerdo cómo se hace, me acoplo a su onda sin ninguna dificultad. Kitty saca la cabeza por el techo descapotable a intervalos regulares, igual que si estuviera montando un caballo al estilo inglés. Pero esta vez yo no soy su montura. Su montura es la Charito.

Me siento bien. Claro, diría cualquiera (ya fuera circulito con flecha a la derecha o circulito con cruz debajo), cómo no sentirse bien mientras fornica, si todas las cepeús de todas las versiones están programadas para gozar del sexo. Pero no es por eso. Me siento bien porque la versión que está haciendo este viaje erótico-temporal es la Turbo. Y, si es así, es porque ha vencido a la versión anterior. Sucede lo mismo en las comunidades de animales salvajes. Los machos compiten entre sí y el más fuerte fornica con las hembras. Cosas de la naturaleza, que quiere asegurarse los mejores genes para las generaciones futuras. Ése es mi caso. La versión Turbo es la más fuerte. Y, por eso mismo, es la que está follando.

Mientras volvemos al puticlub, Kitty, que está sentada a mi lado fumando un cigarrillo a medias conmigo, me da una agradable sorpresa.

—Te voy a hacer una rebaja en el polvo.

—No lo creo —digo mirándola un momento—. Cuando le he dicho a Luz que te iba a sacar a la calle me ha pedido cincuenta euros más.

—Es una salida, compréndelo —explica ella—. Lo mismo hacen los fontaneros.

—¿Entonces de qué descuento hablas?

—Te voy a cobrar sólo la mitad.

—¿Y eso?

—Es algo que hago las poquísimas veces que llego al orgasmo.

Piso el freno de la Charito con tal brusquedad que casi traza un trompo sobre el asfalto. Después del soberbio combate que se ha producido entre mi versión actual y mi yo anterior a favor y en contra de hacer el amor con una prostituta, esta noticia es determinante, vital, porque puede ayudarme a evadir los restos de remordimientos que quedan en mi conciencia.

—Siempre creí que las prostitutas fingían los orgasmos —digo cuando la Charito se detiene.

—Y así suele ser —contesta ella—, pero en ocasiones el orgasmo es de verdad. Normalmente sucede con clientes que repiten, parroquianos con los que hemos hecho muchos servicios y a los que consideramos como amigos.

—¿Y hoy qué ha pasado?

—Ha sido diferente.

Trato de pensar por qué.

—No sueles follar en el asiento de atrás de un coche —me aventuro a decir—, ¿verdad?

—No, pero no es eso. Eres tú.

—¿Qué me pasa?

—Tú sabrás —dice ella encogiéndose de hombros—. Había mucha energía en tu polla. Y me la has contagiado.

Me callo y acepto su explicación. ¿Por qué no? El periférico se ha conectado al puerto uesebé de Kitty y le ha transmitido la lucha interna de la cepeú en forma de energía eléctrica. Tiene sentido. Le pido el cigarrillo y le doy una honda calada. Luego espiro el humo y algo más, porque siento en el pecho un vacío de bienestar, una asfixia de placer. La versión Turbo ha vencido, ha follado y ha logrado provocar un orgasmo difícil, casi imposible. Soy otro. Luz me hace la cuenta de los servicios prestados. Una pasta, a pesar de la rebaja de Kitty. No importa. Es el precio de mí mismo. Estoy pagando a un artesano para que me fabrique de nuevo. Hágame bien, hágame guapo, hágame feliz.

Son las tantas de la madrugada y comienza a amanecer. Ahora somos Fidelio, Juanmi y yo quienes vamos en la Charito, en silencio, mirándonos a tres bandas, directamente o usando el espejo retrovisor. Nos sentimos hermanados, como supongo que sucede con cualquier grupo de machos (o hembras) que compartan una experiencia semejante. Detengo la Charito junto al doscientos veinte caballos y me apeo. Juanmi se pone al volante. Nos despedimos igualmente sin palabras, tocándonos el brazo y guiñándonos un ojo. Adiós, golfo. Anda que ya te vale. Frases tópicas que también hermanan, aunque sólo se piensen.

Llego a casa cuando todavía todos duermen. No tengo sueño, ni quiero tenerlo. Entro en la cocina, preparo una cafetera y la pongo al fuego. Me siento a esperar, la cabeza en la mano, el codo en la mesa, la mirada en la inopia. Estoy cansado pero relajado, y un poco mareado, como un barco que ha salido de una tormenta y cabecea sobre un mar que promete calma. Incluso oigo el borboteo de la chimenea del barco. Es el café. Me levanto a servirme una taza. Una puerta se abre y se cierra en el piso superior, las escaleras y el pasillo traen pasos y los conducen a la entrada, allí se detienen y son sustituidos por susurros y un sonoro beso. Luego la puerta principal y Gus que entra en la cocina vestido únicamente con el pantalón del pijama.

—¿Era la misma del otro día o una distinta? —le pregunto después de sorber el café.

Se da un susto de muerte. Incluso se lleva la mano derecha al corazón, gesto un tanto teatral que (como muchos otros) ha aprendido de su madre.

—¿La has visto? —acierta a preguntar.

—¿A tu novia?

—No es mi novia —me corrige—, pero ¿la has visto?

No comprendo el silogismo.

—Si no es tu novia, ¿qué más da si la he visto o no? ¿O es que tienes algo que ocultar?

Me ha salido la vena obsesivo compulsiva de los padres.

—Hasta mañana —dice Gus.

Y se va sin darse cuenta de que ya es mañana. Me bebo el café con el ceño fruncido. Gus oculta algo. ¿No será? ¿No será que es homosexual? Me tiembla imperceptiblemente el párpado de un ojo.

Claudia aparece en la cocina con cara de sueño. Se interesa por lo que ha pasado en los grandesalmacenes. Le hablo de un colapso informático de orden superlativo con pérdida de memoria del disco duro y daños irreversibles en el sistema operativo. En realidad, no le estoy mintiendo. Ella comenta algo de los virus que se contagian a través de los correos electrónicos y del peligro que corremos todos. Habla de los virus informáticos como si pudieran contagiarse a las personas. Y tal vez tenga razón. Quizá estemos ya contagiados. Por eso decimos todos las mismas tonterías. Se sienta a mi lado y se sirve café. Por un momento temo que me proponga sexo, pero afortunadamente no lo hace. Da por hecho que voy a dormir toda la mañana.

—Yo también me pasaré por el despacho dentro de un rato —dice—. Tengo un montón de fotos que seleccionar.

Sonrío. Tal vez ella también se vea con un gigoló y me esté contando una vulgar excusa para ausentarse de casa. No siento celos. Ni rabia ni nada parecido. Incluso me atrevería a decir que me parece una buena idea, morbosa y excitante.

—Me llevaré a Carol —añade—. Así no estará toda la mañana sin hacer nada.

Dejo de sonreír. Mi morbo se cae al suelo de la cocina y se hace añicos. Quizá debería contarle mis dudas sobre la orientación sexual de Gus. No. Lo descarto de inmediato. Carol podría escucharnos y no tengo ninguna prueba. Son tan sólo las dudas características de un padre inseguro.

Me levanto y voy al baño. De nuevo mi vientre descarga en el río fecal de la ciudad una inmundicia rayana en lo patológico. Son los restos del naufragio, las megas borradas del sistema, las trizas de la conciencia. Me

siento limpio por dentro. Sólo me falta ducharme para estarlo por fuera. El sudor y los demás fluidos del colapso informático fluyen por el desagüe de la bañera, no sin antes dibujar una curiosa espiral en forma de adiós. La ducha me abre el apetito. Y no conozco un lugar mejor para saciarlo que el bar ambulante de Milagros, hacia donde ya me dirijo en mi doscientos veinte caballos. Lo noto más blando de lo normal, como si le faltara algo de energía. Puede que sean los celos. Ayer no sólo me permití la licencia de sustituirlo por un dos caballos, sino que además me lo hice con Kitty en su asiento posterior. Demasiado cruel hasta para un coche de importación.

Milagros me sonríe desde la distancia. Tal vez me estuviera esperando.

—Buenos días —saludo sentándome en un taburete—. Uno de los tuyos pero especial para una noche sin dormir.

—¿Tienes insomnio?

—Tengo insomnio por el día —le explico con cejas divertidas—. Sólo puedo dormir cuando es de noche. Y anoche estuve por ahí.

—Comprendo.

Me prepara el consabido almuerzo pero con una dosis extra de picante que lo hace prácticamente intragable.

—¿Qué es esto? —me quejo bebiendo un buen trago de vino con gaseosa.

—Lo que necesitas pa permanecer despierto —responde ella muy seria, como una doctora a la que se le criticara una prescripción.

—¿No te has pasado un poco?

—Son las diez de la mañana —me informa señalando su reloj—. Queda mucho día por delante y ni siquiera te he puesto la dosis adecuada. Lo más probable es que te duermas después de comer.

Y hace mención de retirarme el plato.

—¿Qué haces? —protesto sujetándolo—. Deja el plato donde está y perdóname. Si tú dices que esto es lo que me conviene, me lo comeré todo, aunque luego tenga que beberme una garrafa de agua.

El voto de confianza la satisface. Me rellena el vaso de vino con gaseosa y atiende a unas clientas que le piden bocadillos para llevar. En mi vida había comido nada tan picante. La lengua me quema hasta el punto de que a mitad de plato queda anestesiada. Temo morderme pero todavía temo más defraudar la botica de Milagros. Sigo comiendo y rompo a sudar.

Inmediatamente comienzo a sentirme bien. Es como cuando, después de unos minutos renqueando, el cuerpo se acostumbra al ejercicio físico. El remedio de la boticaria surte efecto. ¿Por qué no iba a hacerlo?

Milagros va estudiando mis reacciones mientras atiende a otros parroquianos. Le indico mediante gestos que me encuentro bien. De pronto sus ojos delatan la presencia de alguien conocido, puede que de alguno de mis colegas. Me vuelvo para saludarlos y me doy de bruces con el tío Jaulín y Estrella. Él me da una palmada en la espalda, ella sólo la espalda.

—¿Almorzando? —pregunta el tío Jaulín.

Me encantan las preguntas retóricas de hechos consumados. Son innecesarias y por eso me gustan, porque son invitaciones a la charla franca, a la comunicación gratuita que no pretende alcanzar ninguna conclusión ni ningún acuerdo.

—Ya he terminado —contesto mostrando el plato—. Milagros hace honor a su nombre.

Estrella pide tres bocadillos grandes y uno pequeño. Son sin duda para sus cuñados, su hijo y ella misma. El tío Jaulín se pide un cafelito.

—¿Y Fidelio? —le pregunto a Estrella—. ¿No es él quien suele venir a buscar el almuerzo?

—Fidelio apenas ha dormido un par de horas esta noche —contesta secamente—. Está que se cae de sueño.

Y me mira un segundo con ese par de rayos láser que luce entre los pómulos y las cejas. Si no tuviera los años que tengo y si Estrella no fuera una viuda Telele, diría que percibo un deje celoso en su actitud. Siento mariposas en la boca del alma, excitadas por las especias de Milagros. Tal sensación me trae recuerdos de juventud. Es el disco duro de la memoria que, aunque con algunas pistas dañadas, es capaz de reconocer ciertas vivencias cuando se repiten.

—Mañana no iremos al polígono industrial —le digo en voz baja—. Ha llegado la hora de conducir por una carretera de verdad.

Sé que la idea le resulta tentadora y veo reflejado el brillo del reto en la profundidad de sus pupilas, pero no logro que relaje su rictus ni por un segundo.

—Procura dormir esta noche —dice.

Y se va caminando a buen paso con la bolsa de plástico que le tiende Milagros. Me quedo con el tío Jaulín y le pido una explicación elevando las

cejas. Él, sin dejar de dar vueltas a su cafelito, alza sus hombros y tensa las comisuras de sus labios hacia abajo. Son cosas de mujeres, parece decirme.

Me acodo en el mostrador (a lo clinteastwood) mirando al tío Jaulín.

—Ayer monté en la Charito —confieso como quien ha realizado una proeza.

Él asiente sin extrañarse lo más mínimo.

—Fue como un viaje en el tiempo —prosigo emocionado—. Hacía muchos años que no conducía un dos caballos.

—Eso es porque la mayoría de la gente no sabe cuidar los coches —dice él negando con la cabeza—. En mi casa ha habido siempre caballerías, sobre todo mulas.

Yo sonrío entre sorprendido y divertido.

—No pretenderá comparar una mula con un coche —digo.

—¿Por qué no? Los dos son medios de transporte. Gastan energía y sirven pa tirar del carro.

Es la explicación que esperaba escuchar. Suspiro y pienso que, en realidad, Charito es un nombre más apropiado para una mula que para un coche. Acabo de encontrar otra de las diferencias de este metamundo. Los vehículos no se identifican por medio de sofisticadas características técnicas sino con simples nombres de mascota.

—¿Me acepta un café? —concluye él con una sonrisa.

Creo que quiere hablarme de algo. Milagros nos sirve dos cafés con lingotazo de coñac incluido. El tío Jaulín acerca su taburete al mío. Busca intimidad.

—Sé que ayer se corrió usted una buena con Juanmi y Fidelio —dice poniéndome su mano derecha en mi pierna izquierda.

—¿Cómo lo sabe?

—Juanmi es incapaz de mantener la boca cerrada y en el mercadillo las noticias vuelan, sobre todo si tienen que ver con correrías en casa de Luz.

—Claro —asiento algo aturdido.

Ahora es el tío Jaulín quien suspira profundamente.

—Yo creía que era usted un hombre formal... —dice.

Y sus palabras me hacen enrojecer de vergüenza, hasta el punto de que no me queda más remedio que apurar mi café para ocultar mi rostro en el interior del vaso.

—... pero puede que me haya equivocado —continúa sin inmutarse por mi gesto—. Un hombre de su edad y posición no debería ir de putas.

Casi me atraganto. No esperaba un juicio moral tan deliberado, ni esa mirada inquisitiva, ni ese tono (ahorasí) adusto.

—¿Usted no ha ido nunca de putas? —le pregunto retándolo.

—Claro que sí —exclama él con naturalidad—, pero antes de casarme, como es de ley. Las chicas como Luz le sirven a uno pa desvirgarse y practicar antes del matrimonio. Luego hay que ser fiel a la pareja.

Me siento derrotado, quizá porque nadie me había hablado así desde que mi padre murió.

—No se lo tome a mal, tío Jaulín —le digo—, pero no creo que mi vida privada sea asunto suyo.

—Se equivoca —replica él sacando un sobre del bolsillo de su americana y tendiéndomelo—. Lea, por favor.

Es un informe médico de la Seguridad Social, especialidad de oncología. Leo deprisa, en diagonal, pero me detengo enseguida. Diosanto, el tío Jaulín tiene un tumor en el colon con metástasis alrededor. Se le propone un tratamiento de quimioterapia para luego someterse a una intervención quirúrgica. Me quedo sin aliento. Lo miro. Sonríe.

—Se ha quedao blanco —dice.

—¿Cómo no iba a hacerlo? ¿Qué significa esto?

—¿No sabe leer?

—Ojalá no supiera hacerlo.

—¿Tan grave es?

—¿Le parece poco?

—Ni poco ni mucho. No sé lo que tengo.

Mis párpados aletean de sorpresa, parecen mariposas en un estómago saciado de dudas.

—¿No lo ha leído?

—No sé leer.

¿No sabe qué?, pienso.

—¿No sabe leer? —repito sin creerlo—. ¿Cómo es posible?

—Nunca aprendí.

—¿De dónde saca entonces tanto juicio y sabiduría?

—Sé mirar y pensar, imaginar y suponer, escuchar e incluso callar —dice encogiendo los hombros muy despacio—. ¿Le parece poco?

Siento una mezcla de admiración y tristeza, y un terrible ardor de estómago. Me parece estar despertando de un mal sueño.

—¿Entonces no sabe lo que pone en este informe?

—No. Es una carta del especialista pa mi médico de cabecera. Me la dieron el otro día. Durante las últimas semanas me han estao haciendo todo tipo de pruebas. Supongo que éste será el veredito final.

—¿Y Estrella lo sabe?

—No, no. He ido a las pruebas yo solo. El único que sabe algo es Gabino.

—¿Gabino? —repito de nuevo incrédulo—. ¿Su nieto? ¿Su nieto de seis años?

—Lo necesitaba pa que me leyera los días, las horas y los lugares de las citas médicas —explica resignado—, pero no se preocupe: se lo ha tomao como un juego. En realidá el único que sabe lo que me pasa, además del médico, es usted.

El tío Jaulín se levanta del taburete y se coloca frente a mí.

—Dígame lo que pone. Sea lo que sea.

Me siento como un verdugo ante un condenado a muerte.

—No entiendo bien el lenguaje de los médicos.

Soy un cobarde.

—¿Prefiere que se lo dé a mi nieto pa que me lo lea?

Estoy sitiado. No tengo más remedio que leerle el informe. Lo hago en un tono displicente, articulando con dificultad, como si quisiera hacer ilegible lo evidente. Cuando termino guardamos silencio, puede que sea un minuto de silencio.

—Es lo que imaginaba —dice el tío Jaulín pensativo—, lo mismo que le pasó a mi madre, la tía Jaulita. Cosa de familia.

—Es posible —admito devolviéndole el informe—, pero los tiempos han cambiado. La medicina ha evolucionado mucho y lo suyo tiene cura. Aquí lo pone bien claro: quimioterapia y cirugía.

Me mira con la cabeza torcida, como tratando de observarme desde un ángulo más amable.

—Debo de tener más de setenta años, Ricardo. He vivido lo suficiente como pa desear una buena muerte.

—¿Qué quiere decir?

—Que no pienso dejar que los médicos me torturen, ni voy a acabar mis días con una bolsa colgando de las tripas.

—¿Tiene miedo?

—No quiero que Estrella y Gabino pasen por eso.

—¿Y qué va a hacer entonces?

—Asolutamente ná. Morirme tranquilamente, igual que se murió mi madre y los demás miembros de mi familia. A ser posible en mi cama y en paz conmigo mismo. Morir como los propios antepasados es una honra reservada sólo a los más agraciaos.

—Déjeme ayudarle —le ruego.

—Ya lo ha hecho y le estoy muy agradecido.

—Le llevaré a otros médicos para que contrasten el diagnóstico.

—¿Está sordo? —me increpa—. Le acabo de decir que esto me viene por parte de madre. No se estrañe. Todo el mundo sabe que me parezco a ella. Llevo su herencia en vida y debo morir como ella. No hay ná que contrastar.

El ardor de estómago se ha calmado, tal vez porque el tío Jaulín me está contagiando su entereza.

—Tiene que prometerme que no se le dirá a Estrella.

—Se lo prometo.

—Ni a Fidelio ni mucho menos a Juanmi. Poco a poco ya se irán enterando.

—De acuerdo.

—Y debe prometerme que no volverá por casa de Luz.

Regresamos al principio de la conversación.

—¿Qué tiene que ver Luz con su enfermedad?

—Mucho —responde él con contundencia—. Cuando yo muera, usted será la única persona que podrá liberar a mi hija de los Teleles. Reserve sus ansias pa conquistarla, si es que de verdá la quiere.

Me sujeto la mandíbula con la mano derecha para que no se me caiga al suelo. No puedo creer lo que oigo. El tío Jaulín está animándome a que enamore a Estrella para liberarla de su familia política.

—Quiero que sea feliz —confiesa sin dejarme responder—, y sé que con

ellos nunca lo será. Siempre la tratarán como una viuda intocable y se convertirá en una vieja amargada. Usted es mi única oportunidad.

Levanto la cabeza e inspiro el aire del mercadillo.

—Yo ya soy un viejo amargado, tío Jaulín. —Confesión por confesión.

Él meneaba la cabeza con resolución.

—Uno no es como cree que es, sino como se comporta —dice—. Y usted se comporta igual que una persona joven.

—¿No conoce a alguien más joven que yo?

—Conozco a jóvenes que nunca se enfrentarían a los Teleles, así que no me sirven. La comunidad a la que pertenezco es como un dominó. Tocas una ficha y se caen todas. Están demasiado cerca unas de otras. Usted es mi hombre.

—Pero soy un hombre casado. Tengo mujer e hijos.

Ahora es él quien inspira antes de responder.

—Puede que tenga usted hijos —admite cabeceando—, pero quien va a casa de Luz es porque no tiene la mujer que quiere.

Miro al suelo. Pienso en Claudia y en Estrella, las dos musas de mis dos versiones, la del pasado y la del presente. Y tengo miedo. No de enfrentarme a los Teleles, no de pedirle el divorcio a Claudia y cambiar de vida. No. Temo no ser lo suficientemente joven para aceptar la misión del tío Jaulín.

—Tiene que prometérmelo o tendré que buscarme a otro —añade ofreciéndome su mano derecha.

—Necesito pensarlo.

—No hay tiempo pa eso —replica con la mano todavía extendida—. Usted mismo acaba de leerlo en el informe.

Tengo delante de mí a un enfermo terminal con la mano abierta y la sonrisa en el rostro. Lo encuentro más joven. Parece más vivo que nunca, ahora que va a morir. Puede que eso les suceda a todos los moribundos, porque morir es un acto eminentemente vital, aunque sea el último.

—Cuente conmigo —le digo estrechando al fin su mano.

Nos damos un buen apretón, nuestras palmas conectadas como puertos periféricos transmitiendo agradecimiento en las dos direcciones. Luego el tío Jaulín se saca el monedero del bolsillo, le paga a Milagros y, volviéndose hacia mí, añade:

—Sólo una cosa más. A Estrella le encanta la música.

Paso el resto del día orinando, supongo que debido a la acción depurativa de las especias de Milagros. No hago más que beber agua para reponer líquidos y generar nuevos orines. Es un ciclo vital como el del carbono o el nitrógeno, que en efecto me proporciona la suficiente lucidez para mantenerme despierto hasta después de comer, momento que aprovecho para descabezar un sueño de sofá. Voy paseando por el campo y veo una bandada de grajos negros. Están picoteando la hierba. Cuando me acerco a ellos, todos vuelan hacia un árbol próximo, menos uno que se queda en el prado, me da un certificado de defunción y me pide que lo encierre en la pajarera, junto al resto de sus antepasados.

No me despierto hasta bien pasadas las ocho de la tarde (lasochosí), a consecuencia de las estentóreas carcajadas de los miembros de mi familia.

—¿Qué pasa? —pregunto mientras trato de abrir los ojos.

—Nos han robado, papá —dice Carol alegremente—. Se han llevado mi bici.

—Y han roto un faro de mi coche —añade Claudia.

—Y la cerradura de la puerta —sigue Carol.

No las comprendo, quizá porque el timbre de su voz no concuerda con las palabras que pronuncian.

—¿Entonces por qué estáis tan contentas? —pregunto.

—Ha venido la policía —relata Claudia—, y hemos valorado los daños en más de novecientos euros. Mañana mismo cursaré la reclamación al seguro. Además de arreglar el faro y la puerta, podremos irnos de tiendas, ¿a que sí?

Esto último lo dice aplaudiendo y mirando a Carol.

—Sí, sí —corroboraba esta última, contagiada por el buen humor de su madre.

Me levanto y me voy. Es como un mal sueño. No sé si he vivido lo de los grajos y he soñado lo de Claudia y Carol o al revés. Tal vez ellas eran los grajos. Al fin y al cabo sus risas parecían graznidos. Todavía me dura el estado cataléptico que sucede a una buena siesta. No tengo más elección que meterme en el baño y darme una ducha. Lo hago con el agua muy caliente y la presión a tope. Trato de diluirme con el agua para incorporarme al río fecal que atraviesa la ciudad por el subsuelo. No tengo ánimos para nada más después de haber escuchado a mi mujer y mi hija. Les han robado, han allanado los límites de su propiedad privada y les han sustraído un objeto de valor (económico y afectivo). Y ellas, en lugar de blasfemar y acordarse de la madre de los cacos, cuantifican las pérdidas y las convierten por arte de magia en una tarde de compras.

El agua que brota de la alcachofa me golpea el rostro como una certera bofetada. Estas mujeres son invencibles. Yo mismo soy invencible si me lo propongo. El sistema me ha favorecido para que lo sea. No sólo tengo bienes, patrimonio y dinero. No. Es que además lo tengo todo asegurado, de suerte que si alguien atenta contra mis bienes, patrimonio y/o dinero, no sólo no me provoca ningún perjuicio sino que me da la oportunidad de cambiar una vieja bici por una tarde de tiendas. El perjuicio se lo endosan entonces a la aseguradora, pero como ésta tiene el riesgo bien repartido entre las primas de su clientela tampoco sale perjudicada. Así que el único pringado de la historia es el ladrón, que es el que menos ha conseguido en todo este embrollo: una simple bici vieja. Pobre diablo.

Cierro la ducha y las bofetadas cesan. Mi cuerpo gotea lágrimas de agua, como si en vez de una toalla necesitara un pañuelo. Me pongo el pijama, voy en busca del periódico y entro en mi dormitorio a fingir que leo en la *chaiselongue* de Tatiana Bautista entelada con diseños de Luciano Roma que hay frente a mi cama. No tengo ganas de leer. Sólo quiero que se haga la hora de dormir y todos se acuesten. Claudia me pregunta si voy a cenar. No. Tampoco tengo apetito ni ganas de compartir la alegría reinante. Quiero estar así, solo. Mudo. Sordo.

Mi esposa vuelve al cabo de un rato y se mete en el baño. Puede que trate de liarme sexualmente para contraatacar por el asunto de la nueva casa. He de actuar con presteza y rapidez. Dejo el periódico en la mesilla, me meto en la cama, apago la luz y me hago el dormido. No mucho después ella se acuesta a mi lado, comprueba mi estado y emite un suspiro de resignación. Y

yo otro, pero en silencio y de alivio. Tengo el alma arrugada y un estado general de melancolía que me impide dormir. Eso, y que hace un rato me he echado una siesta de cuatro horas. Cuando estoy seguro de que Claudia se ha dormido, me levanto y voy a la cocina. Me sirvo un vaso de leche fría y me acuerdo de Gus. La última vez que lo vi fue aquí mismo. Subo a su cuarto y trato de abrir la puerta con mucha cautela. Está cerrada. Aplico la oreja y escucho. Allí está de nuevo el traqueteo de la locomotora sexual, el motor al ralentí que se va acelerando hasta llegar al pitido final.

Ha llegado la hora. Quiero saber si mi hijo es o no homosexual. No puedo seguir soportando esta incertidumbre. Necesito un escondrijo desde donde poder ver quién sale de su cuarto. Hago un rápido análisis de la situación. Desde el salón podría verlos, pero ellos también me verían a mí. Desde la cocina no se ve nada. Mi única opción es salirme a la escalera y esperar en el rellano del piso inferior para asomarme con mucho sigilo cuando los amantes se despidan en la puerta de casa. Es una buena idea, aunque de ejecución algo incómoda, y más ignorando cuánto tiempo va a durar el acto amatorio.

Me aseguro de coger la llave y salgo al rellano. Parezco un amante furtivo, en lugar de un espía, un neurótico o un imbécil. Desciendo por la escalera y me siento en el descansillo. Está frío y duro. Afortunadamente no tengo que esperar demasiado. Veinte minutos después oigo la puerta de mi casa y escucho un rumor de voces. Es Gus y otra persona. Asciendo un par de escalones y asomo la cabeza. Si alguien encendiera ahora mismo la luz del rellano del piso inferior, iba a protagonizar una de las pilladas paternas más memorables a este lado del río fecal. Pero nadie lo hace. Miro con ansiedad, con fruición, con curiosidad, hasta que por fin se manifiesta ante mí una hembra de homo sapiens. Está de espaldas pero tiene de todo, desde melena rubia hasta caderas y tacones. Me tranquilizo. Se besan. Ella llama al ascensor y se vuelve hacia las escaleras. Entonces me intranquilizo de nuevo. Es Rebeca, la compañera de trabajo de Claudia. Una mujer de (comopocos) cuarenta y muchos años.

Llega el ascensor y Rebeca se va. Gus cierra la puerta de casa. La luz del rellano se apaga. Sólo tintinea el led de mi cepeú, que está tratando de comprender la clase de relación que puede unir a un chaval de veinte años con una mujer de más del doble. Puede ser un reto, una apuesta o simple morbo. Como ya he dicho es una mujer atractiva, al menos vestida y

maquillada. Desnuda lo ignoro, pero en todo caso la habitual ausencia de luz a la hora del amor juega de su parte. Puede que Gus crea que le hace el amor a una mujer de bandera en lugar de a un adefesio de quirófano plástico. Y para un mozalbete como Gus, hacérselo con una mujer hecha y derecha es como para mí hacérmelo con una jovencita, un privilegio.

Me debato entre convocar a mi hijo a una charla de hombreahombre o irme a dormir y esperar al día siguiente en busca de perspectiva temporal. Quizá no sea más que una relación esporádica y el asunto carezca de importancia. O tal vez no. Puede que Gus se esté enamorando de una amiga de su madre. No sé. Lo peor ya ha pasado. Rebeca es casi una cincuentona pero es al menos una mujer, como yo quería.

El sueño me vence al fin y vuelvo a la cama. Duermo como un niño pero me despierto como un anciano. Me duele todo el cuerpo, supongo que fruto de mis aventuras nocturnas a lomos de la Charito. Tengo destrozados los aductores de las piernas y también el culo, como me consta que les sucede a los jinetes después de montar a caballo. Me tomo un antiinflamatorio a modo de desayuno y me voy al trabajo. Allí me espera una reunión con los jefes de sección que consiste básicamente en una sucesión de proyecciones de gráficos animados y diapositivas, todo presentado con cuidadísima estética vanguardista. Dan ganas de levantarse y aplaudir, sea lo que sea lo que nos han mostrado, porque no he prestado atención más que a los dibujitos, las animaciones y los colorines. ¿No querían reclamar nuestra atención con los putos proyectores? Pues ahí tienen la mía, centrada exclusivamente en la forma, sin atender al fondo.

He estado todo el tiempo pensando en Estrella. Hoy es lunes y dentro de un rato vamos a continuar nuestras clases particulares. Las mariposas me horadan el estómago, puede que se lo estén comiendo, lo que no deja de ser redundante. No puedo quitarme de la cabeza las palabras del tío Jaulín. Me siento como un caballero medieval con la misión de liberar a una princesa de las garras de un terrible dragón. Y a mis años esta suposición es tan irrisoria como un cuento de hadas leído en un asilo de ancianos. Pero hay algo que debo aprovechar cuanto antes, porque el tío Jaulín, como el rey del cuento, me ha dado una de las claves para llegar al corazón de la princesa: la música. Y de alguna manera tengo que encontrar el modo de hacerla sonar. Las dudas asaltan el procesador de mi cepeú como si fueran letales virus informáticos

recibidos por email. Dudo entre llevarla a una discoteca, regalarle un equipo de alta fidelidad o invitarla a una verbena de barrio. Tengo la clave, pero no sé en qué pantalla encajarla.

Tal vez debería pedirle consejo a Gus. Me consta que, como cualquier joven de su edad (de cualquier época), es un experto en música contemporánea y en la forma de comprimirla o expandirla. Sin embargo descarto la idea de inmediato. Con Gus tengo que hablar pero de otra cosa. Carol es demasiado adolescente. Y Claudia demasiado poco.

Se hace la hora de salir. Subo a la planta de deportes, compro una bocina, un faro delantero, otro trasero, un frasco de ciclista y una chichonera. Luego bajo al garaje, abro el capó del doscientos veinte caballos y saco la bici de Carol. Coloco cada cosa en su lugar, compruebo las luces y la bocina, limpio el cuadro, hincho las ruedas y rocío la cadena con un lubricante. Estoy tentado de rociarme igualmente los aductores y el culo pero desisto a tiempo. La bici brilla como nueva. Me siento más ilusionado que cuando hace unos años se la regalé a Carol, seguramente porque sé que Gabino la desea mucho más que ella. Y la ilusión de regalar es directamente proporcional al deseo de ser regalado, sobre todo si lo que se regala es lo que se desea.

Me miro en el espejo interior del coche. Me peino, compruebo que mis dientes están limpios, me echo el aliento en la palma de la mano, inspiro, espiro, meto primera y salgo del parking. Voy montado sobre un rocín ocre metalizado al encuentro de una princesa cautiva.

Estrella dobla la esquina caminando con la celeridad de costumbre. Sube al coche y murmura un saludo más seco de lo normal. Por contra yo descargo mi tensión nerviosa en una cascada de verborrea que contrasta con su mutismo. Si yo soy una cascada, ella es un lago. Dejamos la nacional y accedemos a una vía de servicio muy poco transitada. Es la carretera que he elegido para nuestra clase de hoy. Detengo el doscientos veinte caballos. Nos cambiamos de sitio. Estrella se ajusta el asiento y el volante, se abrocha el cinturón de seguridad y sale casi derrapando, como consecuencia de lo cual me deja pegado al respaldo de mi asiento. Leo el perfil de una sonrisa en sus labios. Está tratando de intimidarme. Y con un notable éxito, puedo jurarlo. Conduce con brusquedad, casi con violencia, reduciendo las marchas antes de tiempo y acelerando cuando entramos y salimos de las curvas de la carretera. El doscientos veinte caballos anda revolucionado pero se pega al asfalto como una lapa. El que ya tiene más dificultades para mantenerse pegado al asiento soy yo. Afortunadamente la carretera termina en un desvío que da paso a otra nacional y nos detenemos.

—Una conducción impecable —digo a modo de improvisada evaluación—. Un tanto brusca en el cambio de marchas y algo irregular con el freno, pero ciertamente impropia de una principiante. Te felicito.

—Gracias.

—Y ahora dime, ¿qué te pasa?

—¿Por qué ha de pasarme algo?

—Estrella —adopto un inevitable tono paternal—, nadie conduce así si no le pasa algo. Créeme. La conducción de un vehículo es una forma de expresión, como la poesía o la música. Uno puede conducir expresando paz o violencia, duda o firmeza, miedo o ira. Sobre todo si conduce un coche como éste.

—¿Qué le pasa a este coche?

—Que permite expresar un rango mayor de sentimientos que otros modelos inferiores. Eso es lo que distingue un coche bueno de uno malo. No te dejes engañar por las marcas y los diseños. Lo que en realidad cuenta son los motores, las suspensiones y los frenos. Son los elementos lingüísticos que facilitan la expresión. Y tú te has expresado muy claramente.

Estrella me mira y fulmina a la vez.

—¿Y qué he tratado de decir?

—Lo ignoro pero ha quedado claro que estás de mal humor.

—No estoy de mal humor —confiesa—, más bien estoy defraudada.

La miro sin responder, suplicándole que no dé por terminada la conversación.

—No esperaba que hicieras lo mismo que el Fidelio y el Juanmi —dice por fin.

Las mujeres como Estrella no se andan con rodeos, hablan como miran, fulminan con la palabra igual que conducen. Le hago un gesto para que se explique. En realidad temo decir algo impropio. No quiero que se note lo mucho que me gusta lo que dice. Si está defraudada es porque me tiene en alguna estima (está celosa). Ella mira al frente, con las manos en el volante, sin ninguna intención de seguir hablando. Yo bajo a la vez la cabeza y la mirada, suspiro impaciente y entonces lo veo.

Allí está, potente y fiel, el aparato de música que traía de serie el doscientos veinte caballos. Cómo no había pensado en él. Sin decir nada lo pongo en marcha y el habitáculo se llena de voces de una inapropiada tertulia radiofónica. Acciono el dial en busca de una emisora musical pero no sé adónde dirigirme. Estrella me aparta la mano y lo desplaza con soltura hacia el principio de la banda, hasta que da con la emisora que busca. Una guitarra anuncia una canción, Estrella sonrío y mete primera. Es una balada romántica con un estribillo bastante movido. Se parece a la música que suena en mi casa desde que Carol es la dueña del equipo de alta fidelidad. Estrella sube el volumen y los ocho altavoces del vehículo demuestran su capacidad acústica. No caben las palabras cuando la música es buena (sobre todo si está tan alta), de modo que mantenemos un amable silencio. Somos homo hedonis disfrutando de la música mientras paseamos por una carretera que circunda unos campos de maíz y alfalfa. Estrella se ha relajado y su conducción también. Ahora traza las curvas al ritmo de la música. Podría decirse que está bailando con el doscientos veinte caballos, bien coordinados y muy juntos

pero mandando ella, eso por descontado. Y el doscientos veinte caballos, que ha sido educado para ser un caballero, se deja llevar por la pista asfaltada con el brío o la suavidad que proclama la canción. Y dado que yo estoy sentado junto a ella, moviendo la cabeza al compás de la música y las curvas, también podría decirse que estamos bailando juntos, aunque sea sin tocarnos, compartiendo el habitáculo de un coche, sentados como bailarines paralíticos mientras avanzamos a buena marcha por la estrecha carretera.

El rostro de Estrella se ha relajado y su mirada parece más próxima, menos honda. Sus labios son requeridos desde los pómulos: está a punto de sonreír, aunque el que acaba haciéndolo soy yo. Hemos llegado a la plaza.

—No te vayas —le digo viendo cómo abre la puerta con la resolución de costumbre—, tengo algo para Gabino en el maletero.

Lo abro y saco la bici. Ella comienza a negar con la cabeza. Creo que se va a hacer la estrecha, posiblemente temerosa de que su hijo se convierta en moneda de cambio de nuestra relación. No desea ser víctima de un chantaje emocional o una extorsión amorosa. Afortunadamente en ese momento aparece el niño seguido de su abuelo.

—Mira lo que tengo, Gabino —digo anticipándome a las reacciones adultas—. ¿Te gusta?

—Es guay —dice comiéndosela con los ojos.

—Pues es tuya.

Entonces es cuando el muchacho mira a su madre en busca de consentimiento. Estrella mira a su padre y el tío Jaulín de carambola me mira a mí.

—Es una bici vieja de mis hijos —explico—, hace años que no la usan. Me he limitado a limpiarla y ponerle cuatro adornos.

El tío Jaulín acepta mi explicación y mi regalo, mira a Estrella y se lo hace saber. Y Estrella concede la aprobación a su hijo. La jerarquía familiar ha funcionado como un reloj, justo al contrario de lo que habría sucedido en mi casa. El chiquillo esboza una sonrisa de agradecimiento, se sube a la bici y repasa todos los accesorios que le he puesto. Toca el timbre, acciona los frenos, enciende el faro, coge el botellín de agua, se pone la chichonera, todo menos darle a los pedales. Entonces caigo en la cuenta de que no sabe ir en una bici de dos ruedas y siento una punzada de dolor en la boca del alma. Me da pena. No hay tiempo que perder. Me quito la americana, siento al muchacho en el sillín, coloco una mano sobre él y le insto a que pedalee. Lo

hace y nos dirigimos con irregular estabilidad hacia el centro de la plaza, él con la vista al frente, muy rígido, y yo corriendo a su lado, medio agachado, para que mi mano pueda devolverle la verticalidad cuando la pierde.

Recorremos la diagonal de la plaza y comenzamos a trazar un círculo alrededor de su centro, donde se encuentran el tío Jaulín y Estrella. Los miro y les sonrío. Es extraño. Me siento como si estuviera dando vueltas alrededor del centro de mi vida, como si la vida no fuera una línea más o menos recta que discurre desde el nacimiento hasta la muerte, sino una espiral que se enrolla sobre su centro. Damos un par de vueltas, cada vez menos excéntricas, y nos reunimos con el tío Jaulín y Estrella. Gabino está exultante de felicidad. Yo asfixiado. Y de mi lumbago mejor ni hablo.

—¿Se encuentra bien? —me pregunta el tío Jaulín.

—Claro —miento—, sólo es el sobrealiento de la carrera. Enseñarle a un niño a ir en bicicleta es una paliza.

—Pero tú ya debes de tener experiencia —dice Estrella.

Se refiere a mis hijos.

—Eso fue hace tiempo.

—A mí me has enseñao a conducir un vehículo de cuatro ruedas —añade en voz baja—, uno de dos debe de ser la mitá de sencillo.

Buf. Es lo más bonito que me ha dicho desde que nos conocemos. Sus palabras han ido acompañadas de una leve inclinación de la cabeza que ha derramado parte de su melena hacia un lado. Ha sido una visión celestial, como si un cometa de color negro hubiera pasado ante mí dejándome helado con su invisible cabellera.

Exactamente igual que haría un autómatas me despido y me voy. Por el camino recupero la conciencia, desenrollando la espiral que he trazado junto a Gabino, hasta que una sensación de melancolía me trae memoria del pasado. Siento nostalgia de cuando mis hijos eran pequeños, durante aquellos laboriosos años que parecían interminables (y que sin embargo terminaron hace mucho tiempo). Y me siento así porque, al contrario de lo que ha supuesto Estrella, no fui yo quien enseñó a mis hijos a montar en bici. Y no porque no lo intentara (lo hice), sino porque no se dejaron. A Gus le enseñó un amigo un poco más aventajado que él. Y a Carol Gus. De modo que no, no tengo experiencia, y a mis años es la primera vez que enseñó a un niño a ir en bicicleta.

En realidad no les he enseñado casi nada a mis hijos, lo mismo que la

mayoría de los padres de mi generación, sobre todo aquellos que tengan la honradez de reconocerlo. Todo lo han aprendido en el colegio, la pandilla de amigos (la real y la de las redes sociales), la televisión, los videojuegos y las letras de sus canciones favoritas. Yo me he limitado a permitir que todas esas instituciones y artilugios actuaran en el momento adecuado. Lo demás ha sido perder el tiempo, lo más parecido a predicar en la superficie de Marte, comprobando que mis palabras eran rechazadas (precisamente) por ser palabras de padre. Por eso hace un rato, al ir corriendo junto a Gabino, sujetándole la bici con la mano, he sentido la melancolía que producen las cosas que se ejecutan a destiempo, como supongo que le sucederá a quien da su primer beso de amor en plena madurez o se fuma su primer porro mientras se atusa las canas. Es una sensación agria, sólo reconocible en estómagos sensibles, que detecta desfases entre la edad mental de un sujeto y los actos que protagoniza. Mi estómago se ha colmado ya de esta acritud y hay veces, como hoy, que tengo ganas de vomitar.

No esperaba que un lance tan amable me postrara en este estado depresivo. Es curioso cómo los extremos de los sentimientos se parecen tanto, rabia-placer, alegríamelancolía, amor-odio. Es un claro defecto de nuestro software, sólo achacable al capricho de nuestro programador. O quizá sean la misma cosa. Puede que la rabia sea una clase de placer oscuro, la melancolía una expresión de alegría contenida y el odio una suerte de amor muy profundo.

Llego a casa sin ganas de ver a nadie y me encuentro con mi mujer, mi hija, Rebeca, Kitty y el diminuto perro de esta última, tomando un café en el salón. Ya puestos, podían haber venido las vecinas del inmueble, todas mis cuñadas, las redactoras de la revista *Mobilia* y las integrantes de la selección española de patinaje artístico. Claudia solicita mi presencia en cuanto oye la puerta y, pese a que trato de excusarme alegando un intempestivo dolor de cabeza, me hace pasar al salón y unirme al grupo. Beso a Kitty y a Rebeca, y cuando hago esto último, siento una incontenible y vigorosa erección bajo los pantalones.

Coño, me digo afortunadamente para mis adentros, ¿es posible que el deseo carnal se transmita de hijos a padres de alguna siniestra manera? ¿O es el morbo de saber que esta mujer recibe dentro de sí un trozo de carne de mi carne? ¿Se trata de algún instinto ancestral que ve peligrar mis privilegios como macho de la manada? ¿O es simple y llanamente que todos los padres

del mundo sienten en su fuero interno el deseo (normalmente reprimido) de hacer el amor con las parejas de sus hijos? ¿Debo considerarme un perverso por pensar así? ¿Es lícito pensar que si esas parejas se han enamorado de mis hijos, también podrían enamorarse de mí? ¿Acaso no sé que a muchos jóvenes (de ambos géneros) les excita la perspectiva del sexo combinado con la experiencia? ¿Por qué no iba a ser yo el protagonista de esa combinación, si además tengo el mismo color de ojos que mi retoño, los mismos rasgos faciales y el mismo carácter?

No me siento culpable por tener estos pensamientos impuros porque se trata de Rebeca, una mujer que le dobla la edad a Gus. Pero ¿y si se tratara de una joven de su misma edad? ¿Me la pondrá tan dura la próxima novia de Gus? ¿Me la pondrá tan dura mi futura nuera, la madre de mis futuros nietos?

Me siento al lado de Carol, que es la contertulia menos peligrosa de esta siniestra sobremesa, lo más lejos posible del perro de Kitty para evitar que me provoque un ataque de alergia, y me sirvo un café. Encima de la mesita yacen desparramados multitud de planos y dibujos. Aquí hay tomate. Claudia me hace un resumen de la situación. La promotora ha vendido todos los chalets de la urbanización: los únicos que faltamos por decidirnos somos nosotros. Sin embargo, gracias a la eficaz gestión de Kitty, aquí presente y vieja amiga del constructor, nos han concedido un plazo de una semana para tomar la decisión final.

—¿Vosotras ya habéis firmado? —les pregunto a Kitty y Rebeca.

Afirman y sonríen a la vez. Y además se miran.

—¿Entonces qué hacéis aquí?

—Ricardo, por favor —me reprende Claudia—. Son mis invitadas.

—Hemos venido para hablar contigo —se sincera Rebeca.

Y me la vuelve a poner dura. Suspiro y me cambio de posición tratando de recolocármela

—¿Qué queréis de mí? —pregunto abriendo los brazos.

—¿Por qué te resistes a vivir en la urbanización, con nosotras y nuestras familias? —responde Rebeca interrogándome—. Si no recuerdo mal te llevas estupendamente con Teo. Habéis jugado a tenis muchas veces.

Teo, además de quien ha quedado claro que es, resulta ser un pomposo ejecutivo de la banca que sólo tiene tres temas de conversación: los índices bursátiles, las carreras de caballos y la forma de los culos femeninos, con la particularidad de que, hable de lo que hable, siempre utiliza la palabra curva. La curva está a punto de cambiar, es hora de invertir, dice. Si *Happy Smile* llega a la última curva en cabeza, dalo por ganador. Vaya curvas, a ésa la cogía yo por las magras, le separaba las piernas y se la endiñaba como un misil nuclear. Ideal como vecino.

—¿Por qué queréis vivir allí? —devuelvo la pelota.

—No respondas con preguntas, Ricardo —se queja Claudia—, así no llegaremos a ninguna parte.

—Déjalo. —Es nuevamente Rebeca—. Somos amigas y compañeras de trabajo, deseamos seguir compartiendo el tiempo libre en la piscina o paseando por los alrededores, queremos que nuestros hijos se relacionen entre sí y salgan juntos en pandilla. Y nos encantaría que nuestros maridos fueran amigos y compartieran una partida de tenis o de cartas.

Y así intimar más con los hijos de nuestros amigos, ¿no?, pienso mirándola con descaro, pero no digo nada. Se me ha vuelto a poner muy (muy) dura, tanto que he tenido que cambiar de postura otro par de veces y he estado a punto de tirar el café. No es lo que ha dicho, sino cómo lo ha dicho. Una mujer con los labios operados habla como si estuviera a punto de hacerte una felación, con una inmutable «o» en la boca, como una muñeca hinchable pero vestida con ropa cara. Además es una fumadora de hace años, de modo que su voz es grave y, por si eso fuera poco, no puedo dejar de imaginarla encima o debajo de mi hijo Gus, recibiendo sus acometidas con esa «o» abierta en mitad de la boca. Con respecto a lo que ha dicho, no comparto su opinión. Si trabajas con un grupo de personas, lo normal es querer librarte de ellas en tu tiempo libre. De lo contrario, ¿cómo demonios vas a distinguir el ocio del negocio? En cualquier caso es Claudia quien trabaja con ellas. Ése no es mi problema.

Estoy preparando mi respuesta cuando se abre la puerta y entra Gus. Sin poder remediarlo clavo la mirada en el rostro de Rebeca pero no detecto ni la más leve sombra de sorpresa, ansiedad, culpabilidad o (porquenó) lascivia. Permanece sentada como si tal cosa hasta que Gus llega a su lado y le da dos besos, igual que a Kitty. Nada parece sospechoso, salvo que Rebeca se apresura a hacerle un hueco en el sofá para que se siente junto a ella. Gus lo hace sin siquiera mirarla, coge la bandeja de las galletas y se sirve media docena. Está hambriento, el angelito. Tras esta breve interrupción vuelvo a ser el centro de atención. Mi auditorio espera una respuesta.

—Veréis —digo—, no es que me disguste la idea de vivir en el campo, ni por supuesto teneros como vecinas. —Sonríen—. Lo que verdaderamente me preocupa es contribuir a crear otro de esos exclusivos guetos donde la clase acomodada se previene de incómodos contagios sociales.

Silencio sepulcral. Gus no se atreve ni a seguir masticando la galleta que lleva en la boca. Claudia me mira como si estuviera estropeado, creo que está

a punto de coger el mando a distancia de la tele y apagarme.

—¿De qué coño estás hablando? —me pregunta.

—De mezclas, de roces, de relaciones, de vida.

Otro silencio. Claudia se levanta. Si tuviera el instrumental adecuado, me haría un control de alcoholemia.

—Ricardo —me dice—, estamos hablando de cambiarnos de domicilio, no de fundar una secta religiosa, ¿vale?

—No —digo mientras afirmo con la cabeza, o tal vez sea al revés—. No vale. Tú quieres pertenecer a un vecindario selecto al precio que sea. Quieres *glamour*. Por eso necesitas una vivienda insultantemente cara, para evitar que cualquiera pueda acceder a ella y contamine el ambiente con su campechanía. Quieres asegurarte una vida social de alta alcurnia, amistades poderosas y respetables, endogamia socioeconómica y monocromía cultural.

Miradas de perplejidad entre el auditorio, ojos como platos, un ladrido, la boca de Gus llena de galleta triturada, el párpado inferior del ojo izquierdo de Claudia temblando, pavor del juego de café a perder su integridad cerámica.

—No soy una egoísta —se defiende la atacada—. También lo hago por nuestros hijos.

—Claro —replico yo—. Así te asegurarás de que no arriesguen sus amoríos con desconocidos y accedan directamente a los mejores partidos de la ciudad.

Creo que he traspasado todos los límites. No sé cuáles son, pero los he traspasado.

—¿Pero quién te crees que soy? —dice Claudia rociándome la cara de babas—. ¿Una caza recompensas? ¿Una casamentera?

—Eres una trepa social.

—¿Cómo te atreves?

—Es la verdad —digo sin hacer caso ya de ningún límite—. Has pasado del activismo al elitismo social. Y eso, entérate de una vez, es propio de trepas.

Dos profundos suspiros, una tos nerviosa y el pobre Gus sirviéndose un café para tragar las galletas.

—¿No comprendes —persevera Claudia— que sólo busco calidad de vida para mi familia?

—Lo que buscas significa ir contra natura.

Otro suspiro y esta vez incluso una risa contenida, no sé de quién.

—¿Contra natura? —Es Kitty—. ¿Vivir en el campo es ir contra natura?

—Negar la diversidad biológica es ir contra natura —sentencio.

Otra vez miradas cruzadas a tres bandas, gesticulación incrédula y otro ladrido, probablemente del perro de Kitty.

—¿Quieres explicarte?

—La vida es diversidad, no uniformidad —digo cruzándome de brazos—. ¿Por qué creéis que ha habido tantos casos de subnormalidad entre los miembros de la realeza de cualquier país del mundo?

Claudia se quita las gafas y mira hacia la puerta buscando una cámara oculta.

—¿No os lo habéis preguntado nunca? —prosigo sin inmutarme—. Pues precisamente por falta de diversidad biológica, casando a primos hermanos entre sí, o a primos segundos o a tíos con sobrinas. Esa endogamia aristocrática ha impedido la diversidad genética y ha favorecido la debilidad de la raza. No lo digo yo. Lo dice la ciencia. Ir contra la posibilidad de mezclar los genes, restringiendo los posibles contactos sexuales, es ir contra natura. Y, aunque sea en último término, eso es lo que pretendéis hacer vosotras en ese gueto. Cerrar las puertas a los intercambios sexuales y sociales de vuestros hijos, circundar sus relaciones entre personas de su mismo estatus. Caer en el mismo error que la aristocracia y arriesgaros a que vuestros nietos sean aún más imbéciles que vuestros hijos.

—Vete a tu cuarto, Carol —ordena Claudia levantándose.

Kitty también se levanta con su perro en brazos. Rebeca y Gus permanecen sentados, lo que me induce a pensar que tal vez la mano derecha de Gus (que no veo) esté hurgando bajo las bragas de ella. Me doy la vuelta un momento como quien piensa en algo muy profundo, pero lo hago para meterme la mano en el pantalón y colocarme el pene boca arriba, que es la única postura en la que cabe sin resultar llamativo.

—Esto es insultante —dice Kitty, que por algo se había levantado.

—Da la cara por lo menos —me reclama Claudia, que no imagina por qué demonios me encuentro mirando a la pared.

—Tan insultante como queráis —contraataco con las cositas ya ordenadas debajo del pantalón—. Es la pura verdad.

—Demagogia barata e improvisada, eso es lo que es. —Kitty se ha picado—. Un discurso absurdo sin ningún fundamento. Ninguna de las tres

juzgamos a la gente por lo que tiene.

—Porque sólo tratáis con gente que tiene de todo.

—No es cierto.

—Por favor —digo cogiendo una revista de la mesita y abriéndola al tuntún—, basta con hojear uno de estos panfletos que publicáis. Éste es vuestro mundo, el que da cobijo a una sociedad showtrumanada.

—¿Showqué?

—Showtrumanada, la ciudad de postín de los playmobil, con el papá conduciendo un coche de importación, la mamá vistiendo traje de ejecutiva y los niños con una tarjeta de crédito metida en la rajita del culo. El mundo de las etiquetas, los colores cálidos, las telas naturales y los diseñadores con uno de sus apellidos extranjero. ¿Por qué no hacéis algún día un reportaje de un piso de barrio o una chabola del extrarradio?

—Ricardo —replica Kitty muy dignamente—, fotografiamos las viviendas que interesan a nuestros lectores. *Mobilia* no es una revista comprometida socialmente, no somos la hoja parroquial ni un periódico de ideología radical. Nuestros lectores no viven en los barrios ni en los extrarradios.

—Pero eso no significa que no nos relacionemos con la gente de la calle —continúa Claudia—. Una cosa es el trabajo en la revista y otra nuestra vida particular.

—Volvemos al principio —remato yo—, no queréis vivir en la calle. Queréis vivir en una urbanización de postín, lejos de la gente de la calle.

—No es verdad.

—¿No? ¿Aceptarías entonces que Gus se echara una novia peluquera o carnicera, una chica de origen humilde con un padre celador de hospital y una madre que fregara escaleras o cuidara ancianos por las noches?

Claudia tiene tan arrugadas las cejas que parece cinco años mayor de lo que es.

—Pero ¿qué te pasa? —dice a punto de echarse a llorar (y eso que no ha escuchado lo de las arrugas)—. Pues claro que sí.

—¿De verdad? ¿Y si fuera una vendedora de un mercadillo ambulante?

—Qué importa quién sea, si es la elección de Gus.

—Y una mierda.

—¿No me crees?

—No te creo ni un tanto así. —Y hago el consabido gesto con los dedos

pulgar e índice—. Si Gus se presentara en casa con una chica del mercadillo, te daría un vahído y pasarías dos días acostada con jaqueca.

—Me estás acusando de racista y te estás equivocando.

—Te estoy acusando de clasista —digo mirando alrededor—, a ti y a tus amigas, y no me estoy equivocando. Pertenecéis a esa inmensa y solidaria mayoría de gente que se declara no racista ni clasista pero se asegura de llevar a sus hijos a un colegio de pago, a ser posible bastante caro, para trazar bien clara la barrera entre las clases. Por si acaso.

—¿Y tú? —pregunta Rebeca todavía sentada, puede que con los dedos de mi hijo dentro de su vagina—. ¿Es que acaso conoces a muchos vendedores ambulantes? ¿Te relacionas con ellos? ¿No eres también un clasista que huye de las razas y las clases ajenas?

Me está retando, desde todos los puntos de vista.

—Levántate si puedes —le espeto con descaro, como si fuera un torero ante un toro ya malherido.

Y genero otra conmoción general.

—¿Perdona? —dice Rebeca.

—¿Por qué no te levantas para hablarme? —insisto.

—¿Qué eres? —contesta ella—. ¿Un emperador?

Y se levanta. Lleva la falda un poco arrugada, pero no parece haber ninguna huella de la mano de Gus, que por otra parte reposa tranquilamente en el sofá. Aprovechando que las tres están levantadas, se hacen un gesto con la cabeza y desaparecen del salón. Gus y yo quedamos frente a frente, él sentado, yo de pie. No sé si es la ocasión apropiada para hablar con él seriamente. O mejor dicho, sí lo sé: no lo es. Tan pronto como puede, se levanta tropezándose con la mesita, alega una excusa inaudible y desaparece como una exhalación. Chiummm.

Necesito huir de este mundo, como Gus, inconsciente, instintivamente, sin darle explicaciones a Claudia. Chiummm para mí también. Llego en un pispás a la plaza del extrarradio pero no veo a nadie conocido. Me dirijo a la pajarera del tío Jaulín y sólo encuentro a sus antepasados, él no está. Mientras me entretengo haciéndoles unas carantoñas desde este lado de la libertad, oigo unos pasos y aparece Milagros.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta sorprendida.

—¿Y tú?

Los tenistas somos así, a un buen servicio le corresponde siempre un buen resto.

—Éste es el local donde guardo las cosas del bar —me dice señalando una persiana metálica que hay a mi lado—. Vengo a hacer inventario.

Guarda silencio para que yo pueda contestar, cosas del tenis.

—Yo estoy esperando al tío Jaulín —digo.

—Está con su nieto más abajo —me informa ella señalando con la cabeza—. Tiene una bicicleta nueva y está aprendiendo a manejarla en una calle que tiene una poca de pendiente.

—Buena idea —apruebo.

Milagros alza la persiana y hace intención de entrar en su local, en cuyo interior veo su caravana.

—Supongo que nos veremos el domingo —añade a modo de despedida.

—Ni lo dudes.

—Pues hasta entonces.

Desde que la he visto, la cepeú no cesa de emitir señales de alarma, como cuando tratas de abrir un archivo dañado o no hay suficiente memoria en el disco duro.

—Espera un minuto. —La retengo por el brazo con la escasa delicadeza que puedo reunir—. Necesito algo de ti.

—Tengo el bar cerrado.

Es hora de hablar claro.

—¿Es cierto que sabes hacer elixires de amor?

Es una pregunta comprometida. Mucho. Lo sé porque primero achina los ojos, luego frunce el ceño, levanta las cejas y, por fin, sonrío.

—Eso depende.

—¿De qué?

—De si quien se los toma cree o no.

—¿En qué tiene que creer?

—En los elisires de amor.

—¿Y si no cree?

—Entonces chungo.

Detecto el hedor a gato encerrado.

—Eso es pura sugestión —concluyo abriendo los brazos.

—Puede ser —acepta ella—, pero así es como funciona.

No sé si tal confesión debe sumirme en el desencanto o no. ¿Qué hay de malo en que algo dé resultado por el procedimiento de la sugestión? ¿Qué otra cosa podía ser un elixir de amor?

—¿Cómo los haces? —Mi curiosidad siente apetito.

—Suelo trabajar con contrarios.

—Ah.

—La sal y el azúcar, la nuez moscada y la canela, el clavo y la acedera, el chocolate y la ralladura de naranja, la pimienta y la mermelada, cosas así.

Me observa tratando de averiguar si ha satisfecho mi curiosidad. Luego mira de reojo hacia el interior del local. Tiene prisa.

—Necesito uno —confieso ruborizándome—, necesito un elixir de amor.

—¿Quieres enamorarte?

—Yo ya estoy enamorado.

—Entonces quieres que una mujer se enamore de ti...

—Exacto.

—... pero no confías en tus posibilidades, ¿no?

—Es mucho más joven que yo —me justifico, quién sabe si innecesariamente—. ¿Tienes algo que pueda llevarme?

Ella protesta con el gesto.

—¿Encima tiene que ser comida pa llevar? —dice—. Eso dificulta las cosas. Lo mejor será que la traigas al mercadillo el domingo por la mañana y

os prepare un buen almuerzo.

—No puede ser.

—Bueno, pues otro día.

—Tampoco.

Milagros me mira muy seria. Creo que está empezando a considerar la posibilidad de que esté tratando de seducir a un jovencito.

—No pueden vernos juntos —confieso.

—¿Tú sabes lo raro que suena eso? —pregunta ella bajando la voz.

Afirmo con la cabeza como un niño pillado in fraganti. Estoy rendido a sus pies.

—Te aseguro que es un amor noble y puro —declaro con la mano en el pecho.

Ahora parezco un caballero andante haciendo un juramento ante una hechicera para que le abra el corazón de la princesa. Ignoro si doy risa o pena pero, a juzgar por cómo me mira Milagros, es evidente que no causo indiferencia.

—Perdona que te lo pregunte —dice un tanto suspicaz—, ¿conozco yo a esa persona?

—¿Influye eso en el poder del elixir?

—No.

—Entonces tendrás que disculparme —entono con mucha educación—, pero no puedo contestarte.

—Entiendo.

¿Qué es lo que entiende? ¿Tanto se me ve el plumero? O es sólo una frase hecha que ha empleado para ganar tiempo y pensar en algo concreto.

—Churros —dice por fin afirmando con la cabeza—, necesitas unos churros. Son fáciles de llevar y dan buen resultado, siempre y cuando se frían con suficiente mostaza, claro.

—¿Churros con mostaza? —repito con cara de asco.

—¿Vas a poner en duda mis recetas?

—No, perdona.

—Es un buen remedio y además son muy apropiados para tomar por la mañana.

¿Cómo sabe esta bruja de la cocina que necesito un elixir para tomar por la mañana? ¿Tiene dotes de vidente o simplemente ha relacionado los churros con la hora del desayuno?

—¿Pa cuándo los quieres? —pregunta.

—Para mañana.

—No sé si voy a poder.

—Te los pagaré bien.

—De acuerdo, lo intentaré —acepta con un suspiro—, pero recuerda que si vas a emplearlos con alguien que no cree no servirán de ná.

—No lo olvidaré.

Ignoro por completo si Estrella cree o no en estas cosas. Es inútil perder el tiempo tratando de averiguarlo. Me encojo de hombros y me encamino hacia el doscientos veinte caballos. El espejo retrovisor me desvela una sonrisa. No es para menos. Acabo de dar el primer paso para liberar a mi princesa de las garras del dragón. Tengo en mi poder el elixir del amor.

Conduzco hacia casa en estado de laxitud total. El tráfico es ligero. Nada turba mi recién adquirida y sin duda efímera paz interior. Podría pasarme horas y horas en un atasco con esta indolente sonrisa en el rostro, pero toda la magia se desvanece en cuanto llego a casa. Claudia está preparando la cena mientras Carol hace los deberes en la mesita del *office*. Esta última es la única que se molesta en saludarme con un beso que se lleva el aire que se interpone entre sus labios y mi mejilla. Desde hace tiempo me besa así, según ella para no mancharme de carmín.

Su madre parece el mismísimo robocop metido a restaurador. Tanta es la vehemencia de su enfado que todo lo hace con el doble de la potencia necesaria. Va revolucionada como el doscientos veinte caballos cuando lo conduce Estrella. Abre los armarios dejando que se golpeen las hojas de las puertas, saca la batería de cocina como si quisiera emular a Ringo Star, la pone al fuego tratando de hacer añicos la vitrocerámica, abre y cierra la puerta del frigorífico como si fuera giratoria, corta la zanahoria como si estuviera guillotinando a Luis dieciséis (y diecisiete y dieciocho), pela las patatas con el cuchillo de cortar el pan, abre el grifo con un croché de derecha, lo cierra aplastando rotundamente el monomando con el puño.

En semejante reino del gesto, el golpe y el aspaviento, sobran las palabras (y los silencios también). Así que tomo un yogur de la nevera, una cucharilla del cajón y me refugio en el salón, cómodamente tumbado en el sofá mientras zapeo por varios canales de televisión. Tan cómodo me encuentro que al cabo de diez minutos me quedo plácidamente dormido, y eso que el espectáculo de percusión de Claudia prosigue no sólo en la cocina

sino también en el baño y el dormitorio después. Pero mis periféricos de sonido están desconectados y la cepeú se encuentra divagando a sus anchas por el software de los sueños, mientras el salvapantallas de mi rostro demuestra que estoy dormido.

Sueño que le doy un churro relleno de chocolate al tío Jaulín para que sane de su enfermedad, mientras su nieto Gabino conduce mi coche por una calle en pendiente porque no llega al acelerador. El tío Jaulín se mancha la camisa de chocolate, aunque no se nota mucho porque va vestido de negro. Estrella aparece con un bote de quitamanchas y, como no puede distinguir la mancha, se echa a llorar. Ignoro si los sueños tienen una explicación lógica o no son más que pedazos de la realidad unidos entre sí por la aleatoriedad de la inconsciencia. Lo único que sé es que me despierto alarmado, intranquilo, como si estuviera haciendo algo malo. O lo hubiera hecho ya. Me remuerde la conciencia, seguramente porque sé que el tío Jaulín se va a morir y no puedo decírselo a su hija.

Me levanto con notorias dificultades (se me ha dormido una pierna). Voy al baño apoyándome en las paredes para no caerme. Orino silenciosamente, mi chorrito golpeando las paredes del inodoro en lugar de salpicando al fondo. Quizá por eso oigo de nuevo el fragor del combate en el piso superior. No. No es posible que Rebeca haya vuelto para hacer el amor con mi hijo. ¿Es que una mujer de su posición no puede permitirse una discreta habitación de hotel para verse con su amante, maldita sea el chorrito de mi orina? ¿Qué clase de morbo encuentra fornicando con un muchacho (que podría ser su hijo) en casa de sus padres, que además son sus amigos (de ella)?

Este pensamiento me la pone tan gorda que no consigo devolverla al calzoncillo a través de la bragueta. Tengo que esperar unos segundos para poder hacerlo. Luego subo al cuarto de Gus y hago oreja. Ya no se oye nada, lo que significa que han debido de consumir. Miro el reloj: son las tres y media de la mañana. Oigo pasos y cuchicheos. Rápida y silenciosamente bajo al salón y me tumbo en el sofá. Espero. No mucho después los oigo bajar y los veo pasar. No encienden la luz del pasillo, así que sólo aprecio siluetas anónimas. Salen al rellano de la escalera y los pierdo de vista. Me levanto y me coloco detrás de la puerta del salón, mirando a través de uno de sus cuarterones de cristal. Gus está de espaldas, su acompañante de frente. Esta vez se trata de una mujer menos esbelta que Rebeca. Y bastante más mayor.

Si soy capaz de dormir el resto de la noche es gracias a la pastilla que me tomo. No me seduce la idea de pegarme cuatro horas dándole vueltas a la cabeza sobre las prácticas sexuales de mi hijo mayor, prefiero rendirme a la narcolepsia química que soportar la voz de mi conciencia. En términos de hardware, no he sido capaz de suspender la sesión de forma normal, así que me he visto obligado a apagar la cepeú desconectando el cable de la luz.

Cuando suena el despertador me hallo en una jungla onírica saturada de otros sonidos. No logro descifrar lo que es sueño de lo que es vigilia, como supongo que le sucederá a cualquiera que tome hipnóticos para dormir. Me levanto como si la fuerza de la gravedad se hubiera duplicado (omás). Me cuesta un esfuerzo sobrehumano acceder a la ducha. Una vez allí las cosas son más fáciles. El agua cayéndome a chorros sobre el rostro siempre ha sido un eficaz remedio para despertarme, sobre todo cuando me acierta en las órbitas de los ojos, me los masajea con presión y calor. Me resetea vivo.

Me visto con los movimientos habitados ya a la gravedad terrestre, paso por la cocina para tomar mi zumo, recibo un beso al aire de Carol y compruebo que el espectáculo de percusión sigue en cartel al menos un día más. Llego a mi despacho y aprovecho la sibilina laboriosidad de Rubén para descargarme de responsabilidades. Luego compro un termo en la planta de menaje, me acerco a la zona de descanso de los empleados, saco seis cafés de la máquina y los vierto en el termo. A las diez y media en punto salgo de los grandesalmacenes para reunirme con Milagros, que me espera donde la dejé ayer por la tarde con un cucurucho de churros. Me salen caros pero no regateo. Al contrario, sonrío. Y Milagros me devuelve la sonrisa recargándome los depósitos de aplomo.

A la hora convenida Estrella aparece por la esquina y se monta en el coche. Vuelvo a la carretera del día anterior y le cedo el puesto del piloto. Se sienta con cierta ansiedad, como si no pudiera permanecer durante más tiempo a mi derecha, tan cerca pero tan ajena al magnetismo que desprenden

el volante y la palanca de cambios. Inicia la marcha a la vez que yo enciendo la radio y la guitarra vuelve al habitáculo. La escena es idéntica a la de ayer salvo por el aroma de los churros recién hechos que se filtra desde el maletero. Después de un buen trecho, que Estrella conduce con bastante menos brusquedad que ayer, le pido que detenga el coche junto a unos árboles. Ella lo hace con diligencia, creyendo que es parte de la clase. Salgo y abro el maletero.

—¿Te apetece un café?

Se extraña y mira hacia los lados, quizá buscando el bar más cercano. Luego se apea y me ve con el termo en la mano.

—Me encanta el café —dice aplaudiendo con las pestañas.

—A Fidelio también le gusta mucho —replico.

—A mí me gusta por su sabor —añade ella con una mueca de burla—, no por sus efectos secundarios.

Le doy una taza de plástico y le sirvo. La aproxima a su nariz y saborea su aroma. Cierra los ojos y su rostro se relaja por completo.

—Es un tipo extraordinario —digo sirviéndome—. Tan grande y fuerte, y sin embargo tan lógico y divertido.

Estrella me mira sin comprender.

—¿Crees que Fidelio es divertido? —dice.

—¿Tú no?

—En absoluto. Es cierto que es un grandullón con alma de niño, pero tiene un grave defecto.

La miro procurando no mostrarme ni demasiado ajeno ni demasiado ansioso por seguir la conversación, lo cual no es nada (peronada) fácil.

—Depende por entero de su hermano —concluye.

Pienso en el tío Jaulín antes de decir lo que voy a decir.

—Lo mismo que tú, ¿no?

Estrella me mira fijamente, un astro rutilando a un microsegundo luz de mí, quién sabe si tratando de averiguar mi estrategia.

—¿Es de eso de lo que hablas con mi padre? —pregunta.

Y se peina la portentosa melena pasándose una mano desde la frente al cogote mientras le da un sorbo a la taza de café.

—Tu padre no tiene nada que ver en esto —miento con descaro—. Simplemente os he visto muchas veces en el puesto del mercadillo y sé que tú también le guardas las formas a Onofre.

Ella me reta con la entonación.

—¿No sabes aún quién soy? —dice.

Da la sensación de que me va a sacar el carné de un partido político.

—Crees que eres la viuda de un Telele —digo aceptando el reto—, y te equivocas.

—¿Qué soy entonces?

—Una mujer libre y hermosa.

Mira hacia el suelo pero levanta los ojos, sólo los ojos, para responderme.

—Puede que alguna vez deje de ser la viuda de un Telele —dice en susurros, como si suspirase las palabras—, pero nunca dejaré de ser la madre de uno. Eso me unirá al clan pa siempre, por mucho que se empeñe mi padre —da el último sorbo al café antes de añadir—, o por mucho que te empeñes tú.

Se apoya en la aleta del coche y mira hacia el sol con los ojos cerrados. Es una curiosa forma de evadirse de la realidad. Lo sé porque yo también lo hago. Es el efecto contrario al agua cayendo a chorros sobre las órbitas oculares. Si el agua despierta, el sol adormece como un relajante natural. Pasamos así unos minutos.

—Háblame de Gabino —le digo.

Sabe que no me refiero a su hijo. Percibo que me mira pero sigo cara al sol, con los ojos cerrados y el cuello estirado.

—No era un amargao como Onofre —dice—, ni un apocao como Fidelio. Tenía voz propia, sangre en las venas y luz en los ojos.

Inmediatamente siento un conato de envidia (de celos) en mi interior, quizá porque acabo de escuchar el epitafio que querría ver escrito en mi propia tumba.

—Era el más auténtico de los tres —añade—, por eso el abuelo Telele está como está, desencantao de la vida desde que murió.

—Y por eso tú tienes que pagar con tu libertad.

—Soy más libre de lo que crees.

—No lo pareces.

—Tú tampoco pareces un hombre libre.

—Pero estoy aprendiendo a serlo.

—¿Cómo?

Me quedo pensativo durante un par de segundos.

—No lo sé —confieso—, supongo que trato de retar a la rutina y la inercia del destino, no doy las cosas por supuestas, procuro enfrentarme a lo desconocido, no le temo a la oscuridad ni confío demasiado en la claridad, me río de mí mismo y dejo que los demás se rían conmigo.

Estrella vuelve a mirarme, esta vez con una ceja levantada.

—¿Estás en crisis? —dice.

—Los chinos dicen que crisis significa problema y oportunidad de cambio.

—¿Vas a cambiar de vida?

—Ya lo estoy haciendo.

—¿Y no tienes miedo?

—Lo que tengo es una poción mágica.

Se cruza de brazos antes de continuar hablando.

—¿Ni siquiera temes a los Teleles? —pregunta.

—No.

—Entonces una de dos: o eres un inconsciente o confías demasiado en tu poción mágica.

—No soy un inconsciente —replico.

Me acerco al maletero, saco el cucurucho de churros y le ofrezco uno. Ella le da un mordisco.

—¿Te gusta?

Temo que se note demasiado el sabor de la mostaza.

—Me gustaría más si pudiera untarlo en el café —confiesa.

Y me tiende la taza para que le sirva un poco más.

—Mucho mejor —añade mojando el churro—. Y dime: ¿cuál es tu poción mágica?

—Te la estás comiendo.

Deja de masticar y examina el churro como si fuera la primera vez en su vida que viera uno.

—¿Este churro es tu poción mágica?

—Así es.

Admito que dicho así da risa.

—¿Y qué hace? —ríe entre sílabas—. ¿Da fuerzas, sana, rejuvenece, coloca de alguna manera?

—Es un elixir de amor —anuncio con solemnidad—. Sirve para que la gente se enamore.

Entonces le cambia la mirada. Instantánea, bruscamente. Los ojos se occidentalizan, las cejas se ciernen sobre el principio de la nariz, la mandíbula se contrae, los labios dejan de reír.

—Una vez le hice una promesa a Gabino —dice con su gravedad acostumbrada—: prometí no hablar nunca de amor con otro hombre.

Es evidente que quiere zanzar el tema de la manera más rotunda posible, pero yo no me rindo. Soy un valiente caballero y tengo una misión que cumplir.

—Eso no significa que no puedas enamorarte de nuevo —contesto con más audacia que certeza.

Ella me mira sin pestañear.

—Sólo prometiste no hablar de ello —prosigo con hombros elevados para mostrar la obviedad de mi argumento.

—Lo que no se puede nombrar no existe —sentencia ella.

Chasqueo la lengua molesto. Otra vez me encuentro con el argumento de los significantes y los significados.

—Hay muchas formas de expresión —replico.

—No insistas —concluye—. No estoy enamorada de ti.

—Ya lo sé —admito con naturalidad—, por eso te he traído los churros. Coge otro, puede que uno no sea suficiente.

—¿Qué pretendes?

—¿No está claro? Pretendo que me quieras, aunque sólo sea un poco, igual que yo a ti. Y conste que yo te quiero bastante más que un poco, pero con un poco de tu cariño me conformaría.

Se queda de una pieza, inmóvil, más o menos como los árboles que tenemos al lado. Asombrada por mi declaración y deslumbrada por mi torpe juego de palabras.

—Y conste también que lo mío tiene más mérito —añado sin dejarla reaccionar—, porque yo me he enamorado de ti sin haber probado estos churros.

Agita la cabeza, está confundida. Yo, sin embargo, he conseguido un grado de lucidez rayano en la clarividencia.

—No voy a negarlo —dice mientras se repone del trauma que le han causado mis palabras—. Cuando me propusiste enseñarme a conducir, sabía que buscabas mi compañía.

Esta vez el que se queda de una pieza soy yo. Parezco una figura de cera

derritiéndose al sol.

—Pero —añade negando con la cabeza repetidamente— nunca creí que llegarías tan lejos. Ni siquiera creo que estés seguro de tus sentimientos.

—Estrella —digo con la mano levantada, como si fuera a efectuar un juramento—. Tengo más de cincuenta años. A mi edad sólo se pueden tener dos cosas por ciertas: la seguridad en los sentimientos propios y los problemas de próstata.

—¿Y tu mujer? ¿Y tus hijos?

—Pertenece a la versión anterior de mi persona.

—¿Qué dices?

—Soy una versión mejorada de mí mismo —digo muy serio—, entre otras cosas gracias a que virtualmente ya no estoy casado con mi mujer. Tú no tienes nada que ver, tranquila, pero has aparecido en mi vida en plena crisis y presiento que la posibilidad de cambiar mi futuro va unida a ti.

Ella sigue negando.

—Pero es que yo no quiero enamorarme de nadie.

—Prueba otro churro y verás.

—No bromees, es la verdad.

—Ni siquiera te has fijado en mí —digo pavoneándome, como hacen los machos de todos los órdenes animales cuando se encuentran ante una hembra—. Me has visto como un tipo maduro, casado, amigo de tu padre, compañero de aventuras de Fidelio y profesor de autoescuela con coche propio. No me has dado todavía ninguna oportunidad como hombre.

Se queda pensativa, lo que interpreto como una buena señal. Tal vez esté de acuerdo con mi diagnóstico.

—No puedo darte ninguna oportunidad —me dice con las cejas enarcadas—, si lo hiciera pondría en peligro tu integridad física.

—No temo a los Teleles.

—Eso es porque, a pesar de tener una poción mágica, eres un inconsciente.

—Puede ser pero no voy a rendirme. Sólo lo haré si, después de darme una oportunidad, me dices claramente que no sientes nada por mí.

—¿Qué oportunidad quieres?

—En primer lugar coge otro churro —digo obligándola a hacerlo—, y en segundo piensa en lo que te he dicho. No soy un cincuentón casado y aburrido, soy un hombre apasionado y la vida aún corre por mis venas.

Mira al suelo y escarba con la punta de su zapato derecho en la tierra, luego ofrece su rostro al sol con un brusco movimiento que vierte su cabello tras los hombros, suspira muy profundamente y sube al coche.

No me ha rechazado, aunque (valevale) tampoco ha caído rendida a mis pies. Ni una cosa ni la otra, pero, dadas las circunstancias sociales y generacionales que nos separan, considero que su silencio ya ha sido todo un éxito. Cualquiera que haya vivido un poco sabe que el amor no es más que un canto a la egolatría. ¿Cómo si no se iban a enamorar tantas personas recíprocamente? ¿Por un flechazo, por el azar o el destino? Nada de eso. Uno se fija en otra persona, la halaga, esa persona se siente halagada, responde halagando a la otra y equilibra: dos egos halagados dan lugar a una pareja de enamorados. Luego está el asunto de la convivencia y los caracteres compatibles o no (etcéteraetcétera), pero la magia del amor no es más que la magia del amor propio.

Por eso hace un rato, cuando me he declarado ante Estrella, he dado el primer paso para que me corresponda. Estoy convencido. En este momento estará pensando en mí y comenzará a verme con los ojos de una mujer halagada. Mañana, cuando nos encontremos, sabrá que yo la miro con amor, y su autoestima complacida hará de mí un ser menos maduro, menos ajeno y más amable. En realidad, es así como todos hemos llegado a este planeta. A fuerza de egos halagados nuestros antepasados han ido compartiendo sus vidas, generación tras generación, hasta engrosar el árbol genealógico del que graciosamente pendemos.

Me siento lleno de palabras, como un diccionario por cuyos bordes sobresalieran las definiciones al cerrarlo. Necesito hablar con Fidelio, urgentemente. No sé la hora que es ni me importa. Tengo que encontrarlo. O eso o me tomo tres orfidales y dos cubatas. No veo más alternativas. Opto por lo primero y encuentro a mi colega nada más llegar a la plaza, fumando un cigarrillo junto a un grupo de contertulios entre los que se encuentra Estrella, que me mira tratando de evitar que parezca que evita mirarme, si se me permite el juego de palabras.

—¿Qué pasa? —dice Fidelio acodándose en la ventanilla del copiloto.

—Necesito hablar contigo.

No se extraña. Ya me conoce y sabe que soy un neurótico parlanchín. Y que no tengo remedio.

—¿Damos un paseo?

Sube al coche, se arrellana en el asiento, apoya la cabeza y espera pacientemente. No tarda en comenzar a hablar.

—Estoy harto —digo.

—¿De qué?

—De las palabras.

—¿De cuáles?

—De todas. Estoy harto de que haya tantas palabras y tan poco significado en ellas, harto de que no sirvan para cumplir su cometido, de que no formen las frases y los párrafos oportunos cuando deben.

No responde. Da la última calada al cigarrillo y lo avienta al exterior, seguro de que no hace falta darme cuerda para que siga hablando, sobre todo en este estado de hinchazón lingüística en que me hallo.

—Ahora mismo tengo algo que decirte y no sé cómo. Las palabras no salen. Están ahí, dentro de mí, pero no encuentran la salida.

—Necesitas un buen purgante —dice—. Conozco uno que nunca falla.

—¿Cuál?

—O me dices ahora mismo lo que sea o te parto la cara.

Y se ríe. Yo no.

—Es justo al revés —le corrijo—. Me partirás la cara precisamente por lo que voy a contarte.

—Pues tú dirás.

Inspiro profundamente, inflando mis pulmones para que empujen las palabras hacia los órganos de fonación.

—Estoy enamorado de Estrella.

Fidelio se ríe de forma tan violenta que acaba tosiendo, como si se hubiera atragantado con su propia saliva. Luego me mira con ojos severos y se toca la sien con los nudillos.

—Tú no estás en tus cabales —dice—, por eso no voy a partirte la cara.

—Sí, sí lo harás, descuida —insisto yo—, tan pronto como sepas que cada semana, de lunes a miércoles nos vemos a escondidas y le enseño a conducir.

Se acaricia la frente, se frota las manos y pone la boca y el gesto en

posición de querer decir: «¿qué?». Pero no dice nada.

—¿Qué? —lo logra al cabo de unos segundos.

—Lo que has oído —apechugo con firmeza—. Ya sé que es una Telele, la viuda de un Telele, una mujer intocable y todo eso. Tú mismo me lo dijiste, pero eso no ha servido más que para aumentar mi interés por ella. No puedes imaginarte lo que estimulan los retos a mi edad.

—¿Tú sabes el pedazo de burrada que estás diciendo? —me pregunta con sincera preocupación, no como una amenaza.

—Sí y por eso recurro a ti.

Al verse involucrado sube el tono.

—¿A mí? ¿Y por qué a mí? Yo también soy un Telele, hostias.

—Tú eres mi amigo, y yo el tuyo.

—Valiente amigo —dice encendiendo el aire acondicionado—. No eres más que un puto traidor.

—Eso me lo llamará mi mujer en cuanto se entere de todo esto, no te preocupes.

—Has estao engañándome —persevera.

—Te he engañado porque no tenía otra alternativa, pero esta noche he venido a contarte la verdad.

—Deberías haberte guardao el secreto. La que se va a liar cuando se entere Onofre.

—No tiene por qué enterarse.

—Se lo contaré en cuanto llegue a casa. Es mi hermano mayor.

—Y yo tu amigo...

—Y Estrella es la viuda de mi hermano pequeño.

—...y tú el mío.

—¿Estás tratando de liar-me?

Doy un violento manotazo al volante.

—Sí, eso es —exclamo con rabia—, maldita sea mi suerte, estoy tratando de liar-te. Te estoy pidiendo ayuda, auxilio, socorro. No puedo más.

Él se cruza de brazos y mira al frente.

—No puedes pedirme que traicione a los míos —dice.

—Yo también soy parte de los tuyos.

—Tú no eres sangre de mi sangre.

—Estrella tampoco.

—Pero su hijo sí.

—No voy a quitároslo, ni tampoco a Estrella. No quiero llevarme nada, sino todo lo contrario.

—¿Pero qué cojones estás diciendo?

Otro manotazo al volante.

—Estoy harto de vivir como vivo —confieso entre dientes—, siendo fiel al ejército de los sumisos y desertor de la guerrilla de los rebeldes.

Fidelio resopla como un caballo tozudo y vuelve a tocarse la sien con los nudillos.

—Estás peor de lo que pensaba —dice.

—Razón de más para ayudarme.

—¿Cómo coño voy a ayudarte? Tú lo que necesitas es un buen loquero, no un humilde comerciante de ropa.

Aprovecho que me está mirando para continuar hablando.

—Quiero saber cómo puedo conseguir a Estrella.

Él resopla de nuevo.

—Eso es imposible.

—Fidelio, sólo lo imposible merece la pena, ya deberías saber una cosa así.

Mi aforismo lo enmudece por un momento.

—Vale, de puta madre —prosigue—. En ese caso te diré lo que necesitas.

Silencio, palpitaciones.

—Un milagro —dice pronunciando muy despacio—. Un milagro gigantudo. Y ahora para el coche, que me bajo.

Vuelve a mirarme, esta vez con ojos que no reconozco. Y de pronto tengo miedo, pero no por su corpulencia y su fuerza sino por la posibilidad de perderlo. Sale del coche y se echa a andar calle arriba. Me apeo y lo persigo proclamando su nombre, Fideliofideliofidelio. Por fin se vuelve hacia mí, me observa un instante, me sujeta del cuello y me asesta un puñetazo formidable que me rompe el tabique nasal. Y desaparece de mi vista mientras yo me quedo rendido de rodillas en el suelo, sangrando por la nariz, llorando por los ojos, ambos fluidos cayendo por mi barbilla como si sangrara lágrimas. O llorase sangre.

Permanezco encogido sobre mí mismo unos minutos, como un bebé recién nacido, cubierto de sangre y babas. Busco sin éxito un pañuelo en mis bolsillos. Tengo que encontrar la forma de cortar la hemorragia. Me quito los zapatos, hago una pelota con los calcetines y me los introduzco en los orificios nasales, lo cual me obliga a respirar por la boca con notoria dificultad. Ahora parezco un pez recién pescado, boqueando en la cesta del pescador. Tengo la camisa llena de sangre y me duele la cabeza. Me pongo en pie tambaleándome y busco el doscientos veinte caballos. Lástima que no sea un caballo de verdad, si lo fuera podría silbarle para que se acercara a recogerme. Coño. Fidelio me ha debido de golpear muy fuerte porque el coche se está moviendo solo y se dirige hacia mí. Lo que hay que ver, cada día hacen modelos más inteligentes. Llega hasta el borde de la acera, se detiene y me abre la puerta.

—Entra —dice, pero al contrario de como suele, con voz masculina.

Lo hago convencido de que ha debido de conectarse una suerte de piloto automático, un extra más del equipamiento cuya existencia desconocía, pero enseguida veo a Fidelio sentado al volante.

—¿Qué coño quieres de mí? —Esta vez el neurótico es él—. ¿Qué cojones pretendes? ¿Quieres que te forre a hostias? ¿Eso quieres? ¿No será que estás tratando de castigarte con algún rollo de esos psicomáticos y me usas a mí de verdugo?

Conduce como si estuviéramos en una pista de autos de coche y habla babeando furiosamente el parabrisas, pronunciando con la rabia de quien se encuentra entre la espada y la pared.

—¿O sólo pretendes darme por el culo? —sigue esputando—. Porque si es eso, te felicito. Lo has conseguido con nota: te has reído de mí en mi puta cara, y también en la del Juanmi. Nos has utilizao pa acercarte a Estrella con la sangre más fría y la cara más dura que he visto nunca, maldita sea mi sombra.

—Fidelio.

Artículo con una voz nasal que no reconozco. Parezco una marioneta, un teleñeco de fieltro de color sangre.

—Ni Fidelio ni hostias —se revuelve él sin dejarme hablar—, debería haberte dejao en la acera, como un perro, me cago en mi puta vida, o mejor aún, haberte llevao a tu casa pa que tu mujer y tus hijos sepan de una vez quién eres.

—Pero no lo has hecho —digo con mi voz gangosa.

—Aún estoy a tiempo de hacerlo, así que no me tientes.

—No lo harás —insisto con aplomo—, y gracias por haberme recogido.

Aminora un poco la velocidad y me mira con el entrecejo muy fruncido, como si él también fuera un teleñeco con cara de mala leche.

—Te acabo de dejar la cara hecha un cuadro —dice adoptando una entonación enumerativa—. No tienes ni una jodida posibilidá de acercarte a Estrella. Vas a tener que dejar de venir por la plaza y volver a tu aburrido club de tenis... ¿y todo lo que se te ocurre decir es gracias? Tú eres gilipollas, ¿verdad?

—Sí —afirmo con convicción—. Y tú también.

—¿Yo?

—Sólo un gilipollas habría vuelto a buscar a otro.

—Anda, calla, que pareces un bicho de Barrio Sésamo y das pena.

—Y tú risa.

—Yo no llevo dos calcetines colgando de las napias.

Entonces bajo el parasol del copiloto, me miro en el espejo de cortesía, veo los calcetines balanceándose ante mi rostro y suelto una pedorreta de risa que expulsa uno de ellos fuera de su orificio. Me vuelvo hacia Fidelio y veo cómo dos gruesas lágrimas recorren su mejilla.

—Por lo que más quieras —me pide a gritos—, no me hagas reír ahora.

—No ha sido mi intención —digo volviendo a taponar el orificio.

Él me observa de reojo.

—¿Por qué cojones te has puesto los calcetines en la nariz? —me pregunta.

—Me salía mucha sangre.

—¿Y no podías haberte puesto un pañuelo, joder?

—No llevo pañuelos. Una vez entré en el váter de un barucho y, como no había papel higiénico, tuve que limpiarme el culo con los calcetines.

Desde entonces los considero una alternativa a los pañuelos.

Fidelio compone un rictus imposible, la risa pugnando por abrirse paso entre sus mejillas, y la gravedad de los Teleles ofreciendo toda su resistencia. El resultado es una cara de estreñimiento agudo con los mofletes colorados y los ojos encharcados en lágrimas.

—La diferencia es que aquel día tiré los calcetines al retrete —prosigo mi explicación—, y no tuve que llevarlos en la nariz, con lo mal que huelen.

Y por fin revienta. La risa del presente es más fuerte que la gravedad genealógica del pasado y el rostro se descongestiona en una carcajada histérica que inmediatamente me contagia. Esta vez son los dos calcetines los que salen disparados de mi nariz y caen sobre el salpicadero. Al verlo, Fidelio solapa una nueva carcajada sobre los últimos estertores de la anterior y se ve obligado a detener el coche. No puede conducir. Le duele la barriga. A mí también.

Pasan un par de minutos y vamos calmándonos emitiendo pequeños amagos de risa y largos suspiros. Adviene un silencio sepulcral. Después de lo sucedido la primera frase vale su intención en oro. Se impone la prudencia. Fidelio está mirando al frente, pensativo y ausente, como si el ataque de risa lo hubiera devuelto a la realidad, pero en otro lugar, lejos de aquí. Mete primera y saca al doscientos veinte caballos galopando en dirección perpendicular a la que traíamos. Parece encaminarse a alguna parte pero no me atrevo a preguntarle adónde.

Mientras tanto abro la guantera y encuentro un paquete de pañuelos de papel con un solitario ejemplar, lo que me da la oportunidad de desembarazarme de mi penoso disfraz de teleñeco y ganar cierta dignidad. Sigo respirando por la boca, y supongo que mi voz aún será gangosa, pero al menos no parezco un demente con los mocos colgando. Fidelio aparca el coche frente a la tapia del cementerio municipal. Se apea y me espera. No sé qué pretende. Me guía por la tapia hasta que llegamos a una cancela de hierro cuyas hojas no encajan. Nos deslizamos por su abertura y pisamos suelo santo. La luz de la luna impide que tropiece con alguno de los santos de piedra que guardan las entradas de los panteones. Mejor así. No me quedan pañuelos. Ni calcetines.

Fidelio parece saber adónde se dirige en este gigantesco tablero de ajedrez lleno de reyes, reinas y cipreses tan altos como alfiles. Se detiene frente a una tumba. Es un macizo de granito con una robusta cruz a la cabeza.

Parece una cama. Con cierta dificultad leo los nombres y las fechas que hay grabados sobre su losa principal. Son varios, pero el que importa es el último. Dice «Gabino Fernández». Y a renglón seguido añade «Telele». Me ha traído ante la tumba de su hermano.

No sé qué decir. Normalmente es en estos incómodos momentos cuando tengo dificultades para guardar silencio, pero hoy es diferente. No sé qué decir y no digo nada. Y dadas las circunstancias eso ya es mucho decir. Me siento a los pies de la tumba, igual que Fidelio, y lo observo mientras se enciende un cigarrillo.

—Gabino nació cuando yo tenía tres años —dice.

Y le da una calada al cigarrillo.

—Al contrario que yo, era un niño alegre y ocurriente, un angelito del cielo, como lo llamaba nuestra madre.

Honda exhalación de humo y nueva calada.

—Mis primeros recuerdos son los celos que me provocó Gabino —continúa—. Creí que se me pasarían pronto y no fue así. Onofre también tuvo celos de mí y se le pasaron enseguida, pero a mí no. Gabino siguió siendo un angelito del cielo toda su vida. Nunca perdió su alegre sonrisa, ni su mirada de chulapo, ni su don decente...

Don de gentes.

—... ni su labia, ni su energía, ni su éxito con las tías, ni ná. Siempre fue mejor que yo. Y lo quise, lo quiero, pero quererlo a él era como no quererme a mí, no sé por qué cojones. Era como si no pudiéramos ser queridos a la vez. No sé si me entiendes.

Entonces se calla, sale de su abstracción y recupera su compostura habitual.

—No tengo ni puta idea de qué hostias estoy diciendo —exclama entre furiosos aspavientos—. No me hagas caso. A veces me da por pensar estas memeces.

—No creo que sean memeces —digo tímidamente.

Me sostiene la mirada durante más de medio minuto. Una eternidad.

—Cuando murió —prosigue aceptando el gesto de mis ojos—, me sentí muy solo. Y muy libre, claro. Ya no tenía rival. Ya no tenía celos. Vaya mierda. —Hace una breve pausa que yo secundo en silencio—. Desde

entonces nunca me ha importao competir con nadie. No quiero ganar, no, de verdad, paso, no quiero hacerlo si eso supone ver morir a mi rival, que en este caso era mi hermano pequeño.

Se calla y mira al suelo. Quizá sea mi turno de réplica pero sigo sin saber qué decir. Y eso que empiezo a comprender por qué no sabe decir que no. Tiene un grave problema de autoestima y no se quiere a sí mismo. No puede hacerlo desde que murió su rival. Por eso se deja pastorear mansamente por Onofre, por Juanmi o por cualquiera. Se limpia las lágrimas con la mano mientras rebusca en los bolsillos del pantalón.

—¿Tienes un pañuelo? —me pregunta.

—Lo siento, sólo tenía uno y lo llevo en los agujeros de la nariz.

—Tendré que quitarme un calcetín pa sonarme los mocos —bromea.

Sonrío y, aprovechando el gesto, le paso un brazo por los hombros para transmitirle mi calor. Y mi peso.

—No he terminao —dice apartándose de mi lado—. Cuando Gabino murió, me prometí a mí mismo que cuidaría de su esposa y su hijo arriesgando mi vida si fuera necesario. Así que no voy a permitir que un jeque cutivo trasnochao como tú aparezca en su vida y se la arruine. ¿Está claro?

El alma se me encoge en las entrañas al oír la opinión que Fidelio tiene de mí. Percibo la sombra de la autocompasión cerniéndose sobre la noche y me expongo a la luz de la luna para evitarla.

—No pretendo arruinarle la vida a Estrella —declaro bajo juramento—. ¿No comprendes que es Onofre quien lo está haciendo con toda esa parafernalia de los intocables Teleles y su estricto sentido del deber y la costumbre?

—Onofre está cumpliendo con su obligación de hermano mayor.

—Y tú con la de hermano mediano. Y entre uno y otro estáis consiguiendo que Estrella se convierta en una viuda amargada y solitaria, y dentro de unos años, cuando Gabino sea mayor y forme su propia familia, no sólo será viuda sino que también será vieja y estará más amargada y sola que nunca.

Fidelio se pone de pie para contraatacar.

—¿Cómo de vieja? —dice señalándome—. ¿Como tú más o menos?

—A mí me quedan treinta años de vida —sigo declarando con la misma solemnidad—. ¿Cuántos te quedan a ti?

—¿A qué viene eso?

—Las personas son viejas o jóvenes según los años que les queden por vivir, no según los que han vivido. Yo soy más joven que muchos jóvenes que morirán antes que yo.

Fidelio suspira con fuerza, derrotado, como si estuviera perdiendo el tiempo.

—¿Y tú qué coño sabes cuántos años te quedan por vivir?

—Me siento lleno de vida —argumento—, así que muchos.

Niega repetidamente con la cabeza.

—No es suficiente —dice—. También te casastes con tu esposa lleno de vida y ahora estás hasta los huevos de ella. Puedes vivir más años de los que estés dispuesto a compartir con Estrella.

—Eso, si me disculpas —replico yo—, no es asunto tuyo, aunque seas el guardián de la memoria de tu hermano.

—Estrella es una mujer muy guapa —continúa.

—Lo sé.

—Es capaz de enamorar a cualquiera.

—¿Y qué? Yo no voy a rendirme.

—¿Estás dispuesto a jugarte la vida?

—En estos momentos mi vida vale menos que la de quienes están enterrados aquí —digo señalando alrededor.

Fidelio sigue mi dedo en su recorrido por las tumbas. Quiere preguntarme algo pero no se atreve.

—Y ella —comienza a decir—, ella —repite dudando—, ella —cierra los ojos—, ¿te quiere?

—Ha empezado a quererme hoy —respondo—. Y mañana me querrá un poco más.

—¿Qué habéis hecho?

—Nos hemos comido unos churros.

Se cruza de brazos de pura impaciencia.

—Creo que te he atizao demasiao fuerte —dice mostrándome el puño cerrado—. No dices más que gilipolleces.

—No las diría delante de la tumba de tu hermano. Puedes creerme.

Me observa muy fijamente, sin pestañear. Está tratando de averiguar si soy sincero.

—Espero —dice mirando al firmamento— que allá donde esté, Gabino

no haya escuchao esta conversación.

—Pues yo no —respondo colocándome frente a la lápida con un inevitable aire marcial—. Quiero proclamar mis sentimientos delante de su tumba, de cara, sin tapujos ni engaños, porque mis sentimientos son los mismos que los suyos, lo que significa, Fidelio, que una parte de tu hermano se ha reencarnado en mí.

He colmado su paciencia. Me conoce lo suficiente como para comprender que mis intenciones son disparatadas pero firmes. Sabe que no voy a rendirme. Y es incluso posible que se haya sentido aliviado al saber que una parte de su hermano vive en mi interior.

—Escúchame bien —dice después de unos minutos de recogimiento—. No voy a repetir lo que voy a decirte, ¿comprendes?

Me tenso como la cuerda de un arco. Está a punto de decirme algo de suma importancia.

—Sólo hay una manera de conseguir a Estrella —se ve que le está costando un gran esfuerzo seguir hablando—, y eso supusiendo que ella se enamore de ti, comiendo churros, cruasanes, madalenas o como sea. Tienes que cumplir tres requesones.

—Requisitos.

—Primero, tienes que divorciarte de tu mujer. Segundo, tienes que hablar con mi abuelo. Y tercero, tienes que pelear con Onofre.

Dicho lo cual, se santigua ante la tumba de su hermano, y desanda el camino que hemos hecho al entrar. Voy a duras penas tras él, tratando de no perderlo de vista, pero camina tan deprisa y está tan oscuro que lo pierdo. Supongo que me estará esperando a la salida, junto al coche. Pero no. Sólo está el coche. Toco el claxon y no acude. Se ha ido. O se ha quedado.

Cuarta parte

Ahora es cuando verdaderamente me siento el protagonista de un cuento de hadas, el aguerrido príncipe que, tras haber conseguido el elixir de la bruja para enamorar a la princesa, ha visitado al gigante del cementerio y sabe cuáles son las tres pruebas que debe superar para liberarla. Renunciar a su pasado, hablar con el sabio más viejo del reino y enfrentarse al malvado rival.

Cabalgo en el doscientos veinte caballos. Conduzco por la madrugada urbana, cruzando avenidas y callejas, delante y detrás de taxis nocturnos, concentrado en las líneas intermitentes que separan los carriles, alucinado por el pulso de los semáforos fuera de servicio, ajeno a todo lo que no sea volante, pedal o palanca. Conduzco para evadirme de la vida. Es una terapia, una forma de resetear el sistema antes de procesar nuevos datos. Cuando percibo que la calma se impone a la tormenta, agarro el timón y pongo rumbo a casa. No puedo, no quiero pensar en todo lo que ha pasado. Sólo aspiro a mantener este estado cataléptico para seguir actuando de forma rutinaria justo ahora que estoy a punto de romper con la rutina.

Entro en el garaje de casa, aparco y tomo el ascensor. Cuando llego a mi planta (tin), alguien me abre la puerta con brío, pero no para que pueda salir, sino para que entre otra persona. Es una mujer (masomenos) de mi edad, con los pelos alborotados y el monedero en la mano. El que ha abierto la puerta es Gus. Su rostro se descompone al verme y trata de huir, pero esta vez no lo consigue. Mi estado cataléptico se ha esfumado al ver los dos billetes de cincuenta euros que Gus lleva en la mano. Lo acompaño (más bien lo empujo) hasta su habitación, cierro la puerta con el cerrojo y lo arrinconó.

—¿Es ésa tu tarifa? ¿Cien euros?

—No tengo por qué darte ninguna explicación —responde el caradura.

—¿Quieres que llamemos a tu abogado para que esté presente en la conversación?

—No estoy para bromas.

—Quien no está para bromas soy yo. Exijo saber la verdad.

Por primera vez desde hace tiempo me mira a los ojos.

—Muy bien —dice con aire resuelto—. Yo te cuento mi verdad y tú me cuentas la tuya.

—¿Cómo te atreves a desafiar a tu padre?

—Por la misma razón que tú desafías a tu hijo.

No sé de dónde saca este elemento tanta capacidad de resistencia. Lo acabo de pillar con las manos en la masa y, lejos de rendirse, contraataca. Es un buen tenista.

—Trato hecho —acepto sentándome en la cama—, pero no consentiré que me mientas.

—Ni yo que lo hagas tú.

—De acuerdo.

—Pregunta —dice.

—¿Te acuestas con mujeres por dinero?

—Sí.

—¿Desde hace mucho?

—Un par de meses.

—¿Siempre en este cuarto?

—Casi siempre.

—¿Por qué no vas a un hotel?

—Porque cuesta pasta.

—¿Y por qué no vas a casa de tus clientas?

—Porque la mayoría están casadas, o tienen hijos.

—¿Has ganado mucho dinero?

—Lo suficiente para permitirme la moto y unas buenas vacaciones este verano.

—¿Y no te da vergüenza? ¿No comprendes que lo que haces no está bien?

—No.

—¿Es ésa la moral que te hemos enseñado en casa?

—No violo ningún código moral. Hago el amor con mujeres insatisfechas sexualmente, no las fuerzo, ni las mato, ni nada parecido. Es una relación estrictamente contractual. Ellas contratan mis servicios, yo se los presto y me pagan el precio fijado. ¿Qué es exactamente lo que te parece amoral?

—Acostarse con alguien por dinero.

—Casi todas las cosas de este mundo se hacen por dinero.

—Pero no las que tienen que ver con los sentimientos.

Se muerde el labio inferior. Creo que en otras circunstancias se habría reído a carcajadas.

—¿Qué sentimientos? —replica—. El sexo es parte del ocio. Una actividad recreativa como montar a caballo, jugar a tenis o recibir un masaje.

—¿Tienes novia?

—Salgo con una chica pero no es mi novia.

—¿Y no te sientes mal cuando la engañas con otras mujeres?

—No seas ridículo. No engaño a nadie con nadie. Cuando me acuesto con mi novia es porque me apetece. Y cuando me acuesto con mis clientas es por dinero.

—¿Dónde las consigues?

—A través de las clases de tenis.

—¿También Rebeca?

—A Rebeca no le cobro.

—¿Por qué no?

—Porque me gusta.

—Tiene casi cincuenta años.

—Mamá también y tú aún le haces el amor, ¿no?

—Sí, pero yo no tengo veinte años.

—Lo siento por mamá.

—No te atrevas a burlarte de mí.

—No me burlo, pero es lo que hay. La potencia sexual se pierde con la edad. La mayoría de mis clientas vienen a mí para disfrutar de mi juventud. Espero que no te escandalices. Eso es exactamente lo que hacen los hombres de tu edad: ir a los prostíbulos a follar con chicas más jóvenes que ellos, a tocar carne dura y piel tersa. Es ley de vida.

—No digas tonterías.

—Dime la verdad: ¿alguna vez has ido de putas?

—Sólo una vez.

—¿Ha sido hace poco?

—Eso no te importa.

—Hemos hecho un trato.

—Está bien, sí, ha sido hace poco.

—¿Te lo hiciste con una mujer joven?

—No tan joven como tú.

—Pero más joven que mamá.

—Sí.

—Entonces no tienes derecho a criticar mi negocio.

—Soy tu padre. Ésta es mi casa. No me digas los derechos que tengo o dejo de tener.

Se rasca la frente, inspira profundamente y vuelve a preguntarme.

—¿Quieres a mamá? —dice.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Es mi turno de preguntas. Responde.

—La quise.

—¿Quieres a mamá en este preciso instante?

—No lo sé.

—¿Hay otra mujer?

—No hables tan alto.

—¿Hay otra mujer?

—Sí.

—¿Te has enamorado?

—Sí.

—¿La conozco?

—No es de este mundo.

—¿Es un fantasma?

—Hay otros mundos pero están en éste.

—¿Vas a divorciarte de mamá?

—No me hagas esa pregunta.

—No me trates con condescendencia. Personalmente me importa poco si seguís juntos o separados. Es sólo una pregunta más.

—No te creo.

—Responde a mi pregunta.

—¿Qué quieres saber? ¿Si le he pedido a tu madre el divorcio?

—Sí.

—No.

—¿Pero vas a hacerlo?

—Aún no lo sé.

—Muy bien. Avísame cuando lo hagas. He satisfecho mi curiosidad y estoy cansado, si no quieres nada más te agradeceré que me dejes dormir.

Me contengo de darle el sopapo que merece por chulo e irreverente. A cambio dejo que mi mano derecha se pose en su hombro con cierta pesadez.

—Espera un momento —digo—. Ahora que te he descubierto, te prohíbo terminantemente que traigas a tus clientas a esta casa. Me gustaría prohibirte también que expusieras tus sentimientos, tu dignidad y puede que tu salud de una manera tan patética, pero sé que no me harías ningún caso.

—Te agradezco el consejo —dice liberando su hombro de mi mano—, pero éste es mi cuarto y está dentro de mi jurisdicción.

—Tu jurisdicción forma parte de una jurisdicción mayor que me pertenece.

—Te pertenece sólo la mitad, la otra mitad es de mamá. Así que sólo puedes prohibirme las cosas a medias.

—Eso será hasta que hable con tu madre y le cuente lo que te llevas entre manos.

Se cruza de brazos y niega.

—No creo que vayas a hacer eso —susurra en tono amenazante.

—Lo haré mañana mismo —replico yo.

—No olvides entonces comentar lo tuyo con las putas y lo de que tienes una querida más joven que no es de este mundo, ¿vale?

Ahora soy yo el que niega.

—No sólo te prostituyes por dinero —le digo descorriendo el cerrojo de la puerta—, encima eres un extorsionador y un chantajista.

—Virtudes todas ellas que me ayudarán a sobrevivir en esta jungla de mentiras encubiertas en que habéis convertido el mundo los idealistas renegados como tú y mamá. Buenas noches.

El estado cataléptico regresa en cuanto Gus me cierra la puerta en las narices. Supongo que es un (otro) sistema defensivo de mi nueva versión, una suerte de desconexión del mundo cuando éste es demasiado hostil para seguir conectado a él. No sé. Me da igual. Gracias a mi catalepsia puedo acostarme y dormir unas horas. Sueño con Estrella y, pese a ello, me despierto con el alma en vilo. Un nudo de nervios me ha cerrado la boca del estómago. Ojalá fueran sólo murciélagos. Me levanto y respiro hondo un par de veces. Quiero que el estado cataléptico vuelva para rescatarme de esta perversa realidad, pero no lo hace. El sistema operativo me enfrenta al presente sin piedad. Ni siquiera el agua de la ducha horadando mis globos oculares tiene el efecto de otras veces. Me visto y me acerco a la cocina guiado por la inercia diaria de beber algo. Sólo de pensarlo me da una arcada. Los vampiros del alma ocupan todo el estómago, no queda sitio ni para un zumo. Telefono al jefe de personal de la empresa. Le miento. Estoy indispuesto y voy a pasarme el día entero en la cama. Toma nota y me da ánimos. Según parece hay un virus por ahí que causa molestias orgánicas durante veinticuatro horas. Ojalá no sea más tiempo: los virus y los sistemas operativos se llevan fatal.

Evito cruzarme con Claudia y Carol. Gus no se ha levantado todavía. Salgo de casa procurando no hacer ruido al cerrar la puerta, bajo por las escaleras para no ser sorprendido en el rellano mientras espero el ascensor que conduce directamente al aparcamiento. No sé muy bien si estoy huyendo o me dirijo a alguna parte. Sé el sentido que llevo, pero no la dirección (no sé si me explico). Monto en el doscientos veinte caballos una vez más. Las últimas semanas parecen haber transcurrido íntegramente en su interior. Si algún lugar es en estos momentos mi hogar es el habitáculo de este coche. Me he convertido en un nómada itinerante. Sin rumbo fijo, me dejo llevar por las señales de tráfico. Si me topo con una obligación de girar a la izquierda, giro, si veo un cambio de sentido, cambio, si he de parar, paro. Es cierto que entre los extras del doscientos veinte caballos había un piloto automático: soy yo.

Mi hijo mayor es un cínico sin escrúpulos. Un mercenario de la mentira, un timador de la conciencia, un superviviente del día después. No hay nada mío en él, seguramente porque el merchandising del sistema lo ha educado mejor que yo. Lleva mis genes pero no es hijo mío. He cometido delito de omisión paterna y he dejado que se convierta en un egoísta, un materialista y un intervencionista. Nada lo detiene porque es hijo de un dios mayor, miembro de una cultura basada en la banda magnética de un trozo de plástico, elemento de una matriz cúbica donde a cada individuo le corresponde un número. Pero no un número que indica su posición, sino más bien su precio. Por esa razón todo es susceptible de comprar y venderse, porque en este sistema mercantil todo tiene un precio, hasta los sentimientos, hasta lo abstracto, lo inefable e incluso lo improbable. Y si, por alguna razón, el sistema encuentra algo que no puede tasar (un valor, una idea, una sensación) lo descataloga inmediatamente. Y deja de existir.

No hallo otro modo de entender que mi hijo se acueste con mujeres mayores, insatisfechas y solventes, para acceder a los privilegios materiales del sistema, en lugar de buscarse un trabajo digno o pedir la ayuda de sus padres. Lo único que entiendo es por qué no le cobra a Rebeca. Eso sí es una cuestión de genes, porque es nombrarla y encenderme, como supongo que le pasa a él. Es probable que sea una mujer fácil (seguramente en plena crisis de madurez), lo que me hace suponer que yo mismo podría pretenderla si me lo propusiera. Estoy seguro de que, si accediera a vivir en la nueva urbanización, me esperaría un futuro de infidelidades y lujuria, sin duda el ocaso que merece un ser humano que en el pasado se caracterizó por tener ideales y sueños de grandeza. Esbozo una sonrisa. Me veo fornicando con Rebeca mientras Gus se trabaja a Kitty, Claudia se lo hace con el hijo de alguna otra vecina y Carol envenena la madurez de Teo, el de las curvas, todos interactuando a la vez en la piscina comunitaria, viendo el momento de robar una mirada, una caricia y puede que hasta un beso a nuestros/as amantes en las mismas narices de nuestras parejas legítimas. Sería una buena forma de acabar la vida, inmersos hasta las cejas en una piscina llena de mierda.

Consulto el reloj del salpicadero. Es pronto aún para recoger a Estrella. Me encamino al local de Milagros para ver si hay suerte y le quedan churros. Y algo para calmar las batidas de los murciélagos en mi tracto digestivo.

Rodeo la plaza y aparco el coche junto a la persiana del local. No parece haber nadie. Me apeo y toco con los nudillos en la persiana. Milagros no está pero escucho la voz del tío Jaulín que responde desde su pajarera.

—Soy Ricardo —digo.

Me pide que me acerque. Está en el interior de la jaula, atendiendo a su particular panteón familiar.

—¿Qué se le ofrece? —pregunta usando esta arcaica pero amable frase.

—Busco a Milagros.

—Vendrá más tarde, ¿qué pasa?

—Nada.

Él niega con la cabeza

—Uno no busca a Milagros cuando no pasa ná —dice.

Y sale de la pajarera.

—Está usted más delgado —digo sin poder contenerme.

—Lo sé, es la enfermedad, que me va devorando.

Casi había olvidado que me encuentro ante un condenado a muerte. La entereza de su respuesta me impresiona más que su aspecto.

—Quizá Milagros podría hacer algo por usted —añado aferrándome a la fe.

—Los remedios de Milagros sólo funcionan pa los que creen en ellos — responde él—. A los que no creen no les sirven de ná.

—¿Y usted no cree?

—Creo en muchas cosas, pero no en mi sanación. Es mi destino y puede que algún día sea también el de mi hija y hasta el de mi nieto.

—¿Necesita algo? —me ofrezco solícito.

—Ya sabe lo que necesito.

—Me refiero a su enfermedad.

—Deje en paz mi enfermedad y ocúpese de lo que hablamos. ¿Ha hecho algún progreso?

Miro a ambos lados como haría un confidente inseguro.

—Muchos —admito en susurros—, pero todavía necesito saber algo más.

—Dígame.

—¿Cómo puedo llegar hasta el abuelo de los Teleles?

Sus cejas se arrugan. Él no.

—¿Pa qué? —dice—. ¿Qué pretende?

—Voy a hablar con él.

—¿Sobre qué?

—Sobre Estrella.

Niega con la cabeza.

—No era ésa la idea. Si el caso de mi hija se pudiera solucionar hablando con Pascasio el Telele, yo mismo lo habría hecho ya.

—No me entiende —le detengo con un gesto—. Quiero hablarle sobre Estrella y sobre mí...

Me mira como si hubiera visto un extraño pájaro y no supiera identificarlo.

—... sobre nosotros —le aclaro.

—¿Se ha vuelto loco? Si va a hacer una cosa así le recomiendo que vaya con un escudo y una armadura.

—Al contrario —replico—, he recuperado la cordura. Por eso necesito información sobre el abuelo Telele.

—¿Qué quiere saber?

—Qué le gusta o le disgusta, si tiene alguna manía, algún tabú. Si algo le entusiasma. No sé, ese tipo de cosas.

—No sé qué cosas son ésas.

Me molesta que una persona inteligente como el tío Jaulín me tome al pie de la letra. Eso demuestra que no tiene voluntad de entenderme.

—Perdone si le parezco un maleducao —añade tras un breve silencio—, pero Estrella no parece enamorada de usted.

—¿Estrella cree?

—¿En qué?

—¿Estrella cree en Milagros?

—No sé —responde—. Me imagino que sí.

—Pues en ese caso no se preocupe.

—¿Que no me preocupe? —repite él—. Me estoy empezando a preocupar. Y mucho.

Trata de esbozar una sonrisa para compensar la acritud de su comentario, pero no puede. Una mueca de dolor se lo impide. Me pide ayuda para sentarse junto a la pajarera.

—¿Quiere que le acompañe a casa?

—No, déjeme aquí. En casa hace mucha calor, aquí se está fresco.

—Tengo que marcharme —digo mirando el reloj—. He quedado con

Estrella.

Asiente con la cabeza mientras yo le ofrezco la mano.

—Al abuelo Telele —me dice aceptándola— le vuelve loco un perro pequinés, despeinado y pulgoso, que siempre tiene enredado entre los pies.

Luego compone una mueca de desenfado y se encoge de hombros. Es lo que hay, parece querer decirme. Me voy cabizbajo, pensativo (muy), sin saber cómo debo enfocar mi futura entrevista con un hombre importante que siente debilidad por un perro insignificante. Además, por si eso fuera poco, los animales de pelo me provocan unos incontenibles ataques de alergia en forma de estornudos y mocos.

Estrella encuentra el doscientos veinte caballos en el lugar de costumbre pero no se monta. Nunca antes el coche había estado vacío, sin mí sentado al volante, esperándola. Da una vuelta alrededor de él mirando en todas direcciones, buscándome en vano. Suspira y consulta su reloj de pulsera. Se asoma al interior del coche y ve un sobre en el salpicadero. Intenta abrir la puerta con la desconfianza de quien la supone cerrada, pero la abre sin dificultad. Toma el sobre y lee la nota que contiene. «Ve donde te lleve el corazón», reza en clave de misterio, «allí estaré yo.»

Entonces sí que suspira de verdad. Lo de antes ha sido una leve espiración al lado de este resoplido de inquietud. Se retira el cabello del rostro y adopta una pose pensativa. Está tratando de desvelar el misterio. ¿Adónde la lleva su corazón? ¿En qué lugar puedo estar esperándola? Transcurren unos minutos de inacción hasta que por fin decide montarse en el asiento del piloto. Extrae las llaves del sobre y arranca. No sé si ha aceptado el reto o no quiere ser sorprendida junto al coche. Con su soltura habitual conduce hacia la salida del barrio, toma la carretera y se desvía por el sinuoso camino que solemos frecuentar. Supongo que todo lo hace con cierto temor, porque no sólo se enfrenta a la resolución de un enigma, sino a una sanción de campeonato si es detenida conduciendo sin carné.

Se aproxima a la explanada donde ayer tomamos el café y los churros, pero no parece muy convencida. ¿Es ahí donde realmente la lleva su corazón? Niega con la cabeza. No. Da la vuelta y desanda el camino. Retoma la nacional en sentido contrario y se dirige al polígono industrial donde comenzamos nuestras clases de conducción. Creo que busca el lugar exacto en que se puso por primera vez al volante. Y lo encuentra, justo al lado de unas naves abandonadas. Esta vez detiene el coche. Va a apearse. Pero no lo hace. Tampoco es ahí. Sale de nuevo a la nacional y toma el acceso de entrada a la ciudad. Cruza por una larga avenida, se aproxima al edificio de los grandes almacenes y llega a la plaza donde se monta el mercadillo. Es

curioso hasta dónde la ha traído la memoria del corazón, nada menos que al lugar donde nos vimos por primera vez. Y ahora sí es una decisión en firme porque apaga el motor, se apea del vehículo, me busca y (comonó) me encuentra.

—¿Cómo sabías que vendría justo aquí? —me pregunta, no sin antes mirar a diestro y siniestro para descartar la presencia de algún conocido.

—Ya has leído el mensaje —respondo con firmeza—. Ve donde te lleve el corazón y allí estaré yo.

—Pues has estao a punto de cagarla —me advierte—. He pasao por el camino de las curvas y el polígono industrial antes de decidirme a venir aquí. Niego felizmente.

—También habría estado allí —afirmo.

Sonríe con la boca y pregunta con los ojos.

—¿Cómo ibas a estar allí? —pueden más los ojos que la boca—. ¿Le has pedido a Milagros una poción mágica pa estar en dos sitios a la vez?

—No.

—¿Entonces?

—Yo también sé hacer magia.

—Venga ya.

Aparta el aire de su rostro con un desdén ambiguo, a la vez incrédulo y fingido.

—¿Quieres que te diga cómo lo he hecho? —pregunto con traviesa entonación.

—Por favor.

—Es un truco muy sencillo.

—Dímelo.

Hago una breve pausa para enfatizar el momento.

—Me he metido en el maletero.

—¿Qué?

—He aparcado el coche en el lugar de costumbre, te he dejado la nota y me he metido en el maletero, bloqueando el cierre. Sencillo, ¿verdad?

Se lleva las manos a la cara, como si quisiera cubrirse con un antifaz de dedos y uñas, y vuelca la cabeza hacia delante, permitiendo que sus cabellos queden suspendidos ante ella. No comprendo lo que le ocurre hasta que no recupera la verticalidad y se retira las manos del rostro. Se está partiendo de

risa. De verdad, a carcajada limpia, sin trucos, y es la primera vez que lo hace ante mí con esa intensidad, lo que curiosa y paradójicamente me sume en una sobria seriedad.

—Así que —dice con un hilo de voz mientras trata de recomponerse—, fuera donde fuera tú ibas conmigo...

Asiento.

—... no me hubiera equivocado nunca.

Niego.

—Si lo llego a saber —prosigue aún riendo—, con el mal rato que he pasado pensando hacia dónde dirigirme.

Enarco las cejas.

—Habrás pasado mucha calor ahí dentro, ¿no?

Inclino la cabeza. Ni sí ni no.

—E incluso te habrás dado algún coscorrón en alguna curva.

Le enseño tres dedos levantados.

—Lo siento mucho, y menos mal que ningún auto me ha chocado por detrás...

Afirmo repetidamente...

—... o que no me han parado los motoristas y me han hecho abrir el maletero...

No puede acabar la frase. La risa se lo impide de nuevo, esta vez acompañada de soberbios lagrimones que escapan de la gravedad y manan de sus agujeros negros. Da un paso hacia mí y se agarra a mi brazo. Es un gesto instintivo para no caerse, o tal vez no.

—Perdona —acierta a decir mientras se recupera—, hacía tanto tiempo que no me reía así...

Sonrío.

—... que me duele hasta la barriga.

El alma, pienso.

—Qué ocurrencia —dice cabeceando ya más tranquila—. Estás como una cabra.

—Ahora soy una cabra —respondo convencido—, pero durante años me he comportado como una oveja.

Me mira con el ceño fruncido durante un par de segundos, e inmediatamente me lanza una pedorreta de risa a la cara. Son los efectos del shock postraumático, que aún le duran. Cualquier cosa que diga, por muy

seria o banal que sea, le va a hacer gracia.

—Será mejor que nos vayamos —digo.

—Perdona, no quería reírme tanto.

—La risa es así —la disculpo—, espontánea, impredecible. No tienes por qué avergonzarte.

Montamos en el coche y el ataque cesa. Salimos de la plaza con intención de conducir por la ciudad, entre semáforos y cedas el paso. Le doy cuatro consejos y me recuesto cómodamente en el diván del copiloto.

—Hoy he soñado contigo —le confieso.

Ella no contesta. Tampoco me mira. Será mejor que continúe hablando antes de que se imagine lo que no es.

—Ha sido una pesadilla, ¿sabes?

Percibo que se extraña, pero sigue muda.

—Me daba cuenta de que en realidad no siento nada por ti y tan sólo te deseo como un trofeo inalcanzable. Un regalo para un cincuentón canoso y resabiado que recuerda todo lo que ha vivido y ha vivido más que de lo que es capaz de recordar. Una razón para seguir viviendo, una vivencia para seguir recordando. Un ideal de amor, pero no un amor de verdad. No sé si me explico.

—A ver si vas a tener que comerte uno de esos churros que llevas en el maletero —dice con irónica hosquedad—. Podías haber aprovechao mientras estabas escondido.

Esa actitud hace que los murciélagos del alma dejen de batir sus alas. Ignoro si han desaparecido o tan sólo se han posado en las paredes de mi estómago esperando el momento de volver a torturarme. Si Estrella me responde así de enfadada es porque cree que me estoy retractando. Y, si eso le disgusta, es porque le agradó más mi declaración de ayer.

—No necesito comer ningún churro —declaro haciéndome el ofendido—. Era sólo un mal sueño. Lo he comprendido cuando al salir del maletero te he visto ante mí, muda y sorprendida, fascinada y escéptica. Lo he comprendido cuando te he visto reír.

Ahora sí me mira, aunque fugazmente, porque en ese momento el semáforo se pone verde. Y por la manera de arrancar y cambiarse de carril, sé que le gusta lo que digo. A estas alturas ya ha aprendido a expresarse a través del doscientos veinte caballos. Estrella es políglota. El resto del paseo transcurre en silencio. Mejor. Las palabras son a veces difíciles de digerir y

requieren grandes dosis de silencio para volver a la memoria y ser por fin digeridas. Mi discurso es una pesada comilona para el alma que lo ingiere. Ha llegado el momento de separarnos hasta el lunes siguiente. Estrella detiene el coche en el lugar de costumbre, pero en vez de abrir la puerta y salir deprisa, como suele hacer, se vuelve hacia mí. Los rayos fotónicos de sus ojos me paralizan, maniatan y amordazan. Parezco un terrícola a punto de ser abducido por una alienígena. Si tuviera que elegir una forma de morir, elegiría ésta: en estado de indefensión frente a una mujer hermosa de ojos oscuros.

—Tenías razón —me dice.

Y se apea del coche. El efecto de los rayos fotónicos me impide reaccionar a tiempo, y cuando consigo hacerlo ya está fuera de mi alcance. ¿En qué? ¿En qué tenía (tengo) razón? ¿A qué se refiere? ¿A mi sueño? ¿A mis temores de amarla como un premio? ¿A considerarla un ideal de mujer en lugar de una mujer de verdad? ¿Ha sido acaso una reacción provocada por los churros con mostaza de Milagros? No sé qué pensar. Lo único que sé es que no puedo esperar hasta el próximo lunes para resolver este nuevo acertijo del cuento.

Paso el resto del día y el siguiente en un estado de introspección desconocido, casi mudo, tratando de digerir las dos palabras que ha pronunciado Estrella. Pese a su brevedad, me han sentado peor que un discurso de ingreso en una real academia de varias horas de duración. No son los significantes los que me resultan indigestos. Son los significados. Por eso dos palabras pueden ser más pesadas para el alma que una homilía en latín.

Me sumerjo en el trabajo tratando de buscar la salida en esos laberintos de filas y columnas que hay sobre mi mesa, hojas de cálculo que arrojan saldos en dos colores, cierres de cajas, cifras de venta, inventarios y presupuestos. Trabajo que he ido dejando pendiente para salir con Estrella y que ahora me sirve para sobrevivir a su temporal ausencia. Trato igualmente de pensar en Gus. Intento averiguar cuáles son mis opciones para reconducirlo por el buen camino, y si hay alguna posibilidad de que al menos una de ellas no me obligue a hablar con Claudia. No recuerdo la última vez que lo hice. Quizá debería hacerle una presentación por ordenador para proyectar en la pared del salón, algo vistoso que reclame su atención y le haga comprender hasta qué punto somos culpables de tener un hijo que se prostituye por dinero.

O tal vez debería olvidarme de Gus y centrarme en Carol, ahora que todavía se encuentra a este lado de la moral, antes de que sea demasiado tarde también para ella. Tal vez debería juntarlos a todos en la intimidad del núcleo familiar y hacer una confesión general, cada uno purgando sus pecados para poder empezar de nuevo desde la casilla de salida. Tal vez debería acceder a vivir en la dichosa urbanización de Rebeca, Kitty y su estúpido perrito: resignarme y aceptar esa segunda oportunidad que me ofrecen para rehacer mi hogar. O tal vez debería olvidarme de todo y tratar de follar con Rebeca, que es, pese a mi atracción por Estrella y mis múltiples problemas, lo que me pide el cuerpo, seguramente porque el sexo (como muy bien ha entendido la generación de los homo hedonis a la que pertenece Gus) es un pasatiempo

ideal para compensar los estados carenciales del alma. O tal vez debería ir en busca de Milagros y pedirle unos churros con ketchup, unas hamburguesas con azúcar glasé o unos huevos fritos en chocolate fundido con la esperanza de que me ayuden a resetear mis constantes vitales y me permitan mandarlo todo a la mierda.

Llego a casa sin haber tomado ninguna decisión, en un estado de mutismo cercano al autismo, y sorprendo a los tres miembros de mi núcleo familiar reunidos frente al televisor del salón, circunstancia que era habitual en otro tiempo y que sin embargo no se producía desde hace meses. Inmediatamente despierto de mi letargo y siento que la sangre vuelve a circular por mis venas. Es ahora o nunca. Debo aprovechar el momento. A saber cuándo vamos a coincidir los cuatro juntos en una misma habitación. Y eso que las condiciones no son las óptimas para el diálogo. Gus está tumbado en uno de los sofás con toda su atención concentrada en la película que están viendo, Carol no sólo mira la televisión sino que además lleva puestos los auriculares de su emepetrés y Claudia está dormida en el sillón orejero. Mi primera y más sincera reacción es pasar de largo, prepararme algo de cenar e irme a dormir. La segunda es comprobar que nadie me ha visto entrar, dar media vuelta y huir (chiummm) como alma que lleva el diablo.

—Me alegro de encontraros a todos aquí —digo, sin embargo, accediendo a mi tercera y última reacción—. Tengo algo que comunicaros.

Claudia se despierta sorprendida y consulta el reloj del devedé. Creo que está tratando de discernir si formo parte de un sueño o soy real. Gus me mira de reojo, no se atreve a más, y Carol ni me ha visto ni oído. Tengo que ser directo y claro para aprovechar el factor sorpresa. Si me ando con rodeos les daré la oportunidad de que sean ellos quienes huyan despavoridos.

—Quiero que sepáis —digo colocándome delante del televisor— que he reconsiderado mi postura y no voy a oponerme a la compra de la nueva vivienda.

Claudia se atraganta con su propia saliva. No se lo cree. Ahora sí está segura de que soy parte de un sueño. Gus y (porfín) Carol me miran de arriba abajo con cara de repóker: saben perfectamente que todo tiene un precio, sobre todo las reconsideraciones de posturas paternas.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión? —pregunta Gus.

Creo que sospecha algo de Rebeca. Puede que la lujuria se exprese por medio de algún brillo inédito en los ojos. Y quizá Gus haya leído lujuria en

los míos. O puede que tema que vaya a descubrir su faceta de gigoló delante de su madre y su hermana.

—Los últimos acontecimientos —respondo mirándolo fijamente para resultar lo más amenazador posible.

—¿Qué acontecimientos? —se extraña Claudia.

Gus y yo mantenemos nuestra mirada, cada uno tirando de ella como si fuera una sogá, compitiendo por algo. Tal vez por la verdad.

—La empresa quiere prejubilarme —digo ganando el pulso—. Y nuestros ingresos van a disminuir significativamente.

—¿Cómo? —pregunta Claudia—. ¿Quieres comprar el chalet ahora que vas a ganar menos dinero?

—Quiero cambiar de vida —declaro con rotundidad.

Claudia mira alternativamente a Carol, a Gus y luego a mí. Quizá considere que mudarse a vivir a las afueras no es exactamente una manera de cambiar de vida. Debo sacarla de su error.

—Yo no voy a ir.

Por fin. Por fin lo he dicho, aunque por el momento nadie reacciona a mis palabras. A veces las verdades más crueles provocan los silencios más largos.

—¿Qué estás diciendo? —articula Claudia con sumo cuidado, como si estuviera pronunciando palabras de cristal.

—Quiero el divorcio.

Crash. Conmoción general. Los cristales se han roto. Las sirenas de alarma antiaérea se han activado. Carol hace un mohín de llanto. Gus pone cara de mal rollo y Claudia abre mucho la boca, tanto que le veo un empaste que se le va a caer de un momento a otro.

—Y me lo dices así —replica poniéndose de pie—, de buenas a primeras y delante de los niños.

—Es que también quiero divorciarme de los niños, sobre todo de Gus.

El aludido espira profundamente por la boca, hinchando mucho los mofletes, como quien confirma sus peores pesadillas.

—Tú no estás bien, Ricardo —continúa Claudia.

—Estoy perfectamente.

—Pero si acabas de decir que quieres divorciarte de tu hijo mayor.

—Es que quiero hacerlo.

Claudia sacude la cabeza en busca de la cordura necesaria para

entenderme. Me recuerda a Juanmi después de ducharse.

—No estás casado con él —dice muy seria.

—No quiero entrar en términos jurídicos —contesto sin ganas de discutir—, se diga como se diga quiero vivir otra vida.

Carol se aproxima a mí.

—¿Qué clase de vida?

—No lo sé, cariño —digo acariciando su melena para tranquilizarla—. Sólo sé que no voy a morir más que una vez. Y que no me gusta la vida que llevo. Y que hay otras vidas y por tanto otras muertes posibles.

Creo que, pese al juego de conceptos, es la lección más honesta que le he enseñado jamás, aunque, por la cara que pone, sospecho que Claudia no comparte esta opinión. Gus ha vuelto a sentarse en el sofá, de donde se había levantado fruto de la sorpresa. Puedo leer la gravedad en su rostro. Se siente culpable.

—¿Significa eso que hay alguien que te importa más que tu familia? —pregunta Claudia.

—Supongo que sí.

—¿Tiene nombre?

Asiento. Gus frunce el entrecejo y comienza a decir que no con la cabeza.

—Se llama Ricardo Marco —digo.

Claudia suspira de impaciencia.

—¿Tú? —dice convirtiendo mi nombre en un pronombre—. ¿Te quieres más a ti mismo que a tu propia familia? ¿Qué clase de egoísta eres?

—No quiero que viváis por más tiempo con un tipo que me repulsa incluso a mí —replico tratando de mantener la calma—. Prefiero que nos veamos de vez en cuando y conozcáis una versión mejorada de mí mismo.

Nuevo silencio. Mi discurso es fluido pero contradictorio. Y además no dejo de moverme de un lado para otro, lo que obliga a mi familia a seguirme con la vista como si estuviera escuchando un atropellado parlamento de Groucho Marx.

—Tú eres la única que me conociste de verdad hace años —prosigo, esta vez dirigiéndome a Claudia—, pero los niños no saben de quién estoy hablando. No saben que su padre fue un día un hombre con ideas y principios, con valores y objetivos, un idealista soñador, honesto y coherente.

—Ahora ya lo saben —contesta Claudia.

—No basta con eso —levanto la voz—. No quiero contarles cómo fui. Quiero que lo vean por sí mismos. Quiero ser como fui, maldita sea.

—¿Y para eso necesitas vivir en otro sitio? —Es Carol.

Me acerco a ella.

—Dejé de ser el que era mientras esta familia crecía —le explico—, mientras tu madre y yo íbamos acatando las reglas del juego. Si sigo con vosotros nunca podré rebelarme.

—¿Te vas a rebelar? —Claudia flipa.

—Así es.

—¿Contra qué?

—Contra el sistema.

Si tuviera una cámara de vídeo me grabaría para presentarme a un concurso de caídas, resbalones y tomas falsas.

—¿Contra qué sistema?

—Contra el que me niega mi condición de homo sapiens.

—Coño. —Esta vez es Gus, que no ha podido contenerse.

Me miran los tres como si estuviera rematadamente loco. Claudia da unos pasos hacia la mesita del teléfono. Creo que está pensando en llamar al unounodós y pedir ayuda.

—No sigas diciendo tonterías, por favor —me pide lo más amablemente que puede—. Será mejor que sigamos hablando a solas.

—No quiero hablar contigo a solas. Quiero hablar con los tres. Quiero que vendáis este dúplex y os mudéis a la urbanización de Kitty y Rebeca.

—No podemos comprar esa casa si tú no estás con nosotros.

Afirmo varias veces con la cabeza, como si en lugar de cuello tuviera un muelle.

—Sí, sí podéis —digo—. Contad con el dinero de mi jubilación anticipada, más la pensión que me quede, que os dono íntegramente. Con eso y tu sueldo podréis arreglaros sin problemas, ahora que Gus ya no depende económicamente de nosotros.

Nuevo cruce de miradas. Gus y yo, Carol y Claudia, Claudia y Gus. Balbuceos, dudas. Claudia está a punto de conseguir su sueño. Y por el mismo precio se va a librar de mí, como si estuviera en la semana fantástica de las rebajas.

—¿Y tú de qué vas a vivir?

—No os preocupéis por mí. Tengo un oficio.

—¿Qué oficio?

—Soy un comerciante del mundo de la moda —digo abriendo los brazos, como si los llevara repletos de vestidos de señora—. El hecho de que me jubile no significa que no pueda seguir trabajando.

Las pestañas de Claudia aletean como mariposas excitadas.

—Ricardo —me dice levantando un dedito—, el hecho de jubilarte significa precisamente que no puedes seguir trabajando.

—No, señora —replico (estavezsí) muy airadamente, al borde de la cólera—, tan sólo significa que no puedo seguir teniendo una nómina o cotizando al sistema, nada más. No voy a quedarme sin brazos ni piernas, no voy a quedarme mudo ni tarado mental. Así que pienso seguir trabajando si me sale de los cojones.

Estoy tumbado en la cama, mirando por la ventana, contemplando las estrellas que se enmarcan en su vano, cientos de faros en el océano estelar iluminando a los náufragos del tiempo como yo. Acabo de traspasar el punto de no retorno. Como los aviones militares en misión de combate, ya no puedo dar marcha atrás. Es inútil tratar de lamentarse o vanagloriarse por lo sucedido. No se puede cambiar el pasado. Sólo el futuro. Por eso uno debe ser dueño de sus actos, porque sólo podemos cambiar el futuro si al menos dominamos el presente. Ignoro si me explico. Lo que quiero decir es que, por primera vez desde hace años, me siento el dueño de mi destino. Y ser dueño de mi destino me hace libre. Como un náufrago.

Me he desprendido del lastre que me mantenía encadenado al orden establecido: mi familia. Esa célula de convivencia diseñada estratégicamente por el sistema para sus propios fines, esa cárcel que nos confisca la libertad personal y nos convierte en eslabones de la cadena que nos aprisiona. He renunciado a mis hijos, mi esposa, mi hogar, mi indemnización laboral, mi pensión de jubilación y hasta mi derecho a voto. No tengo nada, soy un vagabundo errático, un sintecho, un homo sapiens (porfín). Ya no tengo deneí, ni número de alta en la Seguridad Social, ni primera residencia, ni segunda, ni carné de socio del club de tenis, ni siquiera cuenta corriente en el banco. Renuncio a todo, menos a mi nombre, porque las cosas que no tienen nombre no existen. Y yo no tengo, pero soy.

Vivo con Juanmi, en su piso de la plaza, en el portal que hay entre el de Fidelio y el del tío Jaulín. Me ha dejado un cuarto, seis metros cuadrados con una cama, tres mesillas, dos armarios y una ventana. Lo más parecido que conozco a la celda de una prisión y, sin embargo, me siento más libre que si estuviera acampado en una hermosa pradera, en plena naturaleza. Juanmi duerme en la habitación de al lado, roncando como un león, ajeno a mi insomnio.

Esta tarde he ido a ver a Fidelio para que supiera que ya he cumplido el primero de los requisitos que me impuso. No ha sonreído ni se ha alegrado, quizá porque en el fondo esperaba que todo fuera un simple juego y se quedara en nada. La entereza de mi voluntad lo inquieta porque me cree capaz de todo, hasta de lo imposible. Pensaba buscar un hotel para pasar la noche pero Juanmi se ha enterado de lo ocurrido y me ha ofrecido su casa. A Fidelio no le ha gustado la idea y ha estado a punto de decir que no, al fin, pero ni siquiera esta vez ha sido capaz de hacerlo.

La casa de Juanmi es digna de aparecer en un reportaje especial de la revista *Mobilia*, en la sección de curiosidades. Está llena de antigüedades, algunas rotas y herrumbrosas, pero otras de cierto valor. Juanmi no se dedica a la moda femenina sino a comprar y vender arcones de madera, mesas de escritorio, butacones, alacenas y todo tipo de enseres y accesorios domésticos como candelabros, jarrones, tinteros o relojes. No dispone de más almacén que los sesenta metros cuadrados de su piso, así que es fácil suponer cómo está el pasillo, la cocina, el baño, el comedor y los dos dormitorios. Son los lugares más profusamente amueblados y decorados que he visto en mi vida, hasta el punto de que de una misma alcayata penden tres y cuatro cuadros, uno sobre el otro. Las alacenas están llenas de palmatorias, lámparas de aceite, planchas de hierro, marcos de fotos, radios antiguas, joyeros vacíos y todo tipo de material de escritura. Y puedo asegurar que vivir en un lugar repleto de objetos antiguos es como hacer un viaje en el tiempo, así que no podría estar más desubicado: sin hogar, sin familia, sin pasado y habitando en una casa de otra época.

Es inútil. No puedo dormir, lo que no tiene nada de extraordinario porque esta noche es como un amanecer para mí. Y soy incapaz de dormir cuando es de día. Me levanto y me acodo sobre el quicio de la ventana. La plaza está desierta. No muy lejos duermen Estrella y Gabino. Y el tío Jaulín. Y Milagros. Y Onofre. Y el abuelo Telele. Y mientras velo su sueño, admirando la oscuridad del firmamento, pienso que, pese a sus múltiples carencias e imperfecciones, éste es el lugar donde quiero vivir por la sencilla razón de que es aquí donde me siento vivo.

Al cabo de las horas, el amanecer anega las estrellas y el sol se anuncia por oriente. Me encamino a la ducha y compruebo que dentro de la bañera hay una armadura de tamaño natural digna de un caballero feudal. Por un momento siento el impulso de ponérmela y empezar a preparar el último

requisito de Fidelio, pero opto por sacarla de la bañera y apoyarla en el lavabo para poder ducharme, con la esperanza de que el agua impactando sobre mis párpados me ayude a despertar de este sueño de vigilia. No es aún mediodía cuando paso por la pajarera del tío Jaulín para contarle lo sucedido. Me escucha con atención y se ve obligado a sentarse como la última vez. No sé si las fuerzas lo abandonan o mi discurso lo abruma. Puede que las dos cosas.

—Yo sólo pretendía que hablara con mi hija pa que no acatara tan ciegamente la voluntad de su cuñado —dice mirando al suelo—. No pa que dejara usted a su familia y renunciara a toda su vida.

Debo tranquilizarlo poniéndole una mano sobre el hombro.

—Soy dueño de mis actos, tío Jaulín —le digo—. Y asumo todas las consecuencias.

—Pero me siento culpable.

—Usted me ha dado la oportunidad de liberarme. Y por ello le doy las gracias.

—No me dé las gracias tan pronto —contesta derrotado—. Puede que algún día se arrepienta de su decisión.

—Es posible —admito retirando la mano—, pero también me habría arrepentido de no tomarla. No tomar una decisión es una forma de decidir.

—¿Aún quiere usted hablar con Pascasio el Telele? —me pregunta el tío Jaulín.

Asiento.

—Fidelio me ha concertado una entrevista con él el sábado por la mañana.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Muy sencillo —le explico—. Me he aprovechado de él. Sigue siendo incapaz de decir que no a nada ni nadie.

—¿Y Onofre?

—A Onofre lo dejo para el final.

—Tenga cuidao.

—No se preocupe —bromeo—. Juanmi tiene una armadura en la bañera. Y parece de mi talla.

Hace intención de reírse pero no puede. Una tos se intercala entre la carcajada y la sonrisa. Le ayudo a ponerse de pie y lo sostengo mientras hace una larga inspiración.

—Le voy a dar un consejo —dice cuando se recupera—. No quiera usted liberarse de sí mismo. Es la huida más chunga que puede hacer un ser humano.

—No se apure —vuelvo a tranquilizarlo—, tan sólo quiero liberarme del sistema.

Frunce el ceño.

—¿De qué sistema?

Todo el mundo me hace la misma pregunta.

—Del sistema que anula nuestro legítimo derecho de pelear por la vida y nos estandariza mediante las leyes, las modas y los medios de comunicación.

—Ya comprendo —remata el tío Jaulín—. Se está usted rebelando contra el estado del bienestar.

Exactamente, pienso. Una vez más la certera puntería del anciano ha dado en el blanco de las palabras. El sistema ya existe, ya tiene nombre y ha dejado de ser un estado paranoico de mi mente. El sistema es el estado de bienestar, el caldo de cultivo idóneo para provocar depresiones, frustraciones y carencias emocionales en unos individuos que durante miles de años han tenido que luchar por su supervivencia como el resto de los seres vivos.

Acompaño al tío Jaulín a la plaza, donde tiene que hacerse cargo de su nieto. El niño conduce la bici que le regalé y demuestra que ha aprendido a mantenerse sobre dos ruedas. Le aplaudo. Me siento orgulloso. Ha sido capaz de sacarle partido a un bien de consumo que llevaba varios años de inexistencia en mi trastero. Eso también es (enciertomodo) rebelarse contra el sistema. Estrella acude en busca de su hijo a la hora de comer. Como es natural, no se extraña al verme allí. A estas horas todo el mundo en la plaza sabe que me he instalado en el piso de Juanmi. Antes de que se marche, le hablo un momento a solas.

—¿En qué tenía razón? —le pregunto.

No se hace la sorprendida ni la olvidadiza. Estrella no sabe actuar, no es una actriz de la vida (una Barbie sonrisas) como la mayoría de las mujeres que conozco.

—En que te he considerao un tipo maduro, casao, amigo de mi padre, coleguilla de aventuras del Fidelio y profesor de autoescuela con coche propio —recita demostrando tener muy buena memoria—. Y en que no te he dao ninguna oportunidadá como hombre.

Confirmado. Los churros de Milagros están funcionando.

Gracias a la subjetividad con que percibimos el tiempo, siento que estoy viviendo un punto de inflexión en mi vida. Lo sé porque transcurre despacio. Los segundos y los minutos se elevan a la categoría de horas y éstas a la de días, y así sucesivamente hasta descalabrar su orden jerárquico y castrense. Puede que sea capaz de resumir una década de mi vida en dos frases, pero necesitaré varios párrafos para describir estas horas. Es una cuestión de intensidad en lugar de extensión. Y confieso que prefiero vivir así un solo día de mi vida que una eternidad tal como vivía antes, lo que me conduce a pensar que la eternidad no es una medida del tiempo sino de la densidad con que vivimos el tiempo. Vivir eternamente no significa vivir para siempre sino vivir intensamente. Y no es que pretenda ser inmortal (nimuchomenos), aunque sí aspiro a la eternidad. Deseo morir pero habiendo vivido tanto que desee hacerlo. Quiero morir por una sobredosis de vida.

No tengo nada que hacer hasta el sábado. De buena gana me iría a buscar a Estrella para dar un paseo en coche hasta que anochezca, o me bajaría a la plaza a jugar a la pelota con Gabino, pero Juanmi me ha recomendado que vaya apareciendo en público poco a poco, como si mi presencia física fuera un poderoso medicamento capaz de curar en pequeñas dosis y envenenar en caso de abuso. No creo que semejante idea sea suya. Más bien parece de Fidelio, quien me rehúye sin disimulos desde que estoy aquí, supongo que porque sabe que voy a seguir pidiéndole favores, intervenciones y recados. Y él no va a poder ni saber negarse.

Sin nada mejor que hacer, me entretengo poniendo orden en la que por el momento es mi casa. Es tal el desorden reinante que parezco un demiurgo ante la titánica tarea de crear armonía partiendo de un caos. Presumo que este deseo de armonizar el hogar es uno de los defectos adquiridos durante mi convivencia con Claudia. No importa. Tampoco esperaba cambiar por completo en unas pocas horas. Voy clasificando los objetos y los guardo por tamaños, los pequeños en cajones y los medianos en los bajos de las alacenas.

Y alineo los muebles contra las paredes de forma que se pueda transitar por la casa sin dificultades. Entre otros objetos curiosos encuentro unas viejas y pesadas raquetas de tenis hechas de madera y, sin poder evitarlo, practico el swing de mi revés a dos manos, un golpe tantas veces ensayado en la cautividad de la cancha de tenis, ahora por fin ejecutado en la libertad de un piso de sesenta metros cuadrados. Y sin pelota.

Juanmi se enfada en cuanto llega. Ahora ya no sabe dónde están sus cosas. Su desorden era sólo estético, pero respondía a un orden interno que sólo él conocía. Me siento como la patrona de Sherlock Holmes cuando es abroncada por limpiar los expedientes de su mesa de trabajo y borrar así la capa de polvo que los data y (por tanto) ordena cronológicamente. No sé cómo puedo compensarle. He cometido un acto de terrorismo doméstico parecido al que cometía Claudia cuando cambiaba los sillones del dormitorio o las cortinas del salón sin consultarme. Y además soy incapaz de volver a colocarlo todo tal como estaba, así que me paso un buen rato explicándole a Juanmi mis criterios de ordenación.

—Te perdono con una condición —me dice.

—Tú dirás.

—Que me invites a cenar.

—Te invito con una condición —le digo.

—Cuála.

—Que convenzas a Fidelio de que nos acompañe.

—Lo intento con una condición —vuelve a decirme.

—Qué.

—Que mañana me ayudes a montar el puesto del mercadillo.

—Lo haré con una condición —replico ya entre risas.

—Joder.

—Que esta noche no me lleves a casa de Luz.

—Vale.

La nuestra es una relación condicionada, no cabe duda, pero sincera y resuelta a la cara. Cuarenta y cinco minutos después nos encontramos los tres ante el mostrador del buffet libre. Nos servimos. Lasaña, espaguetis carbonara, albóndigas con tomate, croquetas de pescado, huevos rellenos y una ensalada para Juanmi que, además de dos trozos de tomate, contiene medio pollo asado con patatas y pimientos fritos.

Comemos sin mirarnos, concentrados, aparentemente ajenos unos de

otros pero conservando la intimidad que nos une, como un matrimonio de muchos años cenando ante el televisor. Fidelio mastica deprisa y se zampa su bandeja en un periquete. Se levanta y la trae nuevamente llena. Vuelve a masticar con rabia, como un poseso. Es un mensaje dirigido a mí. Significa: si pudiera te arrancarí­a la cabeza y me comerí­a tus sesos con la misma fruici3n que estas hamburguesas con cebolla.

—¿No vas a decirme nada? —le recrimino cuando termino mi bandeja.

—Sírrete el postre —contesta mirando al mostrador—. Aún quedan esas apestosas boñigas de caballo que tanto te gustan.

El simple hecho de que se refiera a las bolas de estrachatela en esos términos corrobora mi suposici3n.

—Será mejor que me lo digas —prosigo aprovechando que Juanmi se ha levantado en busca de más ensalada—, de lo contrario te va a sentar mal la cena.

—No me digas lo que tengo que decirte —replica.

—No sé lo que quieres decirme —contrarreplico—. Sólo pretendo que, sea lo que sea, me lo digas ya.

—Onofre me ha vuelto a dar un reca3 pa ti —dice sosteniéndome la mirada—, ¿quieres que te lo diga?

—¿Quieres hacerlo?

—No me hables como un puto loquero —dice señalándome con el dedo lleno de mostaza.

—Sólo quiero saber si de una santa vez has vencido tus miedos y te has negado a ser el mensajero de tu hermano.

—¿Y tú qué cojones te sabes de mis miedos? —me interroga con las cejas—. Eres un presunto oso. Te crees seńor y dueńo de la verdad. ¿Y sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque te educaron pa estar siempre en el bando de los buenos.

No entiendo por qué me dice eso.

—No te entiendo —digo.

—Es muy fácil —argumenta—. Tú vas al cine y si echan *Fort Apache* vas con los yanquis pero si ponen *Bailando con lobos* vas con los indios, ¿no es así­n?

Estoy perplejo. Y se me nota. Es la primera vez que Fidelio habla en sentido figurado. Juanmi vuelve con su ensalada, esta vez compuesta por

cogollos de lechuga con ternera a la jardinera, y nos hace un gesto como diciendo que sigamos hablando, que él va a lo suyo.

—Eres injusto —sentencio mirando a Fidelio—. Me juzgas desde la inacción y la rutina. Y te recuerdo que el que ha roto con su mundo soy yo.

—¿Por cuánto tiempo? —me reta.

—Para siempre.

—¿No será mucho? —interviene Juanmi.

—Eres un hamburguesao —prosigue Fidelio—, reconócelo de una puta vez. Seguro que hasta hace cuatro días mandabas a la mierda a los que no éramos de tu clase. Ahora nos ves con mejores ojos porque estás más quemao que las tripas de la Charito. Antes ibas con los yanquis, pero como te han dao por el culo, te has pasao al bando de los indios. —Hace una pausa, quizá para respirar—. Será mejor que no lo niegues.

—No lo niego —digo admitiéndolo—. Tienes razón. Y si los indios, con el tiempo, también me dan por el culo, me iré a vivir a una cabaña abandonada en las Montañas Rocosas y me alimentaré de bayas e insectos.

—Como el abuelo de Heidi —vuelve a intervenir el inoportuno Juanmi.

—El abuelo de Heidi —replico de forma airada, casi gritando— vivía en los Alpes Suizos y comía queso de cabra.

—Los indios sólo castigan a los traidores y a los renegaos —añade Fidelio—. Tú ya eres un renegao de tu mundo, ¿por qué no ibas a serlo también del nuestro?

—Dame al menos la oportunidad de pertenecer a él —le pido con los brazos abiertos—. Me estás fusilando antes de haberme capturado.

—¿Qué oportunidadá quieres? —Fidelio también se está cabreando—. Ya estás viviendo en casa del Juanmi, puedes ser uno de los nuestros si es lo que quieres. Pero eso no es suficiente, además quieres quedarte con la viuda de mi hermano y la madre de mi sobrino.

—¿Las dos a la vez? —tercia nuevamente Juanmi.

—Por eso mismo deberías alegrarte —contraataco—. Me conoces de sobra, somos amigos. Es cierto que soy un renegado, lo soy, sí, pero un renegado de la mentira, lo que me convierte en un paladín de la verdad, ¿entiendes?

—Lo que hay que oír —suspira Fidelio.

Y tiene razón. Espero que mis biógrafos no pasen por alto esta frase.

—Estoy hecho de una pieza —añado—, y lo único que quiero es hacer

feliz a tu cuñada y a tu sobrino. ¿Qué más puedes pedir? ¿Preferirías que Estrella se liara con Juanmi, por ejemplo? Contesta. ¿Lo preferirías?

El aludido levanta las manos en señal de inocencia.

—Eh, eh, tranquilos —dice con la boca llena de comida—, que yo estoy aquí comiéndome pacíficamente mi ensaladita, no vayamos a liarla.

—Ya está bastante liada, no te preocupes —sigo encarándome con Fidelio—. ¿O preferirías que Estrella siguiera siendo una viuda solitaria, ahora que precisamente va a quedarse más sola que nunca?

Mierda y más mierda, pienso, las palabras han llamado a más y más palabras hasta que han sido dichas las impronunciables, como siempre que se abusa de ellas.

—¿Qué quieres decir? —me interroga Fidelio.

Juanmi también ha dejado de comer y me mira extrañado. Es inútil tratar de negar la evidencia. No serviría más que para empeorar las cosas.

—El tío Jaulín se está muriendo.

—¿Qué le pasa? —pregunta Juanmi.

—Tiene un cáncer.

—¿Y tú cómo cojones lo sabes? —replica Fidelio con cierto desprecio.

—Él mismo me lo ha contado, pero es un secreto. Nadie más lo sabe.

—El tío Jaulín no sabe leer —argumenta Fidelio, negando con la cabeza—. Es imposible que nos haya ocultao su enfermedad. No ha podido ir a las consultas de los médicos ni hacerse las pruebas él solo.

—Le ha ayudado tu sobrino Gabino.

Fidelio hace un gesto de incompreensión

—No digas gilipollecés —exclama—. Mi sobrino Gabino tiene seis años.

—Pero sabe leer.

Entonces se calla. Sabe que está acorralado y debe aceptar la verdad. Rechaza la bandeja con un gesto de desgana. Ha perdido el apetito.

—Hay que decírselo al abuelo —piensa en voz alta—, y también a Estrella.

—No hay que decirle nada a nadie —niego con firmeza—. Es la voluntad del tío Jaulín, ¿está claro?

Cualquiera en el lugar de Fidelio me tataría la boca de un manotazo. ¿Quién soy yo para darle órdenes en lo concerniente a su familia? Pero él sigue siendo un contumaz afirmador, aunque sea callando y otorgando.

—Y sobre todo —continúo—, no debes decirle nada a Onofre. O mejor dicho, dile de mi parte que he recibido su mensaje.

—Pero si no te lo he dicho.

—Es igual. Sé cuál es y deseo contestarle. Dile que ya he cumplido el primer requisito para conseguir a Estrella. Dile también que el sábado cumpliré el segundo. Y que cuando y donde quiera resolveremos el tercero.

—¿De qué habla? —pregunta Juanmi mirando a Fidelio.

Este último resopla y mueve la cabeza como un caballo cansado.

—De lo que no entiende —responde malhumorado—. Se cree que la vida es como las novelas, o las películas. Chico conoce chica, chica quiere aprender a conducir, chico le enseña, chica se lo agradece, chico se hace ilusiones, chica no le hace ni puto caso y chico la caga bien cagada.

—Te equivocas —le corrijo señalándolo con un dedo—. Chica sí le hace caso, chico habla con abuelo, chico pelea con cuñado y chico consigue a chica.

—Ya —replica Fidelio a continuación—, y a chico le dan una pensión de jubilación como recompensa.

—Y amigo de chico —contrarreplico— aprende de una puta vez a decirle que no a su hermano.

—Y chico se da tinte en el pelo pa disimular las canas y se hace un rafting pa estirar la piel de su cuello.

—Y amigo de chico se compra un diccionario para aprender a hablar correctamente de una jodida vez.

—Y chico recibe otro puñetazo en la jeta y tiene que volver a ponerse sus apestosos calcetines en las napias.

—¿Los calcetines dónde...? —se sorprende Juanmi, que asiste a la escena como si estuviera en la grada principal de una cancha de tenis, pero sin dejar de engullir.

—Y amigo de amigo de chico —le recrimino por la interrupción— deja de llamar ensaladas a sus comilonas y acepta de una vez que le gusta comer como un cerdo.

Nuevamente el insomnio, la ventana, las estrellas, la plaza vacía y los ronquidos de Juanmi. Y mi cabeza orbitando sobre mis hombros, como la luna que veo en el cielo invisible. Fidelio me rechaza. Para él sólo soy un turista caprichoso en busca de aventura, con mi pulserita en la muñeca para poder tomar consumiciones en el bar del hotel y apuntarme a las excursiones por los alrededores. No me toma en serio. Soy demasiado viejo y demasiado distinto para que lo haga. Es un rechazo doble: por clasismo y diferencia de edad.

Tal vez esté en lo cierto. ¿No seré acaso (como parezco) un cincuentón en el ocaso de su madurez resistiéndose a cruzar el umbral que separa la segunda de la tercera edad? ¿No estaré tratando de demostrarme que sigo siendo un hombre joven, como hacen tantos y tantos cincuentones que se separan de sus legítimas esposas para iniciar una nueva vida junto a muchachas que les devuelvan la juventud?

No. No estoy librando una batalla contra mí mismo, no pretendo rejuvenecer ni evitar las miserias (y los privilegios) de hacerme mayor. Mi lucha es legítima. Soy un militante del individualismo y la dignidad, del derecho a la supervivencia y a la muerte. Y el hecho de que me haya divorciado de mi mundo y me encuentre aquí acodado, exiliado en este reducto todavía libre y digno, prueba que soy un militante coherente y activo. Pero nada tendría sentido si no fuera por Estrella.

Supongo que todas las revoluciones, las guerras y conquistas de la humanidad se han basado en los sentimientos y/o las necesidades. No en las ideas. Yo me he rebelado contra el estado del bienestar, pero estoy en esta plaza porque me he enamorado de Estrella. De lo contrario habría optado por el cinismo y la ironía, la frustración y el desprecio. Me habría aplicado un factor alto de protección sobre la piel sin tener que haber llegado al divorcio, el abandono del hogar, la renuncia a los bienes terrenales y la lucha armada.

A última hora de la noche, cuando las estrellas están a punto de desaparecer, el sueño me vence. Y justo cuando más plácidamente duermo, Juanmi me despierta dándome bofetadas en la cara, como si en lugar de dormido estuviera borracho.

—Eh, tío —me dice—, que ya son las siete.

Para quien no conozca a Juanmi y no haya tenido el privilegio de que le haya despertado nunca, diré que es toda una experiencia. Algo así como si el mismísimo hombre de Neandertal resucitara de su extinción y acudiera a la cabecera de tu cama. Greñas, mal aliento, el cuerpo sudado y peludo, los ojos pequeños, los calzoncillos grandes, las piernas delgadas, las uñas de los pies largas y una enorme y absurda sonrisa en la boca que muestra, además de la cordialidad que le caracteriza, su grado de intoxicación de nicotina y un par de restos de lechuga de su última ensalada.

No me permite ducharme. Vamos mal de tiempo. Cargamos la furgoneta con notorias dificultades, más que nada porque tenemos que bajar por las escaleras dos alacenas, un armario, un arcón y varias bolsas y cajas llenas de trastos pequeños. Trabajar con muebles viejos es lo más parecido que existe a mudarse de casa, puedo asegurarlo. Llegamos al mercadillo pasadas las ocho de la mañana. Estoy de nuevo en el principio, en el lugar que me permitió descubrir que hay otros mundos. Lo que he vivido desde entonces ha tenido una inconfundible forma circular. El puesto de Estrella está en la otra punta del recinto, al otro extremo del diámetro de la circunferencia. Juanmi tiene asignado un lugar frente a la sección de frutas y verduras, junto a otros dos chamarileros como él. Y detrás, no muy lejos, se levanta el edificio de los grandesalmacenes, el otro mundo, el cuadrado.

Descargamos la furgoneta y exponemos los muebles y las antiguallas sobre el asfalto. Nuestro puesto no tiene hierros ni lonas para dar sombra como los de ropa, pero cuenta al menos con un par de sillones orejeros que no por antiguos dejan de ser cómodos. Nos sentamos a descansar. Pronto llegan los primeros curiosos y Juanmi se levanta a atenderlos. Pasado un rato propongo comer algo y me ofrezco voluntario para ir en busca del almuerzo. Es algo que he soñado hacer desde que vine por primera vez al mercadillo: acudir al bar ambulante de Milagros no en calidad de turista accidental, sino como miembro de este tinglado comercial digno de ser declarado patrimonio

de la humanidad. Milagros tampoco se sorprende al verme. Aquí la gente es de verdad, no muñecos de congomattel. Su sonrisa me inflama y me provoca otra por respuesta.

—¿Funcionaron los churros? —me pregunta en voz baja.

—Claro que sí.

—¿Y ahora qué necesitas?

—De momento un simple par de bocadillos.

—Entiendo —se resigna—. Comida pa alimentar el cuerpo, no el alma.

—Exacto. Para mí uno de beicon con queso y para Juanmi uno vegetal con huevo duro, lechuga, tomate y a ser posible un par de lonchas de jamón serrano.

—Vale.

La retengo un momento con la mirada.

—Pero quiero que vayas pensando en algo especial —digo.

Y, tal como esperaba, sus ojos brillan de excitación.

—Necesito algo que calme los nervios sin trabar la lengua, que ilumine el cerebro sin producir euforia, que ayude a elegir las palabras y los silencios, que evite meteduras graves de pata, deponga actitudes negativas y dé valor, mucho valor.

—Ya —dice sin ambages—. Es pa tu entrevista con el abuelo Telele, ¿no?

Afirmo con las cejas levantadas y los labios pegados.

—Nunca me han pedido ná tan difícil —dice pensando en voz alta—. Lo mío han sido siempre los elisires del amor y la energía.

—Entonces seré tu conejo de indias.

—No sé si deberías correr ese riesgo.

—El riesgo que no debo correr es ir a ver a ese hombre tal como estoy.

—¿No crees en ti mismo?

—Soy nuevo, Milagros. Me muevo con una ele pegada en la espalda, como los conductores novatos. Desconozco el alcance de mis nuevas reacciones.

Ríe mi broma, aunque dudo que la comprenda al cien por cien. Y se queda pensativa mientras introduce tres filetes de beicon y otros tantos de queso en media barra de pan.

—¿Te gustan los garbanzos? —me pregunta mientras va rellenando la otra media barra con los ingredientes del vegetal de Juanmi.

—Sí, pero la entrevista es por la mañana.

—Eso no importa —contesta todavía pensativa—. Necesito que sea un guiso de los que se hacen a fuego lento porque hay que usar muchos ingredientes, y los garbanzos absorben muy bien sus propiedades y su sabor. ¿O prefieres judías?

—Me da igual —me resigno—. No suelo almorzar legumbre.

—Pues mañana lo harás —sentencia ella—. Te espero a primera hora.

—¿Tan pronto?

—Si vienes más tarde no notarás los efectos durante la entrevista.

Y me tiende la bolsa en la que ha metido los dos bocadillos y dos latas de cerveza. Pago y me dispongo a regresar junto a Juanmi, no sin antes echar una mirada hacia el puesto de Estrella con la esperanza de verla. Y aceptando además el riesgo de encontrarme con Onofre, pero no tengo suerte (ni para una cosa ni para otra). Durante el camino de vuelta percibo que soy el centro de atención del mercadillo, clientes excluidos. Me siento como una valiosa y exótica mercancía que estuviera a la venta.

Llego al puesto y dejo los bocadillos sobre uno de los sillones. Juanmi está hablando con quien parece ser una clienta, porque no creo que ninguna de sus primas lleve tanta silicona en las tetas. Demonios. ¿Qué estoy diciendo? Si es Rebeca en persona, sin duda ejerciendo el papel de mensajera de mi esposa. Me dirijo a ella con la mirada decidida pero el paso renqueante. Yo no sé qué tiene esta mujer para producirme estas dolorosas e incómodas erecciones de cuadrúpedo.

—¿Qué haces aquí? —le digo.

La pregunta carece de originalidad pero es básicamente lo que quiero saber.

—Hola, Ricardo —se hace la sorprendida—. He venido a dar una vuelta para ver si encuentro algún objeto de valor entre tanta baratija.

Bonita antítesis.

—No me hagas perder el tiempo —replico sin contemplaciones—. Está claro que te manda Claudia. ¿Qué quieres?

—¿Podemos hablar a solas?

Tampoco una frase original pero ciertamente necesaria, considerando que a estas alturas Juanmi no sólo permanece entre nosotros, sino que ha empezado a mirarle descaradamente el escote. Nos dirigimos hacia el fondo

del mercadillo y nos detenemos para poder hablar entre dos coches. Parecemos dos mafiosos (o dos amantes, maldita erección) huyendo de miradas indiscretas.

—¿Qué? —me encaro con ella.

—Claudia está muy mal.

—Seguro.

—En serio. No entiende lo que te pasa y está muy confundida. Cree que tienes una amante. ¿Es así?

Me dan ganas de mandarla a la mierda.

—Hasta mañana no lo sabré.

—¿Perdona? —se extraña.

—Lo que oyes, ahora mismo no tengo ninguna amante, pero mañana, después de comer unos garbanzos, puede que la tenga.

Mi parlamento, aviesamente condimentado con el plato de Milagros, la descoloca y paraliza. Tal vez esté realmente loco, parece pensar. Luego sonrío y tuerce la cabeza (graciosamente, por qué no reconocerlo), como dando a entender que ha comprendido mi tono sarcástico.

—No vas a hablarme en serio, ¿no es así?

—Te estoy hablando muy en serio.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte a comprender que lo que has hecho no está bien? Piensa en tus hijos.

Tantas palabras en sus labios de silicona se acumulan en mis oídos. No alcanzo a comprender quién se cree que es esta Barbie disfrazada de Miguel Strogoff.

—¿Vienes a hablarme de mis hijos? —le digo elevando la mirada desde el suelo a sus ojos, pasando por sus piernas y su busto—. ¿Tú? ¿La que se acuesta con Gus? ¿La que está pervirtiendo a un joven que podría ser su hijo?

Esta vez la parálisis le alcanza el rostro. Parece de plástico.

—No te consiento que me hables así —dice dando un defensivo paso atrás.

De nuevo una frase poco original. Estas Barbies dicen siempre lo mismo. Deben de tener una memoria de pocos megas.

—Lo nuestro —sigue defendiéndose— es una relación contractual.

Ya estamos con las leyes del comercio aplicadas a los sentimientos, me cago en mi sombra. Afortunadamente la erección cede unos milímetros, lo que significa que la cepeú está tomando el control de la situación. Ya era

hora.

—Sería una relación contractual si le pagaras por sus servicios, pero me ha contado que no te cobra.

—Eso es porque le gusto, ¿te parece raro?

Su coquetería resulta grosera, casi obscena, pero me la pone como una roca de granito otra vez. La cepeú vuelve a perder el control en favor del periférico sexual. ¿Se me está insinuando?

—¿Qué insinúas?

Prefiero preguntarlo directamente que andarme con pamplinas.

—Puede que a ti también te guste —dice (estavezsí) sin ninguna sobreactuación, muy sinceramente.

—¿Y si así fuera?

El glande pugna por abrirse paso a través de los elementos y amenaza con asomarse al mundo exterior.

—No hay nada imposible —contesta sin ruborizarse.

No puedo creerlo. La mensajera de mi esposa me incita a la infidelidad. No creo que esto le pasara nunca a Miguel Strogoff.

A mi edad y en mis actuales circunstancias, una cana al aire bien echada podría resultar más satisfactoria que la más noble de las virtudes o el más envidiable de los bienes. Soy un hombre, tengo gónadas, las feromonas femeninas me perturban y, pese a que postule en su contra (por representativas de la falsedad del sistema), las tetas de silicona me ponen a cien. La insinuación de Rebeca ha sido abominable pero al mismo tiempo muy tentadora. Quien no tenga gónadas y no sea afín a las feromonas femeninas, dudo que me entienda.

De nuevo ha oscurecido. Juanmi y yo acabamos de regresar a casa. Por suerte no hay que volver a subir los muebles por las escaleras. Los dejamos en la furgoneta para llevarlos otra vez al mercadillo al día siguiente. La plaza está más animada que nunca. Es viernes por la noche y corre una brisa fresca, como si el mar estuviera cerca, detrás de las casas, al otro lado de la calle.

Juanmi se arregla para salir. Ha quedado con Fidelio, Raúl y Chema para tomar unas cervezas y me invita a unirme al grupo. Declino amablemente. Tengo otros planes. Sea como sea, he de ver a Estrella. No he conseguido hablar con ella desde que estoy aquí. Y además es inútil esperar a que llegue el próximo lunes. Resulta evidente que nuestras clases de conducir han terminado. Bajo a la plaza y voy repartiendo y devolviendo saludos. Cada vez que una de estas personas me saluda, me siento el más reconocido de los seres humanos. Y eso estimula mi autoestima hasta límites casi olvidados. Me siento en un banco y trato de buscar a Estrella, Gabino, al tío Jaulín o incluso a Onofre, pero no los encuentro. Hago acopio de paciencia y espero. No hace falta decir que nadie viene a sentarse a mi lado. Una cosa es que me vayan saludando y otra que me den conversación. Y más sin haber recibido aún la bendición del abuelo Telele.

Cuando me canso de esperar en vano, me levanto y me dirijo a la pajarera del tío Jaulín con la esperanza de encontrarlo junto a sus antepasados. En lugar del piar de los pájaros escucho lo que parece un

murmullo de agua y resulta ser un llanto. Lágrimas de mujer. Estrella llora sentada frente a la pajarera de su padre. Me aproximo tímidamente, suponiendo que mi presencia no será bien recibida. Tan pronto como me ve, saca un pañuelo y me hace señas para que me siente a su lado. Lo hago como un autómeta. De nuevo la visión de sus ojos, esta vez llorosos, ha provocado en mi cepeú un colapso eléctrico parecido a la catalepsia. Nunca había visto un llanto tan cristalino, lágrimas surtiendo de una negrura tan brillante, como un manantial de sabor agridulce. Mi única reacción posible sería aproximarme a su rostro y beber de su llanto. Suerte que estoy en plena catalepsia y no reacciono de ninguna manera.

Hago cábalas. Seguramente se ha enterado de la enfermedad de su padre y se está desahogando en la intimidad de la pajarera. O puede que no.

—¿Qué sucede? —prefiero ir a lo seguro.

—La tía Jaulita ha muerto —dice suspirando.

La tía Jaulita es la abuela de Estrella, la que murió del mismo mal que ahora padece su hijo. Sin embargo ella se refiere a un canario amarillo que yace muerto en la palma de su mano. Considerando lo que hay, las lágrimas de Estrella me parecen una broma de mal gusto del irreverente y siempre gracioso destino. Evito mirarla a los ojos. Le he prometido al tío Jaulín no contarle lo de su enfermedad.

—No te apures —la consuelo—. Mañana pasas por una pajarería y le das el cambiazo. Puede que esta vez tengas más suerte. No parece un pájaro muy singular.

—Mañana es día de mercado —replica compungida—. Tengo que hacer la comida, ir al puesto y ocuparme de Gabino.

—En ese caso lo haré yo —doy un paso al frente—, no te preocupes.

Gira su cuello hacia mí y ancla su mirada en el fondo de mis ojos. Es una mirada de agradecimiento.

—Es, espe, espero que no se le ocurra venir a ver los pájaros mientras tanto —digo tartamudeando.

—No lo hará —niega ella—. No se encuentra bien.

—¿Qué le ocurre? —me temo lo peor.

—Está débil. Me tiene muy preocupada. Desde hace unas semanas come muy poco y no tiene ganas de ná.

Sigue mirándome. Es el momento de articular un noseránada o un yaselepará, pero me callo. No puedo decir la verdad, lo que significa que

no puedo decir nada. Ella aprovecha mi silencio para acabar de recomponerse y cambiar de tema.

—¿Cómo te va con Juanmi? —dice.

—Bien, pero no he venido aquí para vivir con él.

Soy como el doscientos veinte caballos, de cero a cien en cinco segundos.

—He venido para vivir contigo.

—Ricardo.

—No —la interrumpo bruscamente—, no me hables de tu condición social, ni de tus raíces familiares, no nombres a Onofre ni a Fidelio. Sólo dime una cosa. ¿Sientes algo por mí?

Ella se pone en pie.

—No puedo hablar de amor con otros hombres —dice—, ya lo sabes.

—Mañana he quedado con el abuelo Telele —insisto—. Necesito saberlo.

Mira hacia el pajarito muerto y suspira despacio. Por un momento temo que ésa sea su única respuesta, pero por fortuna vuelve a sentarse junto a mí.

—Tú me haces reír —dice sin dejar de mirarse las manos.

Hace otra breve (aunque interminable) pausa.

—Y hacía mucho tiempo que nadie me hacía reír —añade.

Silencio. Calma. Paz. Todo lo hago a cámara lenta, como bajo el agua, como si las palabras de Estrella hubieran neutralizado cualquier tipo de velocidad. Elevo una mano, la conduzco muy lentamente a su sien y peino sus cabellos hacia atrás. Es como tocar la crin de un unicornio, un acto mágico, como morder una manzana, un acto prohibido. Su cabeza se ladea hacia mí y sus cabellos me rozan el brazo, lo que me provoca un soberbio escalofrío, un cortocircuito que me provoca un colapso eléctrico.

Piiiiiii. Mi electrocardiograma es plano por unos segundos. Y cuando vuelvo a la vida (pi, pi) mi torrente sanguíneo está adulterado por psicotrópicos naturales. Estoy drogado, borracho, igual que si me hubiera tomado una docena de las pastillas de Juanmi. Tengo dificultades para mantener el equilibrio, sostener la mirada y controlar el movimiento de mis labios. Mi memoria falla, todo parece un sueño. Estoy perplejo, tembloroso, mudo y eufórico. Me siento capaz de correr más rápido que el doscientos veinte caballos, de dar un salto y volar por encima de los edificios, como un pájaro. Tal vez el pajarito muerto se haya reencarnado en mí.

Sé que no voy a poder conciliar el sueño y no tengo nada que tomar. Todo mi arsenal farmacológico se ha quedado en el pasado. Juanmi ya duerme. Se le oye perfectamente. Rebusco por los armarios del baño en busca de un ansiolítico o un hipnótico, pero todo lo que hallo es una caja de aspirinas caducadas y un trozo de esparadrapo. No es exactamente lo que necesito, aunque podría usar el esparadrapo para taponarle la boca a Juanmi. Voy a tener que recurrir a los remedios de la abuela, lo que sea para poder dormir unas cuantas horas, las suficientes para levantarme mañana en pleno uso de mis facultades. No puedo presentarme delante del abuelo Telele dando bostezos. Necesitaría un vaso de leche, pero en la cocina de Juanmi no hay ningún líquido sin burbujas. También podría tomar un baño de agua caliente, aunque para ello tendría que sacar la armadura de la bañera, y no son horas de armar escándalo. Decido leer un rato. Es un buen remedio, especialmente si lo que se lee es aburrido. Juanmi no tiene más libros que los que vende como antiguos. Tomo uno manuscrito, una suerte de diario ñoño y falto de originalidad que considero perfecto para dormir. Pero no me duermo. Pruebo con unas revistas del corazón del año catapún y tampoco consiguen adormilarme.

Inspiro y espiro profundamente, me relajo sobre la cama, cuento ovejas, muchas ovejas, pero al llegar a la tres mil mi mente está más despierta que antes, seguramente porque si tienes tantas ovejas eres ya un ganadero de cierto peso y tienes que empezar a preocuparte por el precio del pienso y el importe de las ayudas comunitarias. Cometo un grave error: miro el reloj. Cualquiera que padezca insomnio sabe que nunca hay que mirar la hora que es. Vuelvo a tumbarme y trato de asirme a algo cadencioso, un sonido que guarde una pauta y acune mi sueño. Eso me relajará. No tardo en encontrarlo. Es un rugido vibrante y velar, seguido de un soplo de aire de timbre agudo. Es como el sonido de las olas del mar. Son los ronquidos de Juanmi.

Acunado por su impecable vaivén mis ojos se cubren de párpados, mis periféricos se desconectan y mi cepeú se aísla en la inconsciencia. Sueño con el abuelo Telele. Me resulta tan malcarado como Onofre pero mucho más viejo. Me da miedo. Además habla una lengua extraña que no comprendo. Entre nosotros se sienta una intérprete para traducir nuestras palabras. Es Claudia. Me mira y sonrío aviesamente. Piensa tergiversar mi discurso para que el abuelo Telele se enfade conmigo y me eche de su casa. La entrevista es un fracaso. Pero eso no es lo peor. Cuando regreso a la plaza veo a Gus fornicando con Estrella, mientras Rebeca se me insinúa con un conjunto de ropa interior muy sexy. Voy hacia ella con intención de magrearle el culo y, cuando lo hago, mi hija Carol me da una certera bofetada en la cara.

—Dic, Dic —oigo que me dice—. Despierta, ha llegado el gran día.

—Déjame —respondo sin abrir los ojos—. Todo ha terminado.

—Dic, tío —insiste la voz—, que son las seis y media y es día de mercado.

Entonces me atrevo a abrir una rendija de ojo. Nuevamente compruebo que, pese a lo que dicen los antropólogos, el hombre de Neandertal no se extinguió. Lo prueba la criatura que hay delante de mí.

—He soñado algo espantoso —le confieso aliviado por haber escapado de tan siniestro trance.

—Por favor, no me lo cuentes —me ruega Juanmi con plena sinceridad—, pocas cosas son tan aburridas como los sueños de los demás.

—Hombre, gracias —protesto yo.

—No hay de qué —me responde con toda elegancia—. Venga, levanta o llegaremos tarde.

Lo hago, me doy una ducha rápida, sosteniendo con una mano la armadura para que no se me venga encima, y salgo para el mercadillo en el doscientos veinte caballos, siguiendo la furgoneta de Juanmi. Llegamos a nuestro cuadrilátero y disponemos todos los trastos igual que ayer. Siento una vaga familiaridad alrededor de este quehacer, lo que demuestra la suprema capacidad del hombre para adaptarse al medio en que vive. Una semana más y habré olvidado por completo cómo se maneja una hoja de cálculo.

A las ocho y media aparezco en el bar ambulante de Milagros. No hacen falta palabras. Simplemente levanto las cejas y ella me imita, ambos graves, definitivos. Yo me estoy jugando mi futuro y ella su reputación. Me indica una mesa de resina con cuatro sillas (y una sombrilla) que ha dispuesto para

que dé cuenta del singular desayuno que me ha preparado. Aún no he terminado de sentarme cuando dos comensales más se unen a la mesa. Son Fidelio y Juanmi.

—¿Vosotros también queréis probar el elixir de la serenidad y el verbo fluido? —les pregunto.

Juanmi mira a Fidelio con ojos inquietos.

—¿Un elisir? —le pregunta en un tono igualmente de reproche—. ¿No me habías dicho que íbamos a comernos unos garbanzos de puta madre?

—Y unos garbanzos vais a tomar —resuelve Milagros apareciendo con una olla, tres platos y un cazo para servir—. Lo que cada uno aproveche de ellos es cosa suya.

Esto lo dice haciéndome un guiño particular. Juanmi se encoge de hombros, agarra la cuchara con decisión y prueba el guiso que acaban de servirle.

—¿Esto es un elisir? —pregunta incrédulo—. ¿Y qué le da los poderes: el chorizo o la morcilla?

—Ninguna de las dos cosas —responde Milagros con una sonrisa de condescendencia—. El chorizo y la morcilla sólo le dan buen sabor.

Nunca había desayunado un plato tan succulento y pesado, mucho menos sentado en la improvisada terraza de un bar ambulante y acompañado de un hombre de Neandertal y un gigante. Las primeras cucharadas me cuestan un poco pero enseguida se me despierta el apetito.

—¿Será suficiente? —le pregunto a Milagros cuando termino.

—De sobra.

—Yo quiero un poco más —pide Fidelio.

—Ten cuidado con los efectos secundarios —le digo bromeando.

—¿Te refieres al poder del elisir o a las flautas lentas?

Coño, pienso, las flatulencias. A ver si en mitad de la entrevista me sobreviene un episodio aerofágico y lo echo todo a perder. Miro a Milagros, que parece leerme el pensamiento.

—No te agobies —dice negando con la cabeza—, si te pasa algo así será mucho más tarde, hacia el mediodía.

Sus palabras no me tranquilizan. Al contrario, abren nuevas y catastróficas vías para que discurra mi imaginación, una de las cuales, que ya no recordaba, me paraliza momentáneamente la respiración.

—¿Qué tienes? —Milagros no me quita ojo—. Te estás quedando

blanco.

—Soy alérgico al pelo de los animales —digo contrito.

—¿No lo dirás por mí? —se defiende Juanmi pasándose la mano por el mentón—. Hoy no he tenido tiempo de afeitarme.

—Lo digo por el perro del abuelo Telele.

Fidelio da un manotazo ante mí. No sé si quiere restarle importancia al chucho o darme aire para que recobre el (la) color.

—Es un chucho de mierda —dice claramente para tranquilizarme.

—Pero tiene pelo y temo que me provoque una salva de estornudos —replico sin tranquilizarme lo más mínimo—. No sabéis cómo me pongo. Soy capaz de hilar más de veinte seguidos.

—Debe de ser todo un espectáculo —ríe Juanmi—. ¿Has pensado en presentarte a un concurso de televisión pa demostrar tu talento?

Una vez más se descojonan. Milagros también sonrío y hasta yo esbozo una mueca de alivio. Lo que me sucede no es más que un pequeño ataque de pánico, normal si te vas a jugar el futuro a una sola carta dentro de unas horas en un mundo ajeno y ante alguien completamente desconocido.

—Me siento igual que si tuviera audiencia con un rey —digo a modo de terapia de grupo.

—Y eso es exactamente lo que tienes —me confirma Fidelio—. En nuestra comunidad el abuelo Telele es lo más parecido a un rey.

—Yo diría más bien un jefe indio —puntualiza Juanmi—. Los reyes no suelen ir vestidos con una camiseta de tirantes por la vida.

—Eso es algo que deberías saber, Dic —dice Fidelio admirando mi estupenda camisa de corte italiano—. El abuelo Telele sale poco de casa y nunca se maquea. No ve con buenos ojos a quien va mejor vestido que él, así que te recomiendo que lleves una camiseta de tirantes. Eso te ayudará.

—No tengo camisetas de tirantes.

—Tranquilo —tercia Juanmi—. Yo te dejaré una.

Su ofrecimiento está muy lejos de tranquilizarme. A saber en qué estado se encuentran sus camisetas. Es igual. Lo que de verdad me reconforta es comprobar que hasta Fidelio está de mi lado, dándome consejos para que mi entrevista con su abuelo salga bien. De alguna manera eso significa que por fin acepta mi relación con Estrella.

Milagros recoge los platos y nos trae tres cafés alegados con un chorrito de coñac, ignoro si con otra intención que la de ayudarnos a hacer la

digestión.

—Gracias, Milagros —le digo cuando me sirve el mío—, nunca había desayunado tan bien.

—No me des las gracias todavía y recuerda una cosa.

—Dime.

—No puedes ir al retrete. Ni aguas menores, ni por supuesto mayores. De lo contrario la cantidad de sustancia se disolvería y no haría efecto.

—Lo que tú digas.

—Joder —exclama Juanmi llevándose la mano al vientre—, pues yo tengo que ir ya mismo.

—Tú puedes ir —prosigue Milagros—. Pa ti estos garbanzos sólo eran legumbre, pero Dic tendrá que aguantarse.

De otro modo, pienso, corro el riesgo de cagarla, ¿no? Regresamos al puesto de Juanmi. Los primeros clientes comienzan a llegar, rebuscan en los cajones y van preguntando precios. Juanmi los da según su criterio, subiendo o bajándolos dependiendo del número de veces que la gente pregunta por ellos. Es como wallstreet pero sin parquet. Alguien pronuncia mi nombre. Me pongo en guardia. ¿Quién será esta vez? ¿Kitty? ¿La propia Claudia? ¿Alguno de mis hijos? ¿Mis suegros? ¿Nuevamente Rebeca?

—Mi padre —farfulla Estrella cuando llega hasta mí.

—¿Qué ha pasado?

Me da un vuelco el corazón.

—Que va a bajar a la pajarera y falta la tía Jaulita, ¿recuerdas?

—No te apures —resuelvo chasqueando dos dedos—, ahora mismo voy a buscar una sustituta.

—Muchas gracias —dice ella—. A mí me es imposible. Tengo que volver.

—Vale, pero necesitaré al menos un par de horas.

—No podré despistarlo más de una hora sin que sospeche algo.

—No sé si será suficiente.

—Tiene que serlo —añade metiéndose la mano en el bolsillo—. Toma.

Y me da el cadáver de la tía Jaulita, lo que me permite retener su mano entre las mías una décima de segundo más de lo necesario. Parezco un Montesco rodeado de Capuletos. Me excuso ante Juanmi y parto inmediatamente a cumplir mi misión. Ignoro dónde puede haber una pajarería por aquí y no tengo más remedio que preguntar a los transeúntes.

—Había una aquí al lado pero la cerraron, luego fue una inmobiliaria y ahora es una casa de apuestas.

—Ahí mismo, donde está esa tienda de telefonía móvil, había una bien grande.

Y por fin.

—Dos calles más allá, entre un supermercado y un banco.

Es el síndrome de Occidente, inmobiliarias, tiendas de telefonía móvil, apuestas, supermercados y bancos. La encuentro.

—Buenos días —trato de hablar sin resuello pero tengo un resuello de puta madre—. Necesito un pájaro como éste.

Y deposito a la maltrecha tía Jaulita sobre el mostrador. El dependiente me mira con cara de pocos amigos.

—En esta tienda no vendemos pájaros muertos —dice el jodido.

Me dan ganas de agarrarlo de la camisa y explicarle que, aunque no se lo crea, es un asunto de vida o muerte.

—Por supuesto —río, en cambio, aceptando la broma—, lo necesito vivo.

—Todos nuestros pájaros tienen cabeza —sigue argumentando.

Miro a la tía Jaulita y veo que (en efecto) por obra de la carrera que me ha traído hasta aquí se le ha desprendido la cabeza. Pobrecita. El dependiente sale del mostrador y me acompaña hasta una gran pajarera llena de canarios.

—Yo diría que el más parecido es aquel de allí —dice señalando uno en particular.

—La tía Jaulita tenía más amarillo por aquí, por el pecho.

—¿Quién?

—Mi pájaro —explico—, me refiero a mi pájaro. ¿No era más amarillo que éste?

—Puede ser —admite él—. Es imposible encontrar dos ejemplares idénticos, salvo que apliquemos técnicas de clonación, pero en ese caso el precio sería infinitamente superior.

—Claro. —Qué chistoso.

—No puedo ofrecerle nada mejor.

—Me lo llevo.

Tan evidente es mi ansiedad por comprarlo que pretende cobrármelo más caro que los demás. Dice que es de una variedad especial. Son las leyes del mercado. El precio de un objeto es directamente proporcional al interés

que muestras por él. De nuevo wallstreet en plena calle. No tengo tiempo de discutir. Pago y me voy. Por el camino encuentro una droguería y no puedo sustraerme a la tentación. Entro, enseño a la tía Jaulita muerta y decapitada, y pido un bote de pintura en spray.

Llego a la plaza justo cuando el tío Jaulín, ayudado por Estrella y Gabino, se encamina hacia la pajarera. Tengo el tiempo suficiente para adelantarme a ellos, sujetar un momento el pájaro que he comprado con una mano, rociarlo de pintura con la otra, abrir la pajarera y meterlo dentro. Inmediatamente después aparece el tío Jaulín seguido de los suyos. Estrella me hace un gesto de demanda, preguntando por el éxito de mi misión. Asiento con la cabeza. Ella suspira y pretende abanicarse con la mano. El tío Jaulín se acerca a sus pájaros apoyado en su nieto. Estrella encuentra al sustituto de la tía Jaulita y me sonrío.

«Son idénticos», parece decirme.

«Más vale que la pintura no destiña demasiado pronto», pienso yo.

El tío Jaulín no se ve con fuerzas para rellenar los comederos. Es Gabino quien lo hace, siguiendo sus instrucciones. Esta vez sí, ha colado. La enfermedad lo ha debilitado lo suficiente para impedir que descubra nuestro engaño. Cuando Gabino termina sus labores, el anciano se acerca a nosotros. Nos mira alternativamente mientras compone una enigmática mueca, como de sonrisa. Debe de estar riéndose de las convicciones que una vez vieron con malos ojos la unión de su hija con un extraterrestre como yo.

—Suerte —dice ofreciéndome la mano.

Se refiere a mi entrevista con el abuelo Telele. Le doy un cálido apretón. Afortunadamente mi mano derecha no está manchada de pintura. La escena parece una despedida, como si quisiera marcharse dejando una estela de bonanza tras él. O tal vez esté dándome su bendición.

—Una cosa más —añade antes de emprender la vuelta a casa—. La tía Jaulita fue muy guapa y presumida...

Comienzo a cabecear, diciendo que sí con cara de imbécil pero pensando internamente que no, que no, por favor.

—... pero jamás —continúa él—, en toda su vida, usó un solo producto de cosmética.

Nos ha pillado. Me da un ataque de tos. Estrella se peina la melena con una mano. Sonreímos. La buena voluntad está por encima de la verdad o la mentira. El tío Jaulín se adelanta con su nieto y permite así que Estrella se

demore un momento y me dé un beso en la mejilla. Lástima que no haya sido en la boca, porque supongo que los besos en la boca serán comuniones del alma. ¿No está la boca directamente conectada con el estómago y es el lugar por el que se colma y satisface? El casto beso de Estrella me produce (noobstante) un terremoto orgánico que comienza en el estómago y se extiende por todos los periféricos de mi cuerpo, sin excluir el sexual, que se alborota con más nobleza que cuando lo hace ante las tetas de silicona de Rebeca.

Vuelvo al mercadillo en busca de Fidelio. Necesito su compañía, quizá porque me hace sentir importante y audaz, como un caballero antes de un torneo medieval, o un tenista antes de la final de un grandslam. Lo encuentro recostado en uno de los sillones del puesto de Juanmi.

—¿Qué te ocurre? —le pregunto.

—No es ná.

—¿Te han sentado mal los garbanzos?

—No son los garbanzos —replica—, es el café. Ya sabes la reacción que me da.

Guarda un pudoroso silencio que me obliga a ser prosaico.

—Pues ve al baño.

—No pienso ir.

—¿Por qué no?

—Por dos motivos —un retortijón le provoca escalofríos y tiene que hacer una pausa—: por sol y por daridad.

Me abstengo de corregirlo. Su noble gesto está muy por encima de las reglas morfológicas de nuestra lengua. Fidelio me apoya más allá de lo que psicológicamente es admisible, me apoya fisiológicamente. Sólo los hermanos o los amigos íntimos son capaces de llegar tan lejos (tan cerca).

—Gracias —digo más sinceramente que nunca.

—Ya estoy mejor —me anuncia secándose el sudor de la frente con la manga de su camiseta—. Son crisis que vienen y van. Te lo digo por si te pasa lo mismo. No te acojones, cierra bien el ojete, empuja el zurrullo pa arriba y aguanta un poco. Pronto verás que el apretón se pasa y tendrás unos minutos de paz hasta que vuelva otra vez. Aprovéchalos.

Nunca me habían dado consejos sobre cómo resistir el envite de una deposición ventral. Me siento como un astronauta antes de salir a dar sus primeros pasos por un ignoto planeta, tan ignoto como las antigüedades que vende Juanmi.

—Toma —me dice éste dándome una bolsa de plástico—. Creo que será de tu talla. Pruébatela.

Del interior de la bolsa saco una camiseta blanca de tirantes. Tal como me temía tiene un par de agujeros a la altura de la barriga. Introduzco sendos dedos por los mismos.

—Es la ceniza del cigarro —me explica Juanmi—, que siempre se me cae sobre la barriga mientras veo la tele. Pero no te apures, al abuelo Telele le mola la ropa con solera.

Fidelio vuelve a quejarse desde el sillón.

—¿Qué le pasa? —pregunta Juanmi.

—Tiene que ir al baño pero no quiere aliviarse —le explico—. Es un gesto de solidaridad, un sacrificio que hace para apoyarme fisiológicamente.

—¿Está idiota? —traduce Juanmi con su aplastante pragmatismo.

Niego con la cabeza.

—Es el gesto más noble que alguien ha hecho nunca por mí —digo en voz alta para que me oiga Fidelio.

Juanmi me da una palmada en el hombro.

—¿Aguantarse la mierda es lo más noble que han hecho nunca por ti? —dice.

Asiento.

—Hostia, macho —añade dándome otra palmada—, qué mala vida has debido de llevar.

—No te rías —le recrimino—, lo está pasando mal.

—No me estaba riendo —replica él—. Pruébate la camiseta.

Me quito la camisa italiana y me pongo la camiseta agujereada de Juanmi. Él mismo me coloca bien los tirantes. Está tan estirada que cae sobre mi vientre con un gracioso vuelo, como si fuera un canesú.

—Te queda de puta madre —sentencia Juanmi—. ¿Quieres verte en un espejo?

Temo hacerlo pero lo hago. Juanmi me acerca un espejo con el marco laboriosamente repujado. Me miro. Recibo tal impresión que siento verdadero vértigo, como si una altura insondable me separase de la imagen que hasta ahora había asociado con mi persona. Es la confirmación visual de un cambio que se ha ido gestando a lo largo de las últimas semanas, el retrato robot de la versión Turbo.

Doblo la camisa y se la doy a Juanmi.

—Véndela —le digo—. Es una reliquia del pasado.

Fidelio se incorpora y se acerca a mí. Me coloca sus manazas en los hombros y me agita como si fuera un muñeco al que se le han acabado las pilas. Está tratando de contagiarme energía, confianza, ardor guerrero y apoyo moral. Y de paso me ha despeinado. Se toca el reloj de pulsera. Es la hora. Me da un abrazo. Y Juanmi otro. Y una palmadita en la espalda de propina en plan vengatíoquetúpuedes. Me siento como un niño el primer día del colegio, cuando su padre le da un beso en la mejilla y le miente diciéndole lo bien que se lo va a pasar con sus nuevos amiguitos. Los murciélagos despliegan sus velámenes sobre las olas de mis ácidos gástricos, si se prefiere en tono lírico con referencias marinas. Y además me estoy cagando. En sentido figurado y literalmente hablando.

Salgo del mercadillo dejando una estela de miradas y comentarios, como un velero en plena regata. Entro en el doscientos veinte caballos y lo arranco. No dice nada porque es un automóvil y sólo tiene en su memoria una docena de mensajes grabados, ninguno de los cuales sería apropiado para expresar su desconcierto. De no ser así no habría podido silenciar algún comentario sobre lo singular de mi indumentaria. Puede que sea la primera vez en la historia de esta prestigiosa marca de automoción que un propietario se sube a uno de sus vehículos ataviado de tan simpática guisa, agujeros de ceniza incluidos a la altura de la barriga. Lo que demuestra que voy por buen camino. No pretendo ser fiel a ningún patrón prefijado, luego todo lo que hago debe resultar fuera de lugar.

Llego a la plaza (de nuevo). Me encuentro incómodo (e inseguro) así vestido. Y la inseguridad es como la próstata, que duele más cuanto más viejo se hace uno. Respiro con cierta violencia tres veces, me limpio los zapatos con un pañuelo de papel, trato de poner derechos los tirantes de la camiseta y me dirijo al frente, cruzando la plaza longitudinalmente hasta llegar al extremo opuesto a su entrada, donde está el portal del abuelo Telele. Toco el timbre del portero automático. Rezo para que no me pregunten quién soy. No sabría muy bien qué decir: Ricardo, Dic, el pretendiente de Estrella, el enemigo de Onofre, el amigo del tío Jaulín, el del coche potente. Por fortuna nadie pregunta y sólo escucho el zumbido que abre la puerta de entrada.

Subo las escaleras hasta el primer piso. Huele a humedad. Alguien ha regado las macetas hace poco. Una puerta se abre en cuanto me acerco a ella y una mujer joven (casi una adolescente) me hace un gesto de bienvenida.

—Espera aquí —me dice.

Siguiendo con el repertorio de sentimientos, ahora me siento como un paciente en la consulta del dentista. Ansioso por entrar pero deseando marcharme. Algo difícil de conjugar. Oigo el llanto de un bebé y percibo el aroma de la cebolla cuando se fríe. Me acuerdo de los garbanzos de Milagros y me toco el estómago. Espero que obren su efecto. La joven aparece de nuevo y me conduce hasta el final del pasillo. Atravesamos un saloncito con un tresillo y una televisión y salimos a una galería acristalada que da a la plaza. Sin poder evitarlo, me quedo absorto mirando al exterior. Es el ángulo perfecto para pintar el cuadro de costumbres que se forma cada tarde ahí abajo.

Oigo una pesada respiración detrás de mí y me vuelvo. Un anciano me observa desde su sillón de mimbre. No lleva camiseta de tirantes. Al contrario, viste un elegante traje oscuro con camisa y corbata. Me siento como si una de mis peores pesadillas se hubiera hecho realidad, ese sueño recurrente en que uno acude al colegio o al trabajo en pantuflas porque ha olvidado ponerse los zapatos. Nos observamos sin decir nada, pero probablemente estemos pensando lo mismo. Yo me he vestido como él y él como yo.

—No sé si vengo correctamente vestido —digo.

—Yo tampoco.

Ignoro (y no me atrevo a preguntarlo) si se refiere a que no sabe si vengo correctamente vestido o a que él tampoco va correctamente vestido.

—Me encanta la vista —añado—. Debe de ser todo un espectáculo a última hora del día, cuando se llena de vida.

—Por eso apenas salgo.

Me señala un sillón de mimbre como el suyo que hay al otro lado de la mesa camilla. Me siento. Noto un terremoto interior con epicentro en el estómago. El abuelo Telele me observa. Es evidente que ya me ha visto antes en la plaza desde esta luminosa galería. Quizá está comparando mis verdaderos rasgos con los que ha divisado desde la distancia, como si estuviera terminando mi retrato en un lienzo en el que ya estuviera pintado mi cuerpo. Carraspeo. Supongo que es hora de comenzar a hablar, pero antes busco al perro con la mirada. No lo encuentro. Tal vez lo han encerrado en

otra habitación. Entonces percibo algo caliente que me roza los pies, lo que significa que el perro está debajo de la mesa. Me agacho un momento y lo acaricio a tientas. Tiene el pelo corto y acepta con gusto mi mano.

—¿Cómo se llama? —me pregunta el abuelo Telele.

—Ricardo Marco —digo, y mecánicamente me echo mano al pecho—. Perdona, iba a darle una tarjeta, pero he olvidado que hoy no llevo americana.

¿Pero qué cojones digo de americana si voy vestido con una camiseta de tirantes?

—Yo me llamo Pascasio Fernández —se presenta él—, más conocido como Pascasio el Telele. Tengo cinco hijos, doce nietos y tres bisnietos.

Su tono es cordial pero firme. Leo entre sus palabras y sus gestos que es un hombre juicioso, responsable y terriblemente celoso de su familia. Y tiene el currículum más sólido y breve que he oído en toda mi vida. Vuelvo a acariciar al perro.

—Dígame pa qué ha venido —me pide.

—Supongo que Fidelio le habrá puesto al corriente —digo con la esperanza de no tener que contarle todo.

No contesta. Creo que no estoy en un partido de tenis, sino en uno de frontón.

—Es por Estrella.

—¿Cuál de ellas?

Definitivamente esto va a ser más difícil de lo que pensaba. Y encima los garbanzos se hacen notar de nuevo, aunque no como yo esperaba, sino provocándome otro retortijón de tripas.

—¿Tiene muchas Estrellas?

—Casi tantas como la noche.

Sabe perfectamente a quién me refiero pero está claro que tengo que decirlo. Es un reto. Me coloco en posición, me echo la bola bien arriba y trato de servir lo más fuerte y liftado posible.

—Me refiero a Estrella, la mujer de su nieto Gabino.

—Querrá decir la viuda.

—Eso mismo.

—¿Qué pasa con ella?

—La quiero.

—Y yo.

—Entiendo, pero usted la quiere como su abuelo.

—¿Y usted?

—Como un hombre.

—Yo también soy un hombre.

—Como un hombre enamorado.

—Eso ya es otra cosa.

Suspiro aliviado. El punto estaba durando demasiado.

—¿Y ella? —añade—. ¿También le quiere?

—Pregúnteselo usted mismo.

No estoy seguro de quién ha ganado el punto. El abuelo se ha quedado pensativo. El perro sigue a mis pies. En ese momento la joven que me ha abierto la puerta entra con un cochecito de bebé y lo aparca junto a nosotros.

—Abuelo —dice—, bajo un momento a hacer un recajo. Cuide del niño.

—¿Me puedes ayudar a quitarme la chaqueta? —le pide antes de que se vaya.

La joven procede.

—El abuelo siempre dice que hay dos tipos de hombres en el mundo —cita ella mientras le ayuda—. Los que cuando tienen mucha calor se quitan la chaqueta y los que, aunque tengan mucha calor, aguantan con ella puesta, cumpliendo una norma que se le debió de ocurrir a una mujer que llevaba un vestido de tirantes.

Río la ocurrencia. Qué digo ocurrencia, es una crítica a las convenciones sociales digna de ser serigrafada en una camiseta como la mía. El perro se mueve, supongo que porque ha cambiado de postura, aunque no abandona las faldas de la mesa camilla.

—Estrella está de luto —prosigue el abuelo Telele cuando la joven se marcha—, y usted no es de por aquí.

Supongo que es mi turno de argumentar en mi favor. Me siento como un estudiante haciendo un examen oral ante un adusto tribunal. Nunca he sido bueno expresándome oralmente. Como ya he dicho, las palabras se convocan unas a otras y suelo irme por las ramas con cierta facilidad. Temo que el abuelo Telele se duerma, pero confío más que nunca en los garbanzos de Milagros.

—¿Usted sabe lo que es un kibutz? —pregunto.

—No.

—Es una especie de comuna agrícola experimentada desde hace años en Israel.

—Ah.

—Se han hecho muchos estudios en su seno, ¿sabe? Uno de ellos se refiere a las pocas parejas de adultos que se forman entre niños que se han criado juntos. Los niños se consideran hermanos entre sí, motivo por el cual no se emparejan cuando se hacen adultos. Esto responde al instinto de diversidad biológica que preside la reproducción animal, ¿me comprende? Como entre esos niños no hay diversidad aparente, tampoco hay deseo de reproducción.

No sé si voy bien encaminado. Por si acaso acaricio una vez más al perro, incluso le busco el hocico para dejar que me lama la mano pero no se lo encuentro.

—O sea —continúo—, que las comunidades cuyos niños sólo se relacionan entre sí están condenadas a desaparecer. Es un fenómeno llamado endogamia. He observado a los suyos durante unas cuantas semanas y puedo asegurarle que cualquier emparejamiento con personas ajenas a su comunidad juega en contra de la endogamia y a favor de la diversidad biológica, base de la perdurabilidad de cualquier asentamiento animal, incluido el género humano.

Inspiro con avidez. El parlamento me ha desfondado los pulmones. Y por suerte el abuelo Telele no se ha dormido, aunque su perro sí. Nuevamente lo acaricio. Quiero que memorice bien el olor de mi mano.

—De lo que cabe concluir —añado—, que mi unión con Estrella no sólo sería lícita desde el punto de vista moral y social, sino altamente beneficiosa desde la perspectiva biológica.

El abuelo Telele espera unos segundos antes de incorporarse un poco en el sillón de mimbre. Quiere asegurarse de que he terminado. El perro también se mueve, sin duda imitando a su amo.

—Usted también pertenece a una comunidad basada en la endogamia, o como quiera que se pronuncie la palabreja —dice muy lentamente.

Creo que habría sido mejor que se hubiera dormido. Me ha devuelto el globo con un *smash* a contra pie. Salta a la vista que es un buen jugador. Carraspeo dos veces. La bola está en mi campo. No sé si hacerle un *passingshot* o defenderme con otro globo.

—Puede ser —admito—, pero al menos la comunidad de donde yo vengo es más amplia y variopinta que la suya.

He medido todas las palabras con la cinta métrica de la semántica para

no ser ni políticamente incorrecto ni apolíticamente incomprensible. Él niega con un dedo (índice) extendido delante de mí.

—Ustedes forman clanes aún más cerrados que los nuestros... —dice.

Le pongo cara de hombre no exagero pero reconozco que tiene razón. Mi propia familia es parte de uno.

—... así que le ruego que no venga a darme lecciones sobre ese particular —concluye.

Es punto suyo. No puedo devolverle una bola tan diabólicamente liftada.

—No he venido a darle lecciones —me excuso—. Ni a usted ni a nadie.

—Le ha dado lecciones de conducir a Estrella.

—Eso, si me permite decirlo, fue para hacer justicia.

Me mira con cara de andeexplíqueseantesdequelomalinterprete.

—No me pareció justo que Estrella no supiera conducir sólo por ser una mujer —digo, y a continuación acaricio al perro para mitigar la dureza de mi comentario.

—¿Qué es mejor? —me pregunta o tal vez se pregunta a sí mismo el abuelo Telele—. ¿Vivir en una sociedad machista como la nuestra o en una feminista como la suya? Dígamelo. ¿Qué diferencia hay entre que yo mande en mi casa y su mujer lo haga en la suya?

Glups. Trato infructuosamente de tragar saliva para reponerme de su discurso (un *drive* demoledor). Ignoro si Fidelio se ha ido de la lengua o si este hombre tiene dotes naturales para la videncia. Tal vez sea simplemente un hombre inteligente, capaz de plantear unas premisas y sacar unas conclusiones. Supongo que yo mismo debo de resultar un ser transparente. Nada menos que un cincuentón en camiseta de tirantes, prófugo de su familia, trabajo y círculo social, que no aparenta sentirse satisfecho de su pasado, sino más bien al contrario, ansioso de su presente. El abuelo Telele ha planteado la premisa y yo soy la conclusión.

—Tiene que haber un término intermedio entre ambos extremos —concilio.

—Así es —afirma él con cordialidad pero sin sonreír—. Estrella ya sabe conducir. Y usted le ha plantado cara a su mujer. Usted es el punto intermedio.

Sonrío, aunque ignoro si ser semejante cosa es para sonreír o echarse a llorar. Por suerte el perro se mueve de nuevo a mis pies, reclamando una caricia que inmediatamente le otorgo. Mientras todo esto sucede, una tormenta aerofágica se desencadena en mi interior. Los garbanzos de

Milagros están templando mi discurso y quizá por ello sus efectos secundarios son ya irremediables. Aprovechando la postura de recogimiento que adopta el abuelo Telele, levanto imperceptiblemente las posaderas y dejo que un siniestro gas abandone mi intestino. A continuación rezo todo lo que sé para que su inevitable perfume se evada cuanto antes, pero me temo que mis oraciones no son escuchadas.

—Niña —grita el abuelo.

Aparece la joven, que ya ha vuelto del recado.

—¿Qué pasa?

—Llévate al niño, que se ha cagao.

Ese niño es un santo. Me ha salvado de quedar como un maleducado y un gorrino. Hasta el perro se ha percatado de lo que ha sucedido, porque acaba de abandonar mis pies aterrado por el olor. Me autochequeo la barriga. Por el momento parece que mis intestinos se han calmado, aunque soy consciente de que tengo los minutos contados. El episodio aerofágico no ha hecho más que comenzar. Es hora de terminar.

La joven se lleva a la criatura en volandas, dando por hecho que porta una toña de buen calibre a juzgar por la pestilencia que contamina la galería. El abuelo Telele me hace una señal para que abra la ventana más próxima. Lo hago y vuelvo a sentarme.

—¿Algo más? —dice como si él también diera por terminada nuestra charla.

—Sí. —Siento nuevamente al perrillo en los pies—. Quiero que sepa que admiro su forma de entender la familia como un clan unido por lazos sanguíneos.

—¿Qué se cree que somos? —me replica un tanto molesto—. ¿La hermandad de donantes de sangre?

—Me refería a su árbol genealógico.

—¿A mi árbol qué?

—Al árbol de su familia.

—En mi familia no tenemos más que cuatro macetas, ¿no las ha visto al subir?

Mi intención era rematar nuestra conversación dejando una buena impresión pero creo que voy por mal camino. Y otro gas inflamable pugna por abrirse paso a través de mis intestinos. Me levanto. Tengo que irme.

—Ha sido un placer hablar con usted. —Le tiendo la mano.

—Lo mismo digo —responde aceptando el apretón.

Permanecemos así unos segundos, como si un grupo de periodistas nos estuviera fotografiando para las portadas de los periódicos del día siguiente. No sé si debo esperar algún veredicto o si me lo remitirá por correo dentro de unos días. Tal vez exponga mi nota en un tablón de anuncios, como hacen los profesores en la universidad.

—Nunca dejaré que Estrella se vaya de aquí —dice haciendo un esfuerzo para levantarse.

—Si es por eso, quédese tranquilo —le respondo con la locuacidad propia de los garbanzos—. No pretendo llevármela a ninguna parte.

Aparece la joven con el niño en brazos.

—No se había cagao —dice mientras lo coloca de nuevo en el cochecito.

El abuelo Telele me mira con una sombra de duda bajo las cejas. Es hora de salir pitando. No me quedo ni a despedirme del perrillo. Sigo a la joven por el saloncito, el pasillo y llego hasta la puerta de entrada, ahora de salida. Me despido de ella y bajo las escaleras con cierta ansiedad, hasta que salgo a la plaza y una brisa de aire me alivia del sudor que resbala por mi frente y mi espalda. No puedo más. Me dirijo al portal de Juanmi, subo las escaleras de tres en tres, entro en el piso, corro al baño, me siento en la taza y desembozo unos intestinos contaminados de miedos y prejuicios, de clichés falsos y frases hechas, de mierda no dicha, callada por indigesta, evacuada por inservible, mientras la armadura me observa desde la bañera como si fuera la voz de mi conciencia.

«Bien hecho», parece decirme.

Salgo (más bien huyo) del baño de Juanmi. Siento una irrefrenable euforia (qué euforianoloes), la lógica reacción a la tensión acumulada. El doscientos veinte caballos se me antoja una nave espacial que se alzara sobre los tejados de la ciudad para llegar al mercadillo sin detenerse ante semáforos ni señales de tráfico. Busco a Juanmi y a Fidelio. Encuentro al primero. Ya está recogiendo. Se me queda mirando como quien se topa con un condenado al paredón que ha logrado esquivar todas las balas del escuadrón de la muerte.

—¿Cómo ha ido? —dice.

—Creo que mal.

Soy consciente de que no puedo sentirme eufórico y reconocer mi fracaso al mismo tiempo. Son sensaciones incompatibles incluso para la versión mejorada de mí mismo, pero es tal el alivio que me alumbra que no puedo evitar las contradicciones.

—He tratado de convencer al viejo pero me temo que no lo he conseguido —le digo—. Tengo que ir a contárselo a Fidelio. Tal vez él, que conoce bien a su abuelo, pueda ayudarme.

—Fidelio ha tenido que marcharse —me comunica Juanmi.

—¿Adónde?

—El tío Jaulín está en el hospital.

Una noticia fría en mi estado de ánimo es tan intrascendente como una lágrima bajo la lluvia, como una ola en la tempestad. No comprendo lo que dice ni me hago cargo de la situación. Prueba de ello es que soy consciente de que debo preguntar algo, lo que sea, pero no se me ocurre nada juicioso.

—¿En qué hospital?

La pregunta correcta era: ¿qué le ha pasado?

—No lo sé. Se ha empeñado en venir el mercadillo y al llegar al puesto se ha desmayao. Supongo que ha sido mucho esfuerzo pa él. Fidelio no estaba, había ido a buscar al perro de su abuelo. En cuanto ha vuelto, ha tenido que marcharse corriendo al hospital. Y ahora no sé qué coño hacer con el chuchó.

Demasiada información para procesar con éxito por una mente que pasa de la euforia al shock. He sufrido una ducha escocesa pero sin agua, tan sólo con palabras, recibiendo impresiones calientes y frías a la vez. La cepeú se ha bloqueado, mi sistema operativo se ha colgado. Trato de pulsar controlaltsupr cerrando y abriendo los ojos con fuerza varias veces.

—¿Qué chuchó? —comienzo preguntando por el final.

—Ése —señala Juanmi.

Hay un perro parecido a un pequinés en el asiento del copiloto de su furgoneta.

—¿De quién dices que es?

Juanmi no se altera ni cuando tiene que repetir lo que acaba de decir.

—Es el perro del abuelo Telele —responde—. Fidelio fue a buscarlo antes de tu entrevista pa evitar que la cagaras con los estornudos y los mocos.

Soy incapaz de salir de mi asombro. Estoy a punto de estornudar.

—Pero en casa del abuelo Telele había un perro —acierto a decir.

—Imposible.

—Que sí.

—Que no —zanja Juanmi a punto ya de darme dos hostias—, que estaba aquí, que todavía está aquí, ¿es que no lo ves?

¿Qué cojones he estado acariciando yo entonces durante todo el tiempo que ha durado la entrevista? ¿Un gato? ¿Una rata? ¿Un ratón? No puedo responderme. Lo único que puedo hacer es más preguntas, éstas (yasí) más consecuentes con los hechos.

—¿Sabes cómo está el tío Jaulín?

—Sólo sé que Estrella se ha asustao mucho.

—Supongo que se habrá ido con él.

—No lo sé —contesta alzando los hombros—, lo mejor que puedes hacer es acercarte a los puestos vecinos y preguntar. Se ha montao un lío de puta madre y, además, hoy hemos tenido mucho público.

Antes de marcharme, le ayudo a cargar la furgoneta en completo silencio. Juanmi me agradece la ayuda y se sube al volante, con el siniestro (y ubicuo) perro al lado. Lo despido y corro en busca de información. Recibo un mar embravecido de noticias, tan violento y turbio que estoy a punto de naufragar. Unos dicen que Estrella se ha ido con su padre, otros que Onofre la ha llevado en su furgoneta, que no, que quien iba con él era Fidelio, y aún ha habido algún visionario que ha visto a Gabino entrando en la ambulancia con su abuelo.

Voy en busca del doscientos veinte caballos mientras trazo mentalmente una ruta que me lleve por los principales hospitales de la ciudad. Son cuatro. Acierto a la tercera. Por poco no se cumplen las leyes de Murphy aplicadas a las urgencias médicas. Estoy en el Hospital Provincial, en cuyo parking estaciono mi montura levantando una fina capa de gravilla al frenar. De camino a la entrada de urgencias veo a la Charito encima de un parterre de césped. Parece una flor marchita. Entro y pregunto en admisión. La enfermera de turno me mira con crudeza, como quien juzga mientras mira. Entonces me doy cuenta de que aún llevo la camiseta de tirantes de Juanmi. Es tarde para un cambio de indumentaria. En la sala de espera veo a Fidelio y a Gabino. Me acerco a ellos. Aprieto el brazo de Fidelio y pongo una mano en una de las piernas de Gabino. Trato de contagiar aplomo pero no sé lo que contagio. Quizá pena.

—¿Cómo está?

—Mal.

—¿Qué le ha pasado?

—Ha perdido el sentido —explica Fidelio—, y se ha caído redondo al suelo.

—Los médicos de la ambulancia —añade Gabino— me han dejao conducir un rato.

—¿Has ido en la ambulancia con tu abuelo?

El pequeño afirma con la cabecita, sin decir nada, como si hubiera hecho algo malo.

—¿Y tu madre?

—Viene con Onofre.

Miro a diestro y siniestro.

—¿No ha llegado aún?

No me responden. Frunzo el ceño. Repito la pregunta. Gabino niega con la cabeza. Miro a Fidelio.

—¿Dónde están?

—No lo sé.

Me coloco delante de él y lo reto con las canas.

—Dime dónde cojones están —repito.

—Te juro por lo más sagrado que no lo sé —contesta sin evitar mis ojos—. Pensaba que iban detrás de la ambulancia, pero cuando he llegado aquí sólo he visto al tío Jaulín y a Gabino.

Dice la verdad. No hay duda ni tiempo que perder. Miro al techo un segundo, luego al suelo. Abandono la sala de espera y entro en los boxes de urgencias, arrastrando detrás de mí al consabido celador diciendo eso tan manido que dicen todos.

—Usted no puede entrar ahí.

En realidad debería decir que no debo, porque poder puedo, como queda demostrado mientras lo hago a buen paso. Le doy esquinazo y busco al tío Jaulín. No tardo en encontrarlo en uno de los boxes. Tiene un gotero, una mascarilla y un montón de papeles encima de la cama. Le pongo una mano en la mejilla. Ignoro si pretendo hacerle una caricia o comprobar si ha muerto. No soy lo suficientemente audaz para responderme. Lo llamo en voz baja. Nada. Le doy unas palmaditas en la cara, la última de ellas casi una bofetada. Estoy al borde del colapso. Si me descubren allí, abofeteando a un moribundo, es posible que me ingresen en la planta de psiquiatría. Por suerte el tío Jaulín mueve los párpados y me mira con ojos asustados. Supongo que no quiere acabar sus días en el anonimato de una cama de hospital.

—¿Dónde está Estrella? —me pregunta.

—Eso quería preguntarle yo.

—No ha venido en la ambulancia —continúa con dificultad.

Su mirada de terror no procede del anonimato de los hospitales sino de las intenciones de Onofre.

—Mierda —digo.

—Se la ha llevado —dice.

Y cierra los ojos. Una lágrima de rabia se enreda en sus pestañas. Es la rabia de quien está a punto de conseguir lo que pretende y lo pierde en el

último momento, cuando la muerte acecha. Mientras discurro unas palabras de aplomo para decirle, noto que me aprisiona la muñeca con una fuerza desconocida. Se incorpora un momento y se quita la mascarilla.

—Ricardo —dice con una voz rota por el llanto, el miedo, la rabia y/o la muerte—. No puede fallarme ahora. Vaya tras ellos y recupérela.

Afirmo con la cabeza, aunque mi gesto no le parece suficiente garantía.

—Júrelo —me pide.

—Se lo juro.

Rebusca entre las sábanas, saca su bastón y me lo da. Luego se deja caer en la camilla con cierta violencia, como si renunciara ya a las palabras y los gestos, como si hubiera dicho todo cuanto tenía que decir. Lo miro un último segundo antes de partir. Y pienso. Nunca hay que faltar a un juramento, pero si le has dado palabra a un moribundo debes cumplirla. Puede que para ti no, pero para él es la última.

Llevo depósito y medio de gasolina buscando infructuosamente el rastro de la furgoneta de Onofre. Es una labor casi imposible porque no tengo ninguna pista que seguir. Deambulo aleatoriamente, sin algoritmos, sin fórmulas, sin rumbo. Mi búsqueda es baldía. Vuelvo a la plaza y bajo del coche. Hay mucha gente. No se habla de otra cosa. Juanmi viene hacia mí para intentar animarme. Milagros me da un abrazo y una bolsa con unos dulces. Tengo la sensación de que soy el bueno de la película. La gente está conmigo, pero nadie sabe adónde ha podido huir Onofre. Lo que saben es que no se ha llevado a Estrella para preservar la honra de su hermano, ni por el honor de la familia ni nada por el estilo. Lo ha hecho porque está loco por ella (sinmás). A veces el mundo es así de prosaico. Lo que parece un gesto de honor es en realidad de egoísmo. Onofre cree que Estrella le pertenece.

Veo al abuelo Telele asomado a la ventana de su galería y me acerco hasta situarme debajo. No digo una palabra. Mi actitud es lo suficientemente expresiva por sí sola. Estoy posando para que termine mi retrato. Me mira con firmeza, sin evitarme, y por un momento parece que vaya a prestarme alguna ayuda, pero desaparece. No quiere pronunciarse. Es como un rey, tiene voz pero no vota.

Decido pasear. Pasear y pensar. Sobre todo pensar. A ver. Podría acudir a la policía o a la guardia civil, ir a la radio a emitir un bando de socorro, podría salir por la televisión o recurrir a las redes sociales, pegar carteles por todas partes, qué sé yo. Podría hacer tantas cosas inútiles. Sin darme cuenta he llegado a la pajarera del tío Jaulín. Ya que estoy aquí entro a soplar los comederos y rellenar los bebederos. La nueva tía Jaulita me mira desde una rama. Es casi idéntica a la que murió. Aún no entiendo cómo el tío Jaulín pudo darse cuenta de la suplantación. Supongo que, después de todo, los pájaros no son tan iguales como parecen. Puede que tengan facciones en el

rostro, aunque yo no sea capaz de distinguirlas. Lo dijo el tío Jaulín hace tiempo, medio en serio medio en broma: lo mismo pasa con los chinos, todos parecen iguales pero no lo son.

Abro la bolsa que me ha dado Milagros. Está llena de almendras garrapiñadas. Saben a ketchup. ¿Dónde me escondería si fuera un chino y tuviera que pasar desapercibido una temporada? En el barrio chino de la ciudad, o cuando menos en un restaurante chino. Me como otra almendra. ¿Dónde me escondería si fuera un miembro de una logia? En una procesión de Semana Santa llena de nazarenos con capirotos. Otra almendra. ¿Dónde me escondería si fuera un recién nacido? En una playa nudista. Otra almendra. ¿Dónde lo haría si fuera un fugitivo? En una prueba de maratón. ¿Y si fuera un tipo como Onofre, condujera una furgoneta y llevara conmigo a una morena de ojos negros?

Corro a buscar a Juanmi.

—¿Dónde está el mercadillo ambulante más cercano? —le pregunto.

—¿Qué necesitas?

—No quiero comprar nada, sólo dime dónde está.

Se queda pensativo un solo segundo.

—Hay uno en el pueblo de al lao —dice—, pero es muy canijo.

—Más grande —hago un gesto con los brazos abiertos—, necesito uno como el nuestro.

—Entonces hay que hacer unos cincuenta kilómetros hacia el norte o unos setenta por la autopista. ¿Qué pasa?

—¿Dónde te esconderías si fueras un chino?

Piensa otro solo segundo

—En China —responde con resolución.

—Equilicuá.

—No entiendo un carajo.

Ni yo tengo tiempo para explicaciones.

—Separémonos —propongo—. Yo puedo ir al norte y tú por la autopista.

—La Charito no está pa autopistas.

—De acuerdo, pues al revés —admito de inmediato—. Yo iré por la autopista. El primero que los vea que avise.

—¿Llevas móvil?

Mierda. No llevo. Tanto despoticar en su contra y ahora necesito

urgentemente uno de estos pequeños equipos de transmisión por satélite. Supongo que es una broma macabra del destino (quécachondo).

—Toma el mío —resuelve Juanmi—. Pero cuídalo, que es bueno y en la agenda tengo los teléfonos de todas mis primas. Son más de treinta y cinco.

—No te apures, lo cuidaré.

—Yo estaré con el Chema y el Raúl. Sus números están en la agenda.

Siento la necesidad de decir algo grandilocuente (y probablemente estúpido).

—Nunca olvidaré lo que estás haciendo por mí —por ejemplo.

Juanmi me da un cariñoso puñetazo en un hombro.

—El dueño del buffet libre tampoco —responde con su prosa característica.

Nos separamos. Monto en el doscientos veinte caballos y me encamino hacia la autopista. Ahora que me he quedado solo temo estar soñando. Suele pasar cuando uno vive algo con mucha intensidad y de pronto recupera las constantes de su rutina diaria. Suerte que llevo la camiseta de Juanmi. Eso rompe cualquier viso de ensoñación y me hace volver a disfrutar de la realidad. Debo confesar que, pese a todo, estoy disfrutando. No sé si encontraré a Estrella y, en todo caso cuando lo haga, tendré que enfrentarme a Onofre, pero me siento vivo, quizá porque el peligro es un chute de vida en vena, la sensación más próxima a la felicidad que he tenido en los últimos años.

Llego a mi destino bien pasada la medianoche. A esa hora no hay rastro del mercadillo, de modo que no tengo más remedio que buscar el lugar donde viven los comerciantes. Lo hago rastreando las calles mientras evalúo el número de furgonetas que hay aparcadas por metro cuadrado. Y lo encuentro. No es exactamente una plaza sino más bien una explanada con dos filas de casitas enfrentadas. Es como el gueto donde quiere ir a vivir Claudia, sólo que con más uralita y sin muro de piedra alrededor. Apago las luces del coche, lo he visto hacer en las películas. Inmediatamente las enciendo de nuevo. Casi meto la rueda delantera derecha en una acequia. Busco la furgoneta de Onofre pero (claro) me es del todo imposible encontrarla: la explanada está llena de furgonetas similares. Me acuerdo de la tía Jaulita, de la pajarera y del tío Jaulín. Ojalá estuviera conmigo. Quizá fuera capaz de diferenciar las furgonetas por el rostro.

Llamo a Juanmi al móvil de Chema. Tiene la voz del hombre de

Neandertal, puede que estuviera dormido. Me cuenta una historia parecida a la mía. Acaban de llegar al recinto del mercadillo y tienen que esperar a que comience el movimiento mercantil, cito textualmente. Ahora mismo se encuentran infiltrados, atentos a la escucha y ojo avizor. Su lenguaje se ha teñido de un tono castrense que resulta ridículo. Puede que haya hecho el servicio militar o quizá se ha tragado más películas bélicas que yo. Dice haber llamado a Fidelio para preguntar por el tío Jaulín. Sigue igual, lo que en su situación significa que empeora. En cuestión de enfermedades sólo es susceptible de permanecer igual aquello que ya es suficientemente malo, todo lo demás empeora hasta alcanzar ese grado.

Salgo del coche y me paseo entre las furgonetas. Lo más probable es que Onofre y Estrella duerman en el interior de la suya para pasar desapercibidos. De pronto suena una rumba muy marchosa que instintivamente me obliga a agacharme (mejor esa reacción que ponerme a bailar). Parece provenir de un lugar muy cercano, tan cercano como el bolsillo izquierdo de mi pantalón. Es el móvil de Juanmi. Me apresuro a contestar pero no es él, sino su prima Angelines, que quiere invitarlo a su fiesta de cumpleaños. Me comprometo en su nombre para desembarazarme de ella cuanto antes. Cuelgo la llamada y decido apagar el móvil. Me dispongo a dar una vuelta por las casitas y no me gustaría volver a ser sorprendido a ritmo de rumba. Mi actitud es algo más que sospechosa. Parezco una lechuza al acecho de la noche (y perdón por la aliteración).

Estoy perdiendo el tiempo. Decido volver al coche y relajarme. No es lo que me pide el cuerpo pero debo actuar con sensatez: si voy a enfrentarme con Onofre necesito estar lo más fresco posible. Abato el asiento y abro el techo solar. Las estrellas del cielo se agrupan en grumos y manchas. Las admiro con ojos de lechuza. Salvo las diez o doce más brillantes todas parecen iguales, camufladas entre sí, como los chinos en China, como los pájaros en una jaula, como Claudia y mis hijos en su gueto de alto *standing*. Endogamia estelar, universal, cósmica.

No logro relajarme. Percibo la tensión muscular en los gemelos, los hombros y el cuello. Parezco una batería recargable conectada a la red para ser usada al día siguiente. Siento la energía, soy energía, como las estrellas endogámicas, una bola de gas irradiando vida. Y esperando ansiosamente el

final de la noche, el preciso momento en que una sola estrella es capaz de hacer invisible a sus congéneres. ¿Dónde te esconderías si fueras una estrella? En plena noche. ¿Y si fueras una de las más brillantes? En pleno día.

Amanece, salgo del coche y busco un bar para desayunar. Es un acto estrictamente energético, exento de apetito y placer. Cuando vuelvo a la explanada los comerciantes han comenzado ya a cargar sus furgonetas (el movimiento mercantil). No hay rastro de mi presa. Estoy a punto de preguntar por él (porella, porellos) pero temo comprometer mi posición y además dudo que pueda obtener alguna pista útil. Pienso en Juanmi y saco el móvil del bolsillo para llamarlo. Entonces me doy cuenta de que todavía está apagado. Mierda. Inmediatamente caen sobre mí las leyes de Murphy, como si estuvieran cinceladas en pesadas e inestables lápidas de granito. Seguro que me ha llamado mientras estaba mirando las estrellas, en la más remota de las inopias. Lo enciendo y me pide el pin. De puta madre. Ni Murphy. El estómago se me llena de murciélagos. Maldigo en voz alta (muy alta). Me dan ganas de darme una bofetada. ¿Cómo he podido apagar el móvil sin conocer la clave de acceso para volver a encenderlo? Es el destino, el puto destino que se ríe de mí por haberme mofado de este siniestro (aunque ahora mismo vital) artefacto.

Hago un esfuerzo sobrehumano y puedo asegurar que no es una frase hecha, porque lo que me propongo no es fácil, ni humano. Trato de concentrar toda la energía de mi cuerpo en mi cepeú en detrimento de otros órganos periféricos. Necesito dar con una cifra, un número, el pin del móvil apagado. Sólo conozco un número especial para Juanmi. No puede pronunciarlo pero supongo que sí teclearlo. Es el número de la bestia. No tengo alternativa. Cruzo mentalmente los dedos (porque si lo hiciera físicamente tendría serias dificultades para continuar), tecleo un cero (a la izquierda), tres seises y pulso ok. Pasa un segundo. Dos. No respiro. No quiero que nada interfiera en el sortilegio. Suenan dos pitidos y aparece la hora en la pantalla. Bingo. Suspiro ante lo propicio de mi suerte, aunque inmediatamente mi sonrisa se hiela, como si me hubieran rociado el rostro con nitrógeno líquido. Tengo treinta y dos llamadas perdidas, todas hechas desde el móvil de Chema, o sea de Juanmi, lo que significa que ha debido de encontrarlos. Si ahora me hicieran un análisis de sangre sólo hallarían adrenalina. Llamo a Juanmi.

—¿Dónde coño te has metido, tío? —se queja amargamente—. Te he llamado cien veces.

—Lo siento. Había apagado el móvil.

—¿Habías qué? —No sale de su asombro—. ¿Pa qué cojones sirve un móvil apagao? ¿Crees que funcionan por telepatía?

—Estaba infiltrado —digo usando su lenguaje militar—, y casi me descubren por culpa de una llamada.

—¿No sería mi prima Angelines?

—La misma. Quería invitarte a su fiesta de cumpleaños.

—¿Y qué le has dicho?

—Tranquilo, le he prometido que no faltarías.

Oigo un largo suspiro de alivio.

—¿Pero qué estupideces te estoy contando? —reacciono con violencia
—. ¿Los has encontrado?

—Aquí están.

Ahora soy yo quien suspira y Juanmi quien me escucha a través del teléfono.

—¿Cómo está ella?

—No lo sé. No ha salido de la furgoneta. El único que ha salido un momento ha sido Onofre, supongo que pa ir a buscar algo de comer. ¿Qué quieres que haga?

—Nada. Espérame, estaré allí en media hora.

—¿Cómo vas a llegar tan pronto? ¿Vas a venir volando?

—Exacto.

Cuelgo, subo al doscientos veinte caballos y se los exijo todos (chiummm), para lo cual se revoluciona por encima de las cinco mil quinientas vueltas por minuto. Si me detienen los agentes de tráfico es probable que me condenen a morir en la silla eléctrica. No me importa. No pienso. Necesito toda mi atención para seguir conduciendo. Parezco un piloto profesional. Sólo me falta un casco, un intercomunicador, y un fulano sentado a mi lado anunciándome histriónicamente la siguiente curva o la siguiente rasante.

No sé si he tardado exactamente media hora pero llego. Veo a Juanmi e instintivamente nos damos un abrazo. La adversidad, la aventura, la vida une a los seres vivos. La muerte los separa (es una de sus múltiples diferencias). La furgoneta de Onofre no está muy lejos. Yace aparcada (confundida) entre sus congéneres, detrás del recinto del mercadillo, en un solar presidido por un enorme chopo. No hay tregua. Ni tiempo que perder. Le hago un gesto a Juanmi. Vamos.

Onofre ha tapado las ventanillas con papeles de periódico. No los vemos, ni nos ven. Sin embargo, tan pronto como nos colocamos tras la furgoneta, la manilla se abate y el portón trasero se abre. La furgoneta vomita a un Onofre despeinado y con cara de resaca. No ha debido de pegar ojo en toda la noche, quizá porque en realidad me estaba esperando. Se coloca frente a mí y nuevamente me parece estar viviendo algo irreal. Me siento como un actor de teatro subido a un escenario para representar la escena final de una

tragicomedia. A mi lado se sitúa Juanmi. Un poco más allá veo a Chema y a Raúl. Y tras ellos está Fidelio. ¿Fidelio? Miro a Juanmi como preguntándole qué hace el gigante allí. Juanmi señala el móvil de Chema. Lo ha llamado él.

Sólo falta un personaje en el escenario para que comience (o termine) la función. Es Estrella. Abandona la furgoneta con las gafas de sol puestas, como corresponde a un rehén a punto de ser liberado. Me mira muy seria, sin hacerme el mínimo gesto. Estamos más cerca de la tragedia que de la comedia, parece decirme. Lo que no hay en esta función son palabras. No hacen falta. Se han dicho ya todas y ha llegado el turno de la acción.

Onofre avanza un paso hacia mí. Me reta. Todos los presentes retroceden. Es la hora del duelo. Hace más de cuarenta años, desde los remotos tiempos del colegio, que no protagonizo una pelea. Y me tiemblan las piernas. Y los dientes. Demonios. No me lo esperaba. Creía que la cepeú iba a ser capaz de dominar la situación, pero no es así. Tengo miedo. No temo resultar herido sino perder lo que estoy a punto de ganar. Precisamente por eso Onofre está en condición de superioridad sobre mí. No tiene nada, luego nada puede perder. Eso lo hace más peligroso.

En ese momento saca una navaja de tamaño considerable y abre su filo. Vale, estupendo. Y me daba miedo hace un momento, cuando llevaba las manos en los bolsillos: ahora me da pavor. Miro instintivamente a Fidelio. No creo que sea muy noble por mi parte pero no tengo más remedio que pedirle ayuda. Y entonces sucede. No sé si guiado por mis consejos o por los garbanzos mágicos que desayunó ayer, se obra el milagro.

—Vas a tener que disculparme —dice con el aplomo de quien sabe que se está superando a sí mismo—, pero no puedo pelear contra mi hermano.

Por fin lo ha dicho. Se ha negado. Ha usado mi fórmula (en cierto modo también mágica) para decir que no precisamente a quien le ha enseñado a decirlo, tal como habría pasado en una película de Groucho Marx. Onofre se cambia la navaja de mano y da otro paso hacia mí. La única navaja que he tenido en toda mi vida era una de esas suizas llenas de accesorios. Lástima no llevarla encima ahora mismo para defenderme con el sacacorchos.

Un momento. ¿Qué es esto? La fuerza está conmigo, me acompaña, como en starwars (la mitología de mis hijos). Me doy cuenta de que no estoy desarmado: en mi mano derecha llevo el bastón del tío Jaulín. Onofre no está dispuesto a esperar más. No puede arriesgarse a que la pelea se prolongue demasiado y reclame la atención de la gente del mercadillo. Arremete con su

navaja buscando mi vientre. Yo me dejo llevar por los reflejos y salto hacia el lado contrario. Hemos cambiado nuestra posición. Onofre se pasa la navaja a la otra mano y salta de nuevo sobre mí. Entonces vuelve a mi cuerpo la sensación de golpear, el instinto de correr hacia un proyectil y devolver el golpe.

Agarro el bastón con mi empuñadura preferida, la de revés a dos manos (la izquierda delante), y detengo el envite de mi rival ejecutando un golpe cruzado. Le acierto en el hombro derecho. Emite un lamento y se prepara para devolverme la bola. Lo hace por el mismo sitio y recibe otro revés, esta vez paralelo, que le alcanza en el antebrazo. Se duele y está a punto de perder el equilibrio. Agarra la navaja con el filo hacia abajo y viene hacia mí. Ha subido a la red. Me defiende con un golpe de abajo arriba, un globo que le obliga a retroceder justo cuando yo también subo a la red. Contraataco. Me acerco a él, le propino un derechazo impecable, seguido de una volea de revés y un remate final sobre la cabeza. Pido el ojo de halcón y descubro que le he abierto una brecha a la altura de la sien, de la que comienza a manar una sangre oscura, densa y silenciosa. Por un momento temo que se recupere y tengamos que llegar al *tiebreak*. Pero no. Suelta la navaja y se tapona la brecha abierta con las manos. Está de rodillas en el suelo, vencido y desarmado.

Fidelio se acerca a él para prestarle ayuda, pero Onofre le hace un gesto de desprecio. No quiere nada de nadie. Ahora que ha perdido lo poco que tenía, si es que algo tenía el desgraciado, es cuando no va a aceptar la ayuda de nadie. Es lo que hay. Se levanta del suelo, busca algo que ponerse sobre la herida y mira a Estrella. La escena final está a punto de acabar. Puede que Onofre espere un milagro de última hora, un gesto, una mirada de Estrella, y quizá por eso mismo ella no se mueve ni un milímetro, consciente de que cualquier gesto suyo podría ser malinterpretado.

Con el pañuelo ensangrentado sobre la brecha, Onofre se dirige a la furgoneta. La pone en marcha y sale derrapando del escenario, dejando que el portón trasero se golpee con violencia, expresando toda la rabia que se lleva consigo. Entonces sí, la escena termina. Theend. A falta de público, las hojas del chopo, movidas por una ráfaga de viento, parecen aplaudir desde el gallinero. Los actores recibimos los aplausos sin mediar palabra. No porque no tengamos nada que decirnos, sino porque la conmoción de este dramático final exige unos minutos de silencio. El único que habla es Juanmi.

—¿Cómo coño has sabido el número pin de mi móvil?

He cumplido los tres requisitos (o requesones) del cuento. Me he separado de mi esposa, he hablado con el sabio patriarca y he luchado con (y vencido a) el malvado Onofre. Me siento como Hércules al concluir sus trabajos. Estoy en paz conmigo mismo y he decidido firmar una tregua con el resto del mundo cuya primera y única condición es que el resto del mundo me importa una puta mierda. Más o menos.

Pronto recibiré el beneplácito del abuelo Telele para poder relacionarme con Estrella. Lo curioso del caso será conocer sus particulares motivos para otorgarlo. Nada que ver con mi discurso sobre la endogamia, ni sobre el machismo, ni sobre los valores familiares y genealógicos. Tampoco será por la elocuencia de los garbanzos de Milagros o la camiseta con agujeros de Juanmi. Nada de eso. Será porque aprobará mi humilde y solícita actitud al acariciarle repetidamente las pantuflas de felpa que llevaba el día de nuestra entrevista, considerándola una prueba de sumisión intachable, uno de esos comportamientos que rayan la frontera entre lo osado y lo oportuno, a medio camino de lo ridículo, y que acaban por resultar definitivos. Estrella pronto dejará de ser intocable.

Todos los días encontraré unos minutos para atender la pajarera del tío Jaulín, en la que (si el singularmente chistoso dependiente de la pajarería no lo impide) habrá dos nuevos inquilinos que se llamarán Leopoldo y María Luisa. Son mis padres. Ya que no les hice mucho caso en vida, ni siquiera al final de sus días cuando eran unos resignados y cada vez más silenciosos ancianos, cuidaré al menos de sus almas en forma de periquitos con inédita y reconfortante devoción. El tío Jaulín volará a menudo sobre la plaza, reencarnado en un cuervo de elegante vuelo. El día de su entierro, cuando vayamos a introducir su ataúd en el nicho mortuario, asistiremos al espectáculo de la transmutación de las almas y veremos cómo la oscura

silueta del pájaro abandona el nicho, lo que nos provocará al mismo tiempo asombro y satisfacción. Todos sabemos que el tío Jaulín no era hombre de jaulas sino de cielos llenos de luz y claridad.

Trabajaré a diario, no conoceré ya el hastío de los fines de semana, el síndrome del domingo por la tarde, ni la deprimente inacción del veraneo. Regentaré el puesto de ropa junto a Estrella y Fidelio, y lo haré con la maestría y el buen hacer que sin duda me proporcionará mi experiencia. Sé de tallas, tejidos, costuras, patrones, combinaciones de colores, formas de lavar y planchar, sé de escaparates y precios, de ingresos y gastos, de rentabilidad y optimización de recursos. Lo que no sé es cómo tratar a la clientela directamente, sin el elitismo de una marca elegante y exclusiva, sin la ayuda del marketing, pero ya aprenderé. Al fin y al cabo el marketing no es más que la prueba fehaciente de la decadencia de Occidente, mientras que el mercadillo es el heredero del intercambio de bienes que siempre ha caracterizado a nuestra especie. No hay que olvidarlo: animales, cordados, vertebrados, mamíferos, primates, homínidos, conocidos como homo sapiens.

Me encantará montar el tenderete con la ayuda de Fidelio a primera hora del día y disponer la ropa con Estrella, frente a Estrella (junto a Estrella), aprovechando el telón de unas prendas para robarle una mirada o (quiénsabe) una caricia. A mitad de mañana iré al bar ambulante de Milagros a buscar unos bocadillos mágicos. Tendré que hacerlo yo mismo porque Fidelio se aficionará en exceso a su recién adquirida habilidad y se negará a ir. Vas a tener que disculparme y esto. Vas a tener que disculparme y lo otro. Luego me dedicaré a vender, trataré de vender mucho y, si las ventas no van bien, estaré expuesto a pasar apuros económicos. Igualmente, si el puesto se quema o alguien me roba la mercancía, tendré que apechugar con las consecuencias sin la indemnización de ningún seguro. Ni ninguna ayuda oficial. Eso me hará libre.

Trataré de no figurar en ningún documento. No me daré de alta en ningún tipo de registro ni volveré a firmar con el nombre de mi versión anterior. La policía rondará a veces el mercadillo, pero su presencia no me causará ninguna inquietud. Todo lo contrario. La pasma estará donde siempre debió estar: en el bando de los vendidos, al otro lado del mundo, sirviendo al sistema. No veré la tele. No leeré los periódicos. No consultaré ninguna web de Internet. Tampoco escucharé la radio, salvo la cadena de música de Estrella. A cambio, bajaré por las noches a la plaza y disfrutaré de un rato de

charla entre semejantes, jugaré una partida de cartas, me iré de copas con Fidelio y Juanmi o montaré en bicicleta en compañía de Gabino. De vez en cuando llamaré al timbre del abuelo Telele y le pediré permiso para subir a verlo. No siempre me recibirá, pero cuando lo haga encerrará al perro en la cocina para que no me provoque un ataque de alergia. Y siempre (siempre) llevará pantuflas en los pies.

Tres o cuatro veces al año iré a cargar mercancía al sótano de los grandesalmacenes donde antes trabajaba. Seguramente Rubén ya habrá ocupado mi puesto y tendré la satisfacción de exigirle un descuento sobre el precio marcado del catorce por ciento exactamente. No me lo negará. Y si comete la torpeza de hacerlo tendré que recordarle quién fui (y quién fue él), lo que me hará enfrentarme con la versión anterior de mí mismo, como en una de esas películas de regreso al futuro.

Tan pronto como mis ahorros me lo permitan le compraré a Juanmi su vieja armadura. No la necesito (al menos por el momento) pero quiero agradecerle lo que ha hecho por mí y, de paso, lograr que se duche un poco más a menudo. Puede que luego se la envíe a Claudia, Kitty y Rebeca a portes debidos. Seguro que encuentran un rincón adecuado para exponerla en su espléndida urbanización, junto a uno de los cuadros de su amigo Juanjo o en la piscina comunitaria, a modo de socorrista.

No sé qué será de mis hijos. Ellos creen que el ocio es el estado óptimo del ser humano y quienes de él reniegan no son merecedores de sus bondades. Angelitos. Ellos y los suyos, sus coetáneos de generación nacida en la bonanza, no han sido educados para valorar nada que no sea fácil, inmediato y controlable mediante un mando a distancia. Le dan a un botón y cambian el mundo, pasan de un informativo a una película, de un documental a un concurso, son demiurgos de un mundo virtual dominado desde ese sofá que conserva la forma de sus respectivos culos, serigrafiada a fuerza de sentadas interminables de atonía cerebral. Son una nueva especie de humanos incapaces de sobrevivir sin el sistema, náufragos moribundos en una isla repleta de frutos silvestres que pasarían desapercibidos por no ir en una bandeja con un plástico transparente y un código de barras.

Es posible que no tarde demasiado tiempo en ver a Gus en un púlpito, dirigiéndose a sus compañeros de partido, en su primer mitin, si es que finalmente se dedica a la política, para la que parece tan dotado. Y con respecto a Carol, tengo la esperanza de que algún domingo por la mañana se

acerque al puesto del mercadillo sin intención de comprar nada, tan sólo para verme. Si lo hace (y me lo acepta) le regalaré algo bonito que acabe de recibir, una camiseta, una faldita, un cinturón, un beso dado al aire, cerca de su mejilla, para no olvidar cómo huele.

Lo único que mantendré de mi versión anterior, además de este cuerpo intransferible (y algún inevitable recuerdo que haya superado el formateo de mi disco duro, como ese olor de mi hija), es el doscientos veinte caballos. Me consuela saber que cada año será menos veloz y más rezongón, igual que la Charito. Ganará la categoría de caballería a costa de perder la de máquina. Y así es como lo trataré, con el mimo que se les niega a los artefactos y se reserva sólo para los seres vivos de cualquier reino, filum, subfilum, clase, orden, familia, género y especie.

Un estado del malestar

Joaquín Berges

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Ilustración de la portada: imagen de la serie *The Office*, episodio n.º 22, «Beach Games», emitido el 5/5/2007, con Leslie David Baker como Stanley Hudson y John Krasinski como Jim Halpert. Foto de Trae Patton. © 2012 NBCUniversal, Inc. / Getty Images.

© Joaquín Berges, 2012

Reservados todos los derechos de esta edición para
© Tusquets Editores, S.A. - Cesare Cantù, 8 - 08023 Barcelona
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2012

ISBN: 978-84-8383-636-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com